

1910: LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y EL BARRIO UNIVERSITARIO

JOSÉ NARRO ROBLES

Prólogo

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD

ALICIA ZICCARDI

Coordinadores



**1910: LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y EL
BARRIO UNIVERSITARIO**

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DR. JOSÉ NARRO ROBLES
Rector

DR. SERGIO M. ALCOCER MARTÍNEZ DE CASTRO
Secretario General

LIC. ENRIQUE DEL VAL BLANCO
Secretario Administrativo

MTRO. JAVIER DE LA FUENTE HERNÁNDEZ
Secretario de Desarrollo Institucional

M.C. RAMIRO JESÚS SANDOVAL
Secretario de Servicios a la Comunidad

LIC. LUIS RAÚL GONZÁLEZ PÉREZ
Abogado General

DRA. ESTELA MORALES CAMPOS
Coordinadora de Humanidades

DR. CARLOS ARÁMBURO DE LA HOZ
Coordinador de la Investigación Científica

MTRO. SEALTIEL ALATRISTE
Coordinador de Difusión Cultural

DR. JAIME MARTUSCELLI QUINTANA
Coordinador de Innovación y Desarrollo

ENRIQUE BALP DÍAZ
Director General de Comunicación Social

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS SOBRE LA CIUDAD

DRA. ALICIA ZICCARDI CONTIGIANI
Directora

MTRA. FABIOLA CEDILLO ESPÍN
Secretaria Técnica Académica

LIC. OLIVIA PLATA GARBUTT
Secretaria Técnica

MTRO. ARSENIO GONZÁLEZ REYNOSO
Secretario Técnico de Proyectos Especiales

LIC. PATRICIA ROSAS ESQUIVEL
Delegada Administrativa

MTRO. OSCAR TORRES ARROYO
Jefe de Proyectos Especiales

MTRO. ALBERTO CARRERA PORTUGAL
Jefe de Difusión y Prensa

ARQ. LUIS ARMANDO SOTO MARTÍNEZ
Jefe de Procesos de Sistematización de Información

1910: LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y EL BARRIO UNIVERSITARIO

Textos

JOSÉ NARRO ROBLES

MARÍA DE LOURDES ALVARADO

GUILLERMO BOILS MORALES

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD

ESTELA MORALES CAMPOS

MÓNICA TOUSSAINT

ALICIA ZICCARDI

Coordinadores

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD

ALICIA ZICCARDI



México, 2010

LA CIUDAD FESTEJA A SU UNIVERSIDAD



1910: La Universidad Nacional y el barrio universitario
Primera edición, noviembre, 2010

Carlos Martínez Assad
Alicia Ziccardi
Coordinadores

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS SOBRE LA CIUDAD
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
Sede: Moneda 2, Centro Histórico de la Ciudad de México,
C. P. 06060 México, D.F.
www.puec.unam.mx

Coordinación editorial: Lorena Hernández
Asistente editorial: Raúl Duque Luciano

*Investigación bibliohemerográfica
e iconográfica:* Luz Estrello Martínez
Cynthia Gómez Camargo
Noemí González González
Job Luna Díaz
Albertina Moreno Pérez

Corrección: Ricardo Pacheco Colín
Cuidado de la edición: Berenice Valverde Campuzano

Diseño gráfico y editorial: David Maawad
Pablo Mayans

AGRADECIMIENTOS

Universidad Nacional Autónoma de México

- Antiquo Colegio de San Ildefonso
- Biblioteca Nacional
- Filmoteca UNAM
- Hemeroteca Nacional
- Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación

Otras instituciones

- Archivo General de la Nación
- Archivo Histórico del Distrito Federal
- Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada
- Fototeca Nacional del INAH
- Fundación Carmen Toscano
- Museo Archivo de la Fotografía
- GM Editores

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

D.R. © 2010 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Distrito Federal
www.unam.mx

ISBN (13 dígitos) los 13 dígitos a partir de 2007

Impreso en México

CONTENIDO

- 9 PRÓLOGO
José Narro Robles
- 11 INTRODUCCIÓN
Carlos Martínez Assad y Alicia Ziccardi
- 15 ANDANZAS Y EXTRAVÍOS DE LOS ESTUDIANTES EN EL BARRIO UNIVERSITARIO
Carlos Martínez Assad
- 47 EL BARRIO UNIVERSITARIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO A INICIOS DEL SIGLO XX
Alicia Ziccardi
- 75 LOS EDIFICIOS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL EN EL MOMENTO DE SU APERTURA EN 1910
Guillermo Boils Morales
- 99 LA CULTURA IMPRESA Y EL BARRIO UNIVERSITARIO: BIBLIOTECAS, LIBRERÍAS Y EDITORIALES
Estela Morales Campos
- 117 LAS ALUMNAS DE LAS ESCUELAS NACIONALES EN TIEMPOS DEL CENTENARIO
María de Lourdes Alvarado
- 141 ENTRE EL RECUERDO Y EL OLVIDO: MEMORIAS DE LA FUNDACIÓN
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LA VIDA EN EL BARRIO UNIVERSITARIO
Mónica Toussaint
- 159 BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO

El libro *1910: La Universidad Nacional y el barrio universitario* constituye un valioso esfuerzo por recuperar la vida universitaria durante los primeros años de lo que hoy es la Universidad Nacional Autónoma de México. Al cumplirse el primer centenario de la UNAM, de cuyos festejos este libro forma parte, es importante recordar los principales componentes del entorno social y cultural que caracterizaban al *barrio universitario*, un espacio que se conformó en pleno centro de la Ciudad de México, donde se localizaban las escuelas que pasaron a formar parte de la Universidad, tal y como lo planteara Justo Sierra desde 1881.

Es importante tener presente que la comunidad universitaria de entonces no sólo desarrollaba actividades académicas y culturales en el llamado *barrio universitario*, sino que allí vivía y transcurría su vida cotidiana. El atractivo de las librerías, los cafés, los clubes, así como la oferta cultural y de entretenimiento que brindaban los teatros, cines, billares y bares, estimularon el desarrollo de las actividades intelectuales más sobresalientes del país, a la vez que dio un nuevo impulso a las políticas gubernamentales al iniciarse el siglo xx.

Conformado por un conjunto de valiosos predios arquitectónicos e históricos, el *barrio universitario* estaba estrechamente ligado con la vida urbana. Se trataba de una peculiar situación, ya que la vida académica estaba cobijada por “La ciudad de los palacios” así como por el amplio abanico de actividades que se desarrollaban en el centro de la Ciudad de México. Por ello, reconstruir la historia del vínculo que creó la Universidad Nacional en 1910 con el llamado *barrio universitario* constituye un loable esfuerzo que nos permite comprender mejor cómo se fue constituyendo la fuerte identidad y el profundo sentido de pertenencia que posee hoy la comunidad universitaria.

Las condiciones cambiaron cuando la Universidad Nacional Autónoma de México se estableció en la Ciudad Universitaria en 1952 y las actividades académicas se trasladaron del Centro Histórico al sur de la Ciudad. La construcción del nuevo *campus* universitario respondió a las exigencias de mayor espacio requeridas por el crecimiento del número de carreras, de la población estudiantil y del cuerpo docente. Actualmente la UNAM tiene instalaciones donde se realizan actividades de docencia, investigación y difusión en 26 entidades federativas, pero todavía hoy muchos de aquellos alumnos y profesores que abandonaron el centro de la Ciudad expresan nostalgia por aquel bullicioso y estimulante clima cultural que lo caracterizaba.

A partir de miradas diferentes, los trabajos aquí reunidos identifican actores y hechos relevantes que ocurrieron en la primera década del siglo xx, los cuales deben ser conservados en la memoria social por ser parte de los orígenes de nuestra actual Universidad. La principal aportación de este libro es contribuir a resguardar en la memoria de nuestra nación

la existencia de aquel *barrio universitario* que fue el escenario urbano, social y cultural en que transcurrió la vida de los universitarios en los primeros años de la Universidad.

Con la publicación de estos pasajes de la historia universitaria en este 2010, año en el que también se celebran el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, la UNAM refrenda su compromiso con el impulso de actividades de alto nivel académico y cultural en el conjunto de predios universitarios que dieron origen al llamado *barrio universitario* y que hoy forman parte del principal espacio histórico y arquitectónico del país, declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad.

JOSÉ NARRO ROBLES

INTRODUCCIÓN

En el marco de los festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana, el Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad (PUEC) ha convocado a un grupo de investigadoras e investigadores a la realización de una obra colectiva para celebrar el centenario del surgimiento de la Universidad Nacional de México, antecedente inmediato de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1910: La creación de la Universidad Nacional de México y el barrio universitario pretende enmarcar la fundación de la principal institución de educación superior del país. A partir de recuperar los componentes más importantes del ambiente cultural, social y económico que prevalecía en las calles centrales de la vieja urbe, este libro rescata, entre otras cosas, los vínculos que la Universidad ha construido desde sus orígenes con la Ciudad de México.

Debe recordarse que a principios del siglo xx las actividades universitarias estaban concentradas en el casco central de la Municipalidad de la Ciudad de México, pero la identidad del *barrio universitario* surgió no sólo de la concentración de los principales predios de la naciente Universidad Nacional en este espacio central, sino de la intensa vida social y cultural que se desplegó en sus calles y espacios públicos. El sentido de pertenencia y arraigo que la comunidad desarrolló en este barrio a partir de la primera década del siglo xx está estrechamente relacionado con los componentes más importantes del ambiente cultural e intelectual de la época que prevalecía en las calles centrales de la vieja ciudad donde vivían, estudiaban o trabajaban los estudiantes y profesores de la naciente Universidad y en donde también florecieron importantes núcleos de pensadores, escritores, artistas y músicos.

Carlos Martínez Assad expone los principales rasgos de la generación afectada por la modernidad de 1910, la vida de los estudiantes marcada por su participación en el movimiento social, cultural y educacional de la Ciudad. Tiene a su alcance una vasta oferta cultural y de esparcimiento (teatro, cine, ópera, toros, paseos, fiestas) y se compromete con los ideales estudiantiles de los que surgen los primeros movimientos en defensa de la cultura y la libertad. Asimismo, el investigador intenta reconstruir las principales características de la vida social y urbana no sólo de quienes pertenecían a la comunidad universitaria, sino también de aquellos que vivían en las casas, accesorias, vecindades y albergues de este barrio.

Alicia Ziccardi establece en su análisis una primera delimitación geográfica del *barrio universitario* a partir de determinar en el territorio los principales espacios públicos culturales y de recreación (bibliotecas, librerías, cines, teatros, bares, restaurantes, clubes, billares) localizados en estas calles del centro de la Ciudad de México en la época a que se alude. En un contexto de profundas transformaciones urbanas y evidentes cambios en el paisaje del

centro de la Ciudad, el proyecto modernizador de la última etapa del Porfiriato no lograba ocultar las condiciones de pobreza y precariedad en la que vivían los sectores populares: desigualdad y pobreza; las marcadas desigualdades sociales con las que la población citadina accedía a bienes y servicios básicos y el descontento social que irrumpía en las calles centrales de la capital del país.

En medio del ambiente festivo de ese septiembre de 1910 en el que se conmemoraba el Centenario de la Independencia se inscribe la inauguración de la Universidad Nacional de México. El día 22 se concretó su creación a través de un hecho histórico que encierra gran simbolismo, el simbolismo de la pertenencia de la universidad a su ciudad. Una caminata, la *Procesión Universitaria*, salió de San Ildefonso para llegar a la antigua Escuela Normal (actual Palacio de la Autonomía) donde tomó posesión el licenciado Joaquín Eguía Lis como primer rector de la Universidad. En las fotos tomadas ese día y publicadas en los principales diarios del país se puede observar cómo desde los balcones, adornados de banderas y símbolos patrios, los vecinos saludaban a los distinguidos personajes que marcharon ordenadamente.

De este modo nacía la Universidad Nacional conformada por la reunión de las Escuelas Nacionales Preparatorias, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros, de Bellas Artes (en lo concerniente a la enseñanza de la arquitectura) y de Altos Estudios.

En este contexto, Guillermo Boils plantea en el libro cómo estas decisiones en educación superior implicaban una reorganización institucional y en materia de edificación de las mencionadas escuelas nacionales que estaban localizadas en predios de gran valor histórico y/o arquitectónico del casco central de la Ciudad de México. Se trataba de recuperar y utilizar los inmuebles edificados, los que se acondicionaron y los espacios físicos que requirió la Universidad Nacional, para cumplir con su objetivo y albergar las nuevas dependencias, planteles y funciones de la vida universitaria, dentro de los nacientes ordenamientos, criterios de operación y apertura de proyectos de educación de la época.

En estos predios y en otros que no pertenecían a la Universidad, pero jugaban un papel central en el acceso al conocimiento, en las bibliotecas y las librerías del barrio universitario transcurría buena parte de la vida extra aulas de los estudiantes y profesores. Este entorno educativo y cultural, que varios historiadores destacan para explicar el papel central que jugó la comunidad universitaria en las profundas transformaciones sociales y políticas que se vivieron en esta primera década del siglo XX, es estudiado por Estela Morales. En su artículo se describe la relación entre el hombre, el libro, la lectura y la participación de la Universidad Nacional en el proceso educativo y la vida intelectual del *barrio universitario*, incluyendo los intercambios culturales que se entablaban con el extranjero y la difusión de la cultura. También expone las características y recursos de las bibliotecas públicas ubicadas ahí, así como las casas editoriales, las principales librerías y publicaciones periodísticas.

Un tema que recientemente concita el interés de historiadores y científicos sociales es el papel de la mujer en una sociedad patriarcal en la que prevalece un modelo que limita su actuación social y su vida pública, pero en el que ya existen algunos componentes que indican el inicio de un tránsito hacia una vida urbana moderna. En el contexto de la creación de la Universidad Nacional, Lourdes Alvarado analiza las profundas desigualdades que existían entre mujeres y hombres para acceder a la educación superior. En particular estudia el caso

de las alumnas de la Escuela Nacional Preparatoria; describe las características de la situación conservadora que prevalecía en el proceso de instrucción y educación de las mujeres y cómo esto se fue transformando al ingresar al magisterio y a las carreras liberales. Estos cambios se sustentan en la aparición de una concepción cultural moderna y una nueva idea del trabajo. Lo cual se muestra a partir del caso de algunas jóvenes que se incorporaron a la educación superior; también reconstruye sus experiencias y luchas vanguardistas.

Finalmente, Mónica Toussaint cierra este libro recurriendo a una forma diferente de reconstrucción de la historia de la fundación de la Universidad en 1910 y de la vida del *barrio universitario*. La autora recurre a la rememoración oral y testimonial a través de entrevistas realizadas a personas ligadas a la docencia y la investigación urbana, así como al estudio de la Universidad. También entrevista a personas que trabajan o viven aún en esta zona, que recuerdan o vieron transitar a los estudiantes y profesores por sus establecimientos; testigos que hoy reconstruyen ese pasado como un proceso de creación y recreación de significados del impacto de la Universidad en la vida del centro de la Ciudad de México.

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD

ALICIA ZICCARDI



ANDANZAS Y EXTRAVÍOS DE LOS ESTUDIANTES EN EL BARRIO UNIVERSITARIO

Carlos Martínez Assad*

EL AMBIENTE DEL CENTENARIO

Cuenta Federico Gamboa en *Mi diario*: “Septiembre de 1910 ha sido para México un mes de ensueño, de rehabilitación, de esperanza y de íntimo regocijo nacional”.¹ El subsecretario a cargo del despacho de Relaciones Exteriores, debido a la muerte del titular, había participado de modo muy cercano al poder en las celebraciones del Centenario de la Independencia de México. Elogiaba “la obra titánica” del “egregio estadista” Porfirio Díaz para colocar al país en el mundo. No faltó una, decía, de todas “las naciones civilizadas de la tierra” y en efecto, las 32 representaciones diplomáticas expresaron “honor y alabanzas” al país.² Con humor se quejó del “inevitable exceso extraordinario de trabajo” que incluyó el desorden gástrico porque “¡no hay ser humano que salga indemne de un régimen de sesenta banquetes en treinta días!”.³ Así de delirantes fueron los festejos para agasajar los cien años del país como nación independiente y el éxito del régimen porfirista, sin saber que estaba por finalizar.

Y entre los vivas y aplausos al dictador, el 18 de septiembre se creó la Escuela de Altos Estudios, y el 22, la Universidad Nacional en un ambiente optimista sólo en apariencia, si se recuerda que Francisco I. Madero estaba preso en San Luis Potosí por desafiar al presidente en las elecciones anteriores. Del lado oscuro de los festejos, Gamboa también dejó testimonio al aludir a los subversivos que auguraban el fin de la “civilizadora y progresista” “dictadura porfiriana”. La que consideraban

“pronto sucumbirá a los embates de una revolución que en cuanto crezca y cobre cuerpo arrancará de raíz la mala hierba que se produce y aclimata en todas las latitudes político-sociales”. Y añadía:

Si fuese cierto que el “Caudillo” tiene sus días contados y de grado o por fuerza habrá de caer, yo estoy seguro de que no bien se apacigüen las pasiones sobreexcitadas con el fragor y los excesos de la nueva contienda fratricida que ya la anuncian como implacable y de castigo para cuantos no la secunden ni sigan; no bien la razón expulse las pasiones desbordadas momentáneamente, comenzarán a establecerse ineludibles comparaciones al contemplar los destrozos y las ruinas.⁴

El escritor más leído de la época gracias a su novela *Santa*, publicada en 1903, no era el único que expresaba así sus preocupaciones por el fin del régimen. Su negativa a aceptarlas demuestra que estaban bien presentes aun en los círculos más cercanos al presidente y las tensiones apenas se disimulaban. Pero ¿qué pensaban de ello los estudiantes que coincidieron en la inauguración de la Universidad Nacional? La generación que vivió esos años fue tocada por la modernidad que se atribuyó el régimen, y se expresaba en las correrías estudiantiles, la participación en las sociedades culturales, la vida de una suerte de *Belle Époque* caracterizada por la asistencia a los teatros de revista, vestir a la moda y la exposición a los avances del siglo xx que apenas había comenzado, como visitar alguno de los 61 salones donde se exhibían las vistas cinematográficas. La academia era motivo de constantes debates sobre si el progreso también impactaba ese ámbito y la política comenzó a aflorar como uno de los intereses que movería a muchos de esa generación.

PÁGINA ANTERIOR:

La vida de una suerte de Belle Époque caracterizada por la asistencia a los teatros de revista, vestir a la moda y la exposición a los avances del siglo xx. Toma abierta de la calle Isabel la Católica, esquina con 16 de septiembre, ca. 1913.

© 0712-096-006 CONACULTA.

INAH.SINAFO.FN.MÉXICO.

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Se agradece el inapreciable esfuerzo en la búsqueda de información de Jimena Cuevas Portilla y el apoyo brindado por Juan Edgar Sánchez Mejía.

¡VAMOS HACIA EL PORVENIR!

Alfonso Reyes, entonces estudiante, llamó la *Generación del Centenario* a quienes coincidían en la vida universitaria y en la de las letras. En un sentido más amplio, esa definición alcanza también a quienes deambulaban por los patios de San Ildefonso y de las escuelas.

Comencemos por decir algo sobre el ambiente estudiantil [...] Uno, la Escuela Nacional Preparatoria, que tenía más o menos su parangón por los Estados, sirve de común denominador en la base de todas las carreras liberales y es la única que abarca la doctrina educacional de la época; otro, la Escuela Nacional de Jurisprudencia es la punta aguda que orientaba preferentemente la vida pública.⁵

Reyes les daba particular importancia a estos dos ámbitos porque fue en los que estudió: eran singulares, ya que en el momento de la creación de la Universidad Nacional, la Escuela Nacional Preparatoria concentraba el 50 % de los estudiantes, y la de Jurisprudencia apenas era la tercera en número de alumnos después de las escuelas de Medicina y de Ingenieros, pero sin duda ahí se encontraban quienes podían tener mayor presencia y aspiraban a la vida pública. La generación de estudiantes involucrados en la inauguración de la Universidad Nacional en 1910 se caracterizó por su afán de conocimiento, que los ponía a la par con los países avanzados. Y cómo no había de serlo si las cátedras eran impartidas por personalidades tan destacadas como Carlos Pereyra, Victoriano Salado Álvarez, José María Vigil, Luis G. Urbina, Roberto Gayol, Jorge Vera Estañol, Antonio Caso, Eduardo Licéaga, Miguel Schultz, Antonio Rivas Mercado y otros muchos de los más de 230 profesores con los que contaban. Sin embargo, no estaban exentos de las críticas: Schultz “comenzaba a pagar tributo a su años”, Eduardo “Chico” Prado se dejaba embriagar por las cifras y era “algo chiflado”, Urbina se quitaba las clases de encima con “graciosa desgana”, y Salado Álvarez reducía sus clases a la lectura de Benito Pérez Galdós.⁶

Alfonso Reyes subrayó que algunas de las eminencias se encontraban en franco detrimento y mencionaba varios ejemplos, como el de:



Al finalizar los cursos, los preparatorianos cruzaban presurosos la calle para inscribirse en las carreras que ofrecían las escuelas superiores; entre las más favorecidas, las de Jurisprudencia y Medicina. San Ildefonso núm. 28, esquina Relox (hoy República de Argentina), ca. 1911.

IIISUE.AHUNAM.CU-2706.1

Porfirio Parra, discípulo directo de Barreda, memoria respetable en muchos sentidos, [pero que] ya no era más que un repetidor de su tratado de Lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma.⁷

Lamentaba igualmente que Justo Sierra, “el mejor y mayor de todos”, había abandonado la cátedra por la dirección de la enseñanza, tarea en la que lo acompañó Ezequiel A. Chávez, otro maestro notable. Se refería, sin duda, a sus respectivos cargos como secretario y subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Los jóvenes del Centenario se inclinaron evidentemente hacia el conocimiento de la historia en todas las disciplinas, aunque notoriamente a las letras.

No era el derrumbe aún de la enseñanza preparatoria, pero “los antiguos positivistas, ahora reunidos en colegio político bajo el nombre de ‘Los Científicos’”, eran dueños de la enseñanza superior [...].

Alfonso Reyes denominó la Generación del Centenario a quienes coincidían en la vida universitaria y en la de las letras, quienes deambulaban por los patios de San Ildefonso. Escuela Nacional Preparatoria, ca. 1913.

IISUE.AHUNAM.EACH-0326



Al final de los cursos, los preparatorianos cruzaban rápidamente la calle para inscribirse en las carreras:

No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencias para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario. La opinión lo esperaba todo de los abogados.⁸

En el Centenario todos los estudiantes se concebían llamados a entenderse en los deberes públicos, concluía.

Apenas se había reelegido Porfirio Díaz en 1904, no sin dificultades, frente a las recias figuras de Bernardo Reyes y José Ives Limantour, inaugura el periodo presidencial de seis años y restablece la vicepresidencia. El cambio político ponía en evidencia el desgaste de ese sistema. No obstante, la vida social en las postrimerías del Porfiriato mostraba dinamismo y la crisis económica aún no se manifestaba.

En 1906, los mineros de Cananea, Sonora, emprendieron un movimiento por reivindicaciones salariales que dejó un saldo importante de víctimas. Al año siguiente, en Río Blanco, Veracruz, los trabajadores textiles comenzaron una lucha semejante con iguales resultados. Ni las empresas ni el régimen cedieron. En esa coyuntura, el 31 de marzo de 1906, Alfonso Cravito y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil, con un nombre que Alfonso Reyes consideró “absurdo”: *Savia Moderna*. Cerca de su redacción se encontraba la librería de la viuda de Charles Bouret, la papelería de José Brillanti, en la esquina con el callejón de Santa Clara, la fonda La Estrella de oro y enfrente la redacción del diario anticlerical *El combate*.⁹ Desde el local se:

abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.¹⁰

Todos los integrantes contaban con un título profesional o estaban por adquirirlo, la mayoría de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Entre otros, se contaban Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Eduardo Colín, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Reyes, Emilio Valenzuela y Ángel Zárraga. Del numeroso grupo, sólo cinco eran capitalinos.

Cuando *Savia Moderna* debía cumplir un año, apareció lo que pretendió ser una segunda época de *Revista Azul*; los “savios” llamaron a su impulsor, Manuel Caballero, un aficionado,¹¹ y rechazaron su propuesta de reaparecer la publicación que Manuel Gutiérrez Nájera mantuvo entre 1894 y 1896, pero con el objetivo contrario de atacar las libertades de la poesía. “La juventud se indignó y organizó un acto de protesta”, según el *Diario* de Pedro Henríquez Ureña.¹² Caballero gozaba de mala fama, en parte por haber estado supuestamente involucrado en el duelo entre Irineo Paz y Santiago Sierra, a quien le costó la vida. Entonces su hermano Justo era director interino de *La Libertad* y apoyaba a García de la Cadena, y Paz, desde *La Patria*, estaba por la candidatura de Manuel González para la presidencia en 1880.

Eso explicaría el apoyo que Sierra dio a los estudiantes que protestaban por la acción de Caballero,¹³ y que convocaron a una manifestación para defender los principios de la revista original. En masa, los estudiantes acudieron en desfile por céntricas calles. El 17 de abril inició con el desagravio a Gutiérrez Nájera en el jardín de La Corregidora. Los organizadores Alfonso Cravioto, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas y Jesús T. Acevedo, fueron secundados por los alumnos de las escuelas de Jurisprudencia, Minería, Medicina, Conservatorio, Bellas Artes y la Preparatoria. Llegaron a la Alameda, en cuyo quiosco se dijeron versos y arengas. “Alzamos por las calles la bandera del arte libre [...] Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defendernos hasta con los puños”.¹⁴ La manifestación concluyó en el Teatro Arbeau¹⁵ con el grito de “¡Vamos hacia el porvenir!”.

En un viaje a Europa, Cravioto canceló la *Revista Moderna* y Jesús T. Acevedo congregó a algunos de sus

miembros en su taller y se fundó la Sociedad de Conferencias y Conciertos para tener trato directo e intercambios con el público; el primer ciclo ocurrió en el Salón Blanco del Casino de Santa María, en la calle de Flores número 1. Un lugar excepcional por estar dentro de un moderno desarrollo urbano, rodeado de casas que albergaban a estudiantes, y muy cerca del Tivoli del Eliseo, donde varios restaurantes y terrazas atraían a los transeúntes paseadores bajo las arboladas veredas. Aunque inicialmente no formó parte del grupo, se veía por allí a Martín Luis Guzmán, quien coincidió en la Escuela Nacional Preparatoria con Alfonso Reyes, también vecino de la colonia cercana al Casino, en donde además estaba la casa del abogado Antonio Caso, otro de los miembros de la sociedad, que pronto conoció el liderazgo del escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña. Justo también en ese mismo año de 1906, se inauguró en la Alameda de Santa María el Instituto de Geología, y muy cerca, el Palacio de Cristal para exposiciones artísticas e industriales.¹⁶

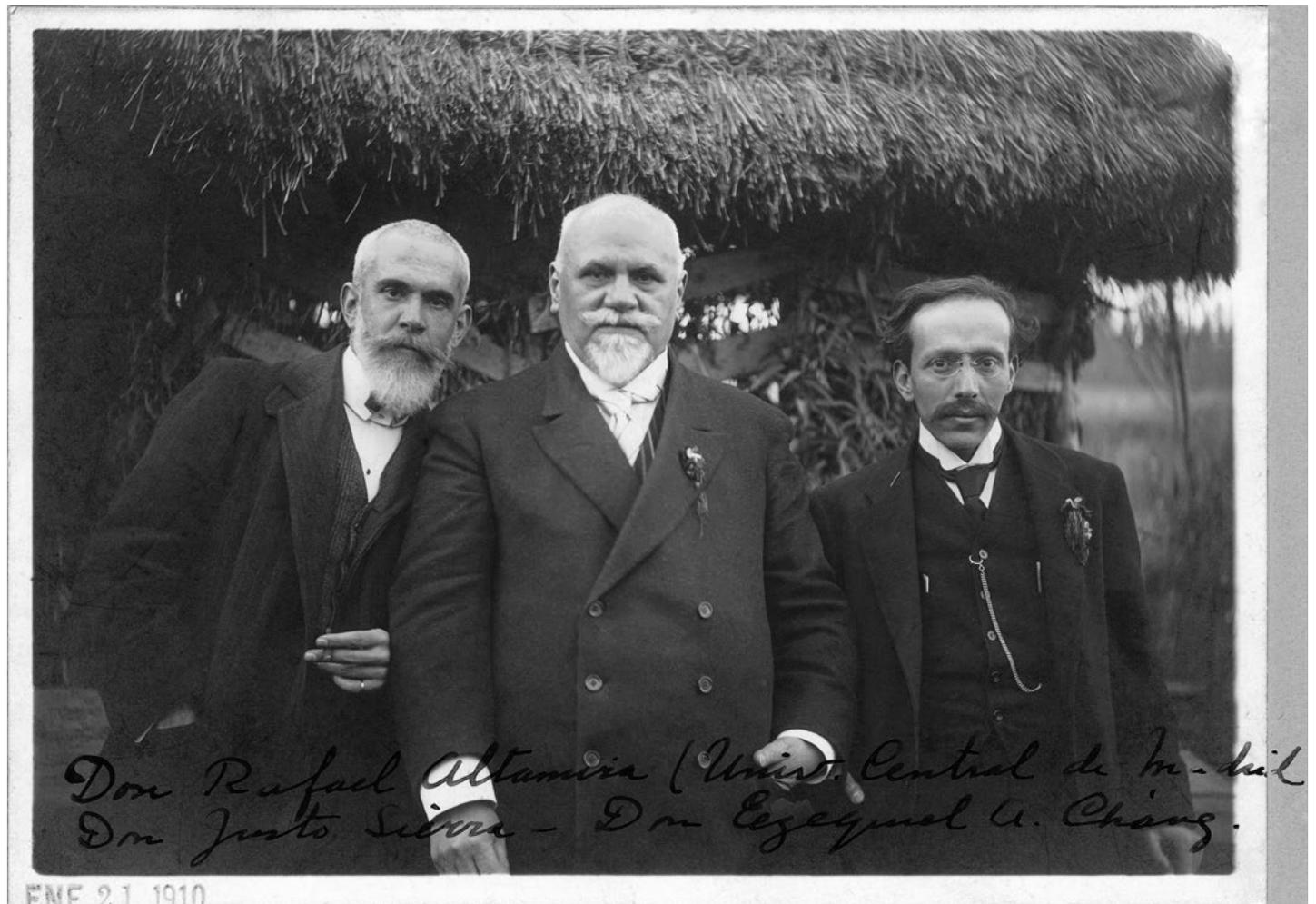
La Santa María congregó a aquellos que albergaban móviles intelectuales que asistían a escuchar, además de los mencionados, a Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Nemesio García Naranjo, Roberto Argüelles y al resto de los integrantes de la sociedad.

ACTIVIDADES SOCIALES

La colonia Santa María fue una suerte de prolongación del *barrio universitario*. Allí vivían las familias Caso y Fabela, también por allí se encontraban las casas de los hermanos Max y Pedro Henríquez Ureña. Asimismo, se hallaba en esa demarcación, en la calle de Flores, la residencia de Rodolfo Reyes, adonde asistían con frecuencia su hermano Alfonso y su padre, el general Bernardo Reyes. Muy cerca, en la Guerrero, estaban las de Marcelino Dávalos y de Ignacio y Luis Castillo Ledón.

El elegante Casino de Santa María no sólo albergó las actividades de la primera época de la Sociedad de Conferencias y de Conciertos, que enfatizó el rostro estudiantil de la colonia. Entre los acontecimientos de final del año 1907, se realizó allí la fiesta del colegio de la señorita María Esther Barona, que contaba entre sus alumnos al

“¡Vamos hacia el porvenir!” clamaban los estudiantes en una manifestación que concluyó en el Teatro Arbeu ante la presencia del ministro de Educación. Rafael Altamira (Universidad Central de Madrid), Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, 1910.
IISUE.AHUNAM.EACH-0138



nieto de Porfirio Díaz. Amigas del plantel interpretaron diferentes piezas al piano, que fueron muy aplaudidas por “un público inteligente y conocedor”.¹⁷ Sobre decir que los niños Díaz, Porfirio y Genaro, se hicieron acreedores a varios de los premios escolares y junto con los demás fueron recompensados con atronadores aplausos cuando se les otorgaban los reconocimientos.

Lo que fue considerada “primorosa fiesta infantil” culminó cuando los niños cantaron el Himno Nacional, junto con la selecta concurrencia, entre quienes destacaron las señoras Amada Díaz de la Torre, Luisa Raigosa de Díaz, Señora de Azcue y Señora de Anguiano. Entre los caballeros se encontraban don Ángel Anguiano, licenciado Pedro S. Azcue, el general Yarza, el capitán Porfirio Díaz (hijo), Mancera y otros más.

A las ocho y media de la noche del 3 de enero de 1908, en el salón de la Academia Metropolitana, tuvo lugar lo que se llamó una aristocrática velada literaria y musical, organizada por la junta central permanente del primer congreso nacional espiritista. Se interpretaron

varias piezas musicales, entre las que destacó *Berceuse* de Ricardo Castro, y fue dictada la conferencia *Los muertos viven*, por el señor César Morán.¹⁸

Las familias festejaban las fiestas marcadas por el calendario con el día de Reyes, y el licenciado Eduardo Escudero y su esposa recibieron a sus amigos en su residencia de la Villa para una agradable tertulia en la que se escucharon piezas musicales y fueron cantados algunos fragmentos de ópera, antes de proceder a partir la torta de Reyes. Luego siguió el baile hasta después de medianoche.¹⁹

Con igual motivo, el arquitecto Antonio Rivas Mercado dejó sus ocupaciones en la construcción de la Columna de la Independencia, para realizar un festejo por el mismo día. Fue lucido el convivio realizado en la residencia de Humboldt, propiedad de la familia; los asistentes cortaron la torta de Reyes y una buena orquesta amenizó el baile.²⁰ Tiempo después, la familia se mudó a la hermosa residencia de la calle de Héroe, cerca de la de Joaquín Casasús, en la colonia Guerrero.

Las fiestas continuaron porque muchas familias de esta capital fueron invitadas al baile de Reyes, en la noche del día 11, en el elegante y amplio salón de la Academia Metropolitana, muy concurrido y de gran lucimiento. Las numerosas invitaciones repartidas fueron firmadas por el ingeniero Sánchez Facio.²¹

VIDA ESTUDIANTIL

Las inscripciones escolares se realizaban en febrero y los cursos se iniciaban el 1º de marzo, de acuerdo con lo dispuesto por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, en cumplimiento de la ley de distribución del tiempo para las escuelas nacionales, expedida el 27 de diciembre de 1906.²² Los requisitos eran muy semejantes entre un plantel y otro, por ejemplo, la Dirección del Conservatorio Nacional de Música y Declamación establecía entre los requisitos para ser admitido haber obtenido la instrucción primaria elemental para los que quisieran cursar las clases de instrumentos, y primaria superior para inscribirse a cualquiera de las asignaturas que comprende la enseñanza de canto y declamación dramática. Y para los que iban a estudiar la pedagogía musical, además de la primaria superior, solfeo, teoría y dictado musical para instrumentista. La edad era también tomada en cuenta y las señoritas interesadas en estudiar solfeo, teoría y dictado musical para cantantes y canto, debían contar entre 16 y 22 años, en tanto que para los varones la edad debía fluctuar entre los 18 y 25 años. Aunque el director podría resolver en algunos casos.

Los alumnos, quizás en su mayoría, contaban con muy escasos recursos para sostener sus estudios, y acaso burlescamente se les reconocía como:

esos simpáticos bohemios á [sic] cuyo cerebro se confía el destino intelectual de la patria, esos alegres poetas sin saberlo ni quererlo que apenas tienen más riqueza que sus sueños, ó [sic] como se dice en lengua vulgar “ni en qué caerse muertos”.²³

Todo porque pretendían contar con una casa de estudiantes, que proponían fuese construida en San Ildefonso o en Santo Domingo, y que la demarcación pudiera llamarse el Barrio Latino de México. Allí se albergarían alumnos de la ciudad y de la provincia. Para

lograr tal fin, los solicitantes se reunieron con Justo Sierra y esperaban hacerlo con el secretario de Hacienda.

La preocupación era compartida en Guadalajara, porque se sabía que estaba por inaugurarse la Escuela de Altos Estudios, destinada a crear “verdaderos hombres de ciencia” y para hacer los estudios de especialidad se aludía a que los estudiantes debían ser pensionados por el Gobierno.²⁴ Las autoridades de los estados hacían lo propio y, por ejemplo, varios gobernadores se comunicaron con la Dirección de la Escuela Normal para Profesores, para pedir que se situaran en la Ciudad de México los fondos necesarios para pagar decenalmente a sus alumnos pensionados. La propuesta fue turnada a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, para su aprobación.²⁵

El gobierno apoyaba a jóvenes tanto en la Ciudad como en el extranjero, en diversos ramos de la ciencia y las artes. La de mayor número era la Escuela Normal para hombres, que contaba con 110 estudiantes pensionados, algunos a cuenta del gobierno federal y otros por los estados. El monto de los apoyos era de 30 pesos mensuales, y se reconocía que:

esta pensión no es muy espléndida, pero si es suficiente para que el estudiante atienda á [sic] sus necesidades más urgentes, y se otorga solamente á [sic] aquellos que por su conducta y su aplicación se han hecho merecedores á este beneficio.²⁶

El gasto total que se hacía en estas pensiones, ascendía a la suma de tres mil setenta y cinco pesos, solamente en este establecimiento, para estimular a los estudiantes en su carrera.

Pero las clases sociales no eran el problema en la Escuela Nacional Preparatoria si, como decía un diario: “Salvo raras excepciones en nuestras escuelas, por bendición de Dios, no existe la diferencia de clases”. Según la nota, “basta situarse a la puerta de la Escuela Nacional Preparatoria para ver que muchas veces salen cogidos del brazo, chanceando y bromeando, el hijo de un potentado y el de un artesano”. Añadía que las amistades han perdurado y estudiantes ricos, al término de su carrera, han protegido a los amigos pobres que tuvieron en la escuela.

Y aunque la visión del diario católico no era tan errada porque, en efecto, en la concepción republicana y liberal las diferencias de clase se diluían en las escuelas públicas, quería sacar provecho para su causa. Los jóvenes que se decían católicos, afirmaba, no eran bien vistos por sus compañeros y sufrían por sus creencias por lo que la teoría liberal del laicismo comenzaba a ser desmentida en sus escuelas.

Sin embargo, abundaban también las expresiones de una sociedad dividida socialmente: si se invitaba a una novillada, como apelando solamente “a las familias de nuestra buena sociedad” para celebrar un año nuevo, convocada por los antiguos alumnos del Instituto Científico, egresados de ese plantel que ahora ocupaban posiciones independientes y quienes formaron la agrupación conocida como “Junior Club”. Para la fiesta nombraron reinas a distinguidas señoritas.²⁷

En la vida estudiantil en esos años se ponía un fuerte énfasis en los concursos de todo tipo, entre las ciencias y las artes. El Concurso de Compositores Mexicanos convocado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, dispuso con el acuerdo de la dirección y profesores de la Orquesta del Conservatorio Nacional y del propio plantel auditar a las composiciones musicales premiadas en el certamen abierto por los profesores Julián Carrillo, José Barrada y Rafael J. Tello, de:

conformidad con las bases del concurso respectivo, que prescribe que las composiciones premiadas se ejecuten en el Teatro del Conservatorio, y que los productos que se obtengan, deducidos los gastos, se destinen a pensionar uno ó [sic] dos alumnos pobres, en las clases de Composición del Conservatorio.²⁸

Resultaron ganadoras las obras: *Sans Amour*, romanza, del señor Óscar Braniff; *Tol*, romanza por el señor Roberto Martín; *Lex Deux Cosura*, por el señor Alejandro Cuevas; y *Obertura*, por el señor Alberto Amaya. De los premios uno fue otorgado por el Ministerio de Instrucción Pública, otro por la casa Otto y Arzoz consistente en un álbum de las obras de Wagner; y el tercero, por la casa Wagner, una edición de las obras premiadas. Con el fin de dar a conocer las obras triunfadoras:

los organizadores del concurso dispusieron una velada para el miércoles 19 del actual, en el teatro del Conservatorio, en que se cantarán las tres primeras romanzas galardonadas, por el señor Roberto Martín y las señoritas Soledad Abaunza y Sofía Camacho. La orquesta de Conservatorio ejecutará la obertura del señor Amaya.²⁹

También la Sociedad de Profesores Normalistas convocó a un concurso científico para celebrar el aniversario de la iniciación de nuestra independencia:

Y fue usual igualmente la realización de competencias vinculadas con el deporte, aunque pomposamente se les llamó Juegos Olímpicos. Así sucedió con los que patrocinó el “Junior Club,” para efectuarse a partir del 1º de marzo; es decir, al comienzo de los cursos, sujetándose a los celebrados en Atenas. Entre los círculos *sport* que hay en México, así como entre un gran número de familias, reina inusitado entusiasmo por presenciar el espectáculo de referencia, por ser completamente novedoso.

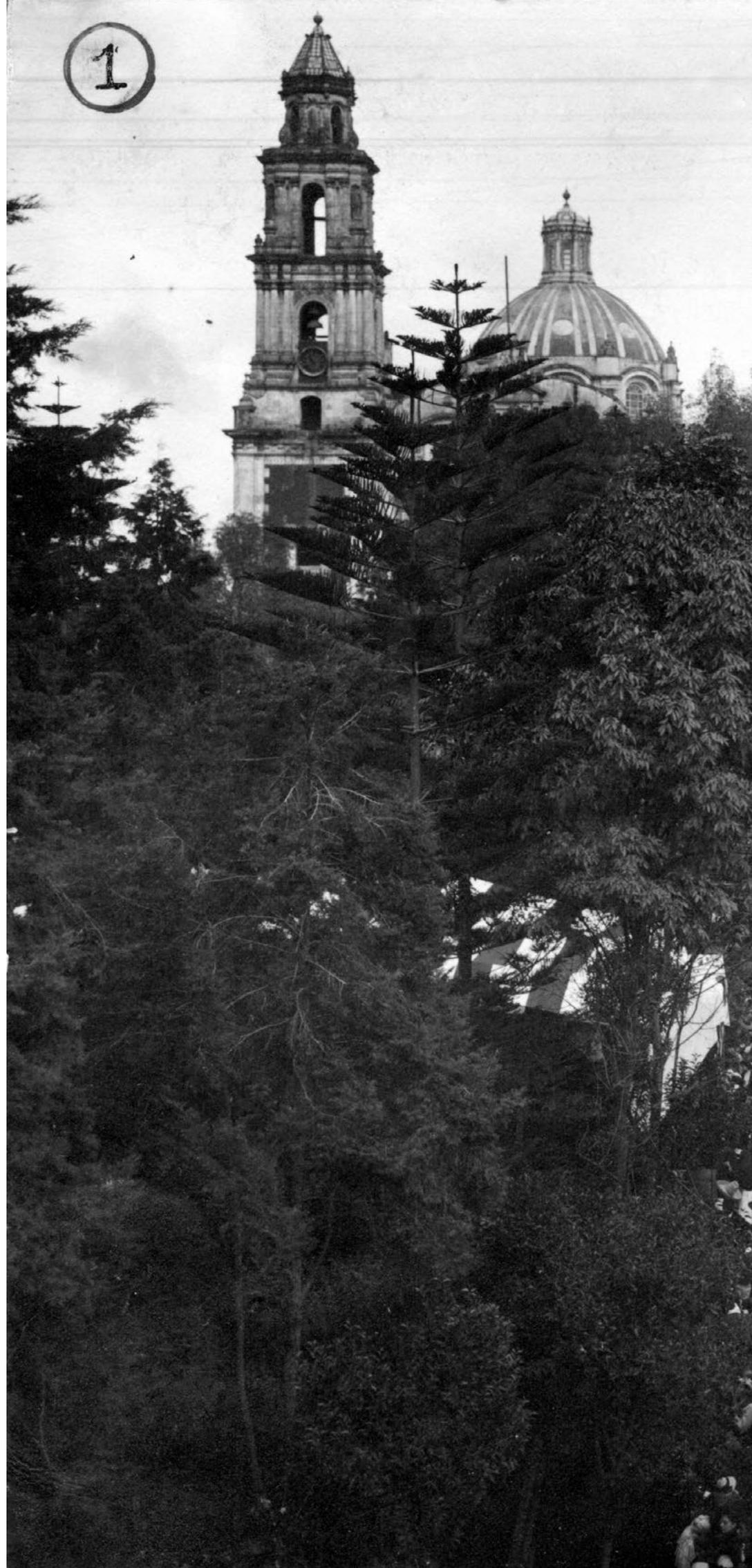
La idea fue retomada por las Juntas Patrióticas de las demarcaciones de policía porque fueron quienes organizaron los “Juegos Olímpicos,” que se efectuaron en la Alameda de Santa María: “con la asistencia de todo cuanto más bello y granado encierra esa aristocrática barriada, donde es fama, y por cierto bien conquistada, que habitan las jóvenes más bellas y distinguidas de la capital”.³⁰ Y los juegos se redujeron a carreras y el primer premio de velocidad correspondió al joven Juan Carvajal, logrado en empeñosa contienda contra nueve corredores más. En cambio, el Club Hércules fue derrotado en la carrera de una milla en bicicletas, aventajado por el señor Miramontes. Lo importante es que: “La fiesta había llegado a su apogeo, y una multitud inmensa llenaba todas las calles del jardín, haciéndose eco de la algazara general, y deleitándose con el exquisito programa musical que amenizaba la fiesta”.

Por su parte, los clubes de la Escuela de Medicina y de Agricultura,

mantenían *matches* en terrenos del último plantel, para lo cual fue usado el *stand* construido de fierro, teniendo una amplia gradería en la parte inferior, y en la

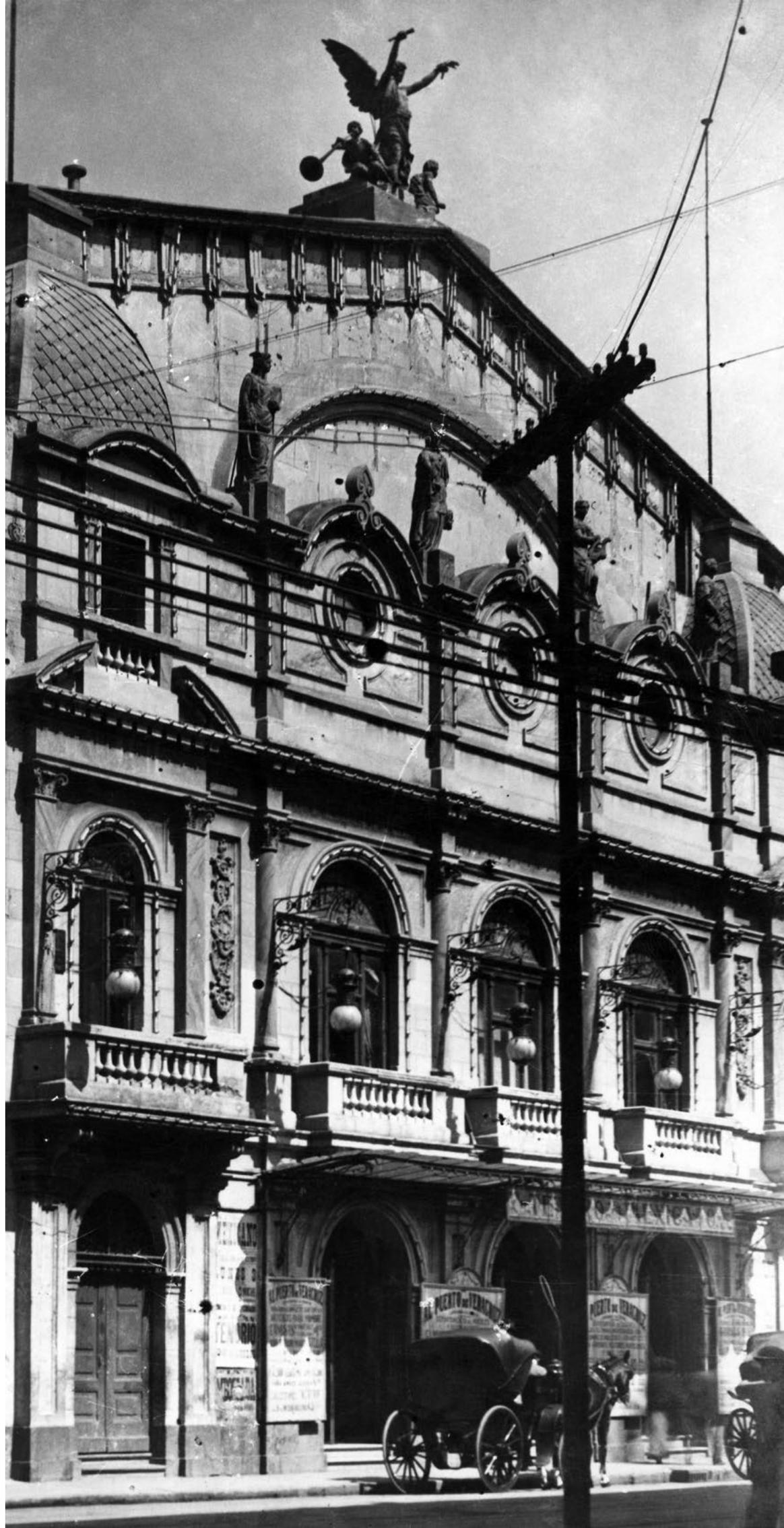
El tránsito era un reflejo de la bulliciosa vida citadina. Ex aduana de Sto. Domingo (vista de la actual calle República de Brasil), al fondo la Escuela de Medicina, ca. 1911.

© 0602-080-001 CONACULTA.
INAH.SINAFO.FN.MÉXICO.





DC11-80



Las compañías de ópera, como la del maestro Guerrieri, atraían al público culto que frecuentaba los teatros. Teatro Virginia Fábregas, en la calle Puerta Falsa de San Andrés (hoy Donceles), 1900.

© 653791 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

En el Lírico se imponían las zarzuelas, asimismo un numeroso público acudía a escuchar La Tempestad. Teatro Lírico, calle del Águila (hoy República de Cuba), ca. 1912.

© GDF. Secretaría de Cultura, Museo Archivo de la Fotografía.

superior un palco de honor. Los alumnos de agricultura estrenarán en este primer juego, uniformes verdes y negros, que les han sido donados por el Ministerio de Fomento.³¹ El gimnasio de la Escuela Nacional de Minería era uno de los sitios más frecuentados por los jóvenes al igual que el jiu-jitsu que podía practicarse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Otros, como afirmaba José Juan Tablada, buscaban el sexo fácil por los prostíbulos del rumbo. Algo frecuente, al grado que la Escuela Nacional de Medicina exhibía en vitrinas las evidencias para el escarmiento de los problemas de la salud que derivaban en la temible sífilis. Ya la novela *Santa* era una advertencia fundada sobre lo irremediable de los males de transmisión sexual. Por su parte, José Vasconcelos, uno de los estudiantes de más edad, corría en busca del noviazgo del día y Martín Luis Guzmán podía pasar horas frente a la ventana de la joven que se convertiría en su esposa.

Las excursiones también fueron frecuentes, más las que tenían un carácter educativo.

Hace algún tiempo que los alumnos de la clase de Zoología de la Escuela Nacional Preparatoria dirigidos por el profesor de la materia, hicieron una excursión escolar con el objeto de visitar las obras del desagüe del Valle de México, y en esa ocasión tuvieron oportunidad de admirar en el pueblo de Zumpango una numerosísima colección de huesos, algunos de gran tamaño, almacenados en varios departamentos destinados al efecto y recogidos cuidadosamente por los ingenieros que trabajaron en las famosas obras.

Todos esos huesos son fósiles y fueron extraídos de las excavaciones [...] Desde aquella visita, el profesor ha madurado la idea de utilidad que reportaría á [sic] la ciencia, si se hiciera una selección inteligente entre aquella multitud de restos fósiles y también entre los que, procedentes de los mismos yacimientos, existen diseminados en los gabinetes de algunos establecimientos nacionales de instrucción, como el Museo Nacional, el Instituto Geológico, la Escuela Preparatoria, la Escuela de Ingenieros, la Escuela de Agricultura, etc., pues entonces se sabría a punto fijo si sería posible armar esqueletos más ó [sic] menos perfectos de esos animales prehistóricos.³²

Entre las diversiones, los estudiantes contaban con una amplia oferta de teatros y cines en las cercanías.



Madame Eva Calvé debutó en el Teatro Arceu el 9 de enero de 1908 antes de actuar en Manhattan. Se esperaba a la trágica italiana Sinadi Lorenzo con su *troupe*, la afamada estrella que viajó en *La Navarre*, de la trasatlántica francesa, desde la Habana.

Una nueva compañía de ópera debutaría el día 15 del mismo mes en el teatro Virginia Fábregas, con el maestro Guerrieri como concertador, quien era bien conocido en México por sus cualidades artísticas. Igualmente, era esperada por su gran éxito la compañía que actúa en el Lírico y que pone en escena zarzuelas del género grande y que recientemente cantó *La Tempestad*, ante numeroso público.

Un variado programa se ejecutó anoche en el Teatro Circo Orrin para beneficio del popular y estimado maestro Gascón. Subió á [sic] la escena El Relámpago y hubo números de concierto a cargo de la señorita Ana María Sánchez y el barítono mexicano José Torres Ovando. Y en breves días se esperaba al popular

payaso Ricardo Bell, quien ha prometido traer una buena compañía americana de acróbatas.

Por la noche á [sic] las ocho y media se pusieron en escena en El Principal, la Fiesta de San Antón, La Marcha de Cádiz, Falsos Dioses (estreno), y Bella Lucerito.³³ Era frecuente que en los salones recreativos se intercambiaban funciones de teatro con el cinematógrafo. Así, en el Salón París en la calle del Coliseo Nuevo, debutó “La Bella Morita” cupletista y bailarina, llegada recientemente de España, y que tiene el gran mérito de no ofender á [sic] la moral, ni en sus cantos ni en sus bailes, porque la empresa cuida que “el selecto público” que noche á [sic] noche llena el elegante salón, formado en su mayoría de señoras, señoritas y niños, salga siempre contento y dispuesto á [sic] volver. Lo cual le hace digno de aplauso.

El Teatro Lírico, en el Coliseo de la Canoa, ha cosechado simpatía y noche á [sic] noche se le ve lleno de escogida concurrencia, que acude á [sic] aplaudir los constantes estrenos de vistas magníficas, que jamás ofenden a nadie, pues se tiene especial cuidado de que no se falte al respeto á [sic] la concurrencia. Cada día acude más público al Salón Montecarlo que siempre exhibe vistas muy escogidas y estrenos todos los días y los viernes se verifican funciones de lujo, con muy selectos y escogidos gramas [sic].³⁴

Un día de campo en Xochimilco, ha sido uno de los triunfos de la Fábrica de Películas Cinematográficas de Lillo y Compañía, que ha ofrecido maravillosas vistas. La precisión y fijeza de las figuras y la claridad con que están reproducidas hasta los menores detalles, hacen de esta vista un trabajo de primer orden.

En Salón Majestic, esquina San Francisco y Vergara, los concurrentes y las familias aristocráticas asisten animados porque la casa Lillo y Compañía, realiza tomas en sus reuniones y las programa en vistas relativas á sus festivales, á sus excursiones, á sus banquetes, etcétera. Es decir, que a la gente le gusta verse a sí misma en el cine. Y “A fuerza de mucho trabajo, esta casa ha podido ya cumplir con la gran demanda de pedidos que se le han hecho, y está actualmente tratando de aumentar su personal á fin de atender á su numerosísima clientela con mayor desahogo [sic]”.³⁵

Debido al gran interés que suscitaban entre los estudiantes estos espectáculos, la Sociedad Escuela de Ingenieros hizo arreglos con empresas y compañías para lograr la aceptación general de la tarifa de estudiantes para los días martes. Se lograron rebajas en la Academia

Metropolitana para los conciertos del Cuarteto de Bruselas, en el Teatro Fábregas, donde en la *tournée* del actor catalán Enrique Borrás se darían “los martes de estudiantes,” a precios especiales.

De la misma forma el gerente de El Toreo, inaugurado en La Condesa en 1907, ofreció una rebaja de cincuenta para la próxima temporada. En la zapatería de La Esmeralda se concedía para los estudiantes descuentos de un diez ó [sic] quince por ciento. También se propusieron rebajas en los ferrocarriles. Respecto á [sic] esta idea, algún otro grupo estudiantil reclamó haber tenido primero la idea. Es lo cierto que el proyecto fue sugerido con anterioridad á [sic] la Sociedad de Alumnos de Ingenieros, por el ingeniero Urquidi, quien había visto la implantada en Francia.³⁶ Como sea, algo usual, fue que los estudiantes que subían pasaban luego por las ventanas los boletos a quienes esperaban abordar.

Además de los numerosos teatros (Renacimiento, Apolo, Colón, Riva Palacio, María Guerrero), estaban otros lugares de entretenimiento como el Salón Flamand por la calle de La Profesa, el Bar Wondracek, la elegante fonda Fulchery, la Bella Unión, el Salón Buisson en el Portal de Mercaderes, Maison Dorée y el Hotel Iturbide en San Francisco, los billares Kraus en Gante y el Sylvain, en la calle de Coliseo Viejo, atendido por los propietarios, con sus platillos especiales como el filete de venado con puré de castañas. Sin duda un sitio al que no tenían fácil acceso los estudiantes, como sucedió también con el elegante restaurante Gambrinus en Plateros.

LOS CONFLICTOS ESTUDIANTILES

Entre el vicio y la virtud son los parámetros con los que la sociedad ha ubicado frecuentemente a los estudiantes, como si se tratara de exaltar sólo lo positivo porque el conflicto desconcierta y se prefiere enfatizar lo que se ve como natural de la vida estudiantil: estudios, paseos, fiestas, competencias, premiaciones, etcétera. Sin embargo, la población estudiantil ha reaccionado como otros sectores sociales con estímulos y respuestas. Si no, cómo considerar que en abril de 1908 se viera como “ejemplo poco grato” que los alumnos de la Escuela

Nacional de Ingenieros expresaran “independencia y energía”. Así se calificaba la inasistencia a clases y la firma de protestas por el plan de estudios de la preparatoria, cuando –según *El Imparcial*– era la de Ingeniería la carrera que se prepara de un modo especial porque en ese nivel se exigían cinco años de matemáticas. El asunto se desviaba a mostrar el desprecio con el que desde la Ciudad de México se concebía a la provincia, pues hacían esa crítica porque “no conocían los planes de estudio”, lo que confirmaba que se trataba de alumnos que no cursaron sus estudios en la preparatoria, sino en planteles en los estados.

El primer paso del director de la escuela, Luis Salazar, por indicaciones del secretario de instrucción, fue corroborar las firmas de quienes suscribieron la protesta. Al parecer el conflicto surgió cuando hizo separar de la institución a Miguel Alvarado, quien fungía como secretario de la escuela y era además un popular profesor desde su cátedra de Química. Fue por eso que los estudiantes en masa pidieron al ministro Sierra que no aceptara la renuncia para lo cual recibió a una comisión formada por los jóvenes Ignacio J. Medina, José Treviño García, Ignacio Díaz Soto y Gama, Enrique Zepeda, Eduardo Andrade, J. Vásquez Schiaffino, Benjamín M. Arroyo, A. Vera Escobedo y Santiago González.

Después se dirigieron al ministro de Comunicaciones, Leandro Fernández, para que interviniera en el asunto y ante la no resolución de su demanda, los estudiantes decidieron declararse en huelga. No entraron a clases y procuraron que otros alumnos los secundaran. Como respuesta, el ministro de Instrucción hizo cerrar la escuela porque, argumentó, debían hacerse algunos arreglos en el plantel y estaba próximo el periodo vacacional, prescrito por ley. Así que se esperaba que los alumnos regresaran a clases el 20 de abril, al término de las vacaciones. Un diario opinaba que era el “tiempo suficiente de refrescar un poco sus juveniles y juguetonas imaginaciones y de reflexionar que su actitud, en caso de seguir siendo hostil, estará en abierta pugna con la ley”.³⁷ Los estudiantes respondieron con una carta en la que afirmaban que perderían los cursos y, peor aun, que el cierre les impediría recibir los sobres con el

dinero enviado por sus familias para su manutención. El diario volvía a reaccionar:

¡Oh!, jóvenes alumnos, que en vuestros verdes años comenzáis con protestas y contraprotastas; más os valiera abrir los libros de texto, beber en ellos la ciencia que tanto anheláis [sic], y pagar á [sic] la casera”.

Y negaba que la suspensión de clases tuviera la trascendencia que querían darle los alumnos.³⁸

Sin embargo, no fueron sólo los aspirantes a ingenieros quienes se inconformaron por esas fechas. Los alumnos de la Escuela Nacional de Medicina no estuvieron de acuerdo con que, según la noticia aparecida en un medio, la escuela pretendiera solicitar a la Secretaría de Gobernación pasar a depender del Consejo de Salubridad. El diario en cuestión tuvo que responder a la comisión formada por los jóvenes Antonio Cabrera, Joaquín Rodríguez, Daniel Hernández y Manuel Jiménez Robles, que la especie sólo era un rumor infundado que habían propalado algunos periódicos.³⁹

Un asunto de relevancia académica se dio en la misma escuela, cuando los estudiantes del segundo curso de Patología Interna se negaron a que continuara impartíendola el doctor José Terrés y luego de dos mítines en el Juego de Pelota Leandro Valle, se formó una comisión para solicitar una entrevista con el doctor Liceaga para negociar con el ministro Sierra el retiro del galeno. Pero ni éste ni el director de la Escuela de Medicina aceptaron las peticiones de los alumnos.⁴⁰

En el interior de la escuela se fijó un anuncio en el que el Ministerio de Instrucción Pública hizo saber a los inconformes que quienes no asistieran al curso del doctor Terrés, perderían el derecho a reconocimiento y a exámenes en todas las asignaturas de año. Aparentemente la amenaza no surtió efecto porque de más de 90 alumnos sólo seis se presentaron. Ellos fueron Severo Garduño, Agustín Manzanera, Enrique Orvañanos, Felipe Pérez, Antonio Resendiz y Francisco Quevedo. Como el primero era sobrino del secretario de Gobierno del Distrito, hizo circular el rumor de que cuando sucedió algo semejante en la Escuela de Ingeniería, se había dictado orden de captura para los estudiantes, y

lo mismo podía suceder en Medicina. Los disidentes calificaron de “mochos” a quienes asistieron al curso.⁴¹

No obstante el temor porque el conflicto se incrementara:

la solución que ha encontrado el señor Ministro Sierra a esta dificultad estudiantil no lo acredita como pedagogo, porque se ha pretendido humillar á [sic] la juventud y no se han eliminado las causas de descontento.

Y el diario opinaba:

Para obrar con acierto debía haberse permutado al doctor Terrés por otro profesor de Patología, ciencia de la cual hay dos asignaturas, quedando así cohonestados los deseos de los estudiantes, el principio de autoridad y la conveniencia del propio Doctor.

Y concluía:

En el remoto caso de que cediendo a la fuerza de la pena impuesta por el Ministerio, los alumnos vuelvan á [sic] la clase de Patología, no deberán tomarse en cuenta como faltas los días en que maestro y discípulos han dejado de asistir.⁴²

Junio de 1908 no tenía buenos presagios si desde los primeros días los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria discutían la propuesta del director del plantel, el licenciado Joaquín D. Casasús, para eliminar a los prefectos y dejar a cargo de la vigilancia y del orden a una junta de honor, compuesta por alumnos distinguidos, elegidos por mayoría de votos. Para los alumnos, el problema era que la propuesta los convirtiera en “espías y jueces de sus compañeros”. Tal fue la razón por la que el director comisionó a los alumnos Reyes McGregor, Manuel Sierra y Eduardo Baz para exponer los argumentos que le habían solicitado. Hacia las cuatro de la tarde comenzó el acto en el que los alumnos comisionados fueron silenciados con ruidosos silbidos por sus compañeros. Los argumentos en contra los dio José Pallares, proponiendo se desechara la propuesta del director por “impropia é [sic] inútil”. Para Hipólito Olea el plan presentado por el director no era sino “un ladrillo babilónico imposible de

comprender”. El asunto terminó en una sesión interminable de protestas contra el plan. La reunión concluyó cuando se ofreció que la dirección presentaría bases escritas a la brevedad.⁴³

Por un escándalo en la conferencia de Historia en la Escuela Nacional Preparatoria algunos alumnos incurrieron en “incorrecciones” que provocaron la decisión de las autoridades de expulsarlos del plantel. Fueron señalados como promotores del escándalo Carlos Aceves, Ciro Garcés y Genaro y Ángel García Núñez, estos dos últimos hijos del Licenciado Pascual García, redactor de *El País*.⁴⁴ La medida fue drástica porque a los días siguientes se colocó en la entrada de la preparatoria el siguiente comunicado:

Esta Secretaría encarga a esa Dirección que se sirva prevenir á [sic] los alumnos que concurren al Establecimiento de su cargo: 1º que todo alumno que tome parte en cualquier manifestación que se haga, sea contra un profesor, sea contra un Director ó [sic] contra cualquier autoridad pública ó [sic] escolar, ya sea en el recinto de una Escuela ó [sic] ya sea fuera de ella, será castigado con la pena de expulsión temporal ó [sic] definitiva, según las condiciones de su falta; 2º que todo alumno que impida que otros alumnos asistan a clase, será separado definitivamente de la Escuela, según el caso, y 3º que los alumnos de una Escuela que vayan á [sic] otra con el objeto de incitar porque se efectúe algún tumulto con objeto de tomar parte en cualquier manifestación contraria á [sic] la disciplina, serán castigados con la misma pena de expulsión definitiva.⁴⁵

La fricción que se había manifestado ya en la Escuela de Medicina, aunada a la de la de la Escuela Nacional Preparatoria, mostraba los desacuerdos entre los estudiantes y el ministro Sierra. Fue autoritaria la decisión tomada de prohibir en la primera cualquier manifestación hostil contra profesores en el aula o en la calle; se trataba de prescripciones orientadas a impedir la protesta y la obligación de los alumnos insatisfechos a acudir al curso del profesor rechazado. Y respecto de la preparatoria, aparecieron en *El País* dos cartas del alumno expulsado, Genaro García Núñez y una más dirigida a



Alumnos de las escuelas de Ingeniería y de Bellas Artes en un desfile por la avenida Juárez durante el Congreso Estudiantil, 18 de septiembre de 1910.

© 35958 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

El Diario. En ellas desmentía a la dirección de la escuela por haber asegurado que los alumnos mencionados hubieran sido los causantes del escándalo y argumentaba:

[...] puedo atestiguar con toda verdad que mi hermano Don Ángel García Núñez no tomó parte en la manifestación contra el señor Sierra, en la noche del jueves 11 del actual; que mi compañero Don Ciro Garcés es enteramente extraño á [sic] todo lo sucedido pues no asistió á [sic] la conferencia, ni siquiera estuvo en la Escuela desde la una de la tarde, que se retiró de allí; y, sin embargo, se los expulsa por haberse jactado hechos que no han cometido. En cuanto á [sic] Don

Carlos Aceves, tampoco puede decirse se haya jactado de falta alguna, pues sólo se le acusa de no haberse levantado de su asiento al entrar en el salón el señor Sierra; es decir, se le castiga por una falta de cortesía, expulsándoles delestablecimiento donde se le enseña menos; castigo, á [sic] todas luces, verdaderamente desproporcionado.

A mí se me expulsa por haber ejercitado un derecho que me concede la Constitución Federal (artículo 6º) en un *meeting* que tuvimos en la misma Escuela el sábado 13, y en que un alumno, miembro de la Sociedad subvencionada “Criterio y Carácter,” á [sic] que he tenido la honra de no pertenecer nunca, nos llamó canallas á [sic] los que no reconociéramos

como padre intelectual al señor Sierra; y yo, que ni soy ni quiero ser de los que le reconozcan como á tal, protesté contra semejante apreciación.⁴⁶

El alumno agraviado continuaba en su carta, era de extrañar que el director de la Escuela Nacional Preparatoria, quien se definía como profeso de la “religión de la humanidad” deje a un lado los principios de justicia y “se nos ha expulsado sin oírnos; sin que se nos haya llamado por las autoridades de la escuela para esclarecer los hechos”; y sin escuchar tampoco a los prefectos, la secretaría hubiera expulsado en forma definitiva a los alumnos. En consecuencia, el diario opinaba que el asunto no honraba al ministerio porque los juicios del alumno García Núñez resultaban veraces. Concluía recomendando a la secretaría ser más consecuente con los estudiantes.⁴⁷

Parecía una coincidencia con lo postulado por los estudiantes de *Savia Moderna* cuando alguno de ellos afirmaba la pérdida de la fe positivista por otros descubrimientos filosóficos, por ejemplo, el pensamiento de Nietzsche. Sin igual sofisticación, los estudiantes expulsados renegaban de la paternidad intelectual de Sierra, algo por demás escandaloso por todo lo que representaba el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

MANIFESTACIÓN EN DEFENSA DE GABINO BARREDA

En los primeros días de enero de 1908, *El Tiempo* comenzó a publicar por entregas una crítica del doctor Francisco Vásquez Gómez sobre asuntos relativos a la eficiencia de los estudios en la Escuela Nacional Preparatoria. Su director, Porfirio Parra, quien además impartía la cátedra de lógica, le respondió porque su crítica sería saboreada por la prensa clerical contraria a quienes profesaban las ideas liberales. Se le censuró a Parra no haber incidido en el asunto principal que era “demostrar el carácter netamente educativo del plan de estudios de la preparatoria, demostrar que los programas no son abrumadores, demostrar que la moral no ha sido desterrada de la escuela, demostrar que la educación preparatoria no es perseguidora de creencias religiosas. [...]”⁴⁸

Vásquez Gómez había ofendido con la frase: “la preparatoria instruye, no educa”.

Sus juicios habían sido todavía más intrépidos al afirmar que:

los supuestos niños de la preparatoria nada han aprendido, y que su inteligencia está en blanco como una hoja de papel en que nada se ha escrito. No es exacto; los supuestos niños de la preparatoria se han sometido durante seis años al régimen de instrucción primaria, llevan ya en su espíritu un acopio no despreciable de verdades matemáticas que han adquirido por la vía de los sentidos, y elaborado por sencillos procedimientos de generalización.⁴⁹

En la misma respuesta, Parra contraatacaba refutando la crítica de que la lógica había sido arma de combate contra la creencia religiosa, pero la “lógica no es teología; no tiene que ocuparse de la verdad revelada, ni puede favorecer un credo religioso con detrimento de otro”.

El problema era contra la enseñanza de una materia marcada en el plan de estudios de la preparatoria, que entonces fue criticado por los medios. Parra ponía como ejemplo contra la prensa clerical las palabras de “un católico irreprochable”, Rafael Ángel de la Peña, quien escribió acerca de la obra realizada por don Gabino Barreda en la preparatoria: “Exponiendo el que suscribe, en uno de sus opúsculos, como la uniformidad de los estudios preparatorios ejercita y perfecciona todas las facultades intelectuales”.⁵⁰

Se impuso entonces un desagravio a la Escuela Nacional Preparatoria y a Gabino Barreda, su creador, según propuesta de varios grupos estudiantiles. El eminente y respetado científico había muerto el 10 de marzo de 1881 a los 63 años. La ceremonia luctuosa se había realizado en la biblioteca de la Escuela Nacional Preparatoria, con la asistencia de alumnos y profesores. Tocó entonces a Justo Sierra pronunciar la oración fúnebre. Así que la figura de Gabino Barreda estaba asociada indisolublemente con la vida universitaria, como para que en 1908 se aceptaran las críticas adosadas contra el ilustre pensador por el doctor Vásquez Gómez, médico de cabecera de Porfirio Díaz, que a nadie pareció

preocuparle. Se consideró que el profesor de la Escuela de Medicina, había sido acompasado por la prensa clerical en las críticas contra la Escuela Nacional Preparatoria que, ciertamente, como apuntaba Alfonso Reyes, pasaba por un momento crítico, pero no se aceptaría que la juventud dejase de ser educada en las ideas liberales que Barreda impulsó. El asunto provocó la convocatoria de una manifestación en apoyo al insigne personaje para el 22 de marzo de 1908:

Os invitamos cordialmente á [sic] colaborar con nosotros en la conmemoración de la labor trascendental que completó la campaña civilizadora iniciada por los hombres de la Reforma y la Restauración; á [sic] la demostración ostensible de que esta sociedad tiene conciencia del valor de la empresa acometida por los claros varones á [sic] quienes debe las ideas directas de su evolución contemporánea.⁵¹

Las críticas de Vásquez Gómez probablemente no estaban orientadas en el sentido puramente ideológico que se le atribuyó porque en la respuesta se le decía:

¡No! La Preparatoria no ha fracasado, como dice, sin el menor fundamento, su acre detractor; ha correspondido a la confianza de la nación y á [sic] la liberalidad del gobierno actual, formando y educando, no sólo á [sic] dos ó [sic] tres, sino á [sic] una falange, á [sic] una legión, a un ejército de verdaderos hombres, de personalidades de carácter recto, inteligencia culta, honorabilidad sin tacha, y, en suma, de mentalidad selecta.

Acusaba el crítico a quienes desearían retroceder en el grado de nuestra civilización y se preguntaba: “¿A dónde se han ido los hombres que han formado la Escuela Nacional Preparatoria? Esos... Viven disputándose un empleo; aumentando la clientela de los empeños y las cantinas; esos... van al día, pero no se molestan...”⁵² La manifestación de desagravio debía ser de grandes dimensiones, así que fue programado un mitin en el Teatro Circo Orrin, situado en la Plaza Villamil, y una velada en el Arbeu, en la que intervendrían los licenciados Rodolfo Reyes, José María Lozano y Francisco M. Olaguibel y el estudiante Alfonso Trejo. Se esperaba también la presencia del gran poeta Salvador Díaz

Mirón, a quien una comisión fue a invitar hasta Veracruz, pero no asistió. Eso sí, los convocantes contaron con el apoyo de las autoridades. Se anunciaba también para frenar a “los enemigos del credo liberal”, los arreglos entre la comisión organizadora y el Ayuntamiento de México, la realización de la idea aprobada ya por el Cuerpo Concejil, de dar el nombre de Gabino Barreda a una de las plazas de las nuevas colonias,⁵³ lo cual no sucedió.

Los actos en honor de Barreda no fueron meramente estudiantiles, tomaron parte en ellos varios funcionarios públicos y personas que habían iniciado sus estudios en el plantel fundado por el gran positivista. La manifestación del domingo 22 de marzo resultó de enorme interés, porque demostró “que el verdadero mérito no pueden nunca eclipsarlo el egoísmo y la intransigencia de la pasión sectaria”.

Destacaron entre los que tomaron la palabra en el Teatro Arbeu, la voz de Enrique Rodríguez Miramón, para quien “La evolución ha sido segura contra todas las oposiciones de los grupos retrógrados, de horizontes estrechos y de poca nobleza intelectual”. Por su parte, “Hipólito Olea se concretó a desahogar los ardores de su juventud contra el clero”. El licenciado Rodolfo Reyes habló de política interior y de la internacional aludiendo al expansionismo de Estados Unidos de América, y vertió conceptos elogiosos para la obra de Barreda.

Algo debió aflorar en el discurso de Reyes como para que se generara un fuerte escándalo, porque el diputado Rosendo Pineda publicó una carta en *El Imparcial*, para contrarrestar sus opiniones. No se consideró afortunada la réplica de Pineda, por lo que se sostuvieron los razonamientos del señor Reyes en cuanto a sus teorías sobre la conciliación y reconciliación de que habló Pineda en su discurso de 1902 ante la tumba de Juárez. Éste:

hacía mal en pretender que el partido liberal olvidara los ultrajes como el de acusarlo de traición á [sic] la Patria. No habrá recrudescencia, pero tampoco podía darse esa hermandad que forma la base de los inicios del señor Pineda.

El Partido liberal ha triunfado del clericalismo sin pedir un ápice de misericordia á [sic] su adversario, y

es en pretensión risible darle preponderancia á [sic] éste porque es ya un elemento que en lo político sólo envuelve descrédito para el patriotismo nacional.

Sin embargo, de la fiebre informativa que dominaba en *El Imparcial*, órgano oficioso pagado, y *El Diario*, hoja oficiosa sin subvención, ninguno de ellos pudo (quiso) tomar exacta nota del discurso del señor Reyes; pero lo hizo *El País*, aunque con algún temor a la “enfermedad psicológica” que nos aqueja.

Los actos de desagravio concluyeron con una velada en el Teatro Virginia Fábregas, con la conclusión del discurso de Justo Sierra, el mismo orador que 27 años atrás participara en el funeral del pedagogo. Sierra elogió la explicación científica de Barreda y el empleo de la metáfora “todo es luz”, referida al saber. Llamó “efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia” a los estudiantes presentes y calificó la obra de Barreda de casi un “ideal religioso”, y lo llamó fundador de la Escuela Preparatoria “piedra fundamental de la mentalidad mexicana”. Su explicación subrayaba:

Al triunfar la República, Juárez y Barreda se entendieron y desapareció como por ensalmo toda reliquia escolástica, toda filosofía de rutina, todo vestigio de la pseudo-ciencia [sic], que fue el azote de las enseñanzas de segundo grado durante los siglos coloniales, y que sobrevivía a sí misma.⁵⁴

En su alocución, Sierra consideró a Barreda creador y divulgador de la filosofía positivista. Tomaba prestada una frase a otro pensador de la época, para entenderlo más cabalmente: “Los positivistas son los últimos idealistas del saber; en ellos se encarna la conciencia intelectual de nuestro siglo”.⁵⁵

En resumen, la manifestación en el Teatro Virginia Fábregas fue un testimonio irrecusable de que los méritos del maestro Barreda vivirán eternamente en el corazón “de la juventud que se educa y de los hombres que han cooperado con sus luces á [sic] la solidaridad y firmeza del porvenir nacional”.⁵⁶ Y entre ellos, por supuesto, se encontraban los porfiristas.

Alfonso Reyes, con la ideología de los miembros del Ateneo, que reaccionaban oponiéndose al positivismo acaudillado por Antonio Caso, quien se contó entre

los asistentes, relató cómo los estudiantes decidieron honrar la memoria de Gabino Barreda debido a los ataques emprendidos por los conservadores del diario *El País* en contra de la Escuela Nacional Preparatoria. Sin embargo, apenas presenció el acto a su llegada, el mismo día, de Monterrey. Concluyó que en la manifestación emergió algo como “la expresión de un nuevo sentimiento político”. Con la reflexión que permite el tiempo, vio que el periódico del régimen no pudo entender a aquellos descarriados del positivismo que, no obstante, mostraron su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Según él: “fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen”.⁵⁷

LA POLÍTICA

Por todo el país aparecía la agitación política por las próximas elecciones presidenciales, porque ya se había demostrado en las de 1904 que las circunstancias podían cambiar. Obreros, campesinos y artesanos se movilizaban creando clubes políticos. Los estudiantes no podían eludir la treintena de años de la dictadura y la tentación de sumarse a los grupos que proliferaban para apoyar a alguno de los líderes en la contienda, al comienzo fue principalmente para apoyar la reelección de Porfirio Díaz y de Ramón Corral en la vicepresidencia. Varios estudiantes se adscribieron de inmediato al reeleccionismo.

Poco importaba la reciente entrevista entre Díaz y Creelman, en la que el primero se expresó en favor del cambio y de dejar la silla presidencial. Para el 2 de abril de 1909, fecha emblemática que recordaba el triunfo de Díaz contra los ejércitos de Napoleón *El Pequeño*, su candidatura fue proclamada en una reunión en el Teatro Virginia Fábregas. Entre los oradores se contaron Antonio Caso, Nemesio García Naranjo, Miguel Lantz Duret y José Castellot. De allí, una comisión se dirigió al Palacio Nacional para comunicar la decisión al presidente. Ya por la noche, se agasajó a los delegados en el Circo Orrín; allí García Naranjo inició los discursos pidiendo sujetarse a las “prácticas democráticas”. Martín Luis Guzmán hablaría más adelante en favor de la vicepresidencia de Corral, y Caso tendió a la neutralidad para no ofender a su amigo Alfonso, dada



Las actividades de los estudiantes eran constantes en la Escuela Nacional de Ingenieros. Edificio de calle de Tacuba, ca. 1910.

© 33400 CONACULTA, INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

la incomodidad por la postulación presidencial de su padre, Bernardo Reyes.

Los clubes en favor del general Bernardo Reyes, es decir de los antireeleccionistas, suscitaron un fuerte entusiasmo estudiantil en el comienzo de la campaña. Sólo más tarde surgió la candidatura de Francisco I. Madero, acompañado en su primera fórmula por el doctor Francisco Vázquez Gómez que, por pasadas reyertas, resultaba obvio que no era del agrado de los estudiantes.

Isidro Fabela aprendió en la escuela de Jurisprudencia, en los cursos del licenciado Rodolfo Reyes, el más comprometido con las pretensiones de su padre, que Porfirio

Díaz era el primer infractor de la Constitución; sus amigos, como José Vasconcelos, Eduardo Colín y Alfonso Cravito, lo incitaron a buscar otros estímulos intelectuales.⁵⁸ La nota inicial la dieron los estudiantes de Guadalajara cuando su filiación revista les hizo enfrentarse durante junio de 1909 contra el Club Reeleccionista, generando fuerte agitación asociada con las reformas a los reglamentos de las escuelas profesionales y de la preparatoria, destinados a impedir la participación de los alumnos en asuntos políticos. En la Escuela de Medicina de esa ciudad se reunieron varios estudiantes para formar un Club Independiente y acordaron ir a la capital de la República con el fin de

entrevistarse con el presidente y pedirle garantías para su actividad antireeleccionista.⁵⁹ Los encuentros callejeros motivaron la aprehensión de varios estudiantes.⁶⁰

Díaz aceptó recibir a los estudiantes que le solicitaron audiencia, pero el tema fue la política de la expulsión de algunos estudiantes de los planteles por participar en política. El presidente les reiteró que todo sería resuelto por el gobernador del estado de Jalisco.⁶¹

El asunto trascendió en la Ciudad de México cuando los estudiantes jaliscienses fueron recibidos en el Club Central Reyista 1910, en la calle de Tacuba, en una sesión especial que presidió el licenciado José López Portillo y Rojas, uno de los líderes de ese movimiento. Hubo un representante por cada uno de los clubes reyistas de la capital. Todos participaron en un mitin y marcha por las calles de Tacuba, Betlemitas, 5 de Mayo, del Correo, hasta llegar frente al Hotel Sanz, en donde se efectuó un banquete ofrecido a los estudiantes visitantes. Los grupos de estudiantes locales les acompañaron a lo largo del recorrido.⁶²

Los alumnos Ramón Blancarte, M. Medina Hermosillo y Guadalupe González habían sido recibidos a su arribo a la Estación Central que venían a protestar porque en Jalisco les cerraban las puertas de los estudios a los partidarios de Reyes. *El Diario* opinaba que el presidente les daría audiencia, si se la da de inmediato a “cualquier salchichero yankee”.⁶³ Fueron recibidos por el Club Reyista Estudiantil de la Capital y en el Salón de Tacuba, el estudiante Gonzalo Zúñiga les dio la bienvenida. Un estudiante de la Escuela de Bellas Artes los agasajó con emotivo discurso. Cabe mencionar que el presidente del Club Central Reyista en la capital era Emilio Vásquez Gómez, y fungían como secretarios Filomeno Mata, Paulino Martínez y José Vasconcelos; como vocales estaban Luis Cabrera, Octavio Bertrand, Bonifacio Guillén y Felipe Xochihua.

Luego los estudiantes capitalinos simpatizantes antirreeleccionistas los acompañaron en procesión hacia el hotel en que se hospedaron. Las señoritas les aplaudían desde los balcones. La nota discordante la dio *El Imparcial*, órgano oficioso del gobierno reeleccionista, “el único que se burló de la llegada de los estudiantes de

Guadalajara, haciendo alarde de defender y sostener los atentados e injusticias cometidos por los caciques que sostienen el centro”.⁶⁴

Como en San Luis Potosí, donde para hacer frente al reyismo, los estudiantes del Instituto constituyeron un Club Reeleccionista, en la capital se formó otro en el edificio de La Mexicana, en la esquina de San José del Real y Plateros. Allí se reunieron el 12 de agosto de 1909 estudiantes de las escuelas superiores y profesionales para constituir el club político para apoyar la reelección de Díaz y de Corral. La Mesa Directiva que se formó convocó a los estudiantes en general a sumarse a su iniciativa.⁶⁵ No extraña que fuera el diario del régimen el que diera la nota, quizás exagerada, frente al avance que entre los estudiantes tenían las otras fuerzas políticas, aunque notablemente para ese momento más el reyismo que el maderismo.

Así las cosas, Bernardo Reyes llegó a la Ciudad de México desde Monterrey, donde residía como gobernador de Nuevo León, para tener una audiencia con el presidente Díaz el 28 de septiembre de 1909 en el Castillo de Chapultepec. Tuvieron otra reunión al día siguiente; el resultado fue el regreso del procónsul del norte a presentar su renuncia y salir del país rumbo a Europa para llevar a cabo una comisión del Ejecutivo. De nuevo, como en 1904, la fidelidad a Díaz y a las instituciones dejaba a sus seguidores con un palmo de narices. El mismo Justo Sierra hubo de manifestarse en contra de la campaña de desprestigio contra Reyes. El “nido de reyistas” de la Escuela Nacional de Jurisprudencia comenzó a desestructurarse en beneficio del movimiento dirigido por Francisco I. Madero, cimentado con su libro *La sucesión presidencial en 1910* y que atrajo, entre otros, a Martín Luis Guzmán y a José Vasconcelos.

LOS ESTUDIANTES Y EL CENTENARIO

Desde septiembre de 1908 los estudiantes pusieron énfasis en las festividades de las fiestas patrias. Muy pronto hicieron arreglos para conmemorar el centésimo aniversario del fallecimiento de Francisco Primo Verdad, considerado el protomártir de la Independencia mexicana. Aunque su muerte fue el 4 de Octubre, se decidió

La Sociedad de Conferencias y Conciertos de 1907 fundó el Ateneo de la Juventud el 28 de octubre de 1909, bajo el liderazgo de Antonio Caso. © “Los del Ateneo. Temas de sus próximas conferencias”, en La Risa, 27 de agosto de 1910.

Casa Museo Alfonso Reyes,
Conaculta, INBA.

Los del Ateneo

Temas de sus próximas conferencias

Caricaturas de De la Vega

La Orla - 27 Agosto 1910



CASO
Hostos y Mostos



REYES
Nana



ESCOFETT
Cómo pienso. (¡Que aproveche!)



GONZALEZ PEÑA
La Invernizio, Yo y la Braemé



HENRIQUEZ UREÑA
El abuso de la H en la literatura. (¡¡Ache!!)



VASCONCELOS
No lo conocemos. (¡Ni nadie!)

First Dore.

hacerle el homenaje el 16 de septiembre, mismo que culminaría con una gran procesión de antorchas.

El Comité Patriótico Liberal, que año por año conmemoraba el aniversario de la muerte del Benemérito Licenciado Don Benito Juárez, expidió una invitación para todos los interesados en participar en la manifestación del 18 de julio de ese año, firmada por Félix Romero, Joaquín de Casasús, Carlos Pereyra, Manuel Flores, Agustín Aragón y Luis G. León.⁶⁶ La marcha fue encabezada por gendarmes del ejército, acompañados por la banda de policía. Seguían las principales escuelas del país: Conservatorio Nacional de Música, Normal de Profesoras, de Profesores, las Escuelas de Enseñanza Elemental y Superior, y los profesores y alumnos de planteles particulares.

El desfile tomaría el costado oriente del Zócalo, frente al Palacio Nacional, y seguiría después frente a Catedral por las calles de Plateros, San Francisco, Avenida Juárez, Patoni, Rosales, hasta entrar por el costado oriente del Jardín de San Fernando, donde reposan los restos del prócer.

El presidente de la República llegaría a la plataforma de honor y la Junta Directiva del Comité Patriótico pidió a las distintas asociaciones participantes nombrar solamente a dos o tres personas para entregar las respectivas coronas al representante de la familia del Benemérito y no interrumpir el orden establecido hasta salir por el lado de la Iglesia de San Fernando.⁶⁷

Fue imponente y majestuosa la procesión de manifestantes, que iba desenrollándose como colosal serpiente que se anillara en una variedad infinita de colores, á [sic] merced de los innumerables estandartes que flotaban sobre los grupos mutualistas, estudiantiles ó [sic] de obreros, que marchaban en comisión, dentro de la gran masa de manifestantes.⁶⁸

Las calles recorridas fueron empavesadas con banderas nacionales, plagadas con negros crespones, “y mientras en los consulados y oficinas públicas flotaba el pabellón nacional a media asta, en las ménsulas de la avenida Juárez, y como marcando el camino de la comitiva, rojos gallardetes flotaban orgullosamente sobre

escudos nacionales y banderas tricolores, en apretado haz de flores y colores”. Destacó la presencia de la Sociedad Fraternal Oaxaqueña, junto a los de las sociedades mutualistas y organizaciones obreras, portando flores y enormes coronas. Los estudiantes del Conservatorio Nacional de Música con sus profesores, los de la Normal, así como los de la Escuela de Enseñanza Elemental y Superior, “entre las que se encontraba un grupo de primorosas niñas, todas vestidas de blanco”. Cerraban el inmenso desfile:

los estudiantes de las escuelas [Nacional] Preparatoria, de Medicina, de Jurisprudencia, de Ingenieros, de Artes y Oficios, de Sordo Mudos y los marciales aspirantes, que con uniforme de gala, iban á [sic] la extrema retaguardia. Todos ellos se distinguían por los pendones que portaban de sus respectivas escuelas.⁶⁹

Una manifestación de antorchas fue realizada el mismo día para conmemorar al patricio en Oaxaca, su tierra natal. La congregación tuvo lugar frente al Instituto Científico Literario Porfirio Díaz, también nativo de ese estado. Ordenadamente y acompañada de la banda del estado, recorrió varias de las principales calles de la ciudad. Los estudiantes y los obreros –amigablemente acordes en sus sentimientos patrióticos– llevaban teas y farolillos encendidos. Varios jóvenes improvisaron alocuciones en loor del héroe de la Reforma, siendo escuchados y aplaudidos por el numeroso auditorio que se detenía a presenciar el desfile.⁷⁰

Más adelante se programaría para el 19 de septiembre, en el Teatro Arbeu, una función especial con la presencia del presidente y sus ministros. El discurso central se ofreció al licenciado Jesús Urueta y aún no se decidía a qué poeta se invitaría. Los estudiantes se reunieron en la Escuela Nacional de Jurisprudencia para planear la ceremonia. Se decidió iniciar el acto con un himno especial en honor del patriota, por un gran coro compuesto de estudiantes del Conservatorio Nacional de Música y de la Escuela Normal de Profesores.⁷¹

La manifestación pública tendría lugar en Plaza de la Constitución y se propuso que cada uno de los asistentes llevara una antorcha encendida.

Uno de los asistentes:

protestó contra una gacetilla de *El Imparcial* publicada hace tres ó [sic] cuatro días, en la que se dijo que los estudiantes harían una ovación al presidente Díaz, aclamándolo con vítores y aplausos. Esa noticia malintencionada es falsa. No ha pasado por la mente de los jóvenes tal idea, que implicaría un acto de servilismo.⁷²

El asunto demostraba dos cuestiones de interés para el momento, primero que las festividades en honor a Juárez que atraían a los jóvenes no era un asunto completamente oficial, porque para el régimen de Díaz, la figura del reformador apenas había comenzado a enaltecerse cuando en 1906 se había festejado el centenario de su nacimiento. Esto iba a contracorriente del régimen, que pensó en enaltecer al cura Miguel Hidalgo antes que a Juárez. Fue debido a la iniciativa ciudadana que la colonia Juárez adquirió ese nombre y la autoridad no dio continuidad a la propuesta de erigir su monumento en una de las glorietas de Reforma. Eso sí, en la ceremonia oficial de ese año, Justo Sierra le llamó “padre de la patria”, título que los liberales habían reservado para Hidalgo. También lo emuló con los hombres más importantes de la historia de México: Santa Anna y Porfirio Díaz.⁷³ En segundo término, la protesta contra lo señalado por el oficialista diario *El Imparcial* demostraba que la relación entre estudiantes y gobierno no era completamente tersa.

Nadie detenía ya el espíritu patriota en marcha, que contagiaba el ánimo de los estudiantes en vísperas del Centenario del inicio de la Independencia, próximo a festejarse. Así que aún en septiembre de 1908 sus representantes en la Metrópoli celebraron una junta en la que resolvieron que, para solemnizar ellos el 98 aniversario de la Gesta Heroica, el próximo día 16 realizarían de nuevo una procesión con antorchas, saliendo del jardín de la Corregidora a las siete de la noche, después que hubiera hecho uso de la palabra el joven José Pallares.

Luego se dirigirían al Panteón de San Fernando, donde reposan los restos de Juárez, y a su regreso desfilarían en la Plaza de la Constitución, frente al Palacio

Nacional, donde se encontraría el presidente de la República, acompañado por su gabinete, con motivo de la recepción que anualmente ofrecía al cuerpo diplomático. Después entrarían en la Catedral para depositar coronas en la capilla que guarda los restos de los héroes de la Independencia.

El siguiente orden fue el que se propuso para la formación estudiantil: Escuela Médica Homeopática, de Comercio, de Medicina, de Bellas Artes, de Artes y Oficios, Dental, Nacional Preparatoria, de Agricultura, Normal para Profesores, de Ingenieros y de Jurisprudencia. Además, tres bandas de la guarnición acompañarían a los manifestantes, una en la vanguardia, otra al centro y una más en la retaguardia. El orfeón popular que dirige el señor Profesor Austri, cantará en el Zócalo nuestro Himno Patrio, en los momentos en que la Comitiva desfile ante el Primer Magistrado de la Nación.

El Señor Gobernador del Distrito ha tomado el mayor empeño para ayudar a los estudiantes en esta manifestación y al efecto les ha ofrecido que se dirigirá al Señor Gobernador del Estado de Hidalgo para solicitarle la Banda de Rurales de Pachuca para que venga á tomar parte en la procesión.⁷⁴

El entusiasmo del acto fue notable: al pasar la procesión por las calles los estudiantes con sus luminarias eran vitoreados y aplaudidos por el público calurosamente:

No recordamos de fiesta igual organizada por estudiantes, en la que el orden y las buenas maneras hayan reinado como en la de anoche. Pasaron alegres y reidores por las principales avenidas de la ciudad, gritando vivas a los héroes y grandes hombres de la República. Y anoche mismo recibieron el primer premio por su fiesta, en forma de aplausos que descendían de los balcones de las casas por donde pasaron, y como muchos de esos aplausos fueron prodigados por hermosas damas, el mérito de ellos aumenta por [sic] gran manera.⁷⁵

El recorrido sucedió como estaba previsto, a las siete de la noche, se reunieron en el patio de la Escuela Nacional de Medicina 2 500 estudiantes, a pesar de la lluvia pertinaz, y en el primer alto se colocó al pie de la estatua de la Corregidora, una hermosa corona de rosas blancas.



El joven estudiante Pallares:

puso de manifiesto la fuerza y el heroísmo de los patriotas nuestros que iniciaron la idea de la libertad y la convirtieron en lucha heroica y recordó los esfuerzos sucesivos que han derrocado las tiranías asentadas en nuestra patria, terminando con la grandiosa evocación de la frase del salmo: “aprended ahora, oh reyes de la tierra, y escuchad vosotros los que impartís justicia”, alentando á [sic] la juventud para sostener y continuar la tradición liberal de que nos enorgullecemos.”⁷⁶

Siguieron por las calles de Santo Domingo, Empeadrillo, pasaron frente a Catedral para continuar frente al Palacio Nacional, allí el estudiante de medicina Manuel Puig, recitó unos valientes versos patrióticos, interrumpidos por los aplausos. La comitiva se detuvo

luego frente al Palacio Municipal donde el gobernador del Distrito, don Guillermo de Landa y Escandón, desde uno de los balcones saludó a los manifestantes con el sombrero en la mano. El público siguió la trayectoria desde las aceras de las calles de Plateros y de San Francisco.

En el jardín Morelos, frente a la estatua del cura guerrero, el alumno preparatoriano, señor Martín Luis Guzmán, pronunció un bello discurso, y al pie de la estatua del héroe, quedó depositada una corona de flores.⁷⁷ Ya en el Jardín de San Fernando, Hipólito Olea, pasando de derecho, hizo el panegírico del guerrero suriano don Vicente Guerrero, con candente discurso, estableciendo un paralelo entre él y el emperador Iturbide. El público, entusiasmado, lo interrumpió varias veces con

El 19 de septiembre de 1910, la Academia de San Carlos abrió sus puertas a la exposición inaugurada por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, con la presencia de su director, el arquitecto Antonio Rivas Mercado. Patio de la Academia de San Carlos, ca. 1913.
© 1476-025 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.



Justo Sierra ejerció un liderazgo entre los estudiantes; hecho inusual en una época tan elitista como el Porfiriato. Exposición en la Academia de San Carlos, durante las fiestas del Centenario. ca. 1910.

© 173254 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

su aplauso. También allí se colocó una corona de flores al pie de la estatua del general Guerrero. De San Fernando a la Plaza de la Constitución, los estudiantes en procesión caminaron por la calle de Rosales, tomaron luego la avenida Juárez hasta el Zócalo. Y allí el Orfeón Popular, bajo la dirección del maestro Austri, entonó el Himno Nacional. La nota de un diario culminaba hablando de “las fiestas organizadas en honor del señor Presidente”,⁷⁸ lo cual evidencia que ya era un acuerdo establecido que las fiestas patrias eran equivalentes con el cumpleaños del presidente. Las fiestas estudiantiles culminaron ese año con una fiesta en el Teatro Abreu, el 19 de septiembre, y la invitación al acto fue firmada por los estudiantes Manuel Gómez Portugal, José Treviño García y Arturo H. Orel.

Tiempo después, Martín Luis Guzmán expresó con ironía cómo a través de la organización de la primera procesión de las antorchas podía vislumbrarse el funcionamiento del régimen, cuando a los alumnos de la preparatoria y de las escuelas superiores se les ocurrió esa forma conmemorativa:

aunque libre del menor pecado, tamaña originalidad de pensamiento no la tuvieron por juiciosa los funcionarios escolares. ¿Recordar a los héroes insurgentes con algo distinto del consabido desfile militar a los ojos de oficiales y jefes, o diverso del tradicional grito nocturno, inofensivo por informe, pese a sus algardas turbulentas? Él [se refiere a sí mismo] y los demás organizadores del patriótico empeño comparecieron a explicarse ante los directores de las escuelas, quienes, convencidos, contestaron: No, no hay nada malo

en esto, pero tengo que consultar. Y, en efecto, se consultó con el Jefe del Departamento de Enseñanza Superior, el respetabilísimo Alfonso Pruneda, quien a su vez dijo: ‘No, no veo razón para que tan simbólico acto no se realice, pero tengo que consultar’. Y se consultó entonces con otro venerado director de la educación mexicana, don Ezequiel A. Chávez, en aquel tiempo subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien también respondió: ‘No, no descubro motivo para oponerse, pero tengo que consultar’. Y fue y consultó con el ministro, don Justo Sierra, gran amigo de los jóvenes, con quien también fueron a explicarse los organizadores, a los cuales él les dijo: ‘Muchachos, les asiste la razón, pero tengo que consultar’. Y ocurrió así que Justo Sierra, maestro de todas las generosidades y libertades del espíritu, auscultador del alma libérrima de su patria, hubo que consultar con el presidente de la República si podían o no considerarse lesivos del orden y la paz reinantes en el país los discursos y la procesión de antorchas que los estudiantes querían dedicar a los héroes de la Independencia. Pero todavía hubo más. Don Porfirio, algo receloso al notar la simpatía de su ministro hacia unos jóvenes dispuestos a meter ruido, resolvió decidir por sí solo y con pleno conocimiento de causa. ‘traígame usted a esos muchachos –contestó a don Justo–, para que hable yo con ellos’. Por donde una mañana luminosa, mañana azul y de sol, don Porfirio Díaz recibió en la terraza del Castillo de Chapultepec a los organizadores de la manifestación patriótica.⁷⁹

Las inscripciones en 1909 en la Escuela Nacional Preparatoria atrajeron a más postulantes, prueba de la bondad de un sistema educativo que cada vez atraía a más mexicanos. La inauguración de los cursos el 4 de abril, presidido por el ministro Sierra, congregó a tal número de asistentes que el aula mayor del viejo Colegio de San Ildefonso fue insuficiente para contener a la muchedumbre.⁸⁰ De inmediato un grupo de preparatorianos propuso crear una Unión Universal de Estudiantes y eseguida respondieron a su llamado los de Italia, Alemania, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos de América, Suecia, España, Argentina, Japón, China, Colombia, Venezuela, Perú, Guatemala, Costa Rica, Dinamarca y hasta Jerusalén.⁸¹

De nuevo, como el año anterior, en forma entusiasta y patriota se organizaron actividades para conmemorar el xxxvii aniversario luctuoso de Benito Juárez. El ejemplo

de la procesión de antorchas alcanzó al estado de Oaxaca, donde fue organizada por los estudiantes del Instituto Científico Literario Porfirio Díaz.⁸² En ese año, los estudiantes continuaron sumándose a los clubes reeleccionistas y antirreleccionistas, sin que la polarización resultara tan acusada debido quizás a la fuerza de la costumbre del continuismo que aún favorecería a Díaz sólo por unos meses. La vida estudiantil y académica continuaba su curso. Y, más bien, el ambiente preparatorio de las festividades del Centenario de la Independencia en 1910 se apuntaba como la mayor preocupación y tenía tiempo de estarse trabajando sobre el proyecto de una Escuela de Altos Estudios y luego de la creación de la Universidad Nacional.⁸³ Asimismo se daban otras orientaciones culturales más específicas como la idea estudiantil dada a conocer desde 1908 para invitar a México al poeta Rubén Darío. Los diarios dedicaron mucho espacio a la comisión organizadora y al programa de las fiestas del Centenario.

Septiembre amaneció con la ciudad engalanada de crespones tricolores de la bandera nacional y de otros adornos que aludían a la presencia de las delegaciones extranjeras que habían aceptado las invitaciones para participar en varios de los actos programados. Desde el principio, se anunció la presencia de los estudiantes el día 4 en el Desfile del Comercio y de la Industria; el Comité Nacional del Comercio para las fiestas del Centenario invitó a las escuelas de Agricultura, de Comercio e industriales para solicitar que un grupo de alumnos con sus respectivos estandartes acompañaran a los carros alegóricos dedicados a “La Industria”, “La Agricultura” y “El Comercio”.⁸⁴

El día 6 se inauguró en el Palacio de Minería el Congreso Estudiantil, que terminaría hasta el día 18 del mes; desde la víspera se ofreció un banquete de 120 cubiertos en honor a los delegados del Comité Organizador. La Mesa directiva estuvo compuesta de la siguiente forma: “presidente, señor Atilio guerra (de la Escuela de Medicina de México); primer vicepresidente, señor Gustavo P. Serrano, de la Escuela Nacional de Ingenieros; segundo vicepresidente, señor Luis Sánchez Pontón, delegado de Puebla; tercer vicepresidente, señor J. Pérez Álvarez,

delegado de San Luis Potosí; secretario, señor Ricardo V. Alduvín; segundo secretario, señorita Ofelia Garza; vocales, señorita Isabel Díaz González, José Alarcón y Salvador Jiménez Loza”.⁸⁵

El 18 de septiembre, coincidiendo con la clausura de su congreso, los estudiantes, enarbolando los estandartes de sus respectivas escuelas, participaron en el emotivo acto de la inauguración del Hemiciclo a Juárez, uno de los últimos proyectos llevados a cabo, debido enaltecimiento que fue consiguiendo entre los diferentes sectores de la sociedad el llamado Benemérito de las Américas, en contra de la autoridad de Díaz, más bien receloso de su anterior jefe y, al final, opositor. El multitudinario acto demostró las simpatías de la sociedad con el forjador de la segunda independencia de México. Se contó entre los actos que reunieron más asistentes, sólo superado probablemente por los actos del 16 de septiembre con el gran desfile militar, que sólo entre participantes contó con 10 mil personas y la inauguración el mismo día de la Columna de la Independencia.

El 19 de septiembre, la Academia de San Carlos abrió sus puertas a la exposición inaugurada por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, con la presencia de su director, el arquitecto Antonio Rivas Mercado, muy reconocido porque de él fue el proyecto del Monumento a la Independencia con su dorada Victoria Alada. Trescientas telas y cuarenta estatuas fueron expuestas, la mayoría de sus estudiantes y becarios estaban en el extranjero. Desde entonces destacó la escultura *Malgré tout* de Jesús Contreras Torres, el escultor preferido y consagrado del régimen. El cronista del Centenario elogió, entre otros, a Saturnino Herrán por presentar “un gran cuadro de aliento y de estudio” en *La Leyenda de los volcanes*; también se fijó en la obra de Rebull.⁸⁶ Otras piezas destacadas fueron *La Venus de las palomas* y *Labrador*. Entre los expositores estuvieron, además, Ignacio Martínez, Joaquín Clausell, Francisco de la Torre, Gedovius, Montenegro, R. Guzmán, Emilio Guzmán, Ortega, Guerra, Tovar, Caña, Saldívar, Islas, y muchos otros.⁸⁷

Aún se preveía como uno de los eventos de mayor trascendencia la presencia del poeta Rubén Darío; desde el 2 de septiembre se hizo circular la invitación

firmada por Rafael López, J. R. Rubio, J. L. Velasco y Emilio Valenzuela, para reunirse en la Escuela Nacional Preparatoria, en San Ildefonso número 33, con el objeto de crear la mesa directiva que organizara la recepción del poeta. Fueron invitados quienes, según ellos, pertenecían “a la juventud literaria y artística de la capital”.⁸⁸ El objetivo se cumplió y fueron nombrados en los diferentes cargos Emilio Valenzuela, Rafael López, José Luis Velasco, Alfredo Ramos Martínez, J. M. Rubio, el licenciado Facha, Justo Sierra Jr., Nemesio García Naranjo y Jorge Enciso.⁸⁹

Darío había sido contactado en forma epistolar por Federico Gamboa desde mayo de 1910, y aquél se había expresado con entusiasmo sobre su posible visita a México, que había aceptado de plácemes porque se reuniría con sus amigos mexicanos Sierra, Casasús, Urbina, Urueta y el mismo Gamboa. Sin embargo, luego de ser nombrado por el gobierno de José Madriz –quien apenas gobernó unas semanas por la intención del jefe de Estado depuesto José Santos Zelaya de bloquear la intervención yanqui– como Enviado Extraordinario en Misión Especial, Darío se encontró varado en el complicado juego de la política internacional.⁹⁰

El presidente estaba empeñado en mostrar al mundo un México moderno; además no podía oponerse al gobierno impuesto de Juan José Estrada y mucho menos a expresar una crítica al de Estados Unidos de América porque esto significaría una provocación. Darío tuvo que permanecer en Jalapa. El poeta recibió el ofrecimiento por parte de Díaz de ser declarado huésped de honor, porque no podía ser recibido oficialmente.

Finalmente, entre los estudiantes el efecto fue aún más drástico porque se hallaba en proceso el Congreso Nacional Estudiantil, en cuya orden del día se contemplaba recibir con honores al poeta. Después de transcurridos los primeros días dedicados a cuestiones académicas, comenzaron a manifestarse tensiones políticas y aun una manifestación en la Alameda el día 13 para protestar contra la negativa del gobierno para recibir a Darío, “intervino la gendarmería montada para disolver la reunión, lo que provocó varios heridos además de un buen número de estudiantes detenidos”.⁹¹

De nuevo, el maestro Justo Sierra salvó la situación, porque los estudiantes estuvieron a punto de perder la sede del congreso. Lo que no pudo evitarse fue que el número de asistentes disminuyera y que la prensa no los tomara en cuenta.

El idilio de los intelectuales con el régimen de Díaz exhibía señales de estar por terminar. La paradoja es que se alcanzaba el sitial culminante con la inauguración de la universidad. La fusión de las escuelas desde donde habían surgido las ideas que orientaron la cultura desde que se impuso el positivismo como pensamiento nodal de las generaciones de educandos. Las ideas liberales y laicas, el racionalismo, el evolucionismo pertenecían a ese marco teórico. Pero desde comienzos del siglo xx destacaron grupos que se expresaron contra esa corriente para experimentar con otros sistemas filosóficos que llevaban a otras metodologías y opciones del conocimiento; tal fue la influencia de las lecturas de Platón y los griegos, pero también Nietzsche, Schopenhauer, Bergson, Kant. Los jóvenes más inquietos, se puede reconocer, se agruparon en cenáculos pero sus descubrimientos irradiaron o se retroalimentaron de los grupos que les rodeaban e influían en las nuevas formas de pensar. Las influencias se habían dado con la herencia romántica de Manuel Gutiérrez Nájera o de quienes Alfonso Reyes consideró “hermanos mayores”, como Enrique González Martínez y Luis G. Urbina. Igual reconocieron en Justo Sierra un generador de conciencias, “Este hombre extraordinario, que del romanticismo jacobino y todavía más lejos, de la fe tradicional pudo pasar a la comprensión clara de todos los problemas de la ciencia y reforzar su mentalidad entera conforme a estas nueva convicciones”.⁹²

La generación que se agrupó en la Sociedad de Conferencias y Conciertos, desde 1907, fundó el Ateneo de la Juventud el 28 de octubre de 1909 bajo el liderazgo de Antonio Caso, con sus conferencias y discusiones en el Salón del Generalito de la Nacional Preparatoria. Una serie de cualidades unen a quienes se venían perfilando y se sumaban (o eran aceptados): Vasconcelos, Reyes, Caso, Henríquez Ureña, Torri, Colín, Argüelles Bringas, Médez Bolio, Cravioto, Guzmán, Montenegro, Carrillo, Ponce, Rivera, Fabela...



Los estudiantes llegaron hasta el Hemiciclo a Juárez al término de su Congreso el 18 de septiembre.

© Fotograma de los hermanos alba. FILMOTECA DE LA UNAM. MATERIAL GABILONDO. ACTO CÍVICO EN EL HEMICICLO A JUÁREZ.

Los integrantes del Ateneo de la Juventud también estuvieron atentos a la celebración de los festejos del Centenario de la Independencia, y aunque no se les incluyó en el programa oficial, celebraron un ciclo de seis conferencias que se impartieron en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, a las 19:00 horas, los lunes 8, 15, 22 y 29 de agosto y el 5 y 12 de septiembre. Sin ambages, reconocían abiertamente los apoyos de Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, y, para dejarlo claro, el ministro participó en la apertura que estuvo a cargo de Antonio Caso, el viceministro en la segunda que impartió Alfonso Reyes; Pablo Macedo, director de la escuela Nacional de Jurisprudencia en la tercera que correspondió a Pedro Henríquez Ureña. Al comienzo del Congreso Nacional Estudiantil, se dio la penúltima conferencia en la que José Escofet analizó la obra de Sor Juana Inés de la Cruz, tema que atrajo a un amplio grupo femenino.⁹³ La última correspondió a José Vasconcelos, quien cerró el ciclo con la conferencia Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas.

Palabras suyas en lo que luego fue llamado el Ateneo de México, pronunciadas en junio de 1911, sellaron esa época: “Las grandes transformaciones de los pueblos determinan un violento impulso hacia delante en que coinciden el despertar moral, la rebelión política y la renovación de las ideas”.⁹⁴ Entonces no podían imaginar que “las grandes transformaciones” estaban por venir y tampoco lo que a esa generación de estudiantes le tocaría vivir.

NOTAS

- ¹ Gamboa (1938), p.180.
- ² *Idem*, p.184.
- ³ *Idem*, p.186.
- ⁴ *Idem*, p.183.
- ⁵ Reyes (1960), p. 186.
- ⁶ Quintanilla (2008), p.150.
- ⁷ Reyes (1960), pp. 189-191.
- ⁸ *Idem*, pp.194-195.
- ⁹ Quintanilla (2008), p. 23.
- ¹⁰ Reyes (1960), pp. 202-203.
- ¹¹ No obstante la descalificación, fue quien obtendría el primer premio en el *Concurso para la letra del poema sinfónico y coral Independencia*, abierto por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y la Comisión Nacional del Centenario, con un premio de tres mil pesos, diploma y medalla de oro. Cfr. *El Imparcial*, 28 de septiembre de 1910. Y aún lograría dos premios más en esos certámenes.
- ¹² Curiel (1998), p.110.
- ¹³ Fernando Curiel, especialista en el asunto, considera ese hecho difícil de probar como base de los apoyos entre Sierra y los estudiantes, *ibid*, p. 119.
- ¹⁴ *Idem*, pp. 207-208.
- ¹⁵ Como el gobierno requería de un lugar para impulsar la cultura teatral, Justo Sierra como subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes alquiló el Teatro Arbeu por cinco años, lo cual explica la facilidad con la que lo prestaba a los estudiantes, más si como en este caso era en contra de Caballero (De María y Campos, [1989], p. 136).
- ¹⁶ Quintanilla (2009), pp. 58-59.
- ¹⁷ Cfr. *Album de damas. Revista quincenal ilustrada*, diciembre (1907), segunda quincena, p. 8.
- ¹⁸ “Velada Aristocrático-literaria”, *El Imparcial*, 2 de enero (1908), p .3.
- ¹⁹ “La fiesta de los Reyes”, *El Imparcial*, 7 de enero (1908), p. 3.
- ²⁰ “Fiesta de Reyes”, *El Imparcial*, 7 de enero (1908), p. 3.
- ²¹ “Baile en la Academia Metropolitana”, *El Imparcial*, 7 de enero (1908), p. 3.
- ²² “Periodo de Inscripciones en el Conservatorio”, *El Imparcial*, 2 de febrero (1908).
- ²³ “La casa de los estudiantes”, *El Mundo Ilustrado*, 19 de diciembre (1909), p. 1230.
- ²⁴ “Escuela de Altos Estudios”, *La Gaceta de Guadalajara*, 18 de octubre (1908), p. 11.
- ²⁵ “Las faltas de alumnos de Jurisprudencia”, *El Diario*, 24 de mayo (1908), p. 5.
- ²⁶ “Los estudiantes pensionados”, *El Tiempo. Diario Católico*, 23 de febrero (1910), p. 2.
- ²⁷ “Novillada de invitación”, *El Imparcial*, 3 de enero (1908), p. 3.
- ²⁸ “El Concurso de Compositores Mexicanos”, *El Imparcial*, 2 de enero (1908), p.1.
- ²⁹ “Concurso musical”, *El Imparcial*, 18 de febrero (1908), p. 7.
- ³⁰ “Los juegos olímpicos en la Alameda de Santa María”, *El Imparcial*, 16 de septiembre (1908), p. 3.
- ³¹ “La liga de las escuelas”, *El Imparcial*, 1º de octubre (1910), p. 9.
- ³² “Restos Fósiles de Mastodontes en el Valle de México”, *El Imparcial*, 2 de enero (1908), p. 3.
- ³³ “Notas Teatrales”, *Diario del Hogar*, 4 de enero (1908), p. 3.
- ³⁴ “Por los Cinematógrafos”, *El Tiempo. Diario Católico*, 19 de febrero (1908), p. 2.
- ³⁵ “La fábrica de películas de Lillo y compañía”, *El Entreacto. Bisemanal de espectáculos. Literatura y Arte*, 2 de abril (1908), p. 4.
- ³⁶ “Martes de estudiantes”, en *El Imparcial*, tomo xxvi-núm. 4 658, domingo 20 de junio (1909), p. 11.
- ³⁷ “¿Qué ha pasado en la Escuela Nacional de Minería?”, *El Imparcial*, 3 de abril (1908), p.1.

- ³⁸ “Las exageraciones de los alumnos de Minería”, *El Imparcial*, 6 de abril (1908), p.1.
- ³⁹ “Una comisión estudiantil”, *El Imparcial*, 4 de abril (1908), p. 3.
- ⁴⁰ “Sigue el descontento de los estudiantes de Medicina”, *Diario del Hogar*, 13 de junio (1908), p. 3.
- ⁴¹ *Idem.*
- ⁴² “Algo más sobre la clase del Doctor Terrés”, *Diario del Hogar*, 18 de junio (1908), p. 3.
- ⁴³ “Una sesión borrascosa en la Escuela Preparatoria”, *El Popular*, 12 de junio (1908), p. 1.
- ⁴⁴ “Cuatro alumnos han sido expulsados de la Preparatoria”, *El Imparcial*, 24 de junio (1908), p. 5.
- ⁴⁵ “A los estudiantes”, *El Tiempo. Diario Católico*, 27 de junio (1908), p. 2.
- ⁴⁶ “Boletín del Diario del Hogar”, *Diario del Hogar*, 26 de junio (1908), p. 1. “Prevención a los estudiantes”, *Diario del Hogar*, 26 de junio (1908), p. 3.
- ⁴⁷ *Idem.*
- ⁴⁸ “Los ataques a la Escuela Preparatoria”, *El Imparcial*, 7 de febrero (1908), p. 4.
- ⁴⁹ “La Preparatoria y las creencias religiosas”, *El Imparcial*, 8 de febrero de (1908), p. 4.
- ⁵⁰ *Idem.*
- ⁵¹ “La Juventud Preparatoriana y las Ideas Liberales”, *El Imparcial*, 20 de febrero (1908), p. 4.
- ⁵² *Idem.*
- ⁵³ “En honor del Maestro Barreda. La manifestación del día 22”, *La Patria de México*, 6 de marzo (1908), p. 2.
- ⁵⁴ Sierra (1948), pp. 387-392.
- ⁵⁵ *Idem.*
- ⁵⁶ “Boletín del Diario del Hogar”, *Diario del Hogar*, 25 de marzo (1908), p.1.
- ⁵⁷ Reyes (1960), pp. 208-209.
- ⁵⁸ Quintanilla (2008), p. 147.
- ⁵⁹ “Dos nuevos clubes reeleccionistas se han formado en Guadalajara”, en *El Imparcial*, 20 de junio (1909), p. 8. “Agitación política en Guadalajara”, *La Gaceta de Guadalajara*, 20 de junio (1909), p. 2.
- ⁶⁰ “Boletín del Diario del Hogar”. Resultados de la impopularidad. Estudiantes revistas encarcelados en Guadalajara”, *Diario del Hogar*, 15 de junio (1909), p.1.
- ⁶¹ “Hablaron al Sr. Gral. Díaz los estudiantes tapatíos”, *El Diario*, 29 de junio (1909), p.1.
- ⁶² *Idem.*
- ⁶³ *Idem.*
- ⁶⁴ “Estudiantes de Guadalajara”, *Diario del Hogar*, 29 de junio (1909), p. 1.
- ⁶⁵ “Club reeleccionista estudiantil”, *El Imparcial*, 13 de agosto (1909), p. 3.
- ⁶⁶ “El comité patriótico liberal”, *El Imparcial*, 11 de julio (1908), p.4 y “Para el 18 de julio”, *El Imparcial*, 11 de julio (1908), p. 5.
- ⁶⁷ “Manifestación de hoy en honor de Juárez”, *El Imparcial*, 18 de julio (1908), p. 7.
- ⁶⁸ “Ante la tumba del gran patricio Juárez, ofrendó ayer todo un pueblo agradecido”, *El Imparcial*, 19 de julio (1908), p. 14.
- ⁶⁹ *Idem.*
- ⁷⁰ “El xxxvii aniversario de la muerte del Benemérito Juárez”, *La Democracia*, Toluca, 25 de julio (1909), p. 1.
- ⁷¹ “Los estudiantes y el centenario”, *La Patria*, 2 de septiembre (1908), p. 1.
- ⁷² “Desmentida a El Imparcial”, *Diario del Hogar*, 12 de septiembre (1908), p.1.
- ⁷³ *Diario Oficial*, Estados Unidos Mexicanos, 28 de marzo, y Martínez (2005).
- ⁷⁴ “Intervención estudiantil en las próximas fiestas patrias”, *La Patria*, 9 de septiembre (1908), p.1.
- ⁷⁵ “Los estudiantes honraron anoche a los héroes”, *El Imparcial*, 17 de septiembre (1908), p.1.
- ⁷⁶ “La gran manifestación estudiantil”, *La Patria*, 20 de septiembre (1908).
- ⁷⁷ Se refiere a la Plaza de Guardiola donde durante muchos años estuvo la primera estatua erigida a

Morelos en el país, obra de Antonio Piatti, la que fue inaugurada por Maximiliano en 1865. Cfr. Martínez (2005), p. 29.

⁷⁸ “Felicitaciones al Presidente”, *El correo español*, 17 de septiembre (1908), p. 2.

⁷⁹ De Luna, (1987), p. 47.

⁸⁰ “El número creciente de inscripciones cada vez mayor prueban su bondad”, *El Imparcial*, 5 de abril (1909), p. 1.

⁸¹ “La Unión Universal de Estudiantes”, *El Imparcial*, 11 de abril (1909), p. 9.

⁸² “El xxxvii aniversario de la muerte del Benemérito Juárez”, *La Democracia*, 25 de julio (1909), p. 1.

⁸³ Así lo analiza Alvarado, 2009 en Guedea (coordinadora) (2009), p. 207 y ss.

⁸⁴ “La escolta de honor en los carros de hoy”, *El Imparcial*, 4 de septiembre (1910).

⁸⁵ “Congreso de estudiantes”, *El Imparcial*, 2 de septiembre (1910).

⁸⁶ García (1991), edición facsimilar.

⁸⁷ “El ministro de Instrucción Pública inaugurará la exposición”, *El Imparcial*, 4 de septiembre (1910).

⁸⁸ “En honor de Rubén Darío”, *El Imparcial*, 4 de septiembre (1910), p. 12.

⁸⁹ “Para recibir a Rubén Darío”, *El Imparcial*, 5 de septiembre (1910), p. 7.

⁹⁰ Curiel (1998), pp. 332 y ss.

⁹¹ Velásquez, 1994, en Alvarado (1994), p. 230.

⁹² Reyes (1960), pp. 23 y ss.

⁹³ “La penúltima conferencia del Ateneo de los jóvenes”, *El Imparcial*, 6 de septiembre (1910), p. 7.

⁹⁴ Vasconcelos, 1911, en *Conferencias* (1984), p. 135.



EL BARRIO UNIVERSITARIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO A INICIOS DEL SIGLO XX

Alicia Ziccardi*

Como parte de los festejos del Centenario de la Independencia, Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, logró concretar el proyecto para la creación de la Universidad Nacional de México, a partir de una reagrupación institucional de varias escuelas de educación superior que funcionaban en diferentes predios del centro de la Ciudad. Este hecho contribuyó a crear un fuerte sentido de pertenencia en la nueva comunidad universitaria y dio origen a la conformación del llamado *barrio universitario*. Aunque el número de profesores y alumnos era relativamente pequeño muchos de sus miembros estaban destinados a desempeñar un papel protagónico en la vida política y social del país. Su paso por las escuelas que conformaron inicialmente la Universidad y su presencia en las calles y espacios públicos, le dieron un nuevo dinamismo al centro, puesto que los predios que ocuparon estaban localizados en unas pocas manzanas del primer cuadro de la Ciudad.

Así se fue construyendo en el imaginario de los habitantes de la capital la existencia de un *barrio universitario* enclavado en un pequeño territorio que era el escenario privilegiado de las actividades económicas, sociales, culturales y políticas del país. La comunidad universitaria encontró en este espacio urbano central un entorno propicio para compartir fuera de las aulas una enriquecedora

vida social. En sus calles, plazas, en sus librerías, bibliotecas; en la gran variedad de espectáculos que ofrecían los teatros, cines y clubes, así como en los bares, fondas, restaurantes, la comunidad universitaria tenía sus puntos de encuentro o reunión, compartía vivencias, podía acceder a conocimientos y debates que enriquecían tanto su formación académica como profesional.

Ciertamente, es una tarea difícil intentar reconstruir el entorno urbano de los primeros años de la vida universitaria y la conformación del *barrio universitario*. Sin embargo, en este trabajo se recuperan algunos componentes, tanto de la fisonomía urbana como de las condiciones de vida que prevalecían en el centro de la ciudad; se pone particular atención en aquellos que están más directamente vinculados con las actividades académicas y culturales. La idea central es que en el *barrio universitario* se fue creando un inventario de bienes y servicios culturales, un conjunto de actividades y un estilo de vida que enriquecían la creación y difusión de los conocimientos. Sin duda lo que signó y acuñó su nombre fue la presencia de los universitarios en sus calles y espacios públicos. Una presencia que trascendió la vida académica y que llevó a que de esta comunidad surgieran destacados protagonistas de los profundos cambios que ocurrieron en la sociedad y en las instituciones mexicanas.¹

*Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, y del Sistema Nacional de Investigadores. Actualmente es directora del Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad de la UNAM.

Para la realización de este capítulo se contó con la colaboración de los alumnos de la UNAM: Luz Estrello, Job Luna Díaz y Cynthia Gómez Camargo, a quienes se agradece su apoyo en el trabajo de revisión bibliohemerográfica y de revisión de materiales en el Archivo Histórico de la Ciudad de México.

PÁGINA ANTERIOR:

Calle 5 de mayo, con el Teatro Nacional al fondo, fotografía, ca. 1890.

Colección particular.

LAS TRANSFORMACIONES DEL CENTRO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

En la primera década del siglo XX, el centro de la Ciudad de México mostraba una importante transformación urbana producto del proceso de modernización que se impulsó en la última época del Porfiriato. Sin

embargo, eran inocultables las condiciones de desigualdad social, los altos niveles de pobreza y el descontento social que comenzaba a manifestarse en las calles de la capital del país.

De acuerdo con el censo, en 1900 vivían en el Distrito Federal, en la capital de la República 541 516 habitantes, de los cuales 68% lo hacían en la Municipalidad de México. El centro ocupaba el territorio de la antigua ciudad construida por los colonizadores luego que destruyeron la monumental ciudad indígena, un espacio en el que se concentró el valioso patrimonio arquitectónico y cultural que sobrevivió a la Reforma y a los intentos de transformación de la fisonomía urbana que promovió el proceso modernizador de la última etapa del gobierno de Díaz.

Pero se iniciaba una década en que la Ciudad de México se caracterizó por un marcado crecimiento poblacional, producto principalmente de las migraciones provenientes del medio rural de otros estados de la República (Estado de México, Guanajuato, Querétaro, Hidalgo, Puebla y Michoacán), que llegaban en busca de mejores condiciones de trabajo y de vida.² La capital del país era también la principal opción para aquellos sectores que poseían altos ingresos o que estaban dispuestos a realizar grandes sacrificios para enviar a sus hijos a la gran ciudad para dar continuidad a sus estudios universitarios o para trabajar e integrarse a esa dinámica economía local. Además el desarrollo económico logrado en la etapa final del Porfiriato estimuló la migración de extranjeros llegados principalmente de Estados Unidos de América y de Europa (españoles, franceses, alemanes) muchos de ellos inversionistas que instalaron importantes negocios e industrias.³ Así, en el censo de 1910, se registró un crecimiento considerable de la población, un total de poco más de 720 mil habitantes para el Distrito Federal, de los cuales 471 mil; es decir 65%, vivía en el territorio central de la Municipalidad de la Ciudad de México. Sin embargo, a pesar de este aumento el territorio del centro de la ciudad perdió proporcionalmente población, ya que la urbe se expandió sobre otras municipalidades: Tacuba, Tacubaya, Azcapotzalco y Guadalupe, que quedaron integradas al área urbana de la capital (Morales, 2000).

En 1903, de acuerdo con lo establecido en el decreto de 1898, se fijaron nuevamente los límites territoriales del Distrito Federal y su territorio se dividió en 13 municipalidades: México, Guadalupe Hidalgo, Azcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Mixcoac, Cuajimalpa, San Ángel, Coyoacán, Tlalpan, Xochimilco, Milpa Alta e Iztapalapa. La Municipalidad de la Ciudad de México a su vez estaba dividida en ocho cuarteles y es en este espacio central donde transcurría la vida universitaria, un paisaje urbano que transformó rápidamente su imagen en la primera década del siglo xx. Para ello se diseñaron e implementaron contundentes e innovadoras políticas en la ciudad. Como resultado de las mismas los procesos urbanos más importantes fueron: *a*) la construcción y remodelación de nuevos edificios públicos que cambiaron la fisonomía y el funcionamiento del centro de la ciudad, acciones urbanas promovidas por un régimen que pretendía dejar una huella arquitectónica de la modernización y el progreso logrados por la paz porfiriana; *b*) la expansión y el ensanche del centro histórico con la apertura de nuevos fraccionamientos, tanto para las clases medias y altas como para los sectores populares y *c*) las mejoras en las vialidades y el transporte público de pasajeros, que ampliaron las posibilidades de movilidad de los capitalinos y de expansión de la ciudad.⁴

En relación con el primer punto puede decirse que para realizar esta profunda reestructuración urbana el presidente de la República, en 1903, envió una iniciativa de ley de la Organización Política y Municipal del Distrito Federal y Territorios. Esta ley, aprobada por el Congreso el 26 de marzo, estableció que los bienes, recursos y funciones de los ayuntamientos pasarían a una nueva instancia: el Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal, que dependería del ejecutivo federal. Con ello se centralizaba el poder de decisión en una instancia directamente dependiente del poder ejecutivo federal, el cual tendría amplias facultades sobre la reglamentación de los servicios públicos, la realización de proyectos, la contratación de obras públicas y la expedición de leyes. La intención era garantizar el buen funcionamiento de la administración urbana restándole facultades al ayuntamiento.⁵ Formaban parte de este

consejo tres funcionarios que dependían de la Secretaría de Estado y del despacho de Gobernación: el gobernador del Distrito Federal, que lo presidía y que era nombrado por el presidente de la República, el presidente del Consejo Superior de Salubridad y el director general de Obras Públicas. Con ello, la Municipalidad de la Ciudad de México y los demás ayuntamientos del Distrito Federal continuaban siendo órganos de elección popular, pero en adelante sólo serían consultivos al perder su personalidad jurídica y su capacidad de administración, de generar recursos propios a través del cobro de los impuestos, de ser propietarios de inmuebles y de prestar los servicios públicos. Sin duda, estas sustanciales modificaciones a la forma de gobierno del Distrito Federal, recentralizaban el poder de decisión y los recursos para garantizar la transformación y modernización de la estructura y el paisaje urbanos de la ciudad.

En la primera década del siglo xx, la ciudad contaba con un invaluable inventario: equipamiento urbano conformado por edificios públicos para las funciones de gobierno y de educación, hospitales, cárceles, oficinas de telégrafos, panteones, mercados y el desembarcadero en el canal de La Viga. Pero es en estos años cuando se construyeron en el centro nuevos y afrancesados edificios públicos y se remozaron otros destinados a las actividades gubernamentales, el creciente comercio, la banca y el desarrollo de la vida cultural y social. En 1904 se inició la construcción del nuevo Teatro Nacional, actual Palacio de Bellas Artes, la que se interrumpió durante el periodo revolucionario y se terminó finalmente en los años treinta y, en 1908, se inauguró el Edificio Central de Correos en el predio donde funcionó el Hospital de Terceros.⁶ En su discurso del 16 de septiembre de 1910 el presidente Porfirio Díaz informaba que la reconstrucción del Palacio Municipal de la Ciudad de México estaba muy avanzada y que, aunque faltaban obras de importancia, la fachada de la Plaza de la Constitución había quedado terminada, así como también las obras para ensanchar varias calles de la capital.

También se construyó el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, cuyo costo total fue de 150 mil pesos.⁷ En él se inauguró la Universidad Nacional de

México, el 22 de septiembre de 1910 y en esta ocasión el rector de la Universidad de París, señor Ernest Martenche, en un discurso muy aplaudido por la concurrencia y por los periodistas de la época, puso de manifiesto el valor relativo de las construcciones frente a la inmensa tarea educadora que debía emprenderse en el país:

Para México, como para cualquier democracia, el problema siempre nuevo y urgente es el de la educación. Infundir la instrucción en todas las partes del país, y, para formar maestros en los distintos grados de la enseñanza, coordinar los esfuerzos y los modos diversos de la investigación científica, ésa es la tarea esencial en todos los pueblos que se jactan de civilizados [...] No nos encontramos, señores, delante de un edificio recién construido; tampoco estamos convidados a ver echar una paletada de cemento sobre una piedra pomposamente llamada la primera. Lo que presenciamos, señores, es algo más duradero que los palacios más suntuosos; es, si se me permite la expresión, la integración en un alma entera, de las diversas fuerzas educadoras de la gran República de México. A la gloriosa evolución de esta nueva entidad moral, ninguna Universidad más que la de París dará vivos y sinceros aplausos. Muy agradecida está del honor que se le ha dispensado.⁸

Pero las obras más importantes de la ciudad fueron las de infraestructura hidráulica y drenaje a fin de mejorar las condiciones de salubridad. El 21 de septiembre de 1910 se inauguraron las grandes obras del desagüe del Valle de México en un acto público en el que participaron los representantes de las delegaciones extranjeras que vinieron a los festejos del Centenario. *El Imparcial*, periódico progubernamental, registraba así este hecho:

El carácter monumental de las obras demuestra que el gobierno ha querido resolver de una vez el problema, que antes parecía insoluble, de dotar a la población de agua pura y en cantidad más que suficiente para sus necesidades, y así lo reconocieron ayer los miembros de las delegaciones especiales, que por primera vez visitan nuestro país, enterándose punto por punto de los distintos trabajos emprendidos y de los resultados que habrán de alcanzarse.⁹

Una segunda línea de acción urbana fueron las autorizaciones expedidas por el gobierno del Distrito Federal para realizar nuevos fraccionamientos de viviendas destinadas a diferentes grupos sociales. Entre 1900 y 1910 se crearon 28 nuevos barrios que debían cumplir con lo establecido en las Reglas para Admisión de Nuevas Colonias expedidas en 1903. Con ello se aceleró el proceso por el que las clases medias y altas dejaron el viejo centro para vivir en la periferia cercana del contorno central. Las empresas fraccionadoras y constructoras debían celebrar un contrato con el Ayuntamiento, el cual aprobaría el trazo de las calles, en terrenos cedidos por el concesionario; a su vez, éste debía construir las atarjeas, encargarse de dotación de agua potable, la pavimentación de las calles y la plantación de árboles. Pero si bien para las colonias de las clases altas se cumplían todos estos requisitos, cuando se trataba de viviendas para los sectores populares, las colonias y las habitaciones eran sumamente precarias, inseguras e insalubres (Jiménez, 1993).

El crecimiento de la ciudad se dio hacia el surponiente, creándose nuevas colonias para las clases altas, como La Teja, Roma, Cuauhtémoc, Juárez, Escandón y Condesa, producto de originales diseños urbanos que ofrecían viviendas de calidad. En cambio, las colonias Scheibe, Romero Rubio, Valle Gómez, Peralvillo, La Bolsa, Santa Julia, Maza, Guerrero y Díaz de León eran verdaderos tugurios con casas precarias en las que vivían numerosas familias hacinadas y en pésimas condiciones de salubridad. Por otra parte, las colonias Santa María, San Rafael, Imparcial, Estación del Ferrocarril Interoceánico y Parque Obrero Balbuena ofrecían mejores condiciones de vida y de vivienda y fueron opciones a las que las capas medias tuvieron acceso (Morales, 1978 y 2000; Berra, 1982; Espinosa, 1991).

Pero el crecimiento económico y la expansión urbana promovida por el gobierno y los fraccionadores exigían mejorar los servicios públicos y administrativos que según los diagnósticos de la época se proveían de manera muy deficiente. En particular debía mejorarse el transporte público, lo cual era un requisito para realizar el ensanche del centro de la ciudad y garantizar la movilidad

de la población. El principal medio de transporte público era el tranvía, que pertenecía a una empresa privada y que en 1910 transportaba en promedio 180 mil viajeros diarios y en días festivos o de asueto entre 210 y 240 mil pasajeros (De Gortari, H y Hernández, R, 1988). A los de mulita se sumaron los tranvías de vías electrificadas, que eran expresiones de la modernidad y que en los primeros años del siglo xx recorrían 112 kilómetros partiendo del centro de la ciudad hacia las otras municipalidades de la Ciudad de México.¹⁰

Los cambios en el sistema de transporte permitieron la expansión de la ciudad y el ferrocarril del Valle fue de gran importancia para la creación de las colonias Hidalgo e Indianillas donde se instaló la planta eléctrica, los depósitos y las oficinas de la Compañía de Tranvías Eléctricos. Asimismo el número de automóviles se incrementó notablemente y se aprobó un reglamento que estableció que la velocidad no fuera mayor de 10 km por hora en las calles de mayor circulación. Sin embargo, pese a estos signos de modernidad aún transitaban trajineras y chalupas por el canal de La Viga transportando mercancías del sur al centro de la ciudad.

En síntesis, todos estos procesos urbanos no sólo contribuyeron a cambiar profundamente los usos del suelo y la fisonomía del centro de la ciudad, sino también a disminuir la densidad de población que habitaba en este territorio, ya que ésta se fue desplazando hacia otras zonas de la ciudad. Sin embargo las transformaciones no implicaron mejoras sustanciales en la calidad de vida de los sectores populares, sino que por el contrario se acrecentaron las desigualdades económicas y sociales, así como el acceso a los bienes y servicios urbanos básicos.

EL BARRIO UNIVERSITARIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO
La historia de la Universidad es la historia de la Ciudad de México ha afirmado Vicente Quiarte (2003) y para ejemplificar este hecho retoma los *Diálogos latinos* de Cervantes de Salazar, quien en la época de la Colonia relata la presencia de los jóvenes estudiantes ataviados con “capas largas y bonetes cuadrados metidos hasta las orejas, caminando de dos en dos o acompañando

Grupo de alumnas de la Escuela Normal rodean al profesor Ezequiel A. Chávez en el patio del plantel.

IISUE.AHUNAM.EACH-0136



a un maestro por honrarle” al ingresar al predio que describe por sus:

tantas y grandes ventanas arriba y abajo [que] por un lado da a la plaza y por el frente a la calle pública [...] La Universidad donde se educa a la juventud: los que entran son los alumnos, amantes de Minerva y de las musas [...] donde sus profesores son empeñosos, y versadísimos en todas ciencias.

En 1551 por Cédula Real se autoriza la fundación de la Real y Pontificia Universidad de México. En el actual inmueble de Moneda número 2 es donde se imparte la primera cátedra, el 3 de junio de 1553, y que hoy es la sede del Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad de la UNAM. Pero debe decirse que después de varios siglos de turbulenta existencia, a principios del siglo XX, tanto los profesores como los alumnos de la Universidad desarrollaban sus actividades no sólo en los salones y espacios interiores de los predios en los que

funcionaban las diferentes escuelas, sino también en un sinnúmero de lugares extra aula. De esta forma se fue construyendo la idea de la existencia de un *barrio universitario*, un barrio del centro de la ciudad del cual, si bien no es posible establecer límites precisos, se le puede reconocer por las muchas actividades vinculadas con la vida universitaria que se realizaban en este pequeño territorio.¹¹ Así, el barrio localizado en las calles y manzanas más cercanas al Zócalo, que entonces era un espacio arbolado, con un quiosco que se extendía hacia el nororiente, una plaza mayor que ha sido históricamente el principal espacio público del país y el símbolo de las funciones de centralidad en la ciudad.¹²

A partir de ubicar la localización de los edificios de las escuelas que conformaron originalmente la Universidad Nacional de México en 1910 y de referenciar espacialmente las principales actividades culturales y académicas que desarrollaban en este espacio central, se realizó una primera delimitación del *barrio universitario*

(Mapa 1). Los edificios de la naciente universidad estaban muy cerca unos de otros y se ubicaban en los límites de cuatro (de los ocho cuarteles) que conformaban entonces la Municipalidad de la Ciudad de México. La Escuela de Jurisprudencia y la Escuela Nacional Preparatoria, que funcionaba en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, estaban localizadas en el borde del perímetro del cuartel uno. La Academia de San Carlos a la que pertenecía la Escuela de Arquitectura en el cuartel dos, al igual que el rectorado y la Escuela de Altos Estudios donde actualmente funciona el Palacio de la Autonomía de la UNAM. La Escuela de Medicina estaba en el cuartel tres y la de Ingeniería, en el cuatro. La Escuela Nacional Preparatoria era la más importante no sólo porque concentraba casi la mitad de la población universitaria, sino por el valor histórico del inmueble que la albergaba, símbolo de la educación superior del país.¹³ Además estaba localizada en la calle Donceles que tenía un gran dinamismo cultural y económico y que concentraba la riqueza de la vida urbana del centro de la ciudad.

Pero la identidad del *barrio universitario* no se fundaba solamente en el conjunto de predios escolares, sino también en un entorno que favorecía las actividades culturales y sociales, que se localizaba principalmente en el cuartel cuatro. Además sus límites tienden a corresponderse con el actual perímetro “A” del Centro Histórico de la Ciudad de México,¹⁴ que en la época era el espacio urbano que presentaba la mayor concentración de los equipamientos comerciales, culturales y de recreación.

Según el censo realizado el 28 de octubre de 1900, por la Dirección General de Estadística, a cargo del Doctor Antonio Peñafiel, en el cuartel cuatro vivían 45 738 personas a inicios del siglo xx; es decir, sólo 12% del total de la Municipalidad de la Ciudad de México. Aunque es sabido que los censos de la época no ofrecían gran confiabilidad, el análisis de esta rica información permite realizar una primera caracterización desagregada por cuarteles; realizar un análisis a una escala territorial menor y caracterizar de manera más precisa a una población y un espacio que por definición eran extremadamente heterogéneos. El censo de 1910, en cambio,

sólo ofrece información para la Municipalidad de la Ciudad de México.¹⁵

ACTIVIDADES ECONÓMICAS, EMPLEO Y ESPACIOS PÚBLICOS

La población económicamente activa de la municipalidad de México ascendía a 178 822 personas, de las cuales sólo 24 828 vivían en el cuartel cuatro. La mayoría de estos trabajadores y trabajadoras, se inscriben en la categoría “industria, bellas artes y oficios” donde se concentran 9 285. En este rubro se incluye un amplísimo y diverso número de actividades, siendo la principal entre los hombres los obreros industriales (textiles y tabaco), siguiendo en importancia los oficios manuales: carpinteros, zapateros, albañiles, sastres, sombrereros, herreros, pintores decoradores, mecánicos, carretoneros; entre las actividades de los “servicios personales” destacan los peluqueros. En esta zona se localizan también las principales panaderías y reposterías de *La Parisienne*, El Águila de Oro y La Paz estaban en el cuartel cuatro y en el tres, La Violeta y La Canaria, establecimientos en los que trabajaba un importante número de panaderos, pasteleros, bizcocheros y dulceros. A éstos se sumaban los comerciantes y propietarios, que eran un número considerable para la época y aquellas actividades que han sido calificadas de “pequeñas industrias ambulantes” tales como tejedores de sombreros de palma, talabarteros, organilleros, zapateros remendones, consideradas por un periódico local como una opción laboral para aquellos trabajadores que preferían ser libres aunque recibieran insignificantes remuneraciones.¹⁶

Entre los oficios desempeñados por trabajadores manuales y que estaban relacionados con la educación y la cultura destacan los tipógrafos, encuadernadores, litógrafos, seguidos por los taquígrafos, escritores y filarmónicos. Pero también en esta zona vivían empleados de empresas particulares, así como de la administración pública y de los 20 bancos existentes, los cuales estaban localizados en este perímetro. Pero además muchas otras actividades no están registradas como categorías ocupacionales a pesar de que seguramente eran una opción laboral importante, tal es el caso de los meseros, lavaplatos, personal de limpieza, así como los propietarios

PÁGINA SIGUIENTE:

Plano de la Ciudad de México. Sistema automático de encontrar las calles, Edición-A, 1910.

© AHDF-Planoteca, ubicación topográfica: planero horizontal 2, gaveta 1, plano: 11a.

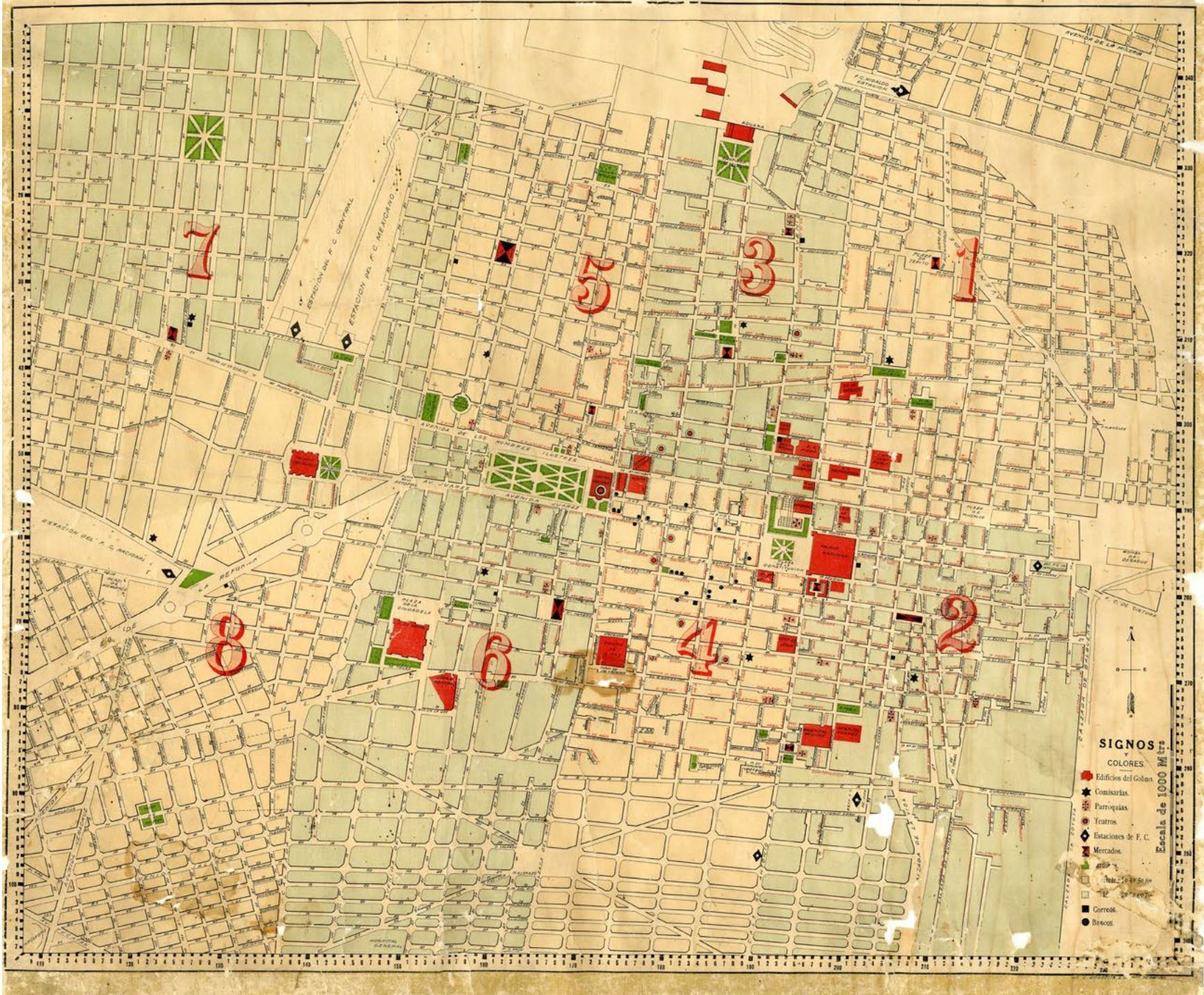
PLANO DE LA CIUDAD DE MEXICO.

PATENTE DE INVENCION
Nº 3301.

SISTEMA AUTOMÁTICO DE ENCONTRAR LAS CALLES.

EDICION - A.
AÑO 1910.

EXÍJASE EL LIBRO CON LAS INSTRUCCIONES Y NOMENCLATURA CORRESPONDIENTE A ESTE PLANO.



de comercios dedicados al suministro de comidas o bebidas, ya que documentos hallados en el Archivo Histórico de la Ciudad de México permiten detectar la existencia de un amplio número de bares, restaurantes, pulquerías y tequilerías en esta zona central en 1910.¹⁷

En cuanto a las actividades económicas femeninas destaca en el censo de 1910 la categoría “propietario”, la cual registra un 60% de mujeres viviendo en esta zona central, seguramente pertenecientes a los sectores de más altos ingresos. Pero la actividad económica predominantemente femenina era la docencia en el nivel básico. De los 2 543 “profesores de instrucción” que vivían en el Distrito Federal 80% pertenecían a la Municipalidad de la Ciudad de México, de los cuales 70% eran mujeres. En el espacio del barrio universitario se corrobora también esta tendencia, ya que en el cuartel cuatro vivían 328 profesores de instrucción siendo 71% mujeres, proporción ésta que era aún mayor en el cuartel dos, donde alcanzaba 78% del total.

También en el ámbito artístico, principalmente teatral, destacaban las mujeres. Al respecto Pérez Montfort (2003) afirma:

Las señoras Fábregas e Iris junto con las hermanas Blanch, las también legendarias hermanas Moriones; Mimi Derba, María Conesa, y varias artistas más, demostrarían al mundo masculino que en el mercado de la escena, el crédito femenino tenía bastante más que decir o decidir a la hora del reparto general del público y las ganancias. Ahí estarían para demostrarlo cientos de divas, coristas y partiquinas que, desde finales del siglo XIX hasta entrados los años treinta de la presente centuria, poblaron las pasarelas y los corrillos de la farándula capitalina.

Pero es sabido que para las mujeres la función social establecida en el modelo de sociedad patriarcal de la época era la vida privada y ser ama de casa. A pesar de ello las mujeres de las clases populares cuyas necesidades económicas las obligaban a trabajar fuera del hogar eran costureras, lavanderas, sirvientas y un considerable número eran obreras industriales, principalmente cigarreras de la fábrica más importante en este ramo: El Buen Tono.¹⁸ El comercio en las calles era también una importante

actividad para estas mujeres pobres, las cuales trabajaban a la salida de los mercados, en las estaciones de tranvías y de ferrocarriles, así como en las escuelas, baños públicos, jardines, albercas, plazas o plazuelas, donde vendían diferentes mercancías u ofrecían sus servicios.¹⁹

También debe tenerse en cuenta que en las calles del centro trabajaba un elevado número de niños, un hecho social doloroso y preocupante que ponía en evidencia los altos niveles de pobreza que existían en la capital y en el país:

Por las calles de la capital, a todas horas del día y de la noche, el transeúnte se ve asaltado por una turba de billeteros, voceadores de periódicos y vendedores de cerillos y otros pequeños artículos [...] entre ellos se encuentra multitud de niños de corta edad, los cuales con la industria atienden sus necesidades, que en razón de su corta edad son muy pequeñas, pero que más tarde y con el crecimiento natural no podrán llenarse con las pequeñas utilidades que obtienen. Esta precariedad los orilla muchas veces a delinquir, por lo que es necesario atender este problema (El Pabellón Español, 3 de abril de 1887, cit. Del Castillo Troncoso, 2006, p. 3).

EL ACCESO A LA EDUCACIÓN DE LOS HABITANTES

En la Municipalidad de la Ciudad de México en 1900 vivían 112 713 personas mayores de 12 años que no sabían leer ni escribir, mientras que en el Distrito Federal la cantidad ascendía a 188 054 personas. Es decir, en esta zona central donde se concentraban las principales actividades de la educación y la cultura vivía 60% del total de analfabetos de la capital. De éstos 8% estaba en el cuartel cuatro y 17% en el tres. Mientras que en el cuartel dos era donde se registraba mayor número de personas que no sabían leer ni escribir, alcanzando un total de 23 942, lo que representaba una quinta parte del total.

La categoría “niños escolares” registraba 11 045 personas, de las cuales 56% eran hombres y 44% mujeres. En el cuartel cuatro había 1 728 escolares, siendo prácticamente la mitad mujeres y en el tres, de un total de 2 172 escolares, que es el número más alto de la Municipalidad de la Ciudad de México, sólo 39% eran mujeres.

Los estudiantes enfrentaban la tentación de asistir a los bares, restaurantes, pulquerías y otros sitios de diversión. Cabaret Ideal, calle de San Felipe Neri (hoy República de El Salvador).

© GDF, Secretaría de Cultura, Museo Archivo de la Fotografía.



En la época comienza a incrementarse el número de escuelas oficiales y a pesar de la vigencia de las Leyes de Reforma muchas escuelas particulares eran religiosas. La educación no era mixta, pocas mujeres estudiaban más allá de algunos años de primaria y para las de familias de mayores ingresos lo hacían en la casa, mientras en la escuela se les daban clases de bordado, pintura y costura, que se consideraban complementos importantes para una buena ama de casa (Barros y Buenrostro, 1996).

En contrapartida, entre los “estudiantes” de nivel medio existen claras evidencias de que se profundiza la desigualdad de oportunidades entre géneros, con una clara situación de desventaja para las mujeres. No obstante que la población femenina en edad de estudiar era mayor que la masculina, los estudiantes eran mayoritariamente hombres. En total, en la Municipalidad de la Ciudad de México se registraban 5 824 estudiantes, de los cuales las tres cuartas partes eran hombres y vivían en esta zona central poco menos de la mitad de ellos. El mayor número de estos estudiantes, 1 209, vivía en el

cuartel tres, de los cuales 76% eran hombres, mientras que en el cuartel cuatro vivían 647; es decir, menos de la mitad, y de éstos, 83% eran hombres.

En cuanto a los estudiantes de nivel superior se trataba de un grupo constituido por un número muy reducido de jóvenes, en el cual existían unas pocas mujeres que lograron superar todos los obstáculos que existían en la sociedad de la época para que éstas pudieran dar continuidad a estudios de nivel superior, tal como lo analiza en este libro Lourdes Alvarado (2010).

LA VIVIENDA Y LA CALIDAD DE VIDA

El *barrio universitario* estaba enclavado principalmente en este espacio urbano central del cuartel cuatro, el cual según Moisés González Navarro (1974), era un territorio que podía considerarse uno de los mejores de la ciudad, ya que contaba con calles pavimentadas, drenaje, agua y presentaba condiciones de vida bastante buenas, destacando la no existencia de industrias nocivas. Según el censo de inicios del siglo xx vivía en este cuartel 12.4% de la población de la Municipalidad de México,

poco más de 10 000 familias. Además se trataba de un centro de baja altura en el que había 1 786, casas de las cuales 413 eran de un piso, 817 de dos y sólo 345 de tres. Sin duda, esto respondía a las propias características de un centro construido sobre la ciudad lacustre de los indígenas y sobre un suelo sometido a fuertes movimientos sísmicos, como los ocurridos en 1909 y 1910.

Pero el principal rasgo de aquella morfología urbana eran las condiciones de vida extremadamente desiguales que prevalecían en este espacio central, ya que mientras las clases altas gozaban de una muy buena calidad de vida, los sectores populares y las clases medias enfrentaban diferentes carencias. Pérez Montfort (2003) describe claramente este ambiente urbano extremadamente polarizado:

Así, entre virtudes y defectos, la Ciudad de México a la vuelta del siglo, podía enseñar una cara particularmente halagadora y divertida para algunos, cuando no patética y desesperanzadora para otros.

Efectivamente, las viviendas habitadas por las clases populares presentaban pésimas condiciones de salubridad, principalmente las localizadas en el norte, sur y oriente, mientras que el centro y el poniente contaban con mejores condiciones. Las vecindades eran viejas casonas abandonadas o casas que habían sido construidas para este fin, y allí vivían familias con numerosos miembros que ocupaban pequeñas habitaciones compartiendo precarios servicios. Además algunas familias aún más pobres vivían en barracas instaladas en terrenos baldíos y en diferentes tipos de alojamientos temporales (casas de huéspedes, mesones, posadas y dormitorios públicos) localizados en el centro de la ciudad y para los estudiantes que provenían de otros estados de la República se ofrecían cuartos en casas de huéspedes o en casas de estudiantes donde existían reglas muy rígidas sobre el uso de los espacios.

Pero en las vecindades del centro vivían no sólo sectores pobres, sino medios. Al comenzar el siglo xx en algunas vivían más de un centenar de familias cuyos cuartos estaban separados por unos callejones internos en los que corrían los desperdicios y excrementos de sus

habitantes.²⁰ A estas viviendas precarias se sumaban las habitaciones en accesorias en las que también se desarrollaban actividades económicas y, según el censo de 1900, eran en total 2 350 piezas.

Se registraba también más de un centenar de personas viviendo en la calle, en chozas y jacales, considerados “alojamientos temporales” construidos de materiales perecederos o desechos, donde habitaban las clases populares en condiciones miserables. Existían dormitorios públicos que eran cuartos grandes o medianos con filas de camas en donde los viajeros pagaban unos centavos por noche, y en algunos ni siquiera tenían camas, sólo petates donde dormían hombres, mujeres y niños en las galeras.²¹

Se censaron también ocho casas de huéspedes en las que vivían 136 personas, nueve colegios de internos que alojaban a 432 niños y jóvenes y tres hospitales con 257 personas. Pero además el cuartel cuatro era la zona de la ciudad con la mayor concentración de hoteles, un total de 30, que alojaban en el momento del censo a 1 348 personas y, según el trabajo realizado en esta investigación, para 1910 existían ya 40. Entre los que ofrecían mejores servicios estaban el Hotel Iturbide, Biarritz, Gillow, Juárez, Colón, Europa, Palacio, París, De France, Barcelona, Inglés, por mencionar algunos. En el cuartel tres se localizaban el Hotel Roma y el Hotel Central (véase Mapa 1).²²

Ante el grave déficit de vivienda, el último día de 1910 se anunció la creación de la Caja Nacional Mexicana de Pensiones Vitalicias y Casas Populares que contó rápidamente con 174 suscriptores, aunque el proyecto no prosperó (González Navarro, 1974). La pobreza se expresaba claramente en la precariedad de las condiciones habitacionales, así como en la insalubridad e inseguridad que afectaban principalmente a los sectores populares pero que dañaban al conjunto de la sociedad. Las malas condiciones de higiene que presentaba el centro favorecían las epidemias en las que morían muchas personas, como lo reconoció el mismo director de Obras Públicas del Distrito Federal, el Ingeniero Roberto Gayol. La escasez y la mala calidad del agua potable eran motivo de constantes quejas y se

PÁGINA SIGUIENTE:

Mapa 1.

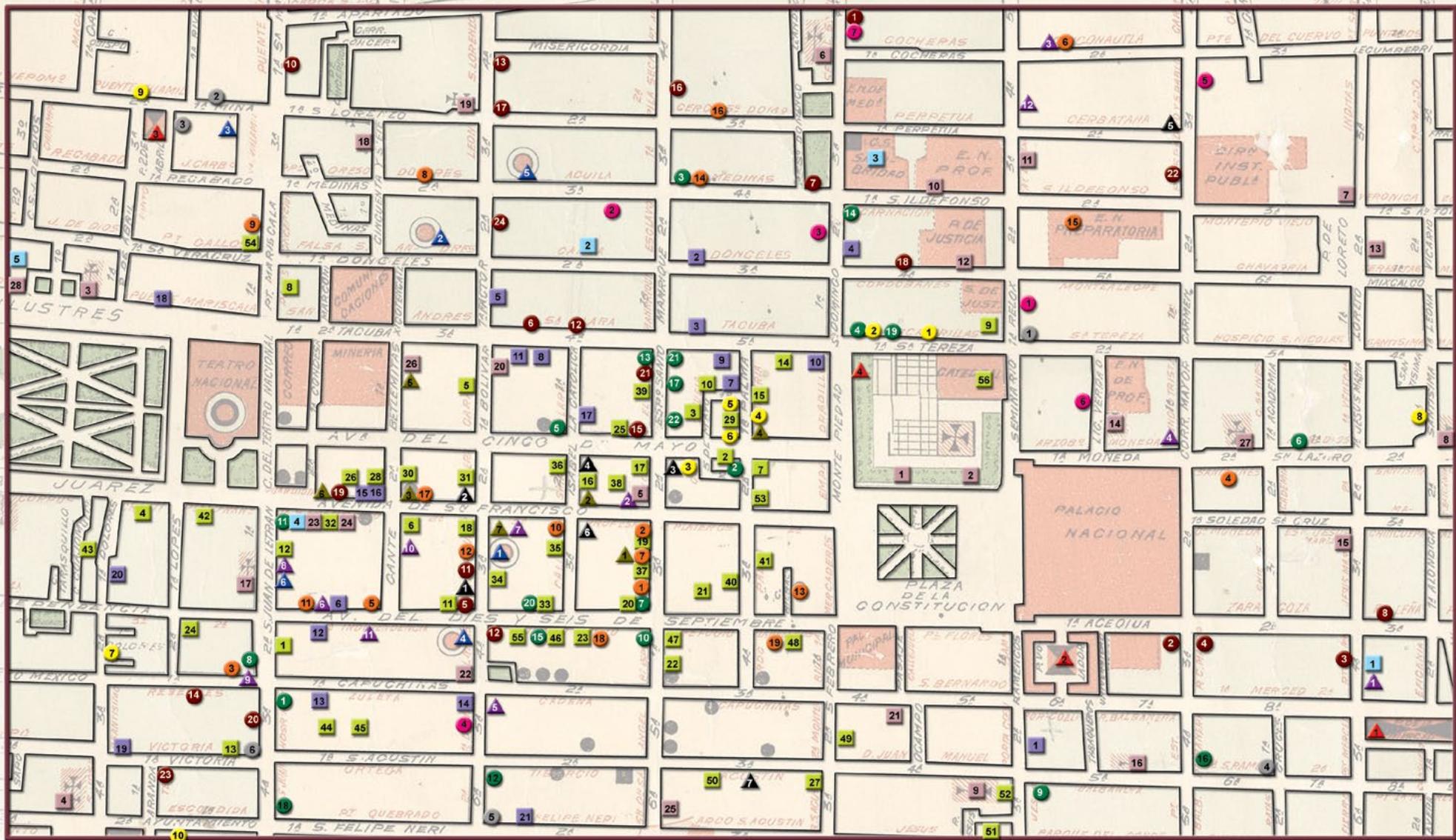
Barrio Universitario.

Elaboración:

Luis Armando Soto Martínez
y Mario González Esquivel.

Diseño:

Ricardo González Bugarín.



BILLARES

1. Sin nombre
2. Sin nombre
3. Salón de Billares
4. Sin nombre
5. Sin nombre
6. Salón de Billares y Boliches
7. Sin nombre
8. El Bijou
9. La Boite
10. Entrambasaguas
11. Academia del Billar
12. Sin nombre

CAFÉS

1. La Roca de Oro
2. El Grano de Oro
3. Café de chinos
4. Café de chinos
5. Concordia
6. Sin nombre
7. El Gran Oriental
8. Sin nombre
9. Veroly
10. El 16 de Septiembre
11. Café de chinos
12. Sin nombre
13. Café de chinos
14. Madrid
15. Paris
16. Café de chinos
17. El Olimpo
18. El Imperio
19. Royal
20. Ambos Mundos
21. La Concordia
22. El Moro
23. California
24. La Flor del Café
25. Sin nombre

CANTINAS

1. Las Dos Naciones
2. La Montañesa
3. El Verdadero Nivel
4. El Kiosco de las Flores
5. La Tertulia
6. El Río Bravo
7. La Puerta del Sol
8. Sin nombre
9. Sin nombre
10. La Madriñena
11. El Gran Salón
12. La Villa de Madrid
13. Beer-Hall
14. La Valenciana
15. Coliseo Viejo
16. Sin nombre
17. Del Valle Klotz
18. La Riojana
19. La Gran Sociedad
20. Ocariz
21. La Perla del Risco
22. Sin nombre

CASAS DE HUÉSPEDES

1. Sin nombre
2. Sin nombre
3. Sin nombre
4. Sin nombre
5. Sin nombre
6. Sin nombre
7. Cuartos amueblados
8. Sin nombre
9. Sin nombre
10. Sin nombre
11. Casa de huéspedes con asistencia
12. Sin nombre
13. Sin nombre

14. La Ideal
15. Sin nombre
16. Sin nombre
17. Sin nombre
18. Sin nombre
19. Sin nombre
20. Sin nombre
21. Sin nombre

CASINOS Y CLUBES

1. Casino Español
2. Casino Nacional
3. Casino Americano
4. Casino Francés
5. Casino Alemán
6. Jockey Club
7. Club Británico

CINES

1. Salón Variedades
2. Salón Rojo
3. Pathé, Compañía Cinematográfica Mexicana
4. Cine Club
5. Cine Imperio
6. El "Nuevo"
7. Bajos del Hotel Gran Sociedad

FONDAS

1. La Poblana
2. Sin nombre
3. Sin nombre
4. La Estrella
5. La Mexicana
6. Caja Grande
7. Los Bohemios
8. La Concordia
9. Sin nombre
10. El Buen Tono

HOSPITALES

1. Hogar de Niños Espósitos
2. Hospital para Mujeres Dementes
3. Centro de Salubridad
4. Cruz Roja Mexicana

HOTELES

1. Hotel Jardín
2. Hotel del Comercio
3. Panamá
4. St. Francis
5. Ambos Mundos
6. Hotel Iturbide
7. Continental
8. Roma
9. Central
10. Biarritz
11. Inglés
12. Lara
13. Victoria
14. Juárez
15. Veracruzano
16. Venecia
17. Gillow
18. San Carlos
19. Espíritu Santo
20. Goullert
21. Bazar
22. Algara
23. Europa
24. Havre
25. Comonfort
26. Astoria
27. San Agustín
28. Majestic
29. Washington
30. Porters Hotel
31. Maison Doreé
32. Guardiola

IGLESIAS

1. Catedral
2. Sagrario
3. Santa Veracruz
4. San José
5. La Profesa
6. Santo Domingo
7. Nuestra Señora de Loreto
8. La Santísima
9. Portacochi
10. La Encarnación
11. Santa Catalina de Sena
12. La Enseñanza Antigua

33. Barcelona
34. Coliseo
35. De la Paix
36. D'Italia
37. Du Louvre
38. De France
39. Colón
40. Seguridad
41. Lafayette
42. Bristol y Sonora
43. Edison
44. Grand Hotel
45. Hotel Office
46. Paris
47. Palacio
48. Del Refugio
49. Mónaco
50. Monte Carlo
51. Humboldt
52. América
53. Morelos
54. Diligencias
55. Hidalgo
56. Seminario

13. Santa Teresa la Nueva
14. Santa Inés
15. Jesús María
16. Balvanera
17. Santa Brigida
18. La Concepción
19. San Lorenzo
20. Santa Clara
21. San Bernardo
22. Colegio de Niñas
23. San Felipe de Jesús
24. San Francisco
25. San Agustín (Biblioteca Nacional)
26. Betlemitas
27. Santa Inés
28. San Juan de Dios

MERCADOS

1. La Merced
2. El Volador
3. 2 de Abril
4. Portal de las Flores

PULQUERÍAS

1. El Pabellón
2. Waterfoo
3. El Carbonero
4. Sin nombre
5. La Edad de Oro
6. La Pescadora

REPOSTERÍAS

1. Sin nombre
2. Repostería con venta de cerveza
3. Dulcería y Pastelería La Violeta
4. Repostería con venta de cerveza

RESTAURANTES

1. Fornos
2. Faust
3. Hotel Jardín
4. El Gurugú
5. Lunch House
6. La Simpatía
7. La Noche Buena
8. New York
9. Sin nombre
10. Gambirinus
11. Prendes
12. Iturbide
13. Conejo Blanco
14. Los Monotos
15. El Generalito
16. Hostería Santo Domingo
17. Astoria
18. Paris (gran lujo)
19. Sylvian (gran lujo)

TEATROS

1. Principal
2. Virginia Fíbergas
3. Teatro Circo Orrín
4. Colón
5. Folies Bergere
6. Rosa Fuertes

las consideraba la primera causa de la insalubridad que existía en la capital, por lo que aún los periódicos pro-gobiernistas afirmaban que sin agua era inútil tener un Código Sanitario (Espinosa, 1991).

Cossío Villegas (1957), en su trabajo pionero sobre la vida social en el Porfiriato, analizó no sólo la magnitud del problema de la vivienda, sino la insuficiencia de agua potable. Según este autor, la escasez e impureza de los alimentos, y otros factores análogos, como la misma miseria, eran las causas más importantes de las enfermedades. Ante esto, las autoridades sanitarias dictaron medidas higiénicas que deberían observarse en toda la ciudad: barrer tres veces al día las calles, recoger la basura en la mañana e incinerarla en la tarde, cegar las coladeras, limpiar los muladares, bardar los terrenos baldíos, aumentar la irrigación de las atarjeas, proporcionar agua suficiente a todos los barrios, establecer duchas en las comisarías para bañar a las personas sucias que llegasen a ellas y recoger a los pordioseros.²³

Sin duda estas condiciones de vida incidían en las altas tasas de mortalidad infantil registradas al nacer o antes de los cinco años de edad, como consecuencia de enfermedades gastrointestinales, respiratorias o de epidemias, puesto que aunque en la capital la viruela se había erradicado en 1900, 10 años después de hacerse obligatoria la vacuna no se controlaban el tifo, la influenza ni el cólera (Barros y Buenrostro, 1996). El gobierno había realizado, desde finales del siglo XIX, diferentes obras para generar mejores condiciones de salubridad en las ciudades, en particular en el Distrito Federal, y también tomó importantes medidas de este tipo, de las que se dio cuenta en los primeros días de septiembre en medio de los festejos del Centenario de la Independencia. Así cuando se realizó la Exposición de Higiene se otorgó particular atención al tema de bebidas, comestibles y mercados, poniendo especial énfasis en que el Consejo de Salubridad contaba con aparatos especiales para analizar las sustancias alimenticias y castigar a los comerciantes que atentaban contra la salubridad. También se informaba que en el ramo de mercados se había logrado un avance notable, aunque sobrevivían expendios en malas condiciones.²⁴

Sin embargo, el presidente Díaz reafirmaba en su discurso del 16 de septiembre de 1910 que la capital conservó buenas condiciones de salubridad, porque había disminuido el número de casos de las enfermedades transmisibles y que en el primer trimestre se redujo considerablemente la mortalidad respecto de igual periodo del año anterior; informó de la construcción en la capital de 5 000 metros de atarjeas, cerca de 800 albañales y que habían progresado las obras de agua potable.

LA VIDA CULTURAL Y EL ESPACIO PÚBLICO

En el territorio del *barrio universitario* se concentraban los edificios y las actividades de los universitarios, pero además era un espacio de encuentro, de aprendizaje extra aulas compartido por la juventud de la época y un sitio privilegiado de la vida cultural donde circulaba una élite intelectual y artística con vínculos en diferentes países. Renate Marsiske al referirse a los estudiantes universitarios de aquella época afirma:

[...] los estudiantes no sólo convivían en los salones de clase, sino también en actividades de tipo social. Ellos organizaron recepciones, comidas, bailes y fiestas, donde se eligió cada año entre las alumnas la reina de los estudiantes [...] Los estudiantes universitarios, de la Escuela Nacional Preparatoria o de las facultades o escuelas superiores, pasaban gran parte de su tiempo en el centro de la Ciudad de México, alrededor de la Plaza de Santo Domingo, de las calles de San Ildefonso, Argentina, Brasil, Tacuba, etc., donde se encontraron sus escuelas. Se encontraban en los patios de los edificios coloniales de la universidad, en los cafés y librerías que abundaban” (Marsiske, 1989, p. 192).

Sin duda un punto de encuentro importante para los estudiantes e intelectuales de la época eran las bibliotecas, ya que poseían un valioso acervo para las tareas docentes, entre éstas: la Hispanoamericana, la Carlos Prieto y la de la Escuela Nacional de Ingenieros, localizadas en el cuartel cuatro, y muy cercanas a éstas estaban las bibliotecas de las Escuelas de Medicina, Jurisprudencia, Bellas Artes y de la Escuela Nacional Preparatoria.²⁵

De igual forma, este estrecho vínculo entre vida universitaria y la ciudad se expresaba en el elevado número





Cuando proliferó el uso del automóvil, se estableció el límite de velocidad en 10 kilómetros por hora en las calles con mayor circulación. Primera calle de Isabel la Católica, esquina con la cuarta calle de Tacuba.

©121141.CONACULTA.INAH.SINAFO.FN.MÉXICO.

de librerías que existían en el centro; en el cuartel cuatro se localizaban, entre otras, la Rosa y Bouret, General, Biblos, Herrero, Mariano Galván, De la Torre. Muy cercanas a éstas, en el cuartel tres, estaban la Botas, Modernista, la Orortiz y en el cuartel dos, la Casa de la Primera Imprenta, Juan López, Araluce. En el cuartel uno, en la esquina de la Escuela Nacional Preparatoria, ya existía la actual librería Porrúa Hermanos y la Robredo. Algunas de ellas eran sumamente valoradas, como consta en el periódico crítico *El Diario del Hogar*, fundado en 1881 por Filomeno Mata, quien recomendaba la librería Modernista, ubicada en la calle Vergara número 10 porque “era la más popular de esta Capital, su género y existencia responde a todo lo que se llama progreso, adelanto, libertad bien entendida”.²⁶

Pero además la Universidad ofrecía entonces un entorno ciudadano ideal para los jóvenes universitarios quienes, como lo describe Javier Garcíadiego, podían acceder a actividades que estaban:

embarcadas en una ciudad en rápida modernización y acordes con su tiempo, actividades extracurriculares estudiantiles de tipo absolutamente mundano: veladas, serenatas y juegos florales (Garcíadiego, 1989, p. 142).

Así las principales actividades sociales de los capitalinos se realizaban en los espacios públicos abiertos. La ciudad contaba con 18 jardines públicos que estaban en la zona del *barrio universitario*: la Alameda, el Zócalo, el atrio de la Catedral, La Corregidora, el atrio de Santo Domingo, Juárez (San Pablo), 5 de Mayo (Colegio de Niñas), Carlos IV (circundando la estatua), del Carmen.²⁷

En las fiestas cívicas y religiosas participaban los diferentes sectores sociales, pero uno de los principales entretenimientos era el teatro. El gran Teatro Nacional, el más elegante, fue demolido en 1901 para prolongar la actual calle 5 de Mayo. Los teatros Iturbide, Principal, Arbeu, el Renacimiento (que se convirtió en 1905 en el Teatro Virginia Fábregas) o el Esperanza Iris (que al comenzar el siglo XX pasó a llamarse Teatro Ideal) ofrecían una amplia y variada cartelera. En 1909 se incendió el Teatro Iturbide, que había alojado la Cámara de Diputados desde 1872.²⁸

Las tandas del Teatro Principal eran sumamente concurridas, a pesar de que la prensa local consideraba el teatro por hora un género menor. En este teatro se estrenó una obra de José Ignacio González y Julio B. Uranga, titulada *El pájaro azul*, en la que se criticaba a Díaz, hecho bastante inusual en un espectáculo público dadas las condiciones de censura que existían. También en el Teatro Colón se presentaban las tandas de moda en funciones en las que tomaban parte luchadores grecorromanos.²⁹

Funciones de conciertos, ópera, operetas y zarzuelas, eran puestas en estos escenarios en diferentes temporadas y la clase alta también asistía al ballet.

En 1903 gustosamente se disfrutó de Coppelía y Brahma, interpretados por las hermanas Costa y años después un numeroso público admiró las danzas de Ana Pavlova. Asimismo los conciertos de música clásica eran un espectáculo para el gusto fino; baste recordar las noches de concierto en la sala Wagner (De Gortari, y Hernández, 1987).

Sin duda las opciones culturales estaban directamente relacionadas con la capacidad de pago del público y existía una amplia cartelera anunciada en los principales periódicos locales.³⁰ Los estudiantes ante los precios de las entradas solicitaron a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes que les hicieran una rebaja en el Teatro Arbeu durante la temporada de ópera.³¹ El periódico *El Diario del Hogar* reclamaba que la concurrencia a este teatro no correspondía a la buena labor de los artistas, ya que el público era muy escaso y que se esperaba ver este teatro más concurrido en las próximas funciones.³² Además con motivo de las Fiestas del Centenario se podía disfrutar de las tandas y las funciones populares organizadas para un amplio público por la Secretaría de Instrucción Pública.

Para las clases altas existían grandes casinos y clubes donde se ofrecían entretenimientos de salón, banquetes, conciertos y bailes. *El Mundo Ilustrado* decía: “para que se vea que existe en nuestra metrópoli lo que hay en las principales capitales del mundo”.³³ Todos estos espacios recreativos estaban localizados precisamente en el

PÁGINA SIGUIENTE:

El teatro era uno de los principales entretenimientos; ofrecía una amplia y variada cartelera. Teatro Arbeu, declarado sede oficial de las Fiestas del Centenario de la Independencia, en San Felipe Neri.

© 655953 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.





El circo Orrin, en la Plaza Villamil, exhibía entre otros espectáculos el de su afamado dueño, el genial payaso Bell. Espectadores en el interior del circo.

© 99132 CONACULTA.INAH.

SINAFO.FN.MÉXICO.

cuartel cuatro. El Jockey Club, el Casino Nacional, que era el más popular y más conocido de México, el Club Inglés, el Club Alemán, el Club Español, el Británico, el Americano y el Francés eran espacios donde concurrían las diferentes colonias de extranjeros.

Los títeres como la compañía de Rosete Aranda o la de Salvador Aycardo eran una diversión familiar para todas las clases sociales. Entre los circos, el primero en llegar a la Capital fue el Chiarini y el más famoso fue el Orrin, en el cual actuaba el famoso payaso Bell. A éstos se sumaron el circo Treviño, Jordán o Magnolia. Había también corridas de toros, un frontón e hipódromos (Peralvillo e Indanilla) y se podía disfrutar con los globos de Cantolla o patinando en el Tívoli del Eliseo (De los Reyes, 2006).

En 1895 se comenzó a exhibir en la calle de la Profesora el cinetoscopio de Edison, donde se cobraba 25 centavos por una visita de medio minuto (Krause y Medina, 1993), y Salvador Toscano Barragán acondicionó

a fines del siglo XIX, un salón ubicado en las calles San Francisco (hoy Madero) y Coliseo (hoy Bolívar) para abrir el Cinematógrafo Lumière, el cual fue vendido y reinaugurado en 1906 como Salón Rojo.³⁴ También en ese año se construyó el Granat y para 1906 la ciudad contaba con 16 salones que proyectaban las novedades de las casas Pathé, Edison, Meliés, Gaumont, Urban Trading, Warwick, Mutascope y Poliscopio.

Pero la vida social de estos universitarios seguramente transcurría diariamente en los cafés, restaurantes, fondas y bares de la zona. Alrededor del *barrio universitario* se concentraba un gran número de restaurantes y en el cuartel cuatro existían el Astoria, Sylvain Daumont, Prendes, Centro Americano, Restaurant Suizo, Gambrines, La Noche Buena, Lunch House, Faust y Fornos, entre muchos otros y se podía comer muy barato en las fondas La Estrella, La Mexicana o Caja Grande, que estaban localizadas en el cuartel cuatro o La Poblana, ubicada en el cuartel tres. Entre los cafés

más concurridos estaban los de chinos, La Concordia y Veroly. En la calle 5 de mayo se localizaba el Café de París, La Blanca, el Tupinamba y en los alrededores La Alameda, el Sorrento. Los bares de moda de los sectores de mejores ingresos eran el del Hotel Del Prado, el Regis, el Reforma.

Pero además en esta zona existían más de 70 cantinas, sólo en el cuartel cuatro había 19, entre ellas Dos Naciones, Del Valle Klotz, La Puerta del Sol, La Tertulia, El Kiosco de las Flores, La Ópera, El Gran Salón, La Madrileña, Ocariz, Beer Hall, La Perlas del Risco. En el cuartel tres, en la calle Moneda, una de las esquinas del Zócalo, la más famosa era El Nivel, considerada la primera cantina con licencia de la Ciudad de México; también existían allí otras de nombre La Gran Sociedad y La Valenciana.³⁵ Debe decirse que a fin de controlar el alcoholismo desde finales del siglo XIX se prohibió abrir nuevas cantinas en la zona central, lo cual llevó a que se localizaran en zonas próximas, como se puede observar en el Mapa 1 y que se promovieran otras actividades recreativas en los teatros, cines y clubes como opciones.

LA PARTICIPACIÓN DE LOS UNIVERSITARIOS EN LOS FESTEJOS DEL CENTENARIO

Desde los primeros días de septiembre la sociedad mexicana se sumó y disfrutó de los numerosos festejos del Centenario de la Independencia organizados por el gobierno de la República. Así, las calles del centro eran recorridas por muchas familias que acudían a ver los preparativos del gran festejo del 15 de septiembre. *El Imparcial* describía de esta forma la entusiasta presencia de los capitalinos:

El 1º, especialmente al medio día, de doce a dos de la tarde, la gran arteria metropolitana, es decir, la Avenida de San Francisco, mostraba el espíritu de festejo, grupos de gente en las aceras, observando los escaparates entre cuyas mercaderías sobresalen los tres colores de la enseña nacional. También contemplaban los adornos de las fachadas y la multitud era tal que las banquetas contenían apenas a los transeúntes de la gran Avenida, que también se desbordaban por las avenidas del 5 de mayo y 16 de septiembre, por los portales de Mercaderes y de las Flores y las calles del

Empedradillo y de Isabel la Católica. Otros se internaban en el Zócalo, donde, por ser jueves, una banda militar lanzaba al aire sus alegres notas.³⁶

A los gallos de los estudiantes en las calles céntricas se sumaba una kermese en La Alameda, donde los ricos obsequiaban ropa, dulces, juguetes a las familias de las barriadas. Los periódicos describían las transformaciones de las calles céntricas con todo detalle, diciendo que los edificios mejor iluminados eran la Casa Mosler, la Palestina, el hotel de San José el Real, y el gran edificio de una compañía de seguros, en la parte norte de 5 de mayo. El edificio de cinco pisos de la Compañía Blanca lucía banderas, drapeados, gallardetes, escudos, en artísticos moños, en haces de muy buen gusto, en acervos sencillos, pero vistosos. El edificio de la Compañía de Luz atraía espectadores. La sede del edificio de una compañía de seguros de la avenida Isabel la Católica y San Francisco, como principal adorno poseía un letrero luminoso con esta palabra: PAX. En la avenida San Francisco, un restaurante mostraba una gran corona de foquillos de colores. Más hacia el centro, La Suiza se distinguía por su fachada blanca. La Casa Oliver también destacaba entre todas porque sus ventanas y balcones estaban tachonados de foquillos tricolores, verdes, blancos y rojos. En el centro, un almacén del portal de las Flores y otro de Mercaderes arrojaban su resplandor a las aceras. Otro almacén de la Compañía, estaba iluminado *a giorno*.³⁷

Como parte de las Fiestas del Centenario se inauguraron varias muestras, entre las cuales la Exposición Japonesa contó con la presencia del presidente de la República y, según los reporteros, acudió también lo más selecto de la sociedad mexicana con la finalidad de:

admirar los productos del arte y la industria del inteligente pueblo asiático, que con laboriosidad y energía ha sabido utilizar todos los avances de la civilización occidental, sin perder los caracteres propios de su raza y de su genio.³⁸

El 4 de septiembre desfilaron por las principales avenidas suntuosos carros alegóricos en medio de una enorme concurrencia que llenaba las aceras desde las

nueve de la mañana; iban por la avenida Juárez, San Francisco, Plateros y la Plaza de la Constitución, mientras la gente estaba instalada en los balcones y las azoteas de sus casas y el presidente Díaz y su gabinete en el balcón central del Palacio Nacional. A las 11 dio inicio el desfile de carros del comercio (El Palacio de Hierro, el Centro Mercantil), de la minería, de la industria, siendo particularmente aplaudido el carro de la fábrica Excelsior, de la banca, de grupos de obreros y obreras, de charros y diferentes gremios. Toda esta actividad callejera en el centro de la metrópoli logró paralizar la circulación, ya que había unos mil carruajes estacionados (por dos horas y cuarenta minutos) en la avenida San Francisco, lo cual obligó al Inspector de Policía a hacer un plan sobre cómo se utilizarían estas calles en los días sucesivos.³⁹

Por otra parte, en el Informe presentado por el presidente de la República al abrirse el primer periodo de sesiones del xxv Congreso de la Unión, el 16 de septiembre de 1910, se justificaba ampliamente el despliegue de recursos dedicados a los festejos del Centenario diciendo que:

El Ejecutivo ha estimado que el primer Centenario de la proclamación de la Independencia debe ser celebrado con toda pompa y solemnidad, y al efecto, además de haberse constituido una Comisión Nacional, de que organizara los festejos, nombrando comisiones locales en toda la República, se han preparado bajo los auspicios oficiales, numerosas fiestas y solemnidades, entre las que figura la inauguración de importantes institutos, edificios, mejoras materiales y obras de arte.

En realidad esa comisión había sido creada tres años antes, el 1 de abril de 1907 y el modelo a seguir fueron las festividades de la Exposición Universal de París, de 1889. Así, además de los desfiles y concursos de carruajes se sumó la presentación de numerosas obras de teatro y tandas populares. El teatro de las señoras Moriones en la calle del Coliseo destacaba por tener un gran retrato de Hidalgo, banderas, focos de arco de los tres colores nacionales e hileras de foquillos resplandecientes.⁴⁰

En medio de este clima festivo la comunidad universitaria se sumó activamente a los festejos.

El 10 de septiembre se inauguró el xvii Congreso Internacional de Americanistas, cuya solemne sesión de apertura se realizó en el salón de actos de la Escuela de Ingenieros y, como parte del mismo, se hizo una visita a la recién remozada Teotihuacan, encabezada por Justo Sierra y acompañado por los miembros del cuerpo diplomático, académicos participantes y las representaciones de países extranjeros. También se realizó el Congreso Indianista y se inauguró la Normal para Maestros, construida en los terrenos de la Tabla del Rosario, al sur de la calzada de Tacuba. El embajador alemán hizo entrega de la escultura de Humboldt en el jardín de la Biblioteca Nacional, en la calle de Isabel la Católica.⁴¹ El 13 de septiembre se reunieron en la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres los representantes de diferentes entidades del país que asistieron al Congreso Pedagógico Escolar convocado por el Ministerio de Instrucción Pública y el 19 de septiembre se inauguró el iv Congreso Médico Nacional.

El 18 del mismo mes fue inaugurada la Escuela de Altos Estudios en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria, donde el subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Ezequiel A. Chávez, pronunció un discurso oficial con la presencia de los delegados de universidades extranjeras de California, Cornell, La Habana, París, Pensilvania, Oxford y Yale, así como de los círculos intelectuales mexicanos, designándose como primer director a Porfirio Parra.⁴² El 19 de septiembre en la Academia de San Carlos y bajo los auspicios de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, se presentó una exposición de la Asociación de Pintores y Escultores Mexicanos, formada en su mayoría por los más jóvenes artistas de la ciudad, Félix Parra, Jorge Enciso, Saturnino Herrán, Roberto Montenegro, Ramos Martínez, de la Torre, entre muchos otros, la cual fue calificada de “alentadora proeza inicial con que celebró el Centenario heroico” (García, 1991).

Pero, sin duda, el desfile histórico del 16 de septiembre fue el momento culminante de los festejos por ser el más concurrido, al que asistieron unas 200 mil personas, el doble de las que acudieron al Grito en el Zócalo. Ese mismo día se inauguró la Columna de la Independencia,

Solemne inauguración de la Universidad Nacional de México, en el anfiteatro recientemente remodelado de la Escuela Nacional Preparatoria.

IISUE.AHUNAM.EACH-0415



diseñada y construida por el arquitecto Antonio Rivas Mercado, director de la Escuela de Bellas Artes.⁴³ También se inauguró el Congreso de la Unión y María Conesa entonó el himno. La comunidad italiana entregó una reproducción de la escultura de San Jorge, de Donatello, que fue colocada en la Academia de San Carlos.

El 22 de septiembre, como se verá en el próximo apartado, se creó la Universidad Nacional y el 23, el presidente Díaz colocó la primera piedra de lo que sería el Palacio del Poder Legislativo, construcción que quedó inconclusa. Finalmente, los festejos llegaron a su punto culminante el 27 de septiembre, cuando la Cámara de Diputados rechazó las impugnaciones y solicitudes de anulación de los comicios y declaró a Díaz y Corral vencedores en las elecciones.

Sin embargo, las calles engalanadas y los festejos gubernamentales no podían ocultar la pobreza en la que vivían las grandes mayorías ni las marcadas desigualdades sociales que presentaba la sociedad mexicana a inicios del siglo xx, las cuales eran fácilmente observables en el barrio central de la ciudad. Alberto del Castillo

Troncoso (2006) al describir esta dualidad de la acción gubernamental afirma que las autoridades trataban de mostrar a los mexicanos, pero sobre todo a los extranjeros, el ingreso del país a la civilización y a la modernidad, aunque para ello hubiese que “borrar” de la escena urbana a algunos “indeseables”, como eran los mendigos o los niños de la calle, “nómadas ciudadanos” que según los reportajes de la época, acostumbraban vagar sin rumbo por las calles de la capital.

Sin duda la situación social en México se había agravado y en el año 1910 se registraba un alza del costo de la vida como consecuencia del incremento de la demanda de bienes y servicios que generaba la presencia de más de cien mil visitantes que llegaban a la ciudad para participar en los festejos. Los hoteles y los restaurantes subieron sus precios notablemente con motivo de las Fiestas del Centenario y el gobierno intentó poner límites a los comerciantes, incluso con amenazas de clausurar establecimientos que abusasen de esta situación.⁴⁴ Pero además, el descontento social ganaba las calles. El 6 de octubre, Madero se fugó de la prisión de San Luis

Potosí y redactó el Plan de San Luis, en el que concluía que el gobierno de Díaz era ilegítimo por lo que convocaba a la rebelión para el 20 de noviembre, dando inicio así la Revolución Mexicana.

LA CREACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL: FESTEJOS ESTUDIANTILES Y PROTESTA SOCIAL

El 22 de septiembre, en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria, se inauguró la Universidad Nacional de México. El reagrupamiento institucional que Justo Sierra propuso para crear la Universidad Nacional de México contribuyó a desarrollar una nueva identidad colectiva a partir del sentido de pertenencia que poseían quienes estaban inscritos en las diferentes escuelas de nivel superior. Una identidad sustentada en compartir cotidianamente los espacios públicos concentrados en un pequeño número de calles del centro histórico de la ciudad capital. Luis Eduardo Garzón (2000) afirma que el barrio universitario conservaría a partir de estas fechas:

la magia de la comunión y de la identidad. Los viejos edificios transformados en nuevas escuelas. Sus patios y corredores cargados de jóvenes sonrientes y soñadores. Los restaurantes, los jardines, las calles alledañas y la piedra con memoria colectiva.

Esta identidad colectiva se fue fortaleciendo a medida que la Universidad Nacional se consolidó como la principal institución de educación superior del país, creciendo la población estudiantil, la planta docente, sus empleados y el número de carreras universitarias. Pero sin duda un hecho histórico, además de emblemático en la relación entre la universidad y la ciudad, ocurrió el 22 de septiembre a media mañana, cuando luego de realizarse el acto formal de inauguración de la Universidad Nacional, en el nuevo anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, se organizó una *procesión universitaria*, que recorrió a pie el trayecto desde aquel sitio al antiguo edificio de la Escuela Normal de Maestros, en el que se instalaron las oficinas de la Universidad Nacional. Tomó posesión el primer rector, el licenciado Don Joaquín Eguía Lis. Luego se ofreció a la concurrencia

un almuerzo en el que brindaron el general Díaz y el Excelentísimo señor Curtis Guild Jr., Embajador Especial de Estados Unidos de América. Terminado el acto, la mayor parte de los invitados se dirigieron en tren especial al pintoresco San Ángel, donde fueron “obsequiados con un espléndido banquete por el señor licenciado don Justo Sierra” (García, G. 1991).

En 1910 había inscritos sólo 1969 alumnos y 380 profesores. Del total de alumnos, 991 pertenecían a la Escuela Nacional Preparatoria y entre las escuelas universitarias, Medicina era la que tenía más estudiantes, siguiendo en número de alumnos la Nacional de Ingenieros, Jurisprudencia y Arquitectura. El mayor número de profesores pertenecía a la Escuela Nacional Preparatoria (92), Medicina tenía 54, Ingeniería tenía 27, Bellas Artes (Arquitectura) 21 y Jurisprudencia 18.⁴⁵ Además existían otras opciones educacionales, tales como las Escuelas Nacionales, Institutos y Museos, que tenían 238 profesoras, más 142 asistentes, lo cual hacía un total de 380 docentes. Para las mujeres la principal opción era la Escuela Normal de Profesoras y muy pocas pudieron acceder a la universidad o escuelas superiores para ejercer una profesión como médicas, escritoras y pintoras.⁴⁶ Pero lo fundamental no era el tamaño de la comunidad universitaria, sino que en una sociedad tan elitista como la mexicana de aquellos tiempos lo importante era el papel social que estos grupos sociales podían desempeñar en un contexto que se hallaba en plena transformación.

Particular atención merece el hecho de que en las calles de este espacio central, desde mediados de la primera década del siglo xx, un destacado grupo de jóvenes vinculados con las escuelas de educación superior agrupados en El Ateneo de la Juventud impulsaba diferentes actividades culturales. Su historia sin duda está fuertemente relacionada con la Ciudad de México y con la creación de la Universidad Nacional, a la que pertenecían sus miembros. Susana Quintanilla (2008), estudiosa de este grupo de intelectuales, afirma que “en el trasfondo de sus vidas está la Ciudad de México, sólo en ella es posible imaginar a los ateneístas e ir tras sus huellas”.

Los maestros de estos jóvenes eran figuras que gozaban de gran prestigio y reconocimiento social, como

José María Vigil, Ezequiel Chávez, Justo Sierra, los que los llevan al terreno de lo que “es la cultura, sus bienes y valores, sus vicisitudes, sus triunfos y sus héroes”.⁴⁷ Cuando estos jóvenes formaron El Ateneo y fundaron la Revista *Savia Moderna* (para lo cual Jesús Valenzuela y Alfonso Cravioto contribuyeron con sus recursos económicos) alcanzaron una importante presencia en la vida cultural y social de finales del Porfiriato. En este pequeño grupo que destacaba del conjunto de los estudiantes, algunos ya se habían graduado, mientras que otros aún eran estudiantes. Quintanilla (2008) afirma que todos pertenecían a la Escuela Nacional de Jurisprudencia: “Nemesio García Naranjo y Rubén Valenti iniciaron sus estudios en esta institución en 1903; en el segundo año ya destacaban Antonio Caso y Eduardo Colín, mientras que José Joaquín Gamboa lo hacía en el tercero y Ricardo Gómez Robelo y Abel C. Salazar en el cuarto”.

Para algunos la carrera de Derecho era la posibilidad de obtener un título, pero su vocación era la filosofía, la literatura, o la sociología, sin duda subyacía entre los estudiantes en general un interés por integrarse a la vida pública:

[...] no pocos optaban por la carrera de abogado [pues] era la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía saltar fácilmente al escenario. La opinión lo esperaba todo de los abogados. Pero ya cuando el Congreso Nacional de Estudiantes [...] los alumnos de todas las profesiones manifestaban por primera vez de un modo evidente que todos se sentían llamados a entenderse con los deberes públicos (Reyes, 1997, p.195).

La nueva revista que publicaron se llamó *Savia Moderna*, sólo salieron cinco números y el último fue en 1911, cuando Vasconcelos era el presidente del Ateneo. Esta revista se realizaba en el despacho 32 del edificio de La Palestina, tienda que aún hoy está en la planta baja del predio localizado en la esquina de la calle Vergara (hoy Bolívar) y 5 de mayo, un predio que era un símbolo de la afrancesada y moderna arquitectura que, desde fines del XIX, transformó las calles del centro de la Ciudad. Quintanilla en su excelente libro *Nosotros* (2008)

narra cómo este local fue rentado y amueblado lujosamente por Alfonso Cravioto, hijo de un exgobernador de Hidalgo, quien colocó en sus paredes reproducciones fotográficas, tallas de bronce y mármol, óleos de artistas europeos y mexicanos, lo cual lo distinguía de las precarias condiciones en las que funcionaban otras publicaciones de la época. La revista circulaba en el barrio y sus pocos ingresos provenían de la publicidad que pagaban empresas vecinas: La Peletería y Casa de Herrajes La Palestina; Parker, que vendía máquinas de escribir; Cable Company, empresa de pianos y órganos; Scout y Borne, venta de emulsiones; y la Tabacalera Mexicana. Las reuniones del Ateneo eran sólo para sus miembros y se hacían una o dos por mes, pero en 1910 estos jóvenes ateneístas durante los festejos del Centenario adquirieron una mayor presencia pública, por lo menos en los círculos de mayor nivel educativo, al organizar con el apoyo del ministro y el secretario de Instrucción Pública cinco conferencias en el salón de actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia sobre grandes pensadores mexicanos.⁴⁸

Como lo expresó Pedro Henríquez Ureña se trataba de un grupo que sentía cierta opresión intelectual con la “filosofía oficial”, y por ello optaba por leer a todos los filósofos a quienes el positivismo había condenado como inútiles, desde Platón hasta Kant y Schopenhauer. Se trataba de un grupo que, según Alfonso Reyes (1997), no estaba inspirado en el afán de saltar a puestos educativos, sino de renovar las ideas. Pero seguramente el hecho más relevante en la vida de estos jóvenes ateneístas fue acompañar esta creación:

Si la Universidad nació fue porque ya existía, en la ilusión, pero en la realidad también, el núcleo de una comunidad intelectual que aspiraba a profesionalizar su trabajo, a establecer normas para generar y validar el conocimiento y a lograr autonomía respecto del poder político. Si no la crean, la creamos, había dicho Henríquez Ureña a Reyes en 1908, cuando el segundo debatía su vocación y el primero de las humanidades en una academia verdadera, en México. Dos años y medio después, Caso y Henríquez Ureña serían nombrados Secretario y Oficial, en ese orden, de la Universidad Nacional de México (Quintanilla, 2008, p. 252).

*Vista de la primera calle de
San Francisco (hoy Francisco
I. Madero) y San Juan de
Letrán (hoy Eje Central Lá-
zaro Cárdenas).*

© 123205 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.





Al anunciar la creación de la Universidad Nacional los estudiantes comenzaron a participar en el proceso. Un periódico de la época narra cómo los estudiantes de Medicina estaban alborotados, porque en su escuela una asamblea de doctores mexicanos decidía quiénes serían los candidatos a la Universidad Nacional por sus méritos. Después de cuatro horas, a las diez de la noche, levantaron la sesión, desfilando entre los alumnos que guardaban el mayor silencio y se dijo que después de discutir las candidaturas, habrían quedado definitivamente electos los doctores: Eduardo Licéaga, Alfonso Ruiz, Nicolás Ramírez de Arellano, José Donaciano, Ángel Gaviño, José Ramón Icaza, Miguel Orvañanos, Fernando Zárraga, Luis Ruiz, José A. Vértiz, Manuel Gutiérrez, Demetrio Mejía Toussaint y Ramón Macías.⁴⁹

El gobierno mismo daba señales de que la juventud universitaria tenía un papel que cumplir en el proyecto porfirista. Así, se colocó la primera piedra del edificio de la que fue la Casa del Estudiante y Limantur hizo un donativo para su construcción. Díaz, por su parte, inauguró el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes en la calle de Balderas, construido con donaciones realizadas por “hombres prominentes”.⁵⁰

Un hecho hasta entonces inédito fue que los estudiantes salieron a las calles durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, inaugurado el 6 septiembre, y organizado por la mesa directiva de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Medicina. Este Congreso se realizó en el salón de actos de la Escuela Nacional de Ingenieros, contando para ello con el apoyo del Ministerio de Instrucción. Acudieron más de mil delegados y delegadas de escuelas y corporaciones estudiantiles de la Ciudad de México y de los estados y territorios del país. Los temas que se discutieron estaban vinculados con la enseñanza y también con la política. Se realizaron críticas al gobierno que, los estudiosos del tema, evalúan que iban más allá de lo permitido en la época. (Velásquez Albo, 1994; Garcíadiego, 1989; García, 1991, Marsiske, 1989).

El poeta Rubén Darío había sido invitado a dictar una conferencia en este congreso, y para ello llegó a Veracruz el 4 de septiembre como representante oficial

de Nicaragua, pero por esos días un golpe derrocó al gobierno de José Madriz y el gobierno mexicano, para no comprometerse con Estados Unidos de América, lo recibió oficialmente como huésped de honor en el puerto, pero con la condición de que no viajara a la ciudad de México hasta recibir instrucciones, las cuales nunca llegaron. El poeta permaneció en Veracruz hasta el día 6 y regresó a su país en el mismo barco. Ante ello, los estudiantes salieron a protestar en la Alameda, el 13 de septiembre, y al intervenir la gendarmería montada varios estudiantes fueron heridos y otros detenidos (Velásquez Albo, 1994). De esta forma, las “discusiones serenas y la labor netamente científica” que reclamaba *El Imparcial*⁵¹ antes que comenzara el Congreso se vieron rebasadas por la presencia estudiantil en las calles del centro, que sin ser una oposición organizada se sumaba al descontento social que existía en la parte final del Porfiriato.

Las calles del centro también fueron el principal lugar de los festejos de los estudiantes de todas las escuelas superiores que salieron con su bandera, rótulo y farolillos venecianos y se dieron cita frente a los Jardines de El Carmen. Según se relata en los periódicos, aunque las estudiantinas no llegaron, se inició el desfile cantando el himno; redoblaron los tambores y de cuando en cuando bailaban al son de una murga de vihuelas y mandolinas. Los diarios relataron que el gallo recorrió las calles de Apartado, el Reloj, Brasil, al Palacio Nacional, el Ayuntamiento y Mercaderes, y penetró a las Avenidas de San Francisco y Juárez y que en la Plaza de la Constitución, que asemejaba un mar de personas en constante flujo y reflujo, el servicio de gendarmería montada que acompañó a los estudiantes para abrir la calle e impedir que personas que no fuesen gente de aulas se mezclasen con los del *chantecler*. Así se narraba el júbilo estudiantil:

No se cansaron las voces juveniles de dar vivas: se los daban a las mujeres guapas, a la Patria, a ellos mismos, a los bailadores de jarabe y los marinos del “Freya”, del “Montcalm”, del “Presidente Sarmiento” y del “Benjamín Constant”, que encontraban a su paso, discurriendo por la ciudad brillantemente iluminada

como una ascua de oro [...] Así pasó el gallo del Centenario en recordación de aquel otro que muy de mañana cantó en Dolores [...] Los estudiantes de México han probado que saben divertirse: ayer, de todos los balcones y por todo el tránsito, recibieron aplausos aprobatorios, y en muchas calles, especialmente en el Reloj, una lluvia de confeti.

El 27 de septiembre los jóvenes estudiantes tomaron nuevamente la calle para repetir el *chantecler*, con estudiantinas y bandas militares, la cita fue en la calle de Corregidora, atestada de bulliciosos muchachos de cada escuela; latosos, porque llevaban latas vacías y rótulos humorísticos pintados por los alumnos de la Escuela de Bellas Artes.⁵³

Los balcones estaban desbordantes de mujeres bonitas, que batían palmas ante el ingenio de los rótulos y el júbilo que animaba a los estudiantes. De Santo Domingo, el gallo siguió por el Empedradillo, frente de Catedral, Palacio Nacional, Palacio del Ayuntamiento, Portal de Mercaderes, Avenidas de San Francisco y Juárez, Carlos IV, Rosales, Calles de Alvarado, San Cosme, Santa María la Ribera, Alzate, Fresno, Carpio, Alameda, para regresar al centro [...] Al pasar por las calles, los diversos grupos entonaban canciones; era aquello un concierto de orfeones que cantaban ora la “Paloma”, “La viuda alegre”, “El país de las hadas”, “Guarda esa flor”, “La perjura” [...] las turbas alegres de muchachos, las simpáticas caravanas de estudiantes, que tal vez sin un “morlaco” en la bolsa, iban regando por la calle el Pacto, lo inagotable del entusiasmo.⁵⁴

En adelante se fue acrecentando en el imaginario colectivo de los ciudadanos la existencia del *barrio universitario*, un espacio del que se apropió una nueva comunidad universitaria, que no dispuso de un *campus* sino hasta la década de los años cincuenta, pero que vivió, estudió y trabajó intensamente en un pequeño territorio del centro de la Capital compartiendo vivencias que le permitieron fortalecer su identidad de universitarios.

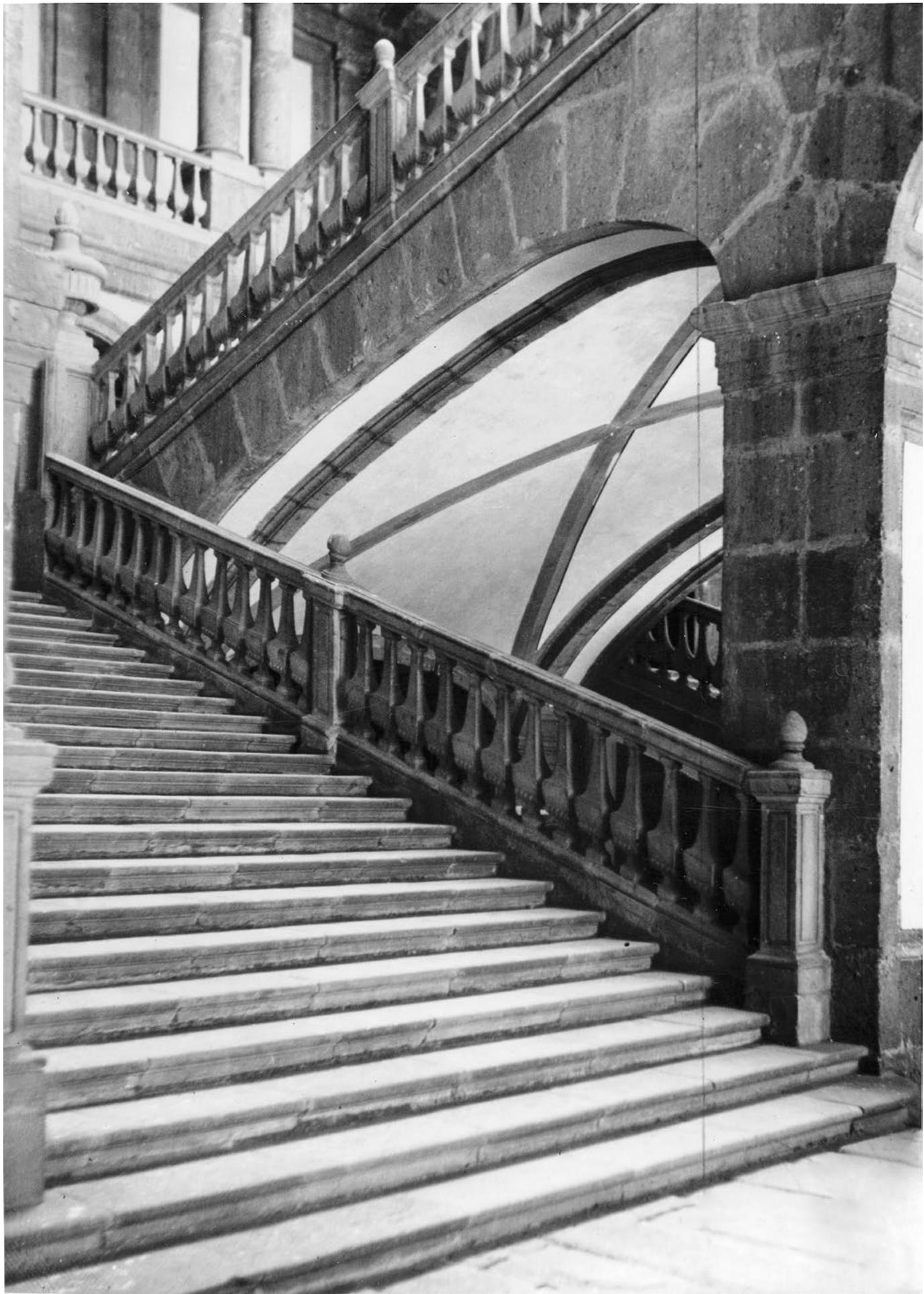
Finalmente, la movilización estudiantil ganó nuevamente la calle el 9 de noviembre cuando organizaron una manifestación que partió de la Escuela de Ingenieros. Los estudiantes salieron por la calle de San Francisco para exigir la libertad de los jóvenes arrestados con motivo de la protesta pública efectuada frente al periódico *The Mexican Herald* por el asesinato del mexicano Antonio Rodríguez en Texas. Frente al periódico *El Imparcial* rompieron vidrios y puertas e invadieron oficinas. Aunque los daños físicos y económicos fueron mínimos, los desmanes estudiantiles provocaron algunos problemas diplomáticos y, sobre todo, constituyeron la primera oposición política violenta en la capital del país en mucho tiempo (Morales, 1963).

Sin duda, la Ciudad de México era un espacio informado y culturalmente potente que estimulaba el intercambio y el debate de ideas entre los universitarios. Pero en los últimos años del régimen porfiriano, cuando los conflictos sociales y políticos se manifestaban públicamente en las calles, también se movilizaron grupos importantes de la naciente Universidad Nacional y concurren a la protesta social.

NOTAS

- ¹ Véase Aguilar, 1951; González de León (2003).
- ² Cfr. Aguirre, 1972; De Gortari (1987).
- ³ Véase Martínez Assad editor (2009).
- ⁴ Cfr. Morales (1978 y 2000).
- ⁵ Esta particular forma de gobernar y administrar la capital funcionó hasta 1916. Cfr. Jiménez, 1993.
- ⁶ Véase Azuela (2010).
- ⁷ “Nuevo Anfiteatro de la Escuela Preparatoria” (1910), en *El Imparcial*, 27 de septiembre, p. 7.
- ⁸ “La Universidad de París y la Universidad de México” (1910), en *El Imparcial*, 27 de septiembre.
- ⁹ “Provisión de Aguas Potables para la Ciudad de México” (1910), en *El Imparcial*, 22 de septiembre, p. 1. Véase Connolly (1991).
- ¹⁰ Cfr. Diego G. López Rosado, *Los servicios públicos de la Ciudad de México*, México, ed. Porrúa, (1976) p. 194, cit. Espinosa (1991). Véase también Barros y Buenrostro (1996), De los Reyes (2006).
- ¹¹ Algunos historiadores de la época consideran que en la Ciudad de México se produce una fragmentación urbana que permite identificar *rumbos* en los que se realizaban diferentes actividades comerciales en las calles centrales. Sin embargo, no se han encontrado referencias sobre la presencia y actividad universitaria como un rumbo universitario; en cambio, parece incuestionable la existencia de un *barrio universitario*. Véase Barbosa (2006).
- ¹² Véase De Icaza (2007).
- ¹³ Cfr. Garzón (2000); ver en este libro, Boils (2010).
- ¹⁴ Véase decreto de declaratoria de la zona de monumentos históricos denominado: *Centro Histórico de la Ciudad de México*, del 8 de abril de (1980).
- ¹⁵ Para 1910 se debió recurrir a una revisión bibliográfica y a la consulta de fuentes primarias en diferentes archivos, en particular el Archivo Histórico de la Ciudad de México, donde se revisaron los expedientes de las secciones correspondientes a las condiciones de vida y a las actividades económicas y culturales que se desarrollaban en este espacio central.
- ¹⁶ “Las industrias de la calle” (1903), en *El Mundo Ilustrado*, 22 de febrero, *op. cit.* en De los Reyes (2006, p. 30).
- ¹⁷ En 1864 en el Distrito Federal había 51 cantinas y en 1885 eran 817, para 1901 eran 946 pulquerías diurnas y 365 nocturnas, o sea, una por cada 359 habitantes; el alcoholismo era uno de los principales problemas de salud que presentaba la población capitalina (Espinosa, 1991; Cossío Villegas, 1957).
- ¹⁸ Esta fábrica fue creada por el empresario francés don Ernesto Pugibet y estaba localizada en la Plazuela de San Juan, en un edificio que ocupaba la manzana entera y donde trabajaban 1000 obreros y más de 1 200 obreras. Cfr. Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, Comité Interno de Ediciones Gubernamentales, 1988.
- ¹⁹ “Las industrias de la calle” (1903), en *El Mundo Ilustrado*, 22 de febrero, *op. cit.* en De los Reyes (2006, p. 30).
- ²⁰ AHDF, Sección: Policía-Salubridad, vol. 3672, exp. 290, cit. Barbosa (2003).
- ²¹ Los había en las colonias La Bolsa y en la Plaza Juan José Baz al norte de la ciudad (Barbosa, 2003).
- ²² Véase, AHDF, Ayuntamiento, sección casas y alojamientos, vols. 1376, 1377, 1378; bebidas embriagantes, vol. 1335, 1344; diversiones, vols. 1386; Sanborn Map Company (1905); Plano oficial de la Ciudad de México 1889-1890 (1891); Directorio Comercial de la Ciudad de México (1883).
- ²³ Cfr. Cossío Villegas (1957).
- ²⁴ “La Tercera Conferencia de Higiene” (1910), en *El Imparcial*, 8 de septiembre. p. 4.
- ²⁵ Cfr. Zahar (1995); Morales (2010), véase Mapa 2.

- ²⁶ Cfr. “Librería Modernista” (1910) en *El Diario del Hogar*, 15 de agosto, p. 4.
- ²⁷ Véase Dirección general de obras públicas. Plano de la Ciudad de México 1907, *op. cit.* Espinosa (1991), p. 109-110.
- ²⁸ Cfr. Pérez Montfort (2003); Barros y Buenrostro (1996).
- ²⁹ “Teatros y artistas en el Colón” (1910), en *Fin de siglo*, 16 de enero, p. 3.
- ³⁰ Véase la cartelera, en sección Gaceta Teatro del periódico *El Diario del Hogar*.
- ³¹ “Un viejo problema” (1910), *El Imparcial*, 2 de agosto, p. 3.
- ³² “Por los teatros” (1910) en *El Diario del Hogar*, 13 de enero, p. 3.
- ³³ Cit. Barros y Buenrostro (1996).
- ³⁴ Cfr. Alfaro y Ochoa (1999).
- ³⁵ Cfr. AHDF, Ayuntamiento, secciones Fondas y Fisgones, vol. 1625; sección juegos permitidos, vol. 1668; bebidas embriagantes, vols. 1338, 1339; licencias diversas, vol. 1711.
- ³⁶ “La ciudad graba en la noche el esquema luminoso de sus edificios. Una multitud pletórica de júbilo recorre la Capital contemplando el decorado de las calles” (1910), en *El Imparcial*, 2 de septiembre.
- ³⁷ *Idem.*
- ³⁸ “La ciudad graba en la noche el esquema luminoso de sus edificios...” (1910), en *El Imparcial*, 2 de septiembre.
- ³⁹ “Mil carruajes detenidos durante dos horas cuarenta minutos” (1910), en *El Imparcial*, 6 de septiembre, primera plana.
- ⁴⁰ *El Imparcial*, 2 de septiembre de 1910, pp. 1 y 7.
- ⁴¹ García (1991).
- ⁴² “Inauguración de la Escuela de Altos Estudios” (1910), en *El Imparcial*, 19 de septiembre, p. 12.
- ⁴³ Véase Guedea (2009), pp. 55-57.
- ⁴⁴ “Hay carestía en la metrópoli”, en *Fin de Siglo*, 7 de agosto de 2010, p. 1; “El alza de los artículos de primera necesidad”, *Fin de Siglo*, 21 de agosto, p. 3.
- ⁴⁵ Cfr. Universidad Nacional de México (1990), pp. 167-168.
- ⁴⁶ Véase Alvarado (2010), en este libro.
- ⁴⁷ Caso, Reyes, Henríquez Ureña, González Peña, Escofet, Vasconcelos (2000), p. 8. Véase Martínez Assad (2010) en este libro.
- ⁴⁸ Véase Garzón (2000).
- ⁴⁹ “La Universidad Nacional. Los borlados de la Escuela de Medicina” (1910), en *El Imparcial*, 18 de agosto, p. 7.
- ⁵⁰ “Fue Inaugurado ayer el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes” (1910), en *El Imparcial*, 11 de septiembre, p. 1.
- ⁵¹ “El Congreso de Estudiantes” (1910), en *El Imparcial*, 7 de septiembre, p. 3.
- ⁵² “El Gallo de los Estudiantes” (1910), en *El Imparcial*, 17 de septiembre, p. 7.
- ⁵³ Las inscripciones de los estandartes decían: “Verduleras” y abajo “Agricultores”; luego los demás grupos con sus respectivas enseñas: “Fieras Artes” (Bellas Artes), “Estafadores” (Comercio), “Rascatripas” (Conservatorio), “Sacamuelas” (Dental), “Albañiles” (Ingenieros), “Tinterillos” (Leyes), “Matasanos” (Medicina), “Sablistas y maromeros” (Escuela de Esgrima), “Globulitos (Homeopatía), “Amaestra burros” (Normal) y “Perritos” (Preparatoria).” Véase crónica “La repetición del ‘Gallo’ estudiantil será un jornada brillante” (1910), en *El Imparcial*, 28 de septiembre, pp. 1 y 7.
- ⁵⁴ *Idem.*



LOS EDIFICIOS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL EN EL MOMENTO DE SU APERTURA EN 1910

Guillermo Boils M.*

*El país al cumplir un siglo de autonomía se esfuerza
por llegar a algunas conclusiones, por provocar
un saldo y pasar, si es posible,
a un nuevo capítulo de su historia.*

Alfonso Reyes

INTRODUCCIÓN

La conformación de la Universidad Nacional en 1910 exigió atender diversos requerimientos a fin de poder entrar en operación. Entre otros, estuvo el que pudiera disponer de espacios físicos suficientes para el desempeño de sus funciones y actividades. La mayoría de las escuelas que fueron integradas a ese nuevo proyecto de educación superior ya venían funcionando desde décadas antes. Por tanto, contaban con inmuebles en los que desarrollaban sus actividades, mismos con los que pasaron a formar parte de la Universidad. Empero, para poder abrir sus puertas la institución necesitaba otros espacios en los que se albergaran las nuevas dependencias que se crearon para la organización integrada de los diferentes planteles, así como para el desempeño de diversas funciones esenciales en la vida universitaria. En estas páginas se examinan esos sitios que ya estaban edificados, muchos de los cuales, sin cambio alguno, se incorporaron a la iniciativa. También se pasa revista a otros inmuebles que fueron acondicionados para complementar los locales necesarios, a fin de materializar el proyecto de aquella institución emergente.

Este documento no se ocupa de discutir si se trató de una nueva universidad o si con ella se daba continuidad a la experiencia de una institución que venía desde

mediados del siglo XVI, sólo interrumpida durante varias décadas del siglo XIX. Hablar de la nueva universidad surgida en 1910 se hace más bien en el sentido de una gran casa de estudios superiores que se arma en ese año y que aprovecha, en buena medida, muchos de los recursos humanos, materiales e institucionales existentes en ese momento. Pero al mismo tiempo fue una institución que introdujo nuevos ordenamientos, criterios de operación y, ante todo, la apertura de nuevos proyectos de educación superior con una proyección nacional. Por último, este texto se circunscribe a los edificios localizados dentro del antiguo casco de la Ciudad de México, denominado *barrio universitario*. También se hace referencia a otros locales fuera de este perímetro, pero sin analizarlos y como mero complemento a los situados en el histórico barrio señalado. De igual forma, este documento se centra en el estado que guardaban los inmuebles en septiembre de 1910 y se remite a sus antecedentes más importantes a fin de historiarlos. De manera esporádica, cuando algún edificio tuvo desenlaces importantes en su evolución ulterior, se estudia lo que experimentó después de la fecha en que se detiene la mirada del análisis.

LOS ESPACIOS FÍSICOS:

NECESIDAD ESENCIAL PARA LA RENACIDA INSTITUCIÓN

Echar a andar un nuevo proyecto de educación superior de alcance y proyección nacionales –precisamente en 1910, año del Centenario de la Independencia– reclamaba diversos insumos y espacios para que se desplegara la nueva universidad. La mayoría de los recursos que se incorporaron para dar paso a la emergente institución pertenecían a las entidades educativas existentes desde

PÁGINA ANTERIOR:

*Escalinata neoclásica
del edificio proyectado por
Manuel Tolsá, donde se
alojaba la Escuela Nacional
de Ingenieros. Palacio de
Minería.*

IISUE.AHUNAM.CU.2685

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales/
Facultad de Arquitectura de la UNAM.

décadas antes. Esto fue así por lo que hace a la planta física, para operar las diferentes escuelas profesionales que se integraron a la universidad. Pero, si bien había edificios en los que estaban funcionando las escuelas, cabía prever que dichos inmuebles en años posteriores podrían llegar a ser insuficientes, en la medida en que se fuera expandiendo la institución. Sobre todo, dada la naturaleza de la propuesta promovida por el colectivo encabezado por Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Para aquella empresa que, en las propias palabras del maestro, significaba una “obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica [que] merecerá el epíteto de *nacional*”.¹

En concordancia con lo anterior, el gobierno facilitó dichos espacios para la puesta en marcha del que era su propio y novedoso proyecto universitario. En su totalidad se trató de edificios ya existentes desde algunas décadas antes e incluso varios de ellos contaban con casi dos siglos de haber sido edificadas. Lo cierto es que no se llevaron a cabo obras de envergadura para dotar de una nueva planta física a la naciente institución.² Así, sin transformación espacial alguna, siguieron funcionando en sus instalaciones las escuelas nacionales de Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros y la de Bellas Artes, cuya sección de Arquitectura quedó integrada a la nueva institución universitaria. A su vez, la Escuela Nacional Preparatoria, como se verá adelante, se hallaba en un proceso de ampliación al iniciarse la vida universitaria, mientras que la recién creada Escuela Nacional de Altos Estudios no contaba con edificio alguno, por lo que hubo que adaptarle un local en virtud de que se trataba de una entidad educativa que nació junto con la nueva universidad.

Por otra parte, la cantidad de espacios existentes dentro de los locales edificadas entonces era en realidad más que suficiente para cubrir las necesidades de la naciente institución. Esto si se toma en cuenta que el número total de alumnos matriculados a nivel superior, que había en la Ciudad de México en 1910 apenas ascendía a 5 271.³ Ese número de estudiantes incluía a quienes cursaban alguna carrera profesional y no sólo a aquellos



Las aulas e instalaciones con las que contaba la universidad al abrir sus puertas en 1910 cubrían con creces las necesidades espaciales de sus usuarios, ca. 1912. Calle San Ildefonso. IISUE.AHUNAM.AA-259

que seguían estudios en los planteles que se integrarían a la Universidad Nacional. Estos últimos parece que apenas rondaban el millar: 229 en jurisprudencia, 443 en medicina, 232 en ingeniería y los de arquitectura, que sólo sumaban 31.⁴ A ellos se agregaban los casi un millar de matriculados en la Escuela Nacional Preparatoria.

Otra versión, no tan alejada en cifras, refiere que la universidad inició sus cursos con cerca de dos mil estudiantes y casi 300 profesores.⁵ Aunque la fuente no lo indica, es probable que en esa cifra se haya considerado a los 991 alumnos que tenía entonces la Escuela Nacional Preparatoria, cuyo número superaba los 935 matriculados en todas las restantes escuelas profesionales que pasaron a integrarse al proyecto. Lo cierto es, aun quedándonos con la cifra que registra una matrícula mayor de población estudiantil, las aulas e instalaciones con las que contaba la universidad al abrir sus puertas en 1910 cubrían con creces las necesidades espaciales de sus usuarios. Más aún, el espacio disponible podía albergar con holgura una matrícula cuando menos tres veces mayor

No fueron necesarias nuevas instalaciones para el inicio de actividades de la Universidad, aunque algunos de los edificios tuvieron adecuaciones, ca. 1912.

Calle San Ildefonso.

IISUE.AHUNAM.CU-2674.1



de la que entonces registraba el conjunto de escuelas de educación superior en la capital del país.

Ciertamente, dados los alcances nacionales de la naciente universidad, debe haberse previsto que la institución podría experimentar algún crecimiento en el número de sus educandos, así como en el de sus funciones de investigación y difusión, con la consiguiente necesidad de contar con la planta física suficiente para hacer frente a esos nuevos y crecientes requerimientos de instalaciones. La Ley Constitutiva de la universidad tomaba providencias al respecto, cuando en su artículo 2° estableció:

El Gobierno Federal podrá poner bajo la dependencia de la Universidad otros institutos superiores, y dependerán también de la misma los que ésta funde con sus recursos propios, previa aprobación del Ejecutivo, ó [sic] aquéllos cuya incorporación acepte, mediante los requisitos especificados en los reglamentos.⁶

Lo cual, aunque no necesariamente suponía que se echaría mano de espacios físicos ya edificados en su

totalidad, o que casi no requirieran adaptación alguna, es de suponer que éstos estarían en primer término. Además, se consideraba que también se acondicionarían algunos inmuebles para albergar a esas dependencias que se sumaran, así como aquellas de nueva creación.

Hubo un hecho diferente en lo que hace a la carrera de arquitectura, dado que no contaba con un edificio propio. Ya que la formación de los profesionistas de esa disciplina, aunque quedó integrada a la Universidad Nacional de México, siguió impartándose en el edificio de la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde compartía las instalaciones con las otras dos carreras del plantel: la de pintura y la de escultura, que no pasaron a formar parte de la recién creada institución. De nueva cuenta, no está por demás subrayar que el aforo disponible en el edificio de la Academia era igualmente sobrado para los poco más de tres decenas de alumnos que cursaban estudios en aquella carrera.

En último término, cabe reiterar que en 1910 no se construyeron instalaciones nuevas para la puesta en

marcha de la universidad. Si bien, a varios edificios se les deben haber realizado adecuaciones, lo más probable es que éstas hayan sido más bien de poca monta. En general, pudo haberse tratado de mobiliario y de cancelaría, además de alguno que otro servicio como plomería, instalaciones eléctricas y telefónicas, que todavía eran relativamente novedosas. A ello probablemente habría que agregar algunas reparaciones secundarias, más de mantenimiento que de índole estructural o constructiva. Pero esas acciones son las que siempre han de llevarse a cabo cuando una dependencia se muda de sitio, para ocupar otras instalaciones. Tal vez el único edificio que tuvo que ser más reacondicionado haya sido el que se destinó para la Rectoría, mismo espacio que compartió, en esos primeros tiempos, con la Escuela de Altos Estudios.

UNA SEDE PARA LA RECTORÍA Y PARA LA ESCUELA NACIONAL DE ALTOS ESTUDIOS: EL ACTUAL PALACIO DE LA AUTONOMÍA

El centro administrativo y logístico para la coordinación de los diversos planteles y entidades constitutivas de la Universidad Nacional quedó instalado en el edificio que está en la esquina del actual callejón de Lic. Primo Verdad y la calle de Guatemala. Esta edificación había sido recientemente remozada para sus nuevas funciones. La oficina del rector, el jurista Joaquín Erguía Lis, y otros órganos de la administración central universitaria ocuparon una parte del inmueble. La otra, como se verá enseguida, se destinó a la recién creada Escuela de Altos Estudios de la Universidad. Aunque el local de la Rectoría parece haber sido sólo “una muy pequeña oficina coordinadora”,⁷ su función de entidad directiva le confería un papel prominente al sitio en que ésta se ubicaba físicamente. Y si en el momento de abrir sus puertas la universidad estaba lejos de haberse consolidado, su mando rectoral encerraba gran potencial para los años venideros.

Por lo que hace a la Escuela de Altos Estudios, su puesta en marcha no parece haber planteado serias necesidades de aulas y otros espacios para empezar a funcionar en lo inmediato. Sobre todo, porque cuando formalmente se declaró instaurada, no contaba realmente

con alumnos. En efecto, todo parece indicar que “fue creada sin demanda estudiantil y [más aún] comenzó a operar sin programas, cursos ni personal docente”.⁸ En tales condiciones, que se prolongaron durante algunos meses, la ocupación de las instalaciones de Lic. Primo Verdad y Guatemala no supuso grandes necesidades para esa dependencia. Y es que esa nueva escuela, “aunque contaba con dirección y local, comenzó a vivir en el papel. No ofrecía programa definido; no contaba con profesorado propio”⁹ y, sin embargo, en unos cuantos años se convertiría en la generadora de dos escuelas fundamentales de la universidad: la de las disciplinas científicas (hoy Facultad de Ciencias) y la de las humanísticas (actual Facultad de Filosofía y Letras), con sus muy variadas expresiones profesionales en cada uno de los planteles.

Ese primer edificio se asienta a orillas de lo que fuera el Templo Mayor de Tenochtitlán, en un área situada al sudeste del complejo ceremonial mexica, justo en el *coatepantli*, muro perimetral de aquel recinto prehispánico. Pero también se localiza en un sitio muy cercano al Palacio Nacional, a unas cuantas decenas de metros, al norte de esa sede del Poder Ejecutivo, y adyacente al que fuera el templo de Santa Teresa la Antigua. Éste formaba parte del conjunto conventual ocupado por las monjas Carmelitas Descalzas, denominadas “teresianas” por su riguroso apego a las ordenanzas de Santa Teresa de Ávila. Antes de la fundación teresiana y recién concluida la Conquista, ahí se edificó la casa del regidor del Cabildo Metropolitano y primer representante de la Casa de Moneda de la Nueva España, don Luis de Rivera. Para mediados del siglo XVII, el predio ya estaba ocupado por el referido convento femenino. Precisamente, el edificio donde se instaló la Rectoría en 1910 se construyó en un terreno que es sólo un segmento, en el noroeste del predio, donde se levantaba el convento conocido también como Santa Teresa la Antigua, para distinguirlo del que esa misma orden edificara en el siglo XVII, al costado oriente de la Plaza de Loreto y a unas cuadradas del que aquí se comenta.

Tanto el primigenio edificio conventual como el templo de las Carmelitas Teresianas databan del siglo



Antes de ser destruido el edificio de la antigua Universidad, albergó el Conservatorio Nacional de Música, ca. 1908.

© CONACULTA.INAH.SINAFO.
FN.MÉXICO.

xvii. En su realización intervinieron diversos arquitectos, como el destacado Cristóbal de Medina Vargas, quien participó de manera decisiva en el proyecto y ejecución de la obra del templo y el monasterio, durante por lo menos el periodo comprendido entre 1678 y 1684.¹⁰ No hay indicios de modificaciones importantes ni en el convento ni en el templo hasta iniciar la segunda mitad del siglo xix, cuando el arquitecto español Lorenzo de la Hidalga *maestreo* la capilla anexa, al oriente del templo, así como la espléndida y esbelta cúpula que sobre ella se yergue. El convento fue a su vez seccionado después de la Reforma Liberal, hacia el último tercio del siglo

xix; tuvo diversos usos y entró en un proceso gradual, pero permanente, de degradación material hasta quedar destruido.

Algún tiempo después, entre 1889 y 1890, se hizo una obra en la sección noroeste del predio que había pertenecido al referido convento teresiano, para convertirlo en la Escuela Normal para Profesores, encabezada por Ignacio Manuel Altamirano. Más que readecuación del antiguo inmueble monacal femenino, se trató de una nueva construcción llevada a cabo por el arquitecto e ingeniero civil Manuel Francisco Álvarez.¹¹ A final de cuentas, este ejercicio fue un antecedente para que ese



El edificio de la Escuela Normal para Profesores fue remodelado como sede de la Rectoría de la Universidad Nacional y de la Escuela de Altos Estudios. Edificio en el callejón de Santa Teresa.
IISUE.AHUNAM.CU-2719

mismo profesionista ejecutara, unos 20 años más tarde, un nuevo proyecto de remodelación del edificio, esta vez para convertirlo en la sede donde quedaría alojada la Rectoría de la Universidad Nacional en 1910 y la Escuela Nacional de Altos Estudios. A lo largo de los años posteriores a la fase armada de la Revolución, la universidad le dio otros usos y ahí estuvieron la Escuela de Odontología, la Preparatoria 2, las instalaciones originales de la radio universitaria; para que luego, hacia la década de 1970, quedara prácticamente sin uso durante varios años. En 2004 fue revitalizado, para quedar convertido en Palacio de la Autonomía, como evocación de

los hechos memorables del movimiento de 1929, cuando la universidad logró su carácter autónomo respecto del Estado.

El edificio es de planta casi cuadrada, con 48.5 m en su fachada norte, hacia la calle de Guatemala, junto al citado templo; mientras que en su fachada poniente, hacia el callejón de Lic. Primo Verdad, mide 48.2 metros. El predio pierde su cuadratura hacia el sudeste, pues hay unos muros que se entremeten y rompen la continuidad del lindero sur y el del este, lo que hace que se pierda el ángulo recto, además de reducir en algunos metros el área del terreno. La solución del patio,

como elemento ordenador del espacio, se cumple cabalmente en este edificio. Sólo que aquí, a diferencia del resto de los edificios que se integraron a la Universidad Nacional en 1910, el patio no está rodeado por galerías de arcadas soportadas en columnas. Así, en la sobria planta baja del patio no hay ningún corredor, por lo que el espacio queda totalmente despejado, mientras que en la planta superior hay esbeltos corredores (con aproximadamente 1.10 m de ancho) hechos con estructura metálica y pegados a los muros. Estos espacios de circulación se apoyan en ménsulas de metal, que a su vez se anclan en los muros.

Donde se muestra con más vigor el carácter de este edificio es en sus dos fachadas exteriores y sobre todo en la esquina en que éstas se encuentran. El tratamiento que se dio a esa imagen externa se inscribe en la propensión de la arquitectura porfirista a hacer combinaciones de diferentes vertientes estilísticas en los edificios. Así, encontramos en el exterior de este inmueble muchos componentes clasicistas: columnas, frontones, frisos, molduras y otros ornamentos. Pero también advertimos vanos cuya escala no corresponde a las proporciones clásicas. Del mismo modo, hay ahí relaciones de proporción, materiales, texturas y sobre todo colores que se apartan sensiblemente de los correspondientes a los edificios de aquella época, pero que le añaden al envolvente externo un efecto cromático más contrastante.

La esquina, resuelta a manera de *pan coupe*, corta el ángulo recto, a fin de contener una entrada esquinera, propia de ese género. Este espacio esquinero es de planta circular, y su trazo saliente, respecto de los muros de las fachadas, cubre aproximadamente 160 grados de circunferencia. Contiene una entrada en el centro del volumen cilíndrico, enmarcada por columnas y hornacinas, que le dan realce a la planta baja del edificio. Pero, sobre todo, esta sección del inmueble adquiere mayor expresividad en la planta alta, donde hay un balcón con balaustrada de piedra, que corre a todo lo largo del perímetro circular y cuyo giro se extiende a poco más de un tercio del círculo. Finalmente, todo ello queda rematado por una cúpula con vidrio, montado en herrería, a

modo de lucernario, la que se yergue un par de metros por encima de la corona de los muros, que forman las dos fachadas que ahí convergen. Además, para marcar más el contraste con el resto del exterior, esta esquina de planta circular se segmenta de las dos fachadas que confluyen, de modo que el volumen cilíndrico de la esquina adquiere mayor presencia. Por último, en el centro de la fachada poniente, la que da a Lic. Primo Verdad, hay otro acceso con triple puerta. Las tres son exactamente iguales en forma y dimensiones, y están coronadas con arcos de medio punto. Este segundo acceso está rematado por un frontón clásico, elemento que sobresale algunos metros por encima de la altura del pretil de esa fachada, lo que realza la importancia que se le otorga a esa entrada del poniente.

SAN ILDEFONSO UNA READECUACIÓN INCONCLUSA, INICIADA POCO ANTES DE 1910

Desde varios años antes del 22 de septiembre de 1910, cuando se emprendió formalmente la marcha de la nueva institución, se habían iniciado obras de readaptación y para ampliar el edificio de San Ildefonso. Éste pasó a ser de la universidad al integrarse a ella la Escuela Nacional Preparatoria, allí instalada; pero en el momento de inaugurar la nueva universidad, estaban muy lejos de concluirse los trabajos, mismos que terminarían casi dos décadas después de abierta la institución. Más aún, por muchos años se suspendieron las obras de ampliación al sur del edificio, construido originalmente al inicio del siglo XVIII y que fuera el colegio jesuita de San Ildefonso. A principios del siglo XX, la intervención en aquel inmueble virreinal comenzó a realizarse en 1906, y se tenía el propósito de concluirlo en cuatro o cinco años, pero las obras se prolongaron más de la cuenta y luego se suspendieron al estallar la Revolución. El arquitecto Samuel Chávez, un profesional de indiscutible capacidad en el manejo de su oficio, fue quien diseñó y supervisó las obras para la extensión del edificio. Aparte de sus dotes como arquitecto, no está de más recordar que era hermano de Ezequiel Chávez, el Subsecretario de Educación, y principal colaborador de Justo Sierra.

El proyecto de ampliación previó una superficie agregada que cubre varios miles de metros cuadrados. En ese incremento del inmueble se incluyeron un auditorio, múltiples aulas y otras instalaciones, mismas que se realizaron hacia la actual calle de Justo Sierra, al sur del edificio virreinal. La propuesta se realizó para dar mayor espacio a la Escuela Nacional Preparatoria, que quedaría integrada a la Universidad Nacional en calidad de instancia de transición hacia la formación profesional propiamente dicha. Pero con esos trabajos también se buscaba que allí quedara albergada la Rectoría, sólo que debido a la fase armada de la Revolución y su secuela inmediata, se aplazó la conclusión definitiva de esa nueva sección del edificio. Así, la Rectoría sólo se pudo establecer en el sitio hacia fines de la tercera década del siglo xx, cuando la Universidad Nacional ya había conseguido su autonomía.

El arquitecto Manuel Torres Torrija estuvo asociado con Chávez al inicio de aquella obra destinada a acrecentar el edificio del virreinato. Pero después de un tiempo solamente el último continuó a cargo de su ejecución.¹² De cualquier forma, para 1910, el arquitecto Chávez ya había concluido el ahora llamado Anfiteatro Bolívar y entonces conocido simplemente como Anfiteatro de la Preparatoria. Fue precisamente en ese recinto recién concluido donde ocurrió la ceremonia de inauguración de la Universidad Nacional, el 22 de septiembre de 1910. Por cierto que el decorado del local impresionó notablemente a las personalidades extranjeras asistentes al solemne acto inaugural,¹³ pero ese diseño interior del recinto sería reformado por completo en la década iniciada en 1920, para ser cubierto con los murales que hasta la fecha ostenta.

La fachada original del siglo xviii que mira hacia el norte, hacia la calle de San Ildefonso, se extiende hasta alcanzar casi 140 metros de largo y con una altura de alrededor de 14 metros. Altura que viene a ser aproximadamente la misma en la fachada de la sección sur (la que se construyó en el siglo xx) y que da hacia la calle de Justo Sierra. La longitud que tiene el frente de la fachada en este segmento agregado mide alrededor de 63 metros. Todo el conjunto del excolegio jesuita se asienta

sobre un predio que abarca cerca de 8 200 metros cuadrados, y cubre aproximadamente dos tercios de toda la manzana donde se encuentra inserto dicho inmueble.

Cabe detenerse en forma breve en algunos antecedentes históricos del edificio levantado en el Virreinato. Fue construido por la orden de la Compañía de Jesús entre 1712 y 1740, y pasó a ser uno de los de mayor tamaño dentro de la arquitectura civil de la ciudad en el México colonial. En las casi tres décadas que tomó la obra virreinal hubo por lo menos tres etapas de construcción. Como sea, el inmueble se terminó al inicio de la década de 1740. Con sus tres patios de planta casi cuadrada, el de mayores dimensiones (con casi 800 metros cuadrados de superficie), es el situado al poniente y conocido como claustro grande, luego viene un patio de dimensiones menores (aproximadamente con 442 metros cuadrados de área), al oriente del señalado y que se conoce como del colegio de pasantes, para terminar en la sección más oriental del inmueble donde se encuentra el llamado patio de novicios, el más reducido de los tres y con alrededor de 224 metros cuadrados de superficie.

En 1767, cuando esa orden fue expulsada de la Nueva España y de todos los dominios españoles, el inmueble permaneció con un uso escolar, pero a cargo de sacerdotes seculares.¹⁴ Luego tuvo otros destinos: fue escuela de Jurisprudencia en 1833, y casi 20 años después, en el último periodo de Antonio López de Santa Anna en la presidencia del país, se aprobó el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Con ello se acordó devolverle sus propiedades a esa orden, incluyendo el edificio al que se hace referencia, aunque realmente la Compañía tomó posesión del mismo hasta 1863, e iniciaron sus cursos al año siguiente. Este intento por revivir la educación jesuita sólo se prolongaría por escasos cuatro años. En efecto, una vez restaurada la República en 1867, el inmueble pasó a ser ocupado por la recién formada Escuela Nacional Preparatoria. Esa escuela sí se mantuvo en aquel edificio por un lapso prolongado, ya que siguió funcionando en ese local hasta muchas décadas después de la puesta en marcha de la Universidad Nacional de México.¹⁵



La Escuela Nacional de Medicina se alojó desde 1854 en un edificio legado por el Virreinato y situado en la Plaza de Santo Domingo, ca. 1912.

© 0315-082-035 CONACULTA.
INAH.SINAFO.FN.MÉXICO.

EDIFICIO VIRREINAL QUE NO FUE TRANSFORMADO AL PASAR A FORMAR PARTE DE LA UNIVERSIDAD:
EL PALACIO DE MEDICINA

Entre las edificaciones que fueron incorporadas a la Universidad Nacional en 1910 hubo varias que se integraron prácticamente sin cambios en las condiciones materiales que guardaban entonces. En primer término estuvo el edificio legado por el virreinato y situado en la plaza de Santo Domingo, donde venía operando desde 1854 la Escuela Nacional de Medicina. Su construcción databa de la primera mitad del siglo XVIII, y había sido diseñado y construido entre 1722 y 1738, bajo la

dirección del arquitecto Pedro de Arrieta, quien llegó a ser maestro mayor de arquitectura de la ciudad.¹⁶ Su solidez material y lo atractivo de su solución formal favorecieron su conservación durante casi 175 años, a pesar de haber experimentado alteraciones considerables que aumentaron las cargas muertas del inmueble, como se verá un poco más adelante.

Se lo había erigido para ser la sede del tribunal del Santo Oficio, en sustitución de una construcción del siglo XVII, y a lo largo de casi un siglo cumplió dicha función. Pero una vez disuelta esa institución inquisidora, en junio de 1820, tuvo otros usos durante casi un cuarto

de siglo. Así, entre otros fines, sirvió como renta de lotería, cuartel, Tribunal de Guerra y Marina (en 1833), palacio de gobierno del Estado de México e internado de la primera escuela lancasteriana en el país. Después de tantos usos y tan variados usuarios, al comenzar la segunda mitad del siglo XIX se instaló allí la Escuela de Medicina. Para ese propósito se le hicieron las adecuaciones necesarias a fin de que alojara laboratorios, aulas y otros espacios requeridos para la formación de los galenos. En 1879, cumplido un cuarto de siglo como establecimiento que albergaba a la Escuela de Medicina, se iniciaron los trabajos para aumentarle un nivel en las secciones poniente y sur del claustro principal.

Con estos trabajos, sus dos fachadas, la que da hacia Santo Domingo (al poniente) y la que ve hacia la actual calle de Venezuela (lado sur), cambiaron radicalmente de escala y proporción. El aumento de altura también lo experimentó la esquina del edificio, precisamente donde se encuentra el acceso al mismo, lo que constituyó un tercer plano de fachada, el que resulta del corte a 45 grados, en los dos muros exteriores señalados, y que se extiende a lo largo de poco más de 10 metros.

Esta acción ocurrió junto con modificaciones en la excapilla para convertirla en local para la Academia de Medicina y, entre otros cambios, puede mencionarse la conversión de las habitaciones del antiguo internado en aulas.¹⁷ Las obras, bajo la conducción del arquitecto Luis G. de Anzorena, se prolongaron durante casi tres años y quedaron concluidas en 1882. Con esa transformación profunda del edificio, éste pasó en 1910 a sumarse, tal cual, a la nómina de la planta física de inmuebles universitarios. Y así permaneció casi sin alteraciones durante más de cinco décadas posteriores a la apertura de la Universidad Nacional, salvo la construcción del anfiteatro y el aula de anatomía, realizados en 1933 por el arquitecto José Villagrán García. En 1968, se iniciaron los trabajos para demoler el tercer nivel que se agregara en el siglo XIX y, con ello, el edificio recuperó su diseño original del siglo XVIII. Durante 87 años, el inmueble había conservado la tercera planta, misma que afectaba seriamente la estructura debido a la sobrecarga que representaba sobre muros, arcos, columnas y cimientos de la edificación original.

Pero además de los beneficios estructurales señalados en el párrafo anterior, al ser demolida esa parte superior, el edificio recuperó las dimensiones y la imagen que tuviera durante el periodo virreinal.¹⁸ Así, la escala, la proporción y el ritmo de la composición volvieron a quedar equilibrados y, de manera especial, el área de la portada retomó su sentido balanceado de dimensiones y forma. Aquel acceso esquinero estaba rematado en 1910 por un frontón de corte clásico, mismo que se había realizado en 1879, en sustitución del remate barroco del Virreinato, este último con perfiles curvilíneos. Con la intervención iniciada en 1968 se restituyó el remate, tal como había estado en el diseño original, el edificio recobró, en la fachada de esa portada esquinera, su primigenio y dieciochesco sabor barroco.

A la apertura de la Universidad Nacional, el espacio resultaba de dimensiones en verdad generosas, a pesar de que albergaba a la población estudiantil más numerosa de los planteles profesionales universitarios, superado sólo por la preparatoria con sus casi 1 000 estudiantes. La matrícula de jóvenes que cursaban medicina en 1910 era de 443, mientras que el área construida, del que ya comenzaba a ser llamado Palacio de Medicina, ascendía a casi ocho mil metros cuadrados que incluían varias decenas de salones, laboratorios y otros espacios para el desempeño de la vida académica. Lo que sí es de recordarse aquí es que se trata de uno de los edificios más representados de la Ciudad de México, desde hace varios siglos. Litografías, pinturas, grabados y muchas otras técnicas de representación plástica han dejado registrados tanto al antiguo edificio de la Inquisición, como a la Plaza de Santo Domingo, cuyas imágenes han atraído a infinidad de fotógrafos, pintores, grabadores y otros artistas para plasmarlos en su trabajo.

UN EDIFICIO NEOCLÁSICO

PARA LOS FUTUROS ABOGADOS

La Escuela Nacional de Jurisprudencia, desde un par de años antes de la apertura de la Universidad Nacional, ocupaba un edificio que se reacondicionó en una parte del Convento de Santa Catalina de Siena. Dicho espacio está situado en la actual calle de San Ildefonso, en

el número 28, donde ésta hace esquina con la calle de Argentina, al nordeste de ese cruce. Precisamente el edificio tiene su acceso hacia la primera de esas calles. El autor del proyecto arquitectónico para su transformación en edificio educativo fue el ingeniero militar Salvador Echegaray, quien llevó a cabo las obras correspondientes entre 1906 y 1908.¹⁹ El 15 de marzo de este último año, el inmueble fue inaugurado por el presidente Díaz. Antes de ocupar este local, la Escuela de Jurisprudencia estaba instalada en el antiguo edificio conventual de La Encarnación, que fue transformado para esos propósitos en 1867. Este inmueble se sitúa, cruzando la calle de Argentina, hacia el poniente del que aquí se menciona, y que fuera profundamente reacondicionado en la primera década del siglo xx.

Aquella profunda transformación material del inmueble se corresponde con una importante reorganización académica de la Escuela de Jurisprudencia, en la que se actualizaron planes de estudio y sistemas de enseñanza, que no habían sido modificados durante varias décadas. El sentido de los cambios institucionales se liga con una casi total reconstrucción del antiguo edificio de religiosas, para convertirlo en un sitio de espacios con abundante luminosidad natural y presencia de solidez en el manejo de los materiales, especialmente la cantera, que le confiere al espacio una imagen pétreo que abona en el significado de solidez. A raíz de la reforma liberal se pusieron en circulación antiguos edificios conventuales, reacondicionando algunos de ellos para fines educativos, como es el caso de este inmueble.

El ingeniero Echegaray se propuso dar a la construcción una clara expresividad propia de la arquitectura de inspiración clasicista, sobre todo en su apariencia exterior. Así, ésta muestra en el remate de su fachada principal y en ambos extremos de la misma, dos frontones triangulados que están soportados cada uno por dos columnas jónicas. Estos componentes enmarcan el elemento central de la fachada, compuesto por una hilera de columnas similares a las mencionadas, pero rematadas junto con el muro al que están adosadas, un metro respecto de los mencionados planos salientes de los dos extremos. La puerta se sitúa exactamente al centro de la

fachada, e imprime al conjunto una muy clara definición de simetría. Su realización se encaminó hacia una apariencia de clasicismo, más bien austero, sobre todo en la fachada sur del edificio, la principal, que da hacia la calle de San Ildefonso.

El patio central es de planta casi cuadrada y sus dimensiones aproximadas son de 17 metros por lado. Éstas son lo suficientemente espaciosas para mantener la mencionada luminosidad natural. Asimismo, el patio está flanqueado en sus cuatro costados por galerías de columnas; las de la planta baja son de base cuadrada y más anchas, mientras que las del nivel superior son de base circular y más esbeltas. Este conjunto de soportes verticales refuerza el discurso clásico propio del inmueble. Las características de este espacio central permiten que, en los espacios que lo envuelven, se recree el sentido de transparencia. Así, lo que fueron aulas y otras dependencias de la antigua escuela de jurisprudencia quedaban bien servidas por la propia luz natural.

En suma, los espacios proyectan una singular claridad, lo que propicia un adecuado aprovechamiento de la iluminación natural, que difícilmente se encuentra en los otros edificios antiguos donde se albergaron las dependencias universitarias, en especial, en aquellos heredados del Virreinato.

LA ESCUELA NACIONAL DE INGENIEROS Y SU IMPRESIONANTE EDIFICIO: EL PALACIO DE MINERÍA

Entre los espacios que se incorporaron a la nueva institución universitaria sin que para ello se les hicieran adecuaciones de último momento, merece mención especial el Palacio de Minería. Este inmueble se sitúa en la misma vertiente formal del edificio recién analizado, y abreva en el lenguaje clásico de la arquitectura. Por muchas razones, el célebre edificio del Palacio de Minería alojaba a la Escuela Nacional de Ingenieros, desde muchas décadas antes de la apertura de la Universidad Nacional en 1910. En efecto, por lo menos desde 1814, cuando era el Real Seminario de Minería, ahí se habían formado los especialistas en las ciencias de la construcción, así como de las industrias extractivas y de las obras públicas. Con los cambios institucionales que experimentó al correr

PÁGINAS 86-87:

El Palacio de Minería, un ejemplo cabal de la arquitectura neoclásica en América, alojó a la Escuela Nacional de Ingenieros por lo menos desde 1814, cuando era el Real Seminario de Minería, ca. 1858.

Fotografía: Julio Michaud.

del siglo XIX, ahí permaneció la formación de ingenieros y otras disciplinas científicas afines. Cuando se produjo la constitución de la Escuela Nacional de Ingenieros en 1867, ésta continuó alojada en el inmueble, cuyo origen se remonta a los últimos tiempos del periodo virreinal.

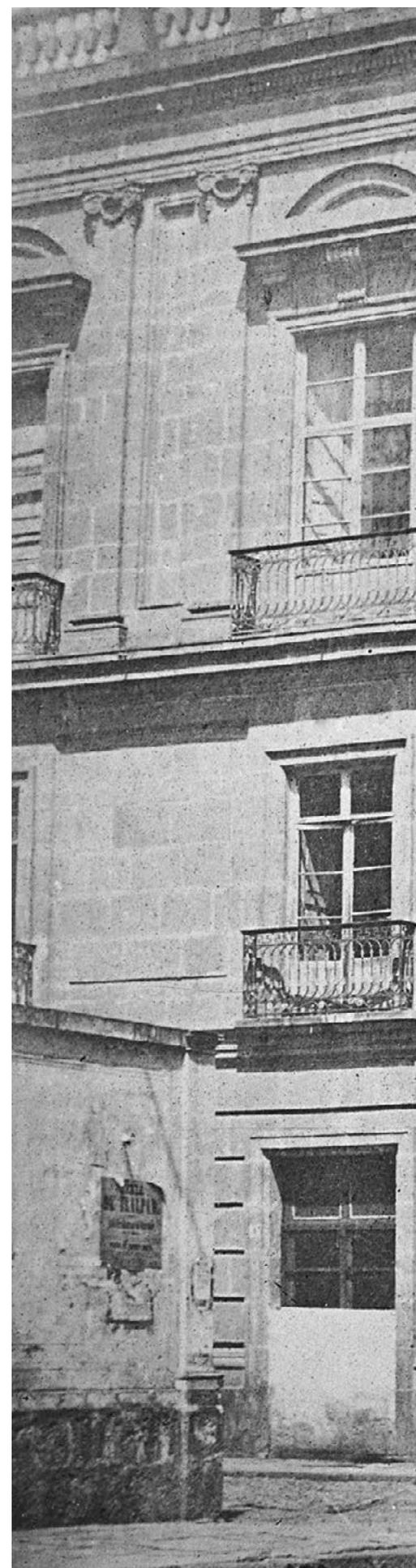
El espacio fue proyectado y edificado por el arquitecto y escultor español Manuel Tolsá, entre 1797 y 1814. Aunque este artífice tuvo una participación dominante en el proyecto y construcción del palacio, cabe apuntar que su fabricación fue enriquecida con los aportes de otros arquitectos, contemporáneos a Tolsá y algunos posteriores, muchos de los cuales ayudaron a salvar el edificio, que estaba seriamente amenazado con venirse abajo. Veamos ahora los cambios y ampliaciones que ha tenido y en el párrafo siguiente se verán los problemas que ha enfrentado. Entre los agregados que se le hicieron a lo largo de su historia antes de 1910 estuvo el observatorio astronómico que se edificó en la parte superior de la fachada principal, donde está la entrada central al palacio. Este proyecto y los trabajos de ampliación fueron realizados por el arquitecto Emilio Dondé, entre 1877 y 1879.²⁰

Por lo que hace a su saldo negativo, este edificio ha experimentado diversas intervenciones para mantenerlo con mejores bases de sustentación. Así, desde sus primeros años hubo que aplicarle apuntalamientos y otras medidas de reforzamiento para asegurar su estabilidad. Y éstas se tomaron desde sus primeros años, ya que comenzó a tener serios problemas de construcción, incluso estructurales, prácticamente desde que se le inauguró.²¹ En septiembre de 1813, apenas transcurridos unos meses de la entrega formal del edificio terminado, éste padeció un agrietamiento en una de las esquinas de la escalera principal.²² A ésta siguieron otras deficiencias, que se debieron ante todo a una no bien resuelta cimentación. Como sea, se han realizado diversas intervenciones a lo largo de más de siglo y medio, en especial la de 1967, patrocinada por la Sociedad de Ex Alumnos de la Facultad de Ingeniería. Gracias a las mismas, el inmueble ha podido ser rescatado, no sin que persista un por demás evidente hundimiento diferencial que se concentra en el área de la espléndida escalera principal.

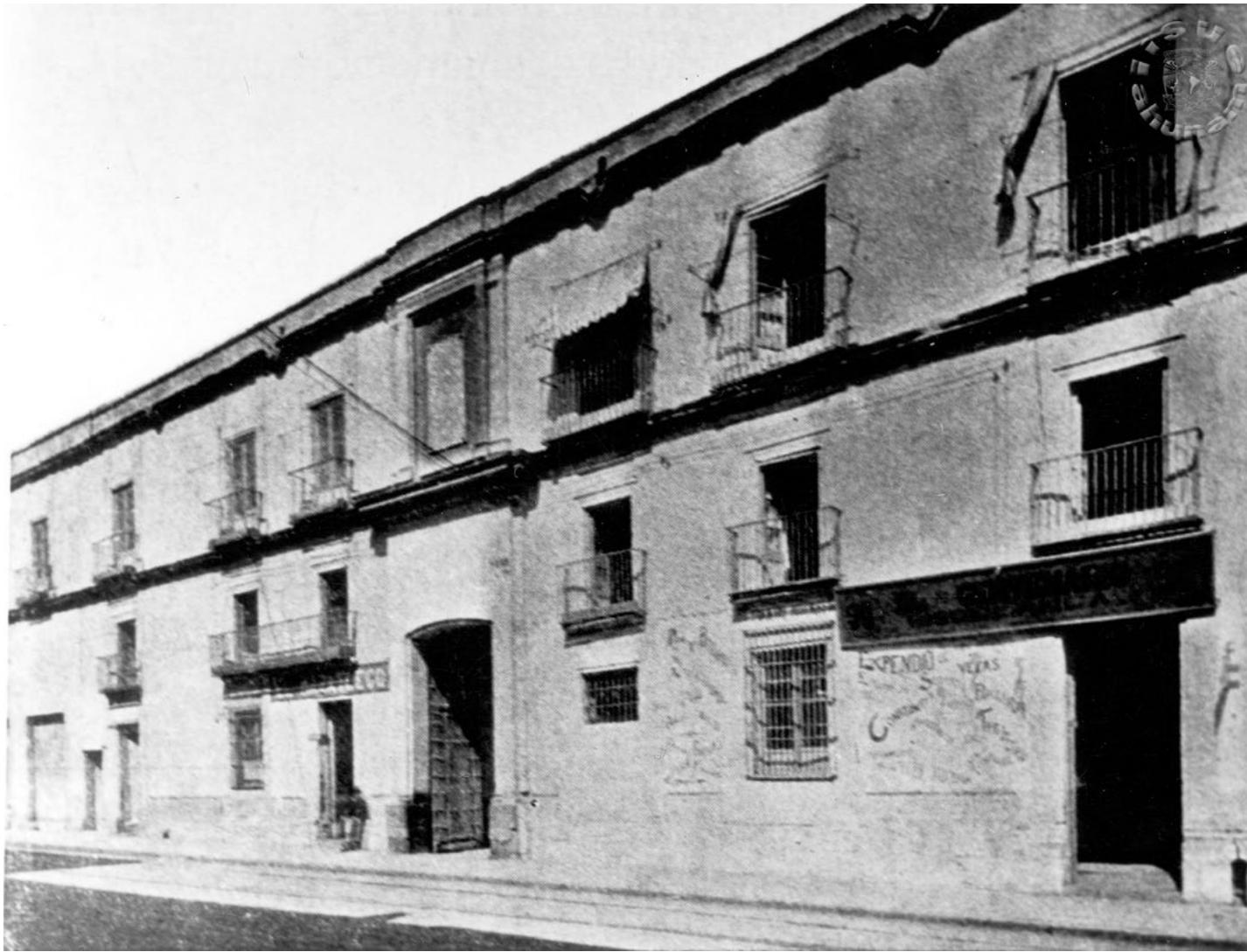
Se trata de uno de los espacios de mayores dimensiones, entre los producidos por la arquitectura civil del Virreinato y que pasaron a integrarse al patrimonio de la Universidad Nacional. El predio es rectangular y ocupa casi toda la manzana entre las hoy llamadas calles de Tacuba y 5 de mayo (al norte y al sur, respectivamente), así como el Callejón de la Condesa al poniente, y la calle de Filomeno Mata al oriente. De frente mide aproximadamente 90 metros de largo, en su fachada principal, que mira precisamente hacia la calle de Tacuba, en tanto que, de fondo, en su eje norte-sur, alcanza una longitud ligeramente superior a los 80 metros. Con sus cinco patios, comprende un área construida cercana a los 9 000 metros cuadrados, superficie con la que se sumó a la planta física de la Universidad Nacional.

Trabajado en cantera gris tanto en su exterior como en sus espacios interiores, también posee una de las escaleras mejor resueltas, por la majestuosidad de su diseño y porque resulta muy cómoda para subir y bajar por ella y destaca por su grandeza física y formal. Asimismo, sobresale la simetría prácticamente absoluta que acusa la fachada del edificio, que se inscribe dentro de los cánones propios de la tendencia clásica, de la que es uno de los principales tributarios en la capital mexicana. Más aún, tal vez cabe considerarlo uno de los productos más logrados de los afanes neoclásicos generados en todo el periodo novohispano. El equilibrio y la proporción de sus formas exteriores se corresponden con los que presenta el mismo inmueble en su composición interior, donde se mantiene una escala de gran magnificencia, junto con la relativa discreción formal, poco amiga de los excesos ornamentales y que se hace más patente en los patios interiores del mismo.

A principios del siglo XX, la Escuela de Ingenieros había crecido con el ritmo en que lo hacían las disciplinas técnicas y la dotación de infraestructura propiciados por la dictadura de Porfirio Díaz. Para 1904, la matrícula estudiantil ascendía a 203 jóvenes, repartidos en las cuatro carreras: 136 en ingeniería civil, 23 en topografía, otros 23 en hidrografía y 22 en ingeniería de minas. Empero, el espacio del inmueble era por demás sobrado para el número total de educandos, aun







*Lugar donde se albergó el
Real Seminario de Minas.*
IISUE.AHUNAM.CU-2678

sumando el de los profesores, así como el personal de intendencia y administrativo. Las dimensiones de sus salones eran (y siguen siendo) por demás generosas, de suerte que a veces se dictaban cursos para cuatro o cinco alumnos en un aula con 80 metros cuadrados de superficie; también había espacios que no se abrían más que de manera ocasional para limpiarlos, pues no estaban siendo aprovechados.

En 1909, año previo al del inicio del funcionamiento de la Universidad Nacional, el arquitecto e ingeniero Manuel F. Álvarez publicó un estudio muy completo sobre el palacio que nos ocupa. Para ello levantó sendos planos del conjunto, así como de diversas secciones del edificio. En ellos se registró el acomodo de las diferentes dependencias constitutivas del inmueble, y a partir de esa serie de planos es que podemos señalar la permanencia de la configuración espacial del mismo hasta la actualidad, sin alteraciones sustantivas.²³

LA ACADEMIA DE SAN CARLOS: UN ESPACIO COMPARTIDO PARA LA CARRERA DE ARQUITECTURA

Al tiempo de empezar a funcionar la Universidad Nacional de México, el inmueble que alojaba a la Escuela Nacional de Bellas Artes, como se denominaba en 1910 a la antigua Academia de San Carlos, no se integró al patrimonio universitario. Ello fue así, toda vez que sólo una de las tres carreras que ahí se impartían se sumó a esa naciente experiencia institucional. En efecto, escultura y pintura no fueron sumadas al proyecto universitario y conservaron su adscripción a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Tendrían que transcurrir casi dos décadas para que, hacia 1929, el conjunto de disciplinas artísticas que integraban la Escuela Nacional de Bellas Artes pasaran, con todo y su edificio, a formar parte de la Universidad Nacional, ya convertida en una entidad autónoma. Aun así, hay que detenerse a examinar este inmueble, dado que se

La Escuela de Ingenieros había crecido con el ritmo de las disciplinas técnicas y de acuerdo con la dotación de infraestructura durante el Porfiriato. Palacio de Minería, ca. 1912, Tacuba. IISUE.AHUNAM.CU-2679

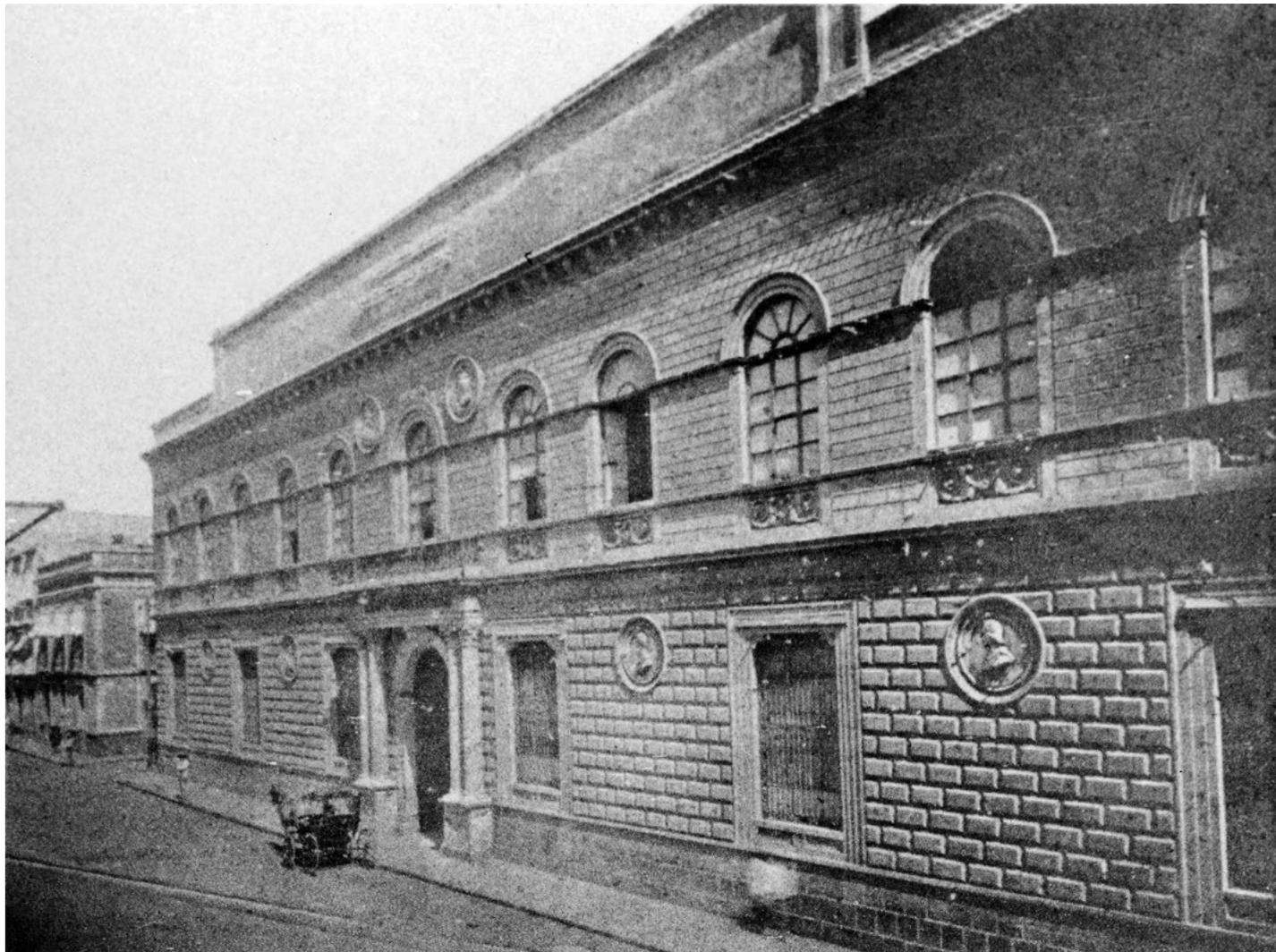


trataba de la sede de arquitectura, una de las seis carreras con las que originalmente comenzó a trabajar dicha institución en 1910.

Como en los otros edificios aquí visitados, el de la Academia de San Carlos tiene como núcleo ordenador del espacio su patio central. Este componente espacial era también decisivo en la vida académica de los futuros artistas, al que los propios estudiantes y maestros de arquitectura siempre otorgaron un especial significado. Después de todo, era también el sitio de reunión y el eje de la vida académica del plantel. Así, dicho patio “tenía [todavía tiene] una atmósfera de arte, y no era una escenografía”.²⁴ La planta del patio es cuadrada, con alrededor de 21 metros por lado. Está coronada por una cubierta con vidrio traslúcido, montado sobre una estructura metálica que abarca por completo el espacio, con las reproducciones de esculturas clásicas o renacentistas, que en su mayoría llegaron a fines del siglo XVIII,

bajo el cuidado de Manuel Tolsá. Instaladas en diferentes puntos del patio, estas piezas de gran formato enriquecían la imagen del lugar, dándole una mayor fuerza y elocuencia plástica al recinto.

Otro sitio, también de naturaleza estimulante en el edificio, era el museo de las obras pictóricas propiedad de la academia, donde había principalmente piezas de artistas europeos; era un espacio de libre acceso para los estudiantes. Este amplio salón fue transformado años más tarde y la colección pictórica pasó a formar el acervo del llamado Museo de San Carlos, que hoy se aloja en la casa de los Condes de Buenavista, en la avenida Puente de Alvarado. Asimismo, los amplios e iluminados salones de San Carlos, donde se realizaban los talleres de las diferentes disciplinas artísticas, constituían espacios de gran calidad y, al mismo tiempo, eran muy funcionales. Aunque habría que decir que todo el edificio guardaba y sigue guardando una escala y proporciones de gran



El predio donde se levantó la Academia había sido la sección noroeste del Hospital del Amor de Dios que, a finales del Virreinato, fue adaptado para albergar las carreras de artes que allí se cursaban. Escuela de Bellas Artes, ca. 1913.

IISUE.AHUNAM.CU-2710

equilibrio, de suerte que viene a ser, por sí mismo, un objeto artístico.

El predio donde se levantó la academia había sido la sección noroeste del Hospital del Amor de Dios, que a fines del periodo virreinal fue adaptado para alojar a las carreras de artes que allí se cursaban. En 1864, el arquitecto italiano Javier Cavallari, a la sazón director de arquitectura de esa institución, lo reacondicionó para darle la imagen que el edificio conserva hasta nuestros días, sobre todo en su exterior. En particular se transformó el salón de actos, las galerías de pintura y la fachada principal del edificio. Ésta, que da al poniente, a la calle que lleva el nombre de la propia academia, quedó convertida hacia 1867 en una suerte de palacio toscano renacentista con su almohadillado en el frente. En 1910, una de las ventanas del primer piso fue cegada a fin de convertirla en hornacina para colocar una reproducción del *San Jorge* de Donatello, donada por la embajada de Italia.

Un par de décadas antes de que abriera sus puertas la universidad, el edificio volvió a ser objeto de una intervención para ponerlo al día, revitalizar algunos de sus componentes e introducir cambios arquitectónicos de cierta importancia. Los hermanos Carlos y Manuel Ituarte, ambos arquitectos, fueron quienes llevaron a cabo ese acondicionamiento del edificio, hacia finales del siglo XIX.²⁵

Entre otras cosas, bajo su proyecto de adecuación del espacio fue cubierto el patio principal con un lucernario de estructura metálica y vidrio para protegerlo de la lluvia y del viento. De igual forma, se tuvieron que haber realizado tareas de mantenimiento, limpieza de fachadas y probablemente algunas adecuaciones arquitectónicas menores. Pero el edificio no experimentó realmente cambio alguno en las vísperas de la incorporación de la carrera de arquitectura a la Universidad Nacional de México.

La estatuaria colocada por Tolsá en el interior de la Academia de San Carlos, ca. 1912.

IISUE.AHUNAM.AA-286



LA DEMOLICIÓN DEL ANTIGUO EDIFICIO UNIVERSITARIO DEL SIGLO XVIII

Al disolverse la Real y Pontificia Universidad por las leyes de Reforma en 1867, el edificio que dicha institución había ocupado, al oriente de la Plaza del Volador (atrás del actual edificio de la Suprema Corte de Justicia) fue asignado a la Sociedad Filarmónica Mexicana, así como al Conservatorio Nacional de Música.²⁶ A decir de Francisco de la Maza, a mediados del siglo XVIII, aquel recinto de “la Universidad colonial era uno de los mejores edificios de la Ciudad de México [...] constituyendo la tercera obra churrigueresca que admiraba la metrópoli”.²⁷ En el claustro principal del inmueble estuvo, entre 1824 y 1852, la estatua ecuestre de Carlos IV, realizada por Manuel Tolsá, y conocida popularmente como *El Caballito*. Mientras que sus arcadas y escaleras presentaban magníficas condiciones, después de haber pasado más de un siglo desde su úl-

tima intervención arquitectónica, en la primera mitad del siglo XVIII.

Empero, a pesar de estar en uso, el edificio comenzó a ser derribado en 1908 por órdenes del propio Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Para 1910 ya había desaparecido casi por completo, pues sólo se salvó una de las portadas churriguerescas de cantera labrada. Ésta era la que enmarcaba el acceso al Salón General (de actos) del desaparecido recinto universitario. Dicha portada se encuentra ahora en la puerta de acceso principal en el que fuera El Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, en la calle de San Ildefonso. Las piezas de esa portada permanecieron varios años arrumbadas en una bodega, de donde las rescató, en la década de 1920, José Vasconcelos, quien encargó que se instalaran en el sitio mencionado. El resto de las portadas, así como el espléndido arco superior que estaba en el desembarque de la escalera, en la planta alta, todo se perdió.

El inmueble destruido estaba situado al costado sur del Palacio Nacional en la esquina de las actuales calles de Corregidora y Erasmo Castellanos Quinto. El predio sobre el que se levantaba el edificio era de aproximadamente 57 metros de frente por 49 de fondo,²⁸ y abarcaba una extensión cercana a los 2 800 metros cuadrados de área construida. Su fachada principal daba al poniente, hacia la desaparecida Plaza del Volador, donde ahora se yergue el edificio de la Suprema Corte de Justicia. La planta arquitectónica de la edificación era de tipo claustral, con 36 arcos, soportados en columnas de base cuadrada y que envolvían los cuatro flancos del patio central, en torno al cual se ordenaba el conjunto del espacio. Constaba de dos niveles, y sus salones eran espaciosos; el patio central tenía árboles y una fuente, por lo que se puede advertir en las fotografías tomadas un poco antes de que se lo demoliera.²⁹

Lo cierto es que se arrasó con aquel edificio de la antigua universidad a pesar de encontrarse en muy aceptables condiciones físicas de conservación, además de que pudo haber sido aprovechado como uno de los espacios para la nueva universidad. Pero Justo Sierra parece no haber querido que, al abrirse la Universidad Nacional, alguna de sus dependencias ocupara el edificio virreinal, donde se alojara a la antigua Real y Pontificia Universidad. Más aún, ese local que se destruyó pudo haber sido empleado para otros propósitos o para servir a otras instituciones educativas, como había ocurrido durante varias décadas, al albergar al Conservatorio Nacional y a la Sociedad Filarmónica. Allí bien pudo establecerse la carrera de Arquitectura que, como vimos, había permanecido en el edificio de la Academia de San Carlos.

Por otra parte, la historia del edificio destruido se remonta a fines del siglo XVI; su primera etapa constructiva, en la que se realizó la planta baja del claustro original, parece haber sido concluida en 1631.³⁰ Desde 1593 funcionó ahí la Real y Pontificia Universidad, a pesar de que para ese año el edificio estaba todavía en proceso de materialización. Cuando se lo terminó totalmente fue en 1761, después de casi tres años de intensos trabajos que comenzaron en 1759; en esa etapa fue cuando se le

construyó un segundo nivel, y se enriqueció el acabado formal, del que resalta la decoración de varias portadas interiores, con motivos barrocos. La obra estuvo a cargo del arquitecto Ildefonso Iniesta Bejarano, uno de los más destacados exponentes de la arquitectura barroca del siglo XVIII.

Cabe preguntarse: ¿qué tanto obró en la decisión de demoler el edificio un afán de ruptura con la Real y Pontificia Universidad de México, desaparecida desde hacía casi medio siglo? Si se aprovechó el espacio del antiguo colegio jesuita de San Ildefonso, para que ahí funcionara la Escuela Nacional Preparatoria desde el último tercio del siglo XIX, ¿por qué, entonces desechar, derrumbándolo, el de la universidad virreinal?

Deslindarse de una institución conservadora y clerical, arremetiendo contra el que podría ser el principal remanente de aquella, el inmueble que la había cobijado, no parece ser una medida motivada por una reflexión racional. Como si los muros, las columnas, los arcos, y los ornamentos barrocos de su interior encerraran todavía los impulsos teologales anticientíficos, así como el conservadurismo religioso a ultranza, que caracterizaron a una buena parte de la vida universitaria que se había clausurado en 1867. En todo caso, el edificio del siglo XVII, remozado profundamente en el XVIII por el talentoso arquitecto Ildefonso Iniesta Bejarano, estaba hacia 1910 en aceptables condiciones materiales que no justificaban su demolición. En fin, varios miles de metros cuadrados de aulas, salas de reunión, al igual que espacios de oficinas se perdieron bajo la picota.

No me lleva a cuestionar aquella medida una actitud nostálgica hacia la arquitectura del pasado. Antepongo su valor de uso y, por supuesto, su valor económico al valor histórico y estético del edificio desaparecido, que sin lugar a dudas los tenía. El sentido utilitario que representaba esa buena porción de superficie edificada y de calidad arquitectónica más que aceptable no fue apreciado de manera correcta por quienes –encabezados por el propio Justo Sierra– decidieron arremeter contra el inmueble del Virreinato. Y es que al costo de la demolición habría que agregar el de la pérdida de espacios susceptibles de ser aprovechados para la nueva institución

Al disolverse la Real y Pontificia Universidad por las leyes de Reforma en 1867, su edificio fue asignado a la Sociedad Filarmónica Mexicana y el público podía asistir a los conciertos en el Conservatorio. Patio de la Pontificia Universidad de México.

IISUE.AHUNAM.CU-2628.1



y que ahora habían quedado aniquilados para siempre. Quizá más que un acto político de afirmación y ruptura con aquel pasado teologal de la universidad del Virreinato, había el temor a que aparecieran los fantasmas de conservadurismo y de otros signos ideológicos, que no se quería volver a encontrar en la vida universitaria que emergía.

Si bien, como fue señalado antes, había una relativa oferta de espacios edificados para que operara la universidad en el momento de su apertura, tampoco era conveniente desperdiciar locales que estaban funcionando. En especial, porque su desaparición representaba potencialmente gastos para una economía y un gobierno que, ni remotamente, tenían sobrados recursos financieros. El presupuesto universitario de esos primeros años en la recién creada institución superior

alcanzaba una cantidad cercana a 1% del erario.³¹ Si lo comparamos con la proporción de los recursos asignados por el gobierno Federal a la UNAM en los últimos ejercicios presupuestales de estos inicios del siglo XXI podría considerarse que ese porcentaje era elevado. Sin embargo, cabe apuntar que el presupuesto gubernamental de egresos para 1910 era muy modesto en relación con la economía nacional (con *menos de 2% del PIB*). Y en todo caso, más allá de si los recursos financieros de la universidad hubiesen sido abundantes (que por supuesto no lo eran) estaba el absurdo del gasto que significaba destruir físicamente un espacio que se mantenía en buen estado y funcionando. En suma, a veces, como en este caso, el positivismo perdía piso y se lanzaba contra fantasmas sin la menor racionalidad científica, discurso que pretendía enarbolar.



En un radio menor de un kilómetro, desde la Plaza Mayor de México, se erguía la media docena de inmuebles que pasaron a conformar el patrimonio edificado de la Universidad Nacional. Plaza de la Constitución en la esquina de Seminario.

IIISUE.AHUNAM.CU-2632.1

EL BARRIO UNIVERSITARIO EN 1910

En un radio menor de un kilómetro, tomando como centro la plaza mayor de la capital mexicana, se erguía la media docena de inmuebles que pasaron a conformar el patrimonio edificado de la Universidad Nacional. En ellos operaban las seis escuelas nacionales que se integraron a la institución, así como la Rectoría y otras dependencias universitarias. Los centenares de jóvenes estudiantes que acudían a las aulas llenaban de entusiasmo el centro de la ciudad, y al mismo tiempo generaban alguna incomodidad para comerciantes de la zona, que no los tenían como clientela para sus negocios. Como sea, la comunidad estudiantil formaba parte de un paisaje social urbano que, durante décadas –hasta la construcción de la Ciudad Universitaria a mediados del siglo xx–, impregnó de vitalidad esa histórica zona de la Ciudad.³²

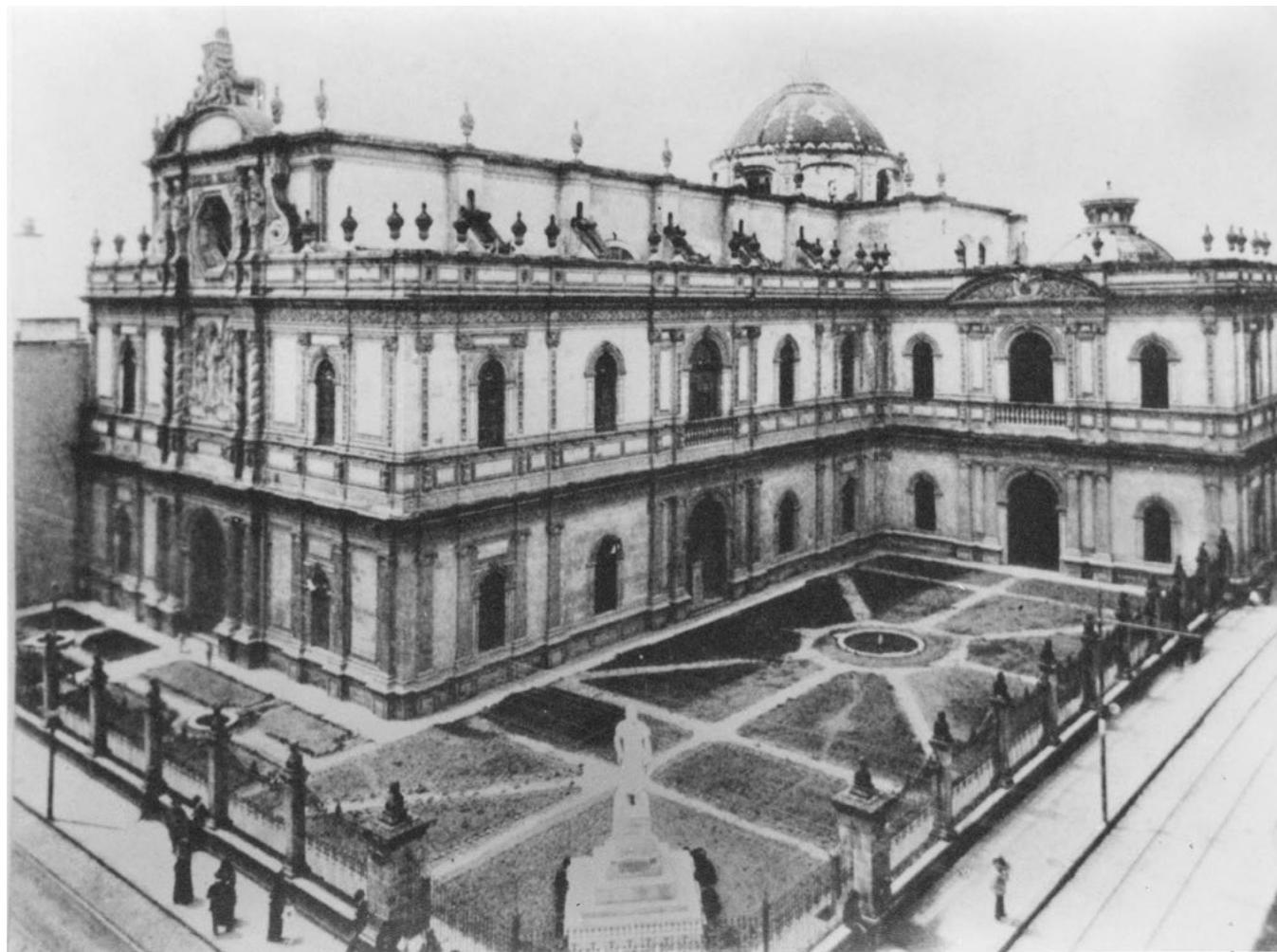
Esa inquieta y bulliciosa comunidad demandaba espacios de alojamiento, dado que una porción considerable de la población estudiantil provenía de otras partes del país. Asimismo, era clientela casi cautiva de los cafés,

restaurantes, cantinas y otros establecimientos similares existentes en la zona central de la ciudad. Librerías, imprentas, sastrerías, carpas, teatros y las emergentes salas de cine que empezaban a ganar terreno captaron una parte sustancial de sus ingresos gracias a los estudiantes. Si bien, el número de éstos era relativamente modesto en 1910, no por eso dejaba de representar una porción de importancia como clientela para una serie de pequeños negocios cercanos a los edificios universitarios que nos ocupan.³³

Las manifestaciones de universitarios cobraron mayor presencia al constituirse el grupo de escuelas, antes desvinculadas, en un conglomerado estudiantil crítico ligado por vínculos institucionales y con una proyección nacional. Aunque también intervino en favor de esa mayor capacidad de los alumnos para manifestarse políticamente que la ubicación de los edificios nunca distaba más allá de unas cuantas calles y algunos de ellos, incluso, se encontraban frente a frente, sólo separados por una calle. Esa facilidad de desplazamiento, que ciertamente

Muchas edificaciones reconocidas por su arquitectura y apariencia monumentales forman parte del patrimonio histórico construido de la nación. Templo de San Agustín.

IISUE.AHUNAM.CU-2730



ya existía antes de 1910, cobraba una nueva dimensión al constituirse la unidad institucional entre entidades educativas antes desligadas entre sí. La solidaridad de los movimientos estudiantiles se hacía más expedita dada la relativa cercanía física entre los inmuebles donde se alojaban las diferentes carreras universitarias. Los más alejados, en todo caso, eran la Escuela de Bellas Artes, a un cuarto del kilómetro del Zócalo, por el oriente del *barrio universitario* y la Escuela Nacional de Ingenieros, a poco más de medio kilómetro al poniente del mismo.

Por otra parte, la disparidad cronológica en los periodos de edificación de los diversos inmuebles iba aparejada con una diversidad en tipologías arquitectónicas, lo que añadía una mayor pluralidad espacial a la vida universitaria. Si se observa que había edificios que fueron erigidos a fines del siglo XVII e inicios del XVIII, mientras otros se habían ejecutado 200 años más tarde, resulta más comprensible esa variedad estilística que ofrecía el parque edificado de la nueva Universidad. También, como parte del proceso, varios de esos edificios fueron

transformados en diferentes momentos. Durante el régimen de Díaz fue cuando tuvieron lugar los últimos cambios o ampliaciones, inmediatamente anteriores a la apertura de la institución.

Aunque no parece muy convincente la idea, hay quienes consideran que al no existir una integración física de los diferentes espacios de los diversos planteles universitarios concentrados en un solo espacio, se propiciaba una falta de integración académica y administrativa.³⁴ En particular, esto se advierte con mayor claridad en la Escuela de Bellas Artes, cuyo director debía gestionar los asuntos de la carrera de arquitectura con la rectoría de la universidad, mientras que los de las otras dos carreras, que no habían sido integradas a la nueva institución los gestionaba directamente con el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Es de suponer que, en efecto, hubo algunos inconvenientes para que el arquitecto Antonio Rivas Mercado, entonces director de la Escuela de Bellas Artes, tramitara asuntos del mismo plantel en dos sitios diferentes. Sin embargo, el reducido número de

estudiantes y profesores que formaban parte de la universidad en esa etapa inicial no reclamaban la realización de grandes procedimientos ni la existencia de numerosas instancias administrativas para su eficaz funcionamiento.

BREVE REFLEXIÓN CONCLUYENTE

La universidad no la hacen sólo los edificios, pero éstos son una condición necesaria para que aquélla pueda funcionar. Ciertamente, los inmuebles fueron imprescindibles para que, en el otoño de 1910, la institución estuviera en condiciones de comenzar a trabajar. Como se explicó, las cinco escuelas nacionales que ya estaban operando desde hacía varias décadas, y que se sumaron al proyecto universitario, disponían de las instalaciones suficientes para satisfacer sus necesidades de espacio. Y también, como se examinó aquí, con esos locales se fue integrando el patrimonio universitario, inmueble de la nueva institución.

Pero también era necesario dotar a la administración central universitaria de un sitio para el despliegue de sus funciones. Del mismo modo, debido a que la entonces recién creada Escuela Nacional de Altos Estudios no contaba con instalaciones para su desempeño, dicho plantel y la Rectoría universitaria tuvieron que compartir un edificio reacondicionado, en la esquina de Lic. Primo Verdad y Guatemala, unas decenas de metros al nordeste de la Plaza de la Constitución. Ese edificio, hasta poco antes de la formación de la universidad, había sido la sede de la Normal de Maestros, que se mudó a otro local en la calzada México-Tacuba, al poniente de la ciudad. El inmueble en cuestión fue remozado en 2004 y actualmente se lo conoce como Palacio de la Autonomía. Con su remodelación en 1910 se cerró en un primer momento el conjunto de edificios para que operara la Universidad Nacional de México.

Por otra parte, no tener que invertir en la realización de nuevos edificios significó un gasto mínimo para el gobierno de Porfirio Díaz. Pero lo más importante es que, si en sus comienzos la Universidad Nacional de México se mostró como una institución tal vez poco vigorosa y un tanto desarticulada, esto no podría decirse, en absoluto, de los edificios que pasaron a formar su

planta física. Como herencia arquitectónica de buena factura, las edificaciones que pasaron a la universidad en 1910 siguen estando en pie, algunas de ellas con casi tres siglos de existencia. Ciertamente se les han hecho acondicionamientos, algunas modificaciones y hasta ampliaciones de consideración. Pero, ¿qué construcción, por muy bien ejecutada que esté, no reclama su periódico mantenimiento y no sufre cambios o agregados? Además, el número de los ocupantes de los inmuebles aumentó sensiblemente con el tiempo y eso, inevitablemente, incrementó su desgaste físico. A todo lo anterior se agrega la existencia de un subsuelo difícil, como el del antiguo casco de la Ciudad de México. Hay que tomar en cuenta, por último, los movimientos telúricos que cada cierto número de años se presentan con intensidad en la cuenca. En suma, esos y otros factores inciden en el deterioro de los edificios, pero éstos han resistido, lo que nos lleva, finalmente, a reconocer que ese patrimonio edificado de la universidad en el centro de la ciudad es de buena calidad, además de atractivo.

En este orden de ideas, por lo menos tres de los edificios aquí presentados se denominan actualmente “palacios”: el de Minería, de la Autonomía y de la Medicina. Esta designación remite al sentido señorial que se les confiere, mediante el cual se reconoce, en primer término, la calidad de su arquitectura. Empero, todas las edificaciones aquí vistas, incluyendo las no designadas en la categoría palaciega, son reconocidas por su carácter monumental, además de formar parte del patrimonio histórico construido, no sólo de la UNAM y de la ciudad, sino de la nación. Son edificios que siguen siendo admirados por sus atributos estéticos y, aunque de diferentes épocas y expresiones plásticas diversas, todos ellos son igualmente valorados por su belleza, aunque algunos la pongan en cuestión, sobre todo desde la visión de una modernidad arquitectónica para la cual los edificios históricos son una mera obsesión nostálgica. Sin embargo, la media docena de edificaciones aquí examinadas conservan un vigoroso valor icónico dentro del casco antiguo de la ciudad, y algunos de ellos siguen siendo muy visitados, dado que se mantienen con un incuestionable valor de uso hasta el presente.

NOTAS

- ¹ Discurso inaugural de la Universidad Nacional, pronunciado por Justo Sierra (1910), *El Imparcial*, 23 de septiembre, pp. 1 y 2.
- ² Garcíadiego, (1996), p. 777.
- ³ Guerra, (1988), p. 424.
- ⁴ Garcíadiego, (1996), p. 780.
- ⁵ <http://www.unam.mx/patrimonio/resena.html>
- ⁶ Artículo 2º de la *Ley Constitutiva de la Universidad Nacional de México* (1910).
- ⁷ Véase Garcíadiego, en Alvarado, 1994, p. 170.
- ⁸ *Ibid.* p. 186.
- ⁹ Reyes, (1960), p. 210
- ¹⁰ Fernández, (2002), pp. 247-258.
- ¹¹ Poco más de 10 años antes, hacia 1878, este profesionista había reacondicionado el exconvento de San Lorenzo para convertirlo en escuela de artes y oficios. Véase Katzman, (1969), p. 267.
- ¹² *Ibid.* p. 275. Véase también Boils, (2003), pp. 69-70.
- ¹³ Garcíadiego, (1994), p.165.
- ¹⁴ Garcidueñas, (1985), p. 20.
- ¹⁵ *Ibid.* pp. 22-25.
- ¹⁶ Boils, G. (2006), “Pedro de Arrieta y el puente de San Juan del Río”, *Boletín de Monumentos Históricos*, INAH, México, 3a. Época, núm. 5, diciembre, p. 41.
- ¹⁷ De la Maza, (1985), p. 65.
- ¹⁸ Fernández, (1986), p.149.
- ¹⁹ Katzman, (1969), p. 277.
- ²⁰ Katzman, (1969), p. 276.
- ²¹ Escamilla, (2009), pp. 5-6.
- ²² Fernández, (1985), p. 21.
- ²³ Ver estudio de Álvarez, F., (1909).
- ²⁴ González, Teodoro, *op. cit*, p. 135.
- ²⁵ Katzman, (1969), p. 283.
- ²⁶ Schroeder, (1985), p. 38.
- ²⁷ De la Maza, F. “Las portadas estípites de la antigua universidad” en *Estudios de Historia Novohispana*, IHH, UNAM, núm.1, p. 1.
- ²⁸ Martínez, M., (2006), p. 61.
- ²⁹ Tovar, (1990), pp. 98-103. Incluye fotos del proceso de destrucción del inmueble.
- ³⁰ Martínez, M., (2006), p. 38.
- ³¹ González, (1968), p. 28.
- ³² Aguilar, (1951), p. 17.
- ³³ Una vívida reconstrucción de esa cotidianidad, aunque un par de décadas más tarde, ofrece Teodoro González de León en su texto: “La vida en el barrio universitario”, en *Un destino compartido* (2004, pp. 133-156).
- ³⁴ Garcíadiego, (1994), p. 171.



LA CULTURA IMPRESA Y EL BARRIO UNIVERSITARIO: BIBLIOTECAS, LIBRERÍAS Y EDITORIALES

Estela Morales Campos*

Durante los años posteriores al movimiento armado de la Revolución Mexicana, la preocupación por la cultura fue permanente, aunque la intensidad de acciones y el nivel de los logros no siempre fueron uniformes. Había un interés de los dirigentes porque los mexicanos leyeran y, a través de la lectura, se crearon espacios emocionales y educativos para superar algunas de las carencias sociales. Las acciones para propiciar la lectura, el uso de la información y la adquisición de conocimiento se concretaron en las bibliotecas, el trabajo editorial y las librerías.¹

Esta era una situación diferente a la de inicios del siglo xx cuando un sector de la sociedad se jactaba de ser letrado, ya que tenía acceso a una rica muestra de registros ideográficos y escritos de su historia, de su cultura y de su ciencia, abarcando el periodo prehispánico, el colonial, el del México independiente y el del Porfiriato; sin embargo, en el país se daba una convivencia natural, producto del desigual acceso por regiones, entre el campo y la ciudad, entre los grandes conglomerados de personas que mantenían su cultura por la vía oral y otros grupos numéricamente menores con una vida cultural y educativa que dejaban registro por la vía letrada, a través del alfabeto y, en el caso de México, en idioma español. Todo ello, en esa época, establecía una marcada división como producto del desigual acceso a la educación, al conocimiento y, a veces, a los más elementales satisfactores sociales.

Pero puede decirse que en las primeras décadas del siglo xx, a la educación y a la cultura se les imprimieron diferentes matices y enfoques, ya que los intelectuales

que las promovieron mantenían sus actitudes e ideas y, a su vez, asimilaban los cambios de los nuevos tiempos.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Entre las empresas educativas del país, la universidad es una de sus joyas; a pesar de los obstáculos constantes, siempre ha jugado un papel muy importante en la vida de México. El 22 de septiembre de 1910 surgió nuevamente, siendo inaugurada en ceremonia oficial del más alto nivel, como parte de las festividades del Centenario de la Independencia. Al acto de apertura asistieron muchas personalidades nacionales y extranjeras, representantes de universidades, del gobierno, de la diplomacia y del mundo intelectual.

La universidad resurgió en momentos clave de los primeros años del siglo xx, y la vida de los hombres que participarían en los programas educativos y culturales del país se vincularía estrechamente con esta institución educativa. Desde la educación básica hasta la universitaria, el trinomio educación, libros, lectura se volvió prioridad como una conquista de la Revolución, y no sólo se veía como una acción inmediata, sino como un programa a largo plazo; por eso, en la reapertura de 1910,² Justo Sierra señalaba como principio fundamental:

La Universidad, me diréis, no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora [...] sería una desgracia que los grupos humanos, ya iniciados en la cultura humana, escalaran [...] para contemplar mejor los astros y poder ser contemplados por un pueblo entero [...] cada vez más alejada de su función terrestre, cada vez más alejada del suelo que la sustenta, cada vez más

PÁGINA ANTERIOR:

*Al fondo la Librería Porrúa,
calle de Relox, esquina con
Cordobanes.*

IISUE.AHUNAM.EACH-0426

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
Para el trabajo bibliográfico de esta investigación se contó con el valioso apoyo de Homero Quezada Pacheco.

indiferente a las pulsaciones de la realidad social turbia, heterogénea, consciente apenas de donde toma su savia [...] No, no se concibe en los tiempos nuestros, que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano [...] La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica [...] pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción [...] La imprenta engendró al libro, que puso al espíritu en contacto consigo mismo, y el descubrimiento de América completó a la humanidad, que se sentía deficiente, y reemplazó la fe católica con la fe científica. De entrambos conocimientos nació la Universidad de México que, con la de Lima, constituye la primera tentativa de los monarcas españoles para dar alas al alma americana, que comenzaba a formarse dolorosamente.³

En sus inicios, las bibliotecas de la universidad distaban mucho de las bibliotecas de Estados Unidos de América, consideradas éstas como instituciones modernas de conocimiento y de servicio; las nacionales no contaban con personal profesional ni con colecciones puestas al día, organizadas y acordes con las necesidades de la naciente sociedad mexicana, sobre todo con las clases baja y la media con aspiraciones de beneficiarse de la cultura y la educación. La universidad de Sierra y de Vasconcelos, como toda institución nacional, debía estar al servicio del pueblo, y sus bibliotecas –concebidas como un espacio fundamental para la docencia, la investigación y el servicio a la comunidad estudiantil y académica– también tenían que estar dispuestas a servir a la sociedad. Durante las primeras décadas del siglo xx, la universidad, además, tuvo la responsabilidad de ayudar a conformar las colecciones de las bibliotecas de los gremios, de las sociedades obreras y estudiantiles, de los sindicatos, de las agrupaciones campesinas, de las dependencias oficiales y de todo grupo social donde se pudiera propagar la cultura a niveles populares; sus donaciones de libros promovieron la lectura entre los trabajadores y mexicanos comunes.

A la universidad se le asignaba una responsabilidad social hacia la ciudad y hacia el país, pero sin descuidar su deber inmediato en el interior; por ello, en el campo del libro, sirvió a ambos núcleos abriendo sus puertas a

todo público al tiempo que ampliaba sus horarios: los domingos se atendía de tres de la tarde a siete de la noche, debido a “que muchas personas, por trabajar en los días hábiles de la semana, no sería posible que frecuentasen estos establecimientos, por lo que se creó un nuevo turno dominical”.⁴

Con toda esta actividad, la universidad, así como sus bibliotecas, sus libros, sus alumnos, sus profesores, sus empleados, le dieron un toque muy especial al centro de la Ciudad de México, lo que generó una superposición de identidades entre el centro de la ciudad y el *barrio universitario*. No hay que olvidar que, durante la primera mitad del siglo xx, el ahora Centro Histórico y el *barrio universitario* constituían el corazón de la vida de la capital y el punto de referencia de la República. Ese perímetro geográfico no sólo era una delimitación de superficie, sino que representaba la concentración de la vida política, religiosa, social, educativa, cultural y comercial, desde el abasto de primera necesidad hasta el mayoreo que daba vida al país; asimismo, era el punto de convergencia de la moda y el arte: allí estaban los modistos, los joyeros, los artesanos, los zapateros, los libreros y, por supuesto, era el punto de reunión de los intelectuales, los académicos, los pintores, los escritores, los educadores y los estudiantes. Sobre todo, estos últimos hacían su vida en ese *barrio universitario*: se preparaban académicamente, compraban libros, escribían cartas, comían; visitaban al sastre, al relojero, al zapatero remendón, al curandero que proveía las plantas medicinales, acudían al café y la cantina.

El testimonio del maestro Pedro Zamora, uno de los más destacados bibliotecarios profesionales con que ha contado nuestro país, quien nació a principios del siglo xx, puede ejemplificar con su propia experiencia algunas imágenes del *barrio universitario* y de las bibliotecas del entorno:

Viví y nací en área gloriosa: el barrio estudiantil, alrededor de la Universidad, en la parte del Carmen. Estudié en la primaria Abraham Castellanos, en el Jardín del Carmen, donde también estaba el Jardín de Niños. Así, seguí en la secundaria número 6, que está en San Ildefonso, y de de ahí pasé a la “Prepa” 1. Por razones de vida, de estudio y de trabajo, me

PÁGINA SIGUIENTE:

Mapa 2.

Barrio Universitario:
bibliotecas y librerías.

Elaboración:

Luis Armando Soto Martínez
y Mario González Esquivel.

Diseño:

Ricardo González Bugarín.



- EDIFICIOS UNAM**
- 1. Minería
 - 2. Medicina
 - 3. Jurisprudencia
 - 4. Escuela Nacional Preparatoria
 - 5. Escuela de Altos Estudios y Rectoría
 - 6. Escuela Nacional de Bellas Artes

- BIBLIOTECAS**
- 1. Escuela Nacional Preparatoria
 - 2. Escuela Nacional de Bellas Artes
 - 3. Escuela Nacional de Ingenieros
 - 4. Escuela Nacional de Jurisprudencia
 - 5. Escuela Nacional de Medicina
 - 6. Biblioteca Nacional
 - 7. Biblioteca Hispanoamericana Carlos Prieto

- LIBRERÍAS**
- 1. Porrúa
 - 2. Casa de la Primera Imprenta en América
 - 3. Bouret
 - 4. Miguel Rivera Calderón
 - 5. Modernista
 - 6. General
 - 7. Biblos
 - 8. Robredo
 - 9. Botas
 - 10. Don Antonio y Don Cristóbal de la Torre
 - 11. Orortiz
 - 12. Herrero
 - 13. Juan López (el viejo Masón) Mdo. Volador
 - 14. Mariano Galván
 - 15. Ramón Araluce

-  Cuartel 1
-  Cuartel 2
-  Cuartel 3
-  Cuartel 4
-  Cuartel 5
-  Cuartel 6
-  Barrio Universitario





veía obligado a asistir a las bibliotecas cercanas. Estaba muy cerca de la Hemeroteca Nacional, e iba a la biblioteca que estaba en Justo Sierra y Argentina, en el mismo edificio de la Secretaría de Educación Pública; esa biblioteca cerraba a las 12:00 de la noche y quedaba a unas seis cuabras de mi casa. Vivía el ambiente de la Plaza del Estudiante, la Casa del Estudiante; también estaba cerca el Jardín de San Antonio Tomatlán. Estos barrios giraban en torno a la Escuela Nacional Preparatoria e incluían las casas del estudiante, las cervecerías, las cantinas [...]

Recuerdo que, hacia 1935, había un teatro popular en el Jardín del Carmen y, hacia 1938 o 1939, había bibliotecas ambulantes en el Parque del Carmen; eran unos carros de madera que tenían a los lados unos estantes con los libros de la SEP, y que se prestaban y se leían en las bancas del parque.

Yo estudié la preparatoria nocturna, donde el ambiente era de mucha madurez. Algunos condiscípulos eran padres de familia y tres o cuatro alumnos desentonábamos.

A mis 13 años murió mi padre y yo comencé a trabajar en la biblioteca del Museo de Antropología. Don Daniel Rubín de la Borbolla era director del museo y apoyó mucho a la biblioteconomía como carrera profesional; él fue una persona con mucha visión para el desarrollo de esa profesión.

En ese entonces el museo, y por consiguiente su biblioteca, estaban en un momento de reestructuración. Don Daniel promovió una carrera de antropología profesionalizada, una escuela de primera categoría con profesores mexicanos, y otros que provenían de Alemania, Austria, Francia, Estados Unidos, en diferentes especialidades: antropología física, arqueología, lingüística [...]

Esa transformación requería una biblioteca también de primera categoría, con personal especializado. Yo concluí la preparatoria y me inscribí en la Escuela Nacional de Antropología. A los dos años, había que salir a hacer trabajo de campo, y eso limitaba mi posibilidad de trabajar y estudiar. Hubo la oportunidad de una beca Rockefeller: me evaluaron mis estudios y me aceptaron en la Louisiana State University, donde terminé como Bachelor of Library Science.⁵

Este testimonio nos da un panorama del *barrio universitario* y del inicio de la profesionalización de la bibliotecología en México.

BIBLIOTECAS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

En 1910, al principio con ciertos tropiezos y después con creciente estabilidad, la Universidad Nacional comenzó a desempeñar una función muy importante entre los jóvenes estudiantes; en los aspectos relacionados con las bibliotecas, su actuación sería sobresaliente, pues sus esfuerzos no se dirigían únicamente a la población universitaria, sino a la sociedad en general.

Las bibliotecas universitarias se fueron formando en pequeños espacios dentro de las facultades y escuelas hasta que lograron identidad propia, tanto por sus colecciones como por sus instalaciones, ya que contaron con salones, mobiliario y estantería especial, diseñados de acuerdo con la época.

Escuela Nacional Preparatoria

La Escuela Nacional Preparatoria fue parte del cimiento con el que se comenzó a edificar la naciente Universidad Nacional de México. Precisamente, la biblioteca que desde finales del siglo anterior era la más concurrida no sólo en la capital, sino en el país era la de la Escuela Nacional Preparatoria.⁶ Fundada en 1879 con algunos de los libros que pertenecieron al Convento de San Ildefonso (lugar donde se estableció), y enriquecida más tarde con diversos donativos; en 1907 la biblioteca contaba, predominantemente, con obras de física, de ciencias naturales y de literatura clásica. Desde entonces, había adoptado el sistema decimal Dewey –el más avanzado de la época– y fue objeto de notables mejoras, tanto en su organización como en su acervo. A su vez, la estantería y el mobiliario de encino hacían del inmueble uno de los más dotados en cuanto a recursos materiales.⁷

En el transcurso de la primera década del siglo xx, la biblioteca de la Escuela Nacional Preparatoria llegó a tener una afluencia de lectores mucho mayor que la propia Biblioteca Nacional; según informes de 1912, esta última recibió un promedio de 3 600 personas por mes, mientras que aquélla alcanzó cifras de casi 8 000, en virtud de que era una fuente obligada de consulta para maestros y alumnos de la propia institución. Además, abría sus puertas al público para ofrecer libros de texto y obras de filosofía, ciencias, literatura, historia y bellas

artes. Al igual que en otras bibliotecas universitarias, en la de la preparatoria era muy significativo el número de publicaciones inglesas, francesas y estadounidenses, a pesar del esfuerzo realizado para dotarla de obras nacionales.⁸

Años después, el bachiller José Vasconcelos evocaba la biblioteca de la preparatoria como un apacible refugio y una invaluable fuente de conocimiento:

El problema de las horas solitarias del crepúsculo me lo resolvió, por fin, la biblioteca de la preparatoria. Con sensación de confianza y de orgullo esparcía el ánimo bajo la nave reposante, recorriendo con la vista la estantería. Más de veinte mil volúmenes a mi disposición [...] que podía consultar a mi antojo.⁹

Escuela Nacional de Altos Estudios

Fundada en 1910 como parte de la recién inaugurada Universidad, la Escuela Nacional de Altos Estudios (origen de las facultades de Filosofía y Letras y Ciencias de la UNAM) fue creada “como un nivel de enseñanza especializada, y como la institución capaz de formar profesorado.”¹⁰ En efecto, erigida con el fin de que se transformara en la máxima institución educativa del país, Altos Estudios estaba destinada a preparar profesionalmente a los maestros de preparatoria y de estudios superiores del país.

Antes de trasladarse a la Casa de los Mascarones (en 1938), en la Rivera de San Cosme, la Escuela Nacional de Altos Estudios formó parte del *barrio universitario* en distintos inmuebles. Al principio, estuvo ubicada en el denominado “Colegio chico” de la Escuela Nacional Preparatoria, en San Ildefonso; posteriormente ocupó la casona del Lic. Primo Verdad esquina con Guatemala y, más tarde, fue alojada en el inmueble donde estuvieron los claustros del Convento de Santa Teresa la Antigua¹¹ (entre Palacio Nacional y el Templo Mayor).

Altos Estudios originalmente comprendía tres secciones: Humanidades; Ciencias Exactas y Naturales; y Ciencias Sociales, Políticas y Jurídicas. Había muchas esperanzas de que con este establecimiento se superara el retraso de la ciencia en México; sin embargo, al igual que la Universidad, también tuvo que afrontar

años de gran escasez en que se vio reducida a su mínima expresión, y otros en los que trabajaba en condiciones que le permitían ofrecer una variada gama de cursos para cumplir con sus propósitos: el cultivo de los trabajos y métodos de investigación, la popularización de los conocimientos al alcance de auditorios menos doctos, el otorgamiento de grados y la preparación de docentes de las escuelas secundarias.

Toda esa actividad académica requería apoyo bibliográfico, tanto para alumnos como para profesores, que se proporcionaba en la biblioteca, la cual empezó a conformar valiosas colecciones que, posteriormente, se fueron desgranando en la medida en que se formaron escuelas y facultades derivadas de la Escuela de Altos Estudios. Hacia 1913, su acervo contaba con obras científicas (meteorología, historia natural, geología, patología, bacteriología), así como de pedagogía, literatura, filosofía y bellas artes. La adquisición se hacía por medio de donación y canje con instituciones científicas tanto del país como del extranjero.¹²

La Escuela Nacional de Altos Estudios, por otra parte, dio origen a grandes bibliotecarios mexicanos que se formaron a partir de diferentes medios: viajes de estudios y de intercambios con universidades y bibliotecas norteamericanas; de la preparación de bibliotecarias en instituciones estadounidenses (como Juana Manrique de Lara y María Teresa Chávez); y de los cursos de biblioteconomía ofrecidos en Mascarones, sede posterior de la Escuela de Altos Estudios, de donde egresó Tobías Chávez, bibliotecario de la propia escuela y distinguido mexicano especialista en la materia. Se estaba consciente, además, de que esta biblioteca

debía ejercer alguna influencia [en] las demás [...] especialmente las de esa Secretaría [de Educación] y [...] desde el punto de vista de los métodos y procedimientos que deban usarse en esos importantes centros educativos para hacer mayor su utilidad.¹³

Escuela Nacional de Bellas Artes

Instalada en la antigua Academia de San Carlos (en la actual calle de Academia, esquina con Emiliano Zapata), en pleno Centro Histórico, la Escuela Nacional de

PÁGINAS 102-103:

Los educadores y los estudiantes cimentaban su formación universitaria asistiendo a las bibliotecas o comprando libros. Biblioteca de la Escuela Nacional Preparatoria.

© 1765-047 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

Bellas Artes también fue incorporada a la Universidad Nacional en 1910. Durante el movimiento armado permaneció cerrada cerca de tres años.

La biblioteca fue desarrollando su acervo a la par que la propia Academia (fundada hacia 1785); sus colecciones databan del siglo XVI y albergaba no sólo libros, sino también estampas y dibujos que, en conjunto, reunían las fuentes de información técnica, visual y metodológica más notables del país en el área de artes. De modo que cuando la Escuela Nacional de Bellas Artes reabrió sus puertas, en 1913, continuó brindando gran apoyo a los estudiantes de esa área. La integración de obras de los siglos XVI al XVIII, contenía libros de arquitectura, matemáticas, ingeniería, anatomía, pintura, iconografía, escultura, heráldica, historia, literatura, numismática, así como textos de consulta y obras científicas.¹⁴

Más tarde, en 1929, año en que se declaró la autonomía de la Universidad Nacional, la Escuela Nacional de Bellas Artes se dividió en la Escuela Nacional de Arquitectura y en la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Aún en los años cuarenta, antes de la fundación de la Ciudad Universitaria, la biblioteca de San Carlos seguía ofreciendo sus sosegados espacios a los estudiantes tanto de arquitectura como de artes plásticas:

La biblioteca era el lugar más silencioso [...] como una iglesia. Era el feudo personal del huraño y tierro maestro Lino Picaseño, del que había que hacerse amigo para poder ver las joyas de la biblioteca, siempre fuera de las horas habituales y bajo su mirada.¹⁵

Con el transcurrir de los años, la biblioteca de San Carlos se fue ampliando y enriqueciendo todavía más. En la actualidad mantiene un fondo reservado de entre 400 y 500 volúmenes, además la Biblioteca Nacional resguarda el denominado Fondo San Carlos, con cerca de 300 volúmenes que fueron traídos a la Nueva España o que se elaboraron en territorio americano durante el comienzo de la academia.

Escuela Nacional de Ingenieros

El Palacio de Minería (ubicado en la calle de Tacuba, número 5), a partir de 1867, luego de la reforma educativa

emprendida por Benito Juárez, dio cobijo a la Escuela Especial de Ingenieros, donde se cursaban las carreras para ingenieros de minas, mecánicos, civiles, topógrafos e hidromensores, y geógrafos e hidrógrafos. En 1910, con el nombre de Escuela Nacional de Ingenieros, empezó a formar parte de la flamante Universidad Nacional (no fue sino hasta 1935 cuando recibió el nombre de Escuela Nacional de Ingeniería, y hasta 1959 cuando adquirió el grado de facultad).¹⁶

En 1909, la biblioteca del Palacio estaba ubicada no en el actual aposento de estilo palafoxiano (acondicionado hacia finales del siglo XIX para colocar el laboratorio de resistencia de materiales de construcción), sino en un salón esquinado de la planta alta que, por un lado, daba a la calle de Tacuba y, por el otro, al callejón de la Condesa.¹⁷

Hacia esa época contaba ya con un acervo notable, cuyo fondo de origen se remontaba a la biblioteca del Real Seminario de Minas, instaurado durante la época virreinal y considerado como el primer instituto de investigación científica en América.¹⁸ Había textos editados tanto en México como en Cádiz, Madrid y París. Además de la biblioteca principal, la Escuela Nacional de Ingenieros contaba con pequeñas colecciones que pertenecían a los diversos gabinetes y laboratorios que formaban parte de la institución. Con el tiempo, la biblioteca fue acrecentando sus estantes con fondos muy diversos: el de la Escuela Nacional de Ingenieros, con obras de los siglos XVI al XIX, el Fondo de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos, el Fondo Sociedad Científica “Antonio Alzate”, así como la hemeroteca (con publicaciones periódicas de los siglos XVIII al XX) y la valiosa colección de tesis, cuyos primeros ejemplares datan de 1872.¹⁹

Escuela Nacional de Jurisprudencia

La Escuela Nacional de Jurisprudencia, como parte de la Universidad Nacional, estuvo ubicada en el edificio correspondiente a San Ildefonso número 28. Permaneció allí hasta 1954, cuando se trasladó a la Ciudad Universitaria; para entonces, la biblioteca había ido acrecentando su acervo y llegaba a la cifra de 25 000 volúmenes.²⁰

La Librería Galván fue exitosa por la demanda de sus calendarios, que cada año aparecen, desde el siglo XIX. Empleados y usuarios en la Librería y Papelería Galván, 1905.

© 5496 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.





CALENDARIO
JULIO
28
VIERNES

LIBRARY OF THE CITY OF MEXICO

Librería de Lengua
Librería de Lengua

Desde principios de siglo, la biblioteca comenzó a incrementar su colección de libros raros y antiguos, escritos tanto en latín como en español, muchos de los cuales se remontaban a los primeros años de la Real y Pontificia Universidad de México. Tales volúmenes eran ricos en información relativa, entre otras áreas, a la historia del derecho. Por otra parte, la biblioteca de esa época comenzó a conformar lo que, décadas después, constituiría el Área de Colecciones Especializadas, conformada con libros procedentes de los distintos seminarios que se fueron implementando durante el desarrollo de la Facultad de Derecho en el transcurso del siglo XX; ese material bibliográfico aún se encuentra disponible en la actual biblioteca Antonio Caso y, por su naturaleza, difícilmente puede adquirirse en el mercado.²¹

Escuela Nacional de Medicina

En 1910, la Escuela Nacional de Medicina permanecía en el palacio que albergó, durante la época de la Colonia, al Tribunal del Santo Oficio. Allí, enclavada en la Plaza de Santo Domingo (en la confluencia de las calles de la Perpetua y Sepulcros de Santo Domingo –hoy, República de Venezuela y República de Brasil, respectivamente–), la Escuela impartía programas en medicina, odontología, farmacia y obstetricia.²² En esa época, el edificio de la escuela no se consideraba del todo adecuado para sus funciones; por ello, se le buscaba con premura un terreno cercano al Hospital General; sin embargo, se las seguía arreglando en Santo Domingo para continuar con las prácticas de fisiología experimental, así como para instalar microscopios en los salones; el museo anatómico, además, contaba con un gran número de piezas y había laboratorios y gabinetes con preparados de fármacos y muestras de medicamentos. La biblioteca, por su parte, contaba con un acervo considerable (siete mil volúmenes) y recibía publicaciones médicas variadas.²³

El acervo de la Escuela Nacional de Medicina tenía bajo su resguardo, aún sin clasificar, gran parte del material bibliográfico que constituiría el futuro archivo histórico de la Facultad de Medicina, cuya Sección Documental se conformó por innumerables expedientes

clasificados en distintos ramos. Entre éstos, dadas su antigüedad e importancia, destaca el del “Tribunal del Protomedicato”, de 1774. Por su parte, el ramo “Establecimiento de ciencias médicas” data de 1833; en él se asientan las vicisitudes de la Escuela Nacional de Medicina a partir de la desaparición de la Real y Pontificia Universidad de México. El archivo también contenía los ramos “Oposición de cátedras” y “Juntas de catedráticos”, compuestos por documentos que abordan los temas tratados por los médicos más eminentes de cada época considerada. A su vez, el ramo “Alumnos” (1833-1912) incluye los antecedentes académicos de los estudiantes que pasaron por las aulas de la Escuela Nacional de Medicina durante ese periodo.²⁴

Algunos departamentos de la Escuela Nacional de Medicina contaban con su propia biblioteca; por ejemplo, el insigne fisiólogo e historiador de la ciencia José Joaquín Izquierdo describió el salón donde, hacia 1919, se encontraba la incipiente biblioteca del Departamento de Fisiología: “véanse, hacia la parte media del salón, dos estantes en los cuales se guardaban los 117 libros y unos 30 tomos de revistas periódicas que constituirían el núcleo de nuestra biblioteca”.²⁵

BIBLIOTECA NACIONAL

En el antiguo Templo de San Agustín (en República de Uruguay, esquina con Isabel la Católica), también en el centro de la ciudad, la Biblioteca Nacional de México fue creada por decreto en 1833, y constituida, esencialmente, por fondos bibliográficos heredados de la Colonia; con el transcurrir de los años adquirió colecciones e impresos que se iban produciendo en el país.²⁶

En 1914, la biblioteca pasó a ser parte de la Universidad Nacional de México. Durante la gestión de José Vasconcelos como secretario de Educación, en 1921, la institución fue transferida a la Secretaría de Educación Pública; sin embargo, desde 1929 y hasta el momento, ha vuelto a formar parte del patrimonio universitario.

Después de permanecer cerrada de 1913 a 1914, en este último año bajo el gobierno constitucionalista, la Biblioteca Nacional reabrió sus puertas. En un periodo

La Biblioteca Nacional se creó en 1833 en el antiguo templo de San Agustín, sede de la primera Biblioteca Nacional, 1926, Guillermo Kahlo, fotografía.

© CONACULTA.INAH.SINAFO.
FN.MÉXICO.



de relativa calma Venustiano Carranza brindó atención a los aspectos técnicos, administrativos y bibliotecarios, que favorecieron el uso de los libros y la lectura, así como la evolución de la propia biblioteca.

Es importante hacer notar que, en esa época, la Biblioteca Nacional desempeñaba un papel muy importante en la jerarquía de las instituciones nacionales y tomaba el liderazgo en las empresas relacionadas con el libro y la lectura. En 1917, pasó a depender de la Dirección General de Bellas Artes y, durante el gobierno de Obregón, como ya se mencionó, formó parte del Departamento de Bibliotecas de la recién creada Secretaría de Educación Pública.

La Biblioteca Nacional en México cumplía, entre otras funciones, la de ser un centro nacional proveedor de información acorde con las demandas del país. En efecto, una de las muchas carencias de la población era la de espacios de lectura pública y ese establecimiento ofrecía libros, revistas y diarios a una sociedad que mostraba interés por conocerse a sí misma y al mundo.

Desde el punto de vista técnico, la biblioteca hizo muchos esfuerzos, siempre con pocos recursos, para poner a disposición de los lectores nacionales y extranjeros sus ricas colecciones. Para ello se valió de catálogos y publicaciones como el *Boletín* y la revista *Biblos*; de intercambios sostenidos, tanto con la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos de América como con países latinoamericanos; y del uso de la radio para emitir mensajes bibliográficos y críticos.²⁷

ARCHIVO GENERAL Y PÚBLICO DE LA NACIÓN

Ubicado desde finales del siglo XIX en un local acondicionado dentro de Palacio Nacional, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, en 1910, el Archivo General de la Nación (entonces denominado Archivo General y Público de la Nación, dependencia del Ministerio de Relaciones Exteriores) estaba dirigido por Justino Rubio. Durante esa gestión se realizó la labor de ampliar la biblioteca, de acondicionar varias de las salas del establecimiento y de empastar numerosos legajos (aunque sin técnica alguna y desconociendo, en muchos casos, las materias de los expedientes).²⁸

A la muerte de Rubio, un año después, la dirección fue ocupada por Luis González Obregón. El nuevo director dispuso, en primer lugar, que fueran ordenados los cuantiosos volúmenes aglomerados; asimismo, logró la ampliación a nueve salas y la dotación de mobiliario adecuado. En la biblioteca se colocó una gran cantidad de libros y documentos que se hallaban todavía encajonados, mientras que el taller de encuadernación fue dotado de las herramientas necesarias para su funcionamiento. Durante los primeros años a cargo de Luis González Obregón, se fue perfeccionando el sistema de los índices y se adoptó el formato de tarjetas. Asimismo, con el auxilio de gente profesional, la institución inició una serie de publicaciones oficiales cuyo contenido reproducía documentación del Archivo.²⁹

Luego del triunfo de la Revolución Constitucionalista, en 1914, Venustiano Carranza dispuso la clausura de todas las oficinas públicas. El Archivo permaneció cerrado durante 11 meses. En 1915, José María Coéllar fue designado como nuevo director y Carranza ordenó que la institución pasara a formar parte de la Dirección General de Bellas Artes, de la Secretaría de Educación Pública. No obstante, en 1918, el Archivo comenzó a funcionar como dependencia de la Secretaría de Gobernación; a partir de entonces fue designado, propiamente, como Archivo General de la Nación. En esa época, y antes de que una parte de su acervo se trasladara a Tacubaya (durante el transcurso de 1918), el Archivo estuvo abierto a la comunidad universitaria del centro de la ciudad, la que tuvo libre acceso a la consulta de archivos y documentos catalogados en ese recinto.

IMPULSO A LAS BIBLIOTECAS PÚBLICAS

En México, la biblioteca pública se modeló como tal y ha cumplido un papel social de primer orden a partir del movimiento revolucionario de 1910; recibió apoyo de dos instituciones nacionales que, durante los primeros años posteriores a la Revolución, estuvieron muy unidas: la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública. Venustiano Carranza, al igual que Vasconcelos después, era admirador del sistema educativo estadounidense, en particular de sus bibliotecas.

Es comprensible, por tanto, su interés por conocer las bibliotecas norteamericanas para que las nuestras siguieran sus lineamientos técnicos y alcanzaran sus niveles de calidad. Así, se organizaron comisiones culturales que viajaron a Boston y Nueva York para analizar el sistema educativo y, por supuesto, las bibliotecas.

Posteriormente, apareció en el primer plano de la escena política y cultural del país José Vasconcelos, quien creía ardientemente en el poder de la educación, de la lectura y de las bibliotecas, como lo deja ver el proyecto de Ley de Creación de la Secretaría de Educación Pública Federal. Vasconcelos, primero como rector de la Universidad y después como secretario de Educación, asignó en sus planes lugar prioritario a los libros y las bibliotecas, y comenzó a rodearse de intelectuales sobresalientes del grupo del Ateneo o de los Contemporáneos para que lo acompañaran en sus cruzadas culturales. En respuesta a la necesidad de ofrecer a la población espacios de lectura y posibilidades de aproximarse mediante ella a la cultura nacional y universal, en junio de 1920 la Universidad Nacional creó la Dirección de Bibliotecas Populares, con Julio Torri a la cabeza, aunque Carlos Pellicer lo sustituyó poco después de que renunciara. Esta dependencia se dedicó a promover intensamente ese tipo de bibliotecas (que también incluía las ambulantes)³⁰ y a distribuir gratuitamente una gran cantidad de libros. Un año después, en 1921, cuando Vasconcelos se responsabilizó de la Secretaría, la Dirección de Bibliotecas Populares se transformó en el Departamento de Bibliotecas.³¹

CASAS EDITORIALES Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS

En las primeras décadas del siglo xx los libros eran objetos, si no raros para el grueso de la población, sí colocados fuera de su alcance debido a sus precios. Además, había pocos títulos en español disponibles en el mercado y no toda la gente sabía leer. La escasez de casas editoriales en el país hacía que los libros en español y mexicanos fueran inaccesibles e insuficientes; a esto podríamos agregar que no había demanda de esas obras, pues recordemos que la moda social y literaria centraba la atención en autores franceses, ingleses y estadounidenses principalmente. Sin

embargo, se contaba ya con librerías como Porrúa, Botas, Robredo o Bouret.

Librería Bouret

La familia Bouret, libreros de origen francés, se estableció en México desde comienzos del siglo xix. Durante ese tiempo, las librerías que fundaron se trasladaron de domicilio en diversas ocasiones. Hacia 1882 había al menos dos locales como puntos de venta: en Refugio y Puente del Espíritu Santo (ahora 16 de Septiembre y Bolívar, respectivamente) y en la calle de San José del Real (en la actualidad Isabel la Católica). Hacia principios del siglo xx, la librería se localizaba en la avenida 5 de Mayo, en donde ocupaba una casa de dos pisos. Sus anaqueles siempre estaban repletos y contaba con mesitas especiales para exhibir las novedades, que los clientes hojeaban libremente.³²

La Librería Bouret reunía un acervo importante de autores franceses y de libros impresos en París. Asimismo, incluía en su catálogo volúmenes de autores mexicanos como Justo Sierra, Luis González Obregón, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Federico Gamboa, Manuel Acuña, José Juan Tablada y Juan de Dios Peza, entre otros. La librería comenzó a reportar pérdidas luego de la Primera Guerra Mundial hasta que, en la década de los años veinte, cerró sus puertas y su razón social quedó absorbida por la Sociedad de Edición y Librería Franco Americana.³³

Librería Porrúa Hermanos

Los hermanos Porrúa Estrada, José, Indalecio y Francisco, llegaron a México procedentes de Asturias hacia las últimas décadas del siglo xix. Al principio, establecieron su negocio de compra-venta de libros en la calle de San Pedro y San Pablo (en la actualidad, segunda calle del Carmen). Posteriormente, en 1910, trasladaron la librería a la esquina de Relox y Donceles (ahora República de Argentina y Justo Sierra, respectivamente), con lo cual se iniciaba la fundación formal de la Librería Porrúa Hermanos que, además de establecimiento comercial, comenzó a funcionar como sello editorial. Aparte de libros españoles y franceses, la librería brindaba una



La Universidad renació en un momento crucial al comienzo del siglo XX para vincularse con los programas educativos y culturales del país. Librería del Abogado, Antiguo Colegio de Cristo.
 © 0133-086 CONACULTA.INAH.
 SINAFO.FN.MÉXICO.

invaluable oferta de obras antiguas. Como editorial, en 1910, inició su catálogo con la *Guía de la ciudad de México* y, luego de cuatro años, imprimió la obra *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, a cargo de Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint. El logotipo editorial, empleado desde entonces, fue diseñado por el pintor y dibujante aguascalentense Saturnino Herrán.

Con los años, la lista de obras de Porrúa Hermanos, fue en aumento significativo (hacia inicios de la década de los cuarenta surgió la colección Jurídica Porrúa y hacia finales de los cincuenta, la renombrada colección

Sepan Cuántos...), lo que favoreció la preparación intelectual de los estudiantes del *barrio universitario* durante toda la primera mitad del siglo XX.³⁴

Librería Botas

En 1906, el castellano Andrés Botas comenzó a vender libros en la tabaquería de su propiedad (ubicada en la calle Vergara, hoy Bolívar). Procedente de Cuba, Gabriel Botas, hijo de Andrés, se ocupó del negocio a partir de 1910. Fue la mejor época de la librería: luego de adquirir sus propias imprentas, la librería enriqueció su oferta al publicar obras de connotados intelectuales de

la época: Mariano Azuela, Julio Jiménez Rueda, Mauricio Magdaleno, Federico Gamboa, Alfonso Reyes. Asimismo, publicó traducciones de escritores europeos como Eça de Queiroz, Paul Verlaine y Anatole France, entre otros.³⁵

Más tarde, en los años treinta, la librería fue la primera en ofrecer, bajo su sello editorial, obras capitales como *Ulises criollo*, de José Vasconcelos, y *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán. Por otra parte, la editorial publicaba importantes textos universitarios de derecho así como la revista *Criminalia*, donde participaban destacados criminalistas.³⁶

Librería Robredo

Formado en la librería Porrúa, el español Pedro Robredo estableció su propio negocio en la casa ubicada en Puente de San Pedro y San Pablo (en la actual tercera calle del Carmen, esquina con segunda de San Ildefonso). El local estuvo allí hasta 1918, cuando su propietario trasladó el local a la calle del Relox (ahora República de Argentina) y, un año después, a la misma calle esquina con República de Guatemala. La librería Robredo comenzó a funcionar con una animada actividad de compra-venta de material bibliográfico antiguo, sobre todo de origen nacional. Estuvo allí hasta 1935, año en que Pedro Robredo se retiró del medio librero y traspasó su negocio a José Porrúa Estrada (uno de los fundadores de la casa Porrúa).

A la librería de Pedro Robredo le correspondió el honor de editar la primera edición facsimilar de la *Grandeza mexicana*, de Bernardo de Balbuena, así como obras de Carlos Sigüenza y Góngora, y la *Crónica de la Merced de México*, de Fray Cristóbal de Aldana.³⁷

En general, la librería Robredo se destacó por dar a conocer libros sobre historia de México y, sobre todo, fondos antiguos impresos en el país.

Mercado El Volador

Desde mediados del siglo xvii y hasta el año 1932, la Plaza del Volador fue un mercado popular. A comienzos del siglo xx, el mercado ofrecía cada domingo, entre las más diversas mercancías (tanto en orden y clasificación como

aglomeradas y confusas; tanto viejas como nuevas; unas se amontonaban sobre el piso y sobre bancos de madera desnuda, mientras que otras se mostraban en anaqueles y cajoncillos), una vasta oferta de libros en locales acondicionados para su exhibición y venta. Allí se vendían, entre muchas otras, obras de la librería del masón Juan López (a partir de 1904); de la librería El Murciélago (hacia 1924), del barcelonés Felipe Teixedor, que ofrecía volúmenes raros, antiguos y curiosos; de la librería de Ángel Villarreal, que regateaba con los estudiantes títulos como *María o la hija del campesino*; de la librería del vasco César Cicerón, que sabía “discutir con aplomo sobre libros de medicina y explica por qué el *Testut* en español debe preferirse al *Testut* en francés;”³⁸ especialista en libros de texto y en la compra-venta de libros usados, así como obras de las librerías Navarro y El Volador, entre otras.³⁹

El área de libros era visitada por estudiantes en busca de precios accesibles y por simples aficionados a la lectura, así como por expertos bibliófilos en libros antiguos y raros. No era raro encontrar en el mercado, curioseando entre los locales, a intelectuales como Genaro Estrada, Luis González Obregón y Nicolás Rangel.⁴⁰

Finalmente cabe destacar que, de manera principal, la Universidad Nacional de México asumió la responsabilidad social de educar a la población mexicana no sólo en sus aulas sino también, y de manera sobresaliente, a través de sus bibliotecas y sus publicaciones. Tan importante como la labor de la universidad fue la que realizaron las bibliotecas públicas, las publicaciones promovidas por el gobierno federal y las librerías circunscritas al perímetro comprendido en el denominado *barrio universitario* durante una época especialmente significativa en la vida de México.

NOTAS

- ¹ Del Porfiriato a la Revolución se desarrollaron diversas manifestaciones y actitudes de los mexicanos en el arte, las letras, la ciencia, la técnica y la educación, y se empezó a conformar un nuevo contexto cultural (García Ronda, 1993). En los tiempos posrevolucionarios se buscaba afanosamente que la educación llegara a todos los rincones del país. En esta búsqueda, como expresara Carlos Pellicer: “había gran interés porque el pueblo leyera, primero el alfabeto, la prosa y la poesía, y después todos los tipos de lectura que requiera su trabajo diario” (Pellicer, cit. Krauze, 1974).
- ² Morales, (1998), pp. 126-127.
- ³ Justo Sierra, “Discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional en 1910”, en: *Prosas*, México, UNAM/Dirección General de Publicaciones, (1990), pp. 165-179.
- ⁴ *Boletín de la Universidad* (Órgano del Departamento Universitario y de Bellas Artes), México, 1 (1), ago., 1920, pp. 91-92.
- ⁵ Morales, E. Entrevista personal con Pedro Zamora, México, 4 de agosto de 1983 (tiempo de grabación: 5 horas).
- ⁶ “La biblioteca más concurrida” (588), *El Partido Liberal*, México, 1º de julio de 1886, en: Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días, 1867-1910*, vol. II, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Estéticas, (1972), p. 273.
- ⁷ “Bibliotecas públicas de la Preparatoria” (1170), *El Mundo Ilustrado*, México, (1907), en: *Ibid.*, p. 519.
- ⁸ “Informe de la marcha de los trabajos ejecutados en la Escuela Nacional Preparatoria durante el periodo comprendido del mes de julio de 1911 al 1º de marzo de 1912”, México, *Boletín de Instrucción Pública*, 19 (3-4), feb.-mar., 1912, p. 543.
- ⁹ Vasconcelos, (2000), p. 144.
- ¹⁰ González, (1994), p. 14.
- ¹¹ “Rinconete”. (1984) *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM/FFYL, año 2, mayo, 4ª época, p. 35.
- ¹² Quintana *et al.*, (1988), p. 37.
- ¹³ *Boletín de Instrucción Pública*. (Órgano informativo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes), t. 1 (1), 1903; t. 21 (3-4) mar.-abr., (1913), p. 323.
- ¹⁴ Silvia Salgado Ruelas, “De los orígenes de la Biblioteca de la Academia de San Carlos” [publicación digital número 1, derivada de la exposición temporal: *Gramática del ornamento. Repertorios de los siglos XVIII y XIX*, en el Museo Nacional de San Carlos (julio-octubre de 2009)], México, INBA-Conaculta, (2009), p. 7: www.mnsancarlos.com/BibliotecaAcademiaSanCarlos.pdf
- ¹⁵ González, (2004), p. 137.
- ¹⁶ Ávila, M.R., en Villanueva, (2000), p. 52.
- ¹⁷ Escamilla, F.O. (2003) “El laboratorio de resistencia de materiales de construcción de la Escuela Nacional de Ingenieros de México (1892)”, *Boletín de monumentos históricos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Tercera época, núm. 4, may.-ago., p. 106.
- ¹⁸ “Facultad de Ingeniería, División de Ciencias Básicas. Biblioteca Enrique Rivero Borrell”, en: *Nuevos edificios para las bibliotecas universitarias II* (Silvia González Marín, coord.), México, UNAM/Dirección General de Bibliotecas-Secretaría General, (2002), p. 35.
- ¹⁹ Escamilla, F.O. (2010) “Acervo Histórico del Palacio de Minería. Facultad de Ingeniería”, México, UNAM/Facultad de Ingeniería, p. 2-4. [en prensa].

- ²⁰ Rangel, T.R. (1994). “La biblioteca de la Facultad de Derecho”, *Biblioteca Universitaria. Boletín Informativo de la Dirección General de Bibliotecas*, México, IX (3), jul.-sep., p. 12.
- ²¹ “La biblioteca ‘Antonio Caso’” (1985). *Boletín de la Facultad de Derecho*, México, núm. 81, mar., p. 3.
- ²² Mendoza, (2001), p. 24.
- ²³ “C. El último medio siglo en el actual Palacio de la Escuela de Medicina”, en *El Palacio de la Escuela de Medicina*, México, UNAM/Facultad de Medicina (Edic. conmemorativa del sesquicentenario de la Facultad de Medicina), (1983), p. 89.
- ²⁴ Fernández y Castañeda, (1986), pp. 211, 213.
- ²⁵ Izquierdo, (1958), p. 9.
- ²⁶ Osorio y Berenzon, “Biblioteca Nacional de México”, en José G. Moreno de Alba y Elsa M. Ramírez Leyva (coord.), *Historia de las Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica*, México, Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica-UNAM/Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, (1995), p. 327.
- ²⁷ En estadísticas difundidas en 1921 se aseguraba que se había atendido a 7 749 usuarios mensuales y en otras relativas a 1923 se registraban ya 8 700 de ellos. *El Libro y el Pueblo*, México, SEP, t. 1 (1), (1922), p.102; *Boletín SEP*, México 1 (4), 15 de abr., 1923, p. 225.
- ²⁸ Rubio, (1973), pp. 42-43.
- ²⁹ *Ibid.*, p. 43.
- ³⁰ Sametz, (1991), pp. 75-79.
- ³¹ Aunque la responsabilidad del Departamento de Bibliotecas era nacional, el Distrito Federal, como siempre, recibió especial atención. Así, las mejores bibliotecas se concentraron en la ciudad de México, más que en sus municipios, pueblos y barrios. Entre ellas sobresalieron varias, pero destacan la Modelo, la Iberoamericana y la de Ciencias Sociales, por haber estado ubicadas, propiamente, en el *barrio universitario*.
- ³² Zahar, (2006), pp. 90-91.
- ³³ *Ibid.*, p. 92.
- ³⁴ Zahar, (2006), pp. 78-80.
- ³⁵ “Editorial Botas” (2004), en Armando Pereira (coord.), *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, p. 151.
- ³⁶ Zahar, (2006), p. 88.
- ³⁷ *Ibid.*, pp. 84-85.
- ³⁸ Pedro Galín, “El paraíso colonial”, en Christopher Domínguez Michael, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX. I*, México, Fondo de Cultura Económica, (1989), p. 677.
- ³⁹ Juana Zahar Vergara, *Op. cit.*, p. 105.
- ⁴⁰ *Ibid.*



LAS ALUMNAS DE LAS ESCUELAS NACIONALES EN TIEMPOS DEL CENTENARIO

Ma. de Lourdes Alvarado*

LOS ANTECEDENTES¹

La integración de las mexicanas a las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y al estudio y ejercicio de las carreras liberales en México no fue tarea fácil. Como en otras partes del mundo, este proceso implicó largo tiempo y, sobre todo, el pujante esfuerzo de una minoría que se atrevió a enfrentar la serie de prejuicios que durante siglos impidió el avance intelectual y profesional de ese género.

De hecho, en nuestro país no fue sino hasta bien avanzado el siglo xx cuando ellas irrumpieron de manera significativa en las escuelas universitarias. Sin embargo, los antecedentes de esta especie de conquista de las profesiones tradicionalmente masculinas, a la que se oponía un sector social mayoritario, se remonta a las postrimerías del xix, cuando un reducido grupo de mujeres, “contra viento y marea” logró abrirse paso en las aulas de la Nacional Preparatoria y en los planteles de educación superior de aquella época. Con ello, las protagonistas de estos hechos no sólo dieron la primera batalla contra quienes temían que su presencia en el mundo cultural y laboral masculino rompiera el “equilibrio” existente, sino que su ejemplo contribuyó a abrir la brecha por la que, tiempo después, habrían de transitar las nuevas generaciones. Tales fueron los casos de las primeras preparatorianas y egresadas de las escuelas nacionales, como las médicas Matilde Montoya Rivera, Guadalupe Sánchez y Soledad Régules; la abogada Ma. Asunción Sandoval de Zarco y la metalurgista Dolores Rubio Ávila, entre otras muchas que seguirían su

ejemplo en estas y otras profesiones, cuyas difíciles trayectorias académicas representan un hito en la historia educativa y cultural del país.

Pero el retraso con que se inició y desarrolló dicho proceso no se originó en circunstancias casuales o aisladas; por el contrario, fue consecuencia de la concepción cultural vigente que, bajo reglas implícitas y explícitas, celosamente impidió el acceso de las mujeres a la educación superior formal. Un ejemplo representativo de esta corriente de pensamiento fue José Díaz Covarrubias, a cargo del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública hacia mediados de los años setenta de la centuria antepasada y partidario de la modernización del sistema educativo de su tiempo.

No obstante la progresista actitud que en general mostró dicho funcionario, en lo relativo a la superación femenina, su posición era más conservadora. Desde su punto de vista, la educación del sexo opuesto era fundamental para el futuro de México, pero no debía orientarse hacia las carreras profesionales, pues consideraba que aún no existían las condiciones necesarias para compartir con él “la alta dirección de la inteligencia y de la actividad”. Prueba de ello, afirmaba, era la naturalidad con que ellas mismas asumían dicha situación, al mantenerse al margen de “las funciones sociales de los hombres, no obstante que con excepción de las costumbres, nada les impedía hacerlo en muchas de las esferas de la actividad varonil.” Por tanto, concluía que eran dos las razones del retraimiento profesional de las mujeres: su “organización fisiológica” y su tradicional “lugar en sociedad”,² juicio muy a tono con su tiempo y con el que, finalmente, justificaba la continuidad del *status quo* vigente.

PÁGINA ANTERIOR:

No fue fácil para las mujeres el acceso a la educación superior. Jóvenes alumnas practican ejercicios mecano-gráficos, ca. 1908.

© 5124 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Esta forma de pensar no era exclusiva de Díaz Covarrubias, por el contrario, era mayoritaria y avalada por buena parte de los intelectuales y teóricos de la educación de su tiempo. Otro ejemplo significativo sobre este punto lo ofrece José Ma. Iglesias, quien respecto de la educación femenina se mostraba bastante más conservador que lo que podríamos imaginar en uno de los políticos liberales más destacados de su tiempo. Si bien consideraba que la condición social de las mujeres representaba la forma más segura para conocer el estado de civilización de un pueblo, opinaba que a su instrucción debían imponerse límites claros. A su juicio, aquellas personas que no aceptaban las diferencias naturales entre ambos sexos, las que se empeñaban en no respetar los roles sociales avalados por la tradición e intentaban “trastornarlo” todo estaban condenados al desprecio y olvido futuros. Concluía que esta tendencia desmedida a igualar a hombres y mujeres, este hermafroditismo social, como decidió calificarla, era algo monstruoso, dañino socialmente y que había que evitar por todos los medios.

Como muchos otros intelectuales contemporáneos, don José María recomendaba una educación más avanzada para las mujeres, pero sólo hasta donde les permitiera cumplir acertada e inteligentemente con los deberes tradicionales:

En resumen, cualquiera que sea la posición de la mujer (*sic*), conviene ponerla en disposición de llenar cumplidamente la misión providencial que le corresponda, y por eso merece aplauso todo acto que como el decreto del 3 del actual, le facilita la observancia de los deberes propios de su triple destino de *virgen*, de *casada*, de *madre de familia*.³

Así, pese al aparente convencimiento de la necesidad de superación del “sexo débil” y a las diferencias de matices entre los representantes de las distintas corrientes ideológicas y políticas, para unos y otros la amenaza del temido “hermafroditismo social” –para decirlo en los términos de Iglesias–, provocaba gran inquietud, aun entre los más progresistas y abiertos al cambio. Sin embargo, al margen de esta tendencia mayoritaria, poco a poco se

fueron abriendo nuevas opciones de superación para las mexicanas del siglo XIX, como se verá a continuación:

En primer término, desde las esferas oficial y privada se impulsó abiertamente el acceso femenino a la carrera magisterial, al punto que, hacia finales de siglo, la matrícula de la Escuela Normal de Profesoras era bastante superior a la registrada en la Normal de Profesores, no obstante los diversos incentivos ofrecidos a los varones para que se sumaran a las filas de magisterio. Esta tendencia no era exclusiva de México; de acuerdo con Díaz Covarrubias, la idea provenía de Pestalozzi, quien vio a la mujer como la educadora natural de los niños, posición que siguieron “muchos hombres ilustres y un pueblo entero, los Estados Unidos”.⁴

Los argumentos más comunes esgrimidos para justificar tal política académica eran varios: por una parte, se destacaba la confianza que esta generación depositó en la supuesta capacidad innata de las mujeres para las tareas educativas, para el cuidado moral y material de la niñez; “a todo prefieren esto –afirmaba Sierra–, para nada son más aptas”. Además, tal estereotipo venía como anillo al dedo a la clase dirigente, enfrentada a la urgente necesidad de educar a un pueblo mayoritariamente analfabeta, tarea para la que se requerían mentores mejor preparados que los improvisados de otros tiempos. Por otro lado, aunque con serias cortapisas, predominaba el interés por preparar a las mujeres de clase media, para que, en caso de necesitarlo, pudieran ganarse la vida dignamente y para ello nada mejor que el magisterio, actividad que encajaba a la perfección con el esquema ideológico y simbólico de la sociedad porfirista.

Pero en este proceso de “feminización” de la carrera magisterial también hubo intereses de orden “práctico”, como los calificaba el ministro de Instrucción Pública en turno, quien aceptaba que las profesoras recibían sueldos más bajos que sus compañeros varones, lo que, a su juicio, redundaba en un atractivo ahorro para las finanzas públicas. Al reflexionar sobre el tema, Díaz Covarrubias reconocía abiertamente que las jóvenes egresadas de las escuelas normales resultaban “más baratas” que sus colegas del sexo opuesto, ya que, por las cualidades características de su género y por la falta de mejores

En las dos últimas décadas del siglo XIX se empezó a perfilar una transformación en el comportamiento educativo de las mexicanas. Escuela de Altos Estudios, ca. 1913.

IISUE.AHUNAM.EACH-0321



opciones laborales, se entregaban de manera más comprometida y constante al desarrollo de su profesión:

A estas bellas palabras agregaremos nosotros dos consideraciones prácticas: La mujer que tiene menos carreras abiertas para emplear su trabajo, se dedica más fácilmente al profesorado de primeras letras, y una vez en esa profesión, persevera más en ella y se consagra mayor número de horas al servicio de su escuela; mientras que el hombre está siempre [en] otra ocupación y es frecuente que otros negocios lo distraigan de un servicio asiduo en el establecimiento que dirige. De esta manera una profesora formada en una Escuela Normal, sale más barata, permítasenos la expresión, puesto que servirá mayor número de horas al profesorado.⁵

Si bien el magisterio fue la principal tendencia oficial en favor de la educación femenina, no todas las acciones gubernamentales se ajustaron a dicho objetivo. A raíz de la promulgación de la Ley de Instrucción Pública de 1867, se observa en las altas esferas del poder especial interés por abrir el abanico formativo de las mujeres. Incluso con anterioridad, desde el gobierno provisional de Ignacio Comonfort (1855-1857) hubo un primer

proyecto en favor de la creación de una Escuela Secundaria de Niñas para cuya sede se destinó el edificio del antiguo Colegio Jesuita de San Gregorio, ubicado en la calle de San Ildefonso, entre el Colegio de San Pedro y San Pablo y el templo de Nuestra Señora de Loreto, pero por las difíciles circunstancias del momento, éste nunca superó el plano de las buenas intenciones. Años después, las leyes de Instrucción Pública de 1861, 1867 y 1869 retomaron el tema, aunque sólo las dos últimas lograron resultados exitosos, ya que fue la segunda de ellas la que finalmente creó la Escuela Secundaria para Personas del Sexo Femenino, aunque se inauguraría hasta el 4 de julio del año 1869, en el inmueble que ocupara el ex convento de la Encarnación.⁶

Como lo indica su nombre, la secundaria para mujeres representó un hito en la historia de la educación femenina de nuestro país, pues ofreció nuevas y más amplias posibilidades de instrucción a las jóvenes. Sus metas no se redujeron a formar profesoras de educación elemental o a capacitar a las alumnas para el desempeño de algún oficio “propio de su sexo”, como pretendió hacerse en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres.

Por el contrario, la secundaria de niñas tuvo intenciones más ambiciosas, además de moralizar a las alumnas y darles “ocupación en sociedad”, reconoció como uno de sus propósitos vertebrales “proporcionarles los conocimientos generales que las pongan al tanto de los adelantos de la época.”⁷

Debido a las carencias económicas y a la consecuente ausencia de recursos para fundar una Escuela Normal, tal y como se había propuesto la legislación educativa de 1867, las autoridades del ramo decidieron que tanto la secundaria para mujeres, como la Escuela Nacional Preparatoria deberían hacerse cargo de la formación profesional del profesorado; es decir, a la vez que desarrollarían las funciones prioritarias para las que habían sido creadas (impartir una instrucción poselemental o “secundaria”), sendos planteles asumirían esa nueva responsabilidad. Con este fin se incluyó en sus respectivos planes de estudio la asignatura de “métodos de enseñanza comparados” para los alumnos o alumnas de una u otra escuela, que desearan dedicarse a la profesión. Sin embargo, en el caso de la preparatoria, esta opción no tuvo el éxito esperado, debiéndose suspender por el desinterés de los estudiantes varones en el aprendizaje de dicha asignatura. Un escritor contemporáneo se dolía de los negativos resultados de dicho intento:

cuán lamentable es que la clase de pedagogía no encuentre personas que la cursen. Muchos de los alumnos que cruzan por la Escuela Nacional Preparatoria se dedicarán probablemente a la enseñanza aun cuando no lo hayan determinado así, y cuando llegue el caso, unos estarán completamente inhábiles para transmitir sus conocimientos y otros habrán perdido algunos preciosos medios de cumplir la santa misión del profesorado por no haber hecho un estudio especial de los diversos métodos de enseñanza.⁸

Es claro que las pretensiones originales de ambas instituciones rebasaban esta última función (formación de profesores); de ahí la denominación de Secundaria Nacional de Niñas que se le otorgó al plantel femenino y no el de normal de profesoras con que pudo habersele identificado si tal hubiera sido su intención vertebral. Al



La legislación educativa de 1867 en el Colegio de San Ildefonso dejó abierta la puerta para que las mujeres participaran en los estudios superiores. Palacio de los Condes de Calimaya, ca. 1920.

© CONACULTA.INAH.SINAFO.
FN.MÉXICO.

menos en teoría y de manera oficial, la creación de la secundaria representó el primer intento nacional de otorgar a las mexicanas una cultura “superior” a la elemental, cuyo plan de estudios llegó a incluir materias científicas, inexistentes hasta entonces en otros establecimientos educativos para mujeres.

La importancia que dicho plantel llegó a tener fue tal que, cuando Justo Sierra presentó ante la Cámara su “Proyecto de creación de una universidad” (7 de abril, 1881), la incluyó entre las escuelas constitutivas de dicha institución, otorgándole igual jerarquía que al resto de los planteles nacionales existentes y de los que habrían de crearse para dicho efecto.⁹ Incluso, para evitar cualquier duda sobre su novedosa postura respecto de las posibilidades educativas del sexo femenino, precisaba que las mujeres tendrían derecho a cursar “todas las clases de las escuelas profesionales, obteniendo al fin de la carrera diplomas especiales, de la Escuela Normal y de [la de] Altos Estudios”. Añadía que en esta última, considerada por el futuro secretario de Instrucción Pública como pináculo de los estudios universitarios, las mexicanas podrían obtener *los mismos títulos* que los

El inicio del proceso educativo en las mujeres no fue casual, respondió a los cambios socio-culturales de la época.

Inauguración de la Universidad Nacional, 1910.

IISUE.AHUNAM.EACH-0401



varones, lo que equivalía al reconocimiento de la capacidad intelectual y profesional del sexo opuesto, abiertamente cuestionada desde muy diversos grupos y posiciones, no sólo en esa etapa, sino en las subsiguientes.

Si bien este primer proyecto universitario no tuvo eco en los medios políticos e intelectuales contemporáneos, muestra la disposición de un pequeño sector, en el que destacaba Justo Sierra, en favor de mejorar y ampliar las opciones educativas de las mexicanas.

Por lo que toca a la secundaria para mujeres, pese a las expectativas que en un principio tuvieron sus fundadores, las alumnas mostraron más interés por acreditar los estudios de maestras de instrucción primaria y secundaria que los que únicamente tenían por objeto acrecentar su cultura. Por tanto, desde sus primeros años de vida, dicha escuela se perfiló como un “semillero” de maestras, hasta que, por decreto del 4 de junio de 1888, quedó definitivamente convertida en la Escuela Normal de Profesoras.¹⁰

“ABRIENDO BRECHA”

Pero la transformación de la secundaria en escuela normal no liquidó las posibilidades femeninas de optar por

una instrucción de más alto nivel, sin tener por ello que dedicarse necesariamente al magisterio. Por el contrario, a través de la Escuela Nacional Preparatoria, también creada por la legislación educativa de diciembre de 1867 y ubicada en el antiguo Colegio de San Ildefonso, quedó abierta la alternativa de realizar estudios poselementales o “superiores” y, si así lo deseaban, continuar alguna carrera profesional, como de hecho empezó a suceder hacia mediados de la década de los ochenta del siglo XIX. Paulatinamente, muy lentamente, las mexicanas fueron reivindicando su derecho a estudiar en el edificio de San Ildefonso, sede del plantel de estudios preparatorios. Si nos atenemos a los términos de la legislación respectiva esta oportunidad estuvo abierta desde el arranque del plantel, pero no tuvo demanda inmediata por parte del sector femenino de la población debido a las rígidas simbolizaciones de género de la época. En efecto, pese a que no había algún obstáculo formal que impidiera el ingreso de las mexicanas a este plantel, en sus primeros años de vida (1868-1882) únicamente contó con alumnos varones, lo que fundamentalmente se debió al peso de las representaciones sociales y de la

tradición, abiertamente contrarias a la presencia femenina en dominios masculinos.¹¹ Esta circunstancia explica la posición de Díaz Covarrubias a que aludimos con anterioridad, pues cuando publicó su obra sobre el estado de la instrucción pública en México (1875), las mujeres continuaban excluidas de San Ildefonso. No sería sino hasta las siguientes décadas cuando, poco a poco, este género se atrevió a franquear las trincheras de la instrucción media y superior.

Un acercamiento a la “sección inscripciones” del Fondo Escuela Nacional Preparatoria arroja datos de interés al respecto. Hasta donde tenemos noticias, fue a partir de los años ochenta cuando arribaron las primeras alumnas a dicho plantel. Matilde Montoya encabeza el listado de preparatorias en 1882,¹² seguida un año después (1883), por Luz Bonequi,¹³ Concepción Morales y Dolores Morales (1883), aunque de estas últimas, probablemente hermanas, únicamente se sabe que presentaron a la dirección de la escuela sus respectivos certificados de instrucción primaria y de buena conducta, pero no consta que fueran aceptadas, pues no se ha localizado algún otro documento de su paso por San Ildefonso.¹⁴ De 1884 y por una nota hemerográfica conocemos el nombre de Guadalupe Castañares, quien cursó estudios de telegrafía y al egresar de la escuela pudo encargarse de la oficina telegráfica de Ixtlahuaca “por sus instrucción y aptitud, que honran tanto a sus profesores, a su sexo y a ella misma”.¹⁵ A este nombre se suman los de un pequeño grupo, conformado por Herlinda e Ignacia García, Paz Gómez y Carmen Sastré, cuyos nombres aparecen a partir del 85,¹⁶ mientras que Francisca Parra, Ynés Vázquez, María Sandoval, María Nájera y Herlinda Rangel fueron inscritas entre 1887 y 1889. Con excepción de Bonequi y Castañares, matriculadas en telegrafía, Paz Gómez, cuyo destino profesional no fue registrado con claridad en la documentación consultada, y las hermanas Morales, el resto de las alumnas –nueve en total– coinciden en su interés por la medicina.¹⁷

Entre 1891 y 1900 el número de preparatorias aumentó considerablemente; hasta el momento hemos localizado un total de 58 jóvenes inscritas, originarias de la Ciudad de México y de distintas regiones de la

República, más dos extranjeras: una cubana (Sara de la Rosa Vázquez) y otra norteamericana (Irene Ollendorf). Tenían carácter “numerario” aquellas que habían aprobado todas las materias del curso anterior, “supernumerario” las que adeudaban alguna asignatura o no habían presentado completa y a tiempo la documentación exigida por las autoridades del plantel, y “oyentes” las que simultáneamente estaban inscritas en alguna otra escuela oficial. Entre estas últimas conocemos los casos de Candelaria Manzano, de la Escuela Nacional de Bellas Artes,¹⁸ o de Ma. de Jesús Martínez y Etelvina R. Osorio, del Conservatorio Nacional.¹⁹ Sorprendente para la época fue la presencia de Sofía Villagrán, viuda de 32 años de edad, quien solicitó inscripción para el primer curso semestral de estudios preparatorios,²⁰ seguramente convencida de la necesidad de mejorar su preparación, así como la de María Jiménez de Muñoz, bastante más joven (22 años) y casada.²¹

De acuerdo con la información disponible, la mayor parte de las alumnas sólo permaneció uno o dos años en San Ildefonso, pero hubo otras más perseverantes, como María Álvarez (1892-1896),²² Ana Ma. Barrera, (1891-94),²³ Elena Carrera (1885-1900),²⁴ Juana Dávalos (1891-1895),²⁵ Luz Coyro (1894-97),²⁶ Juana Díaz (1896-1903),²⁷ Asunción Walker²⁸ y Gudelia Fernández (1897-1900), quien al terminar sus estudios obtuvo el “certificado general para medicina”.²⁹ También hubo quienes al completar el ciclo preparatorio lograron matricularse en una de las escuelas superiores y cursar una carrera profesional. Entre estas últimas destacan María Sandoval, alumna de la Preparatoria de 1887 a 1891;³⁰ Eloísa Santoyo, de 1890 a 1895;³¹ Guadalupe Sánchez, de 1890 a 1894;³² y Soledad de Régules de 1896 a 1899,³³ de las cuales sólo la primera optó por la Escuela Nacional de Jurisprudencia, mientras que las tres últimas se decidieron por la de Medicina.

Aunque no en todos los casos, la documentación consultada refleja las preferencias profesionales de estas “pioneras” de los estudios preparatorios. De un total de 72 alumnas localizadas en las últimas dos décadas del siglo antepasado, 33 se inclinaban por medicina, siete por farmacia, dos pretendían llegar a ser abogadas, una más

notaria, otra de ellas manifestaba particular interés por la ingeniería y sólo tres por la telegrafía. Del resto, 19 no precisan alguna preferencia disciplinaria, la expresada por otra joven es ilegible, tres más eran oyentes adscritas a otra institución, y de dos sólo sabemos de su posible paso por la preparatoria por las constancias de estudios previos que aparecen en los archivos documentales de este establecimiento.

Sorprende el escaso número de estudiantes de telegrafía encontrados en la documentación del AHUNAM, pues por fuentes alternas se tienen noticias de una cifra mucho mayor de preparatorias que optaban por tales cursos. Por ejemplo, *El Tiempo*, del 23 de noviembre de 1883, reseñaba el examen sustentado por 14 alumnas de la clase de telegrafía en la Nacional Preparatoria, mientras que *El Nacional* del mismo año (19 de septiembre de 1883) hacía una minuciosa descripción de la visita de la baronesa de Wilson a ese plantel, en el que, según se decía, las escolares demostraron sus adelantos en dicha área del conocimiento y enviaron un saludo telegráfico a la visitante.³⁴

El naciente interés por estos estudios responde, tanto en México como en otros países, a la expansión del trabajo profesional y de oficina, para lo cual las mujeres resultaban las empleadas perfectas, entre otras razones porque se suponía que eran adecuadas para su naturaleza sumisa y tolerante, su capacidad de repetición, su gusto por los detalles, pero sobre todo, porque resultaban más productivas y menos costosas que los varones. De ahí el interés de las autoridades educativas por apoyar cursos de dactilografía, telegrafía, galvanoplastia, entre otros.³⁵ Basten las palabras del naturalista Alfonso Herrera, director de la Escuela Preparatoria de 1878 a 1885, para darse cuenta de la confianza que se depositaba en esta clase de estudios: “estas artes, opinaba el funcionario, que son aplicaciones directas de la ciencia, proporcionan a los estudiantes recursos honrosos con qué continuar su carrera, y si acaso la interrumpen, profesiones decentes con qué poder subsistir.”³⁶ Cabe destacar que las dos primeras tuvieron especial demanda entre las escolares, en particular las de carácter supernumerario, pues se consideraba que por las cualidades naturales de

su género, ellas estaban particularmente dotadas para su desempeño. De igual manera, efecto del mismo interés, hacia principios del siglo xx, se incrementó el número de personas que asistían a las clases de taquimecanografía –220 mujeres y 345 hombres–, en la Escuela Nacional de Comercio, lo que muestra el interés de ambos géneros por aprender un oficio y no por buscar un título profesional.³⁷

Como ya se mencionó, el mayor número de las alumnas numerarias se concentró en el área de medicina, y es que no obstante que tanto las jóvenes como sus familiares debieron pertenecer al sector más progresista de la comunidad, reproducían los patrones culturales predominantes y precisamente era el área de la salud la que contaba con mayor aceptación social, tanto por la larga tradición femenina en este campo (enfermeras y parteras), como por la identificación entre el estereotipo femenino vigente y las aptitudes que se adjudicaban al desempeño profesional de la medicina. Es decir, la permisividad social fue mayor en aquellas profesiones que se consideraban como una prolongación natural de su carácter.³⁸

Aunque en proporción minoritaria,³⁹ la matrícula femenina en San Ildefonso fue en ascenso y pese al sinnúmero de obstáculos simbólicos y concretos que las primeras alumnas tuvieron que enfrentar, paulatinamente surgían nuevas voces en favor de su incorporación y permanencia en dicha escuela. *El Correo de las Doce*, por ejemplo, tomó abierto partido en favor de la señorita Montoya, quien a su parecer había sido injustamente evaluada por el profesor de lógica, Francisco Rivas, no obstante que ella había dado suficientes muestras de “ilustración y talento”.⁴⁰ Por su parte, *El Diario del Hogar* invitaba a la población femenina empeñada en alcanzar “mayor honra y provecho” a seguir el ejemplo de la primera médica, opinión a la que se sumaba aquel cotidiano (*El Correo...*), cuando responsabilizaba a algunos empleados y funcionarios del gobierno de la escasa presencia femenina en las instituciones de educación media y superior. Eran ellos –acusaba el articulista–, los que “prevalidos de su posición social en los establecimientos de enseñanza secundaria procuran

estorbar el ingreso [de] las jóvenes”. En apoyo a sus palabras, recordaba a los lectores que recientemente se había negado la inscripción en la preparatoria a “varias jóvenes de intachable reputación y notorias aptitudes intelectuales”. Para concluir, este artículo reprobaba enfáticamente actitudes y prejuicios tales, a los que calificaba como una verdadera “aberración”.⁴¹

Lo grave era que esta clase de “aberraciones” fueron comunes. Por ejemplo, Luz Bonequi abandonó su natal Oaxaca para cursar la carrera de telegrafía en la Ciudad de México, estudios que según versión de Laureana Wright, únicamente se impartían en la Nacional Preparatoria. Desafortunadamente, continúa dicha escritora, la joven fue rechazada de manera tajante “por ser escuela para hombres y considerarse impropio que ingresase entre ellos una señorita”. Sin embargo, la estudiante logró su propósito, gracias al apoyo de secretario del Ramo, Ignacio Mariscal y al carácter progresista del director de la preparatoria, Alfonso Herrera, integrándose tiempo después a la planta docente de la secundaria y posteriormente a la de la Normal de Profesoras.⁴²

Pero ni este ni otros inconvenientes semejantes lograron impedir la afluencia femenina a San Ildefonso. Conforme pasaba el tiempo, las mujeres se atrevieron a incursionar en las disciplinas masculinas, como hicieron las tres jóvenes que, cursando la preparatoria, expresaron su interés por seguir estudios de derecho o aquella otra que manifestó vocación para la carrera de ingeniería (Ana Ma. Álvarez). También destaca, por lo inusual de su comportamiento, la alumna preparatoriana Guadalupe Castañares, quien fungió como oradora y activista en una ceremonia estudiantil durante los disturbios que se presentaron en la Ciudad de México hacia finales de 1884, con motivo de la negociación de la deuda inglesa promovida por el gobierno de Díaz, actitud inimaginable años atrás en una mujer.⁴³ Según reseña un periódico de la época, la joven subió a la tribuna para, en tono amenazante, advertir al gobierno que debía tratar con justicia a Diódoro Batalla, estudiante y cabecilla del movimiento, pues de actuar de otra manera, tanto ella como sus compañeros estaban dispuestos a defenderlo “hasta derramar la última gota de sangre”.⁴⁴

Todas ellas tuvieron el valor de adentrarse en ámbitos hasta entonces desconocidos y prohibidos, como lo eran las aulas de San Ildefonso, duramente criticadas por un importante sector de la opinión pública por el carácter positivista de su plan de estudios y, no obstante, realizaron esa especie de “toma simbólica” de las aulas preparatorias. Incluso, contra los vaticinios más negativos, que decretaban su absoluta incapacidad para este nivel de estudios, algunas, incluso, se distinguieron entre sus compañeros por sus excelentes calificaciones, resultados que fueron reconocidos por las autoridades del plantel. Tales fueron los casos de María Sandoval e Inés Vázquez, premiadas en el segundo curso de estudios preparatorios; de Guadalupe Sánchez y Eloísa Santoyo, quienes obtuvieron el primer lugar durante su año inicial en San Ildefonso⁴⁵ o de María Álvarez, también reconocida por su aplicación en ese plantel.⁴⁶

Pero además de la difícil y lenta presencia en un establecimiento educativo tan polémico como fue la preparatoria, a las mexicanas de fin de siglo les esperaba un esfuerzo de mayores dimensiones, la conquista de las profesiones liberales, mucho más complejo quizás por la carga de intereses que desde diversas posiciones y niveles se oponía a redefinir los ámbitos de acción masculinos y femeninos. Pese a la cauda de obstáculos de todo tipo que les cerraba el acceso al mundo profesional, en las postrimerías del siglo XIX y en las primeras décadas del XX surgieron en México las pioneras de este nivel educativo.

LA CONQUISTA SIMBÓLICA

DE LAS PROFESIONES LIBERALES

La prensa liberal colaboró notablemente en promocionar los estudios poselementales de las mujeres, particularmente los preparatorios y los correspondientes a la carrera de medicina, al publicar los avances que tanto en México como en el extranjero se hacían en esta materia. Pero también se ocupó de difundir los logros en otras actividades profesionales de algunas jóvenes, como fue el caso de Lucía Tagle Meza, primera mujer “que se atrevió a estudiar teneduría de libros, curso vedado hasta entonces a una mujer mexicana”.⁴⁷



Entre 1891 y 1900 el número de mujeres inscritas en la Preparatoria Nacional aumentó de manera sustancial. Laboratorio de física de la Escuela de Señoritas, ca. 1910.

© 197923 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

De acuerdo con las limitaciones de la época a los estudios femeninos, Lucía decidió recurrir al mejor profesor de México en este ramo, don Bernardino del Raso, para que él le diera clases privadas. Aunque inicialmente al profesor le parecieron ridículas las intenciones de la joven, después de observar su capacidad y esmero, cambió de opinión e, incluso, una vez que ésta finalizó los cursos, la animó a presentar el examen profesional en la Escuela Nacional de Comercio. Según palabras del *Monitor Republicano*, era la “primera en su sexo que solicitaba esa honra”, por lo que la excepcionalidad del caso atrajo una numerosa y destacada concurrencia, conformada por profesores de ambos sexos, literatos, militares de alta graduación y los alumnos más adelantados de la Escuela de Comercio, así como los de la Academia

Mercantil, dirigida por el Señor Del Raso. Finalmente, cuando Lucía terminó el examen y abandonó el salón, “los alumnos de ambas escuelas formaron valla y la vitorrearon a su paso”.⁴⁸

Como ya se indicó, el número de notas publicadas sobre los estudios femeninos en el área de la medicina es significativo, con lo cual se “aireaba” el tema y se preparaba mentalmente a la ciudadanía para que flexibilizara sus posiciones al respecto.⁴⁹ Por ejemplo, *El Monitor Republicano* se refería a la abierta oposición de los estudiantes de medicina “de algunos lugares de Inglaterra”, ante la creciente presencia femenina en sus respectivos establecimientos. Para el autor de este artículo, el motivo de fondo que animaba a los inconformes era el temor a perder parte de su clientela potencial,⁵⁰ denuncia

que invitaba a la reflexión y propiciaba un enfoque más realista del problema, pero en el entorno propio. Años después (1881), Andrés González, articulista del mismo diario, expresaba su admiración hacia Estados Unidos de América, país donde –decía– el derecho de la mujer para ejercer alguna carrera profesional era plenamente reconocido, por lo que había médicas, abogadas y profesoras. Ahí, añadía, no causaba extrañeza alguna observar a una mujer realizando operaciones quirúrgicas en un hospital ni tampoco llamaba la atención una mujer “argumentando como abogado en una causa, en el adusto salón de un tribunal”.⁵¹

Otra nota hemerográfica publicaba algunas cifras interesantes sobre la afición femenina por los estudios médicos; de un total de 114 alumnas inscritas en la Escuela de Medicina de París, 12 eran francesas, una americana, 8 inglesas, una austriaca, una griega, una turca y 90 rusas.⁵² En la misma línea, un rotativo más mencionaba que, de los 139 estudiantes de medicina de la Universidad de Zúrich, 95 eran mujeres de diversas edades, las que, con su empeño, demostraban su capacidad. Pero, según el escrito, era en Japón donde “el feminismo” hacía mayores progresos; gracias al movimiento encabezado por la señora Hayotamo, mujer de un antiguo ministro, se habían formado cuatro importantes sociedades “para la elevación y cultura de la mujer desde el punto de vista moral, intelectual, físico y social”.⁵³

Fue también a través de la prensa como la sociedad porfirista se enteró de las vicisitudes que tuvo que enfrentar la joven Matilde Montoya para acreditar simultáneamente los estudios preparatorios y los correspondientes a la carrera de medicina, hasta que finalmente, tras innumerables esfuerzos, logró obtener el primer título concedido a una mujer en esa profesión. Asimismo, se ocupó de difundir las conquistas académicas de algunas mexicanas en el extranjero, como fue el caso de Laura Mantecón de González, esposa del expresidente de la República, Manuel González, quien en 1891 obtuvo el título de doctora en medicina en una universidad norteamericana, donde inició el ejercicio de la profesión, recibiendo, según afirmación de *El Tiempo*, grandes elogios en la prensa del país vecino por sus aptitudes y

talento. Por el mismo medio informativo, la sociedad mexicana se enteró que Laura retornó a México, posteriormente, donde ejerció su carrera e, incluso, solicitó y consiguió la “patente de privilegio” de un medicamento que denominó *Bendición del cielo*, el que, se afirmaba, podía curar varias enfermedades: sífilis, tifo, viruela negra, sarampión, y fiebres perniciosas de toda clase.⁵⁴

También por la prensa, la sociedad supo que la “Señorita Toral” había terminado sus estudios médicos en Cincinnati y se proponía retornar a México para ejercer la profesión.⁵⁵ Si bien, se trataba de casos aislados, este tipo de información contribuía a comentar y discutir públicamente el tema y aunque muy lentamente –tal es el carácter de los procesos históricos– a modificar los arraigados patrones culturales de las y los mexicanos.

Sin duda, la convergencia de este y otros factores permitió que, hacia mediados de los ochenta del siglo XIX, tuviera lugar en la Ciudad de México un hecho significativo en el ámbito educativo y cultural del país. Los días 24 y 25 de agosto de 1887 se efectuó en la Escuela Nacional de Medicina y en el Hospital de San Andrés, el primer examen profesional de una joven mexicana en este campo del conocimiento. Se trataba de Matilde Montoya (1857-1938), quien, tras enfrentarse a todo tipo de problemas, logró concluir exitosamente sus estudios y responder con “entereza, sangre fría y aplomo” a las preguntas de los sinodales.⁵⁶ El acontecimiento revestía particular importancia, pues rompía una barrera de siglos y contribuía a modificar las representaciones de género tradicionales. No casualmente la escritora Laureana Wright presentaba a la médica como una auténtica heroína, quien “a fuerza de constancia había logrado vencer a la envidia y dominar a la ciencia”,⁵⁷ mientras que una autora más la definía como libertadora de su género y conquistadora del progreso.⁵⁸

A los problemas y dificultades propios de los estudios de esta especialidad, causantes de que muchos de los alumnos abandonaran la carrera sin haberla terminado, se suma que Matilde tuvo que acreditar simultáneamente las materias del plan de estudios preparatorio y las correspondientes a la carrera de medicina. Por la importancia y novedad del caso, cada uno de los tropiezos y logros de

la estudiante fueron celosamente registrados por la prensa capitalina y aun por la de algunos estados de la República, así como observados por un público interesado, que asistía a los exámenes y actos académicos a los que periódicamente tenía que someterse la alumna. Por ejemplo, *El Lunes* de noviembre de 1881 comunicaba el arribo de Matilde a la Ciudad de México, procedente de Puebla, e indicaba que su presencia en la capital fortalecería las ideas del ministro del ramo, Ezequiel Montes, “sobre las ventajas de formar bachilleras”.⁵⁹ En 1883 *El Hijo del Trabajo* publicaba que Matilde había salido airoso del examen de anatomía, verificado en el salón de actos de la Escuela de Medicina, al cual había asistido una numerosa concurrencia. Poco después, *La Patria* hacía notar que Montoya se había distinguido de manera especial en esta “dificilísima profesión” y había obtenido “tres perfectamente bien” en las pruebas realizadas ante igual número de sinodales.⁶⁰

Por supuesto, el acto más comentado fue su examen profesional, cuyo desarrollo fue detalladamente narrado y celebrado por los periódicos contemporáneos y al que, debido a su importancia, asistió el presidente de la República, el secretario de Gobernación, “y muchas damas y caballeros de los más escogidos de la sociedad”.⁶¹ Y no era para menos, pues tanto Matilde como las jóvenes que siguieron su ejemplo enfrentaron todo tipo de dificultades, entre las que destacaban los viejos y férreos prejuicios que se oponían a la instrucción superior de las mujeres. Por ejemplo, para la madre de Matilde el principal reto que su hija debía vencer consistía en demostrar que “la ciencia no estaba reñida con la virtud”, por lo cual, además de advertirle todos los peligros que corría en las escuelas preparatoria y de medicina, la acompañaba a sus clases o la esperaba fuera de las aulas hasta que la joven finalizaba sus actividades. Sin embargo, de acuerdo con el testimonio de Laureana Wright, sus cuidados disminuyeron con el tiempo, pues cuando “estuvo perfectamente segura de que su hija sabía conducirse en las escuelas, la dejó concurrir sola y únicamente la iba a buscar si las clases se prolongaban hasta el anochecer”.⁶²

Pero al parecer, los esfuerzos realizados por la Sra. Soledad Lafragua Vda. de Montoya no lograron silenciar

las habladurías en contra de esta “virtuosa neófita de la ciencia”, como la califica Wright. El ataque más grave de todos, afirmaba la escritora, fue declarar a Matilde:

[...] destituida de todo pudor, haciendo circular la especie de que asistía al anfiteatro con todos sus condiscípulos, y que trabajaba sobre cadáveres desnudos, lo cual es absolutamente falso, pues este fue uno de los grandes escollos que tuvo que vencer, habiendo conseguido, aunque con grandes trabajos que el Director de la Escuela permitiera que los cadáveres se cubriesen convenientemente, cuando tenía que asistir a las clases, y cuando la materia de que se iba a tratar era de tal naturaleza que exigía que el cadáver permaneciese descubierto, los mismos alumnos la avisaban, y no asistía a clase, sino que esperaba a que todos se retiraran para encerrarse sola en el anfiteatro y hacer sus estudios sin testigos. Con este motivo, el Director del Hospital Militar tuvo la deferencia de poner a su disposición todos los días un cadáver y los instrumentos del anfiteatro, y allí practicó por mucho tiempo operaciones y estudios anatómicos.⁶³

Sin embargo, pese a tantos inconvenientes, Matilde Montoya no fue la única mexicana que se atrevió a cursar este nivel de estudios; aunque en número muy reducido, otras jóvenes seguirían su ejemplo, conformando la primera generación de profesionistas mexicanas. Si bien predominan las médicas, también hubo algunas odontólogas,⁶⁴ una abogada y una egresada de la Escuela Nacional de Ingenieros. Dentro del primer grupo, además de Montoya, titulada en 1887, conocemos los nombres de Columba Rivera, quien presentó el examen profesional de médica cirujana y obstetra en 1900, Guadalupe Sánchez en 1903, Soledad de Régules Iglesias en 1907 y Antonia Ursúa en 1908. Rosario Martínez fue un caso especial, pues aunque terminó los estudios en noviembre de 1906, no se recibió sino varios años después (1911). Pero el número de alumnas debió ser mayor, sólo que seguramente no todas pudieron concluir la carrera; según datos de Mílada Bazant, hacia 1900, la Escuela de Medicina contaba con 18 alumnas de un total de 356 estudiantes.⁶⁵ Es probable que, en dicha cifra, la autora incluyera a las estudiantes de obstetricia, carrera que atraía a mayor número de mujeres, pues para

obtener el título respectivo, sólo se exigía haber cursado la primaria superior y dos años de estudios en la Escuela de Medicina. Por ello, representaba una de las opciones profesionales femeninas más antiguas y demandadas; baste recordar que únicamente en 1903, se graduaron siete nuevas parteras: Francisca García, Adela Vaca Vda. de Mata, Rosario Rojas, Natalia Lamadrid, Francisca Campos, Isabel Pereda de Ruiz y María E. Ramírez.⁶⁶

No obstante, según datos del *Correo de las Doce*, en 1885 únicamente había 80 parteras tituladas en la Ciudad de México, cifra que le parecía insuficiente para cubrir las necesidades de la población, por lo que deducía que el número de las “comadronas de contrabando” debía ser mayor que el de las parteras tituladas. Sin embargo, según cifras del Censo General de la República Mexicana de 1900, para entonces el total de estas últimas ascendía a 170.⁶⁷

Contra lo que se ha expuesto, las primeras candidatas a la carrera de Medicina contaron con cierta simpatía y apoyo económico por parte de las autoridades educativas y gubernamentales para la realización de su meta. Al decir de *El Hogar*, Matilde Montoya había iniciado los estudios médicos en Puebla, pero el propio presidente Díaz la invitó a finalizarlos en la capital de la República, pues opinaba que nada más justo ni mejor que la primera doctora mexicana se titulara en esta ciudad.⁶⁸ Con posterioridad y gracias a su irreprochable trayectoria académica, contó con el auxilio de Joaquín Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública, a quien ella misma calificaba como “mi bondadoso protector”⁶⁹ y que en todo momento la ayudó a “vencer las dificultades que encontraba”. Asimismo tuvo apoyo del gobierno Federal, que le concedió una mensualidad de \$40 y de algunos mandatarios estatales, como los de Morelos, Hidalgo, Puebla y Oaxaca que “espontáneamente le señalaron pequeñas pero utilísimas pensiones”.⁷⁰ La cifra no era despreciable, pues el salario de una maestra de primaria oscilaba entre 40 y 50 pesos mensuales, y únicamente recibían una mejor retribución aquellas que, tras varios años de trabajo, eran nombradas directoras de alguna escuela urbana de educación primaria superior.

Los casos de Columba Rivera y Guadalupe Sánchez son semejantes; a la primera se le asignó una subvención mensual de \$15 a lo largo de sus carrera (1894-1900), mientras que esta última obtuvo \$20 durante sus estudios preparatorios y \$15 en los profesionales, siempre en atención al resultado de sus evaluaciones. Aunque Soledad Régules parece haber disfrutado de una condición económica más cómoda, también gozó del apoyo oficial. Tras finalizar los cursos de la Nacional Preparatoria en 1900 y de radicar un año en Europa inició la carrera de medicina, en cuya última parte recibió \$30 al mes; una vez titulada, la Secretaría de Instrucción Pública le otorgó una beca para realizar estudios de posgrado en el extranjero, posiblemente fue la primera mexicana que llegó a este nivel escolar:

La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, sabedora del aprovechamiento y de la conducta intachable de la nueva doctora, acordó pensionarla para que por espacio de dos años viva en Europa y se perfeccione allí en la carrera cuyo título acaba de adquirir. La señorita Régules marchará a París, probablemente dentro de poco tiempo, y allí concurrirá a las clínicas de hospitales famosos o de médicos renombrados, pues no le faltarán recomendaciones eficaces para lograr aproximarse a las celebridades científicas de aquel centro universitario del saber.⁷¹

A la par que estas pioneras de la medicina, muchas de las cuales se dedicaron a la ginecología y a la obstetricia, hubo algunas jóvenes más decididas que se atrevieron a incursionar en áreas del conocimiento hasta entonces vedadas al género femenino. Egresada de la Nacional Preparatoria, María Sandoval cursó la carrera de abogada entre 1892 y 1897 y, al igual que sus compañeras médicas, disfrutó de una pensión mensual para “fomento de sus estudios” a lo largo de su carrera; no obstante que en alguna ocasión sus calificaciones fueron inferiores a las exigidas a los y las alumnas becadas. Incluso, en 1898 recibió \$45 para “expensar los gastos de recepción en dicha escuela”, lo que muestra la disposición oficial favorable hacia las estudiantes.⁷²

Hasta donde nos permiten ver las fuentes consultadas, esta “simpatía” no dio lugar a un trato de

excepción; en términos generales, las futuras profesionistas se atuvieron a las mismas reglas que sus compañeros y, si ocasionalmente gozaron de algún beneficio, fue dentro de lo estipulado por la legislación y la práctica escolar. Por el contrario, debido a las especiales circunstancias que las rodeaban y a los graves prejuicios en su contra, sus estudios se desarrollaron en condiciones mucho más difíciles que las de sus compañeros del sexo opuesto. Sólo a manera de ejemplo atendamos al siguiente testimonio sobre una de ellas:

Como se verá por el anterior relato, tanto en los estudios preparatorios como en los profesionales, no se hizo gracia jamás ni de un solo capítulo a la constante médica (Matilde Montoya), hasta la conclusión de su honorífica y penosísima carrera. Antes por el contrario, se la trató en todo con la mayor severidad, y aunque esto por el momento aumentó las arduas dificultades de su posición especial, ahora debe alegrarse de aquella circunstancia, pues es el mejor mentís que puede dar a la calumnia y a la envidia del vulgo que la atacó sin cesar, con un lujo de crueldad, que por lo vergonzoso para una parte de nuestra sociedad no queremos detallar.⁷³

Otro ejemplo del mismo problema nos lo brinda Martha Díaz de Kuri, quien en su libro sobre la vida de Margarita Chorné y Salazar, primera odontóloga titulada de México, comenta que en su examen profesional, los sinodales la trataron “con mayor rigidez que la acostumbrada con los varones, como si quisieran demostrarle a ella y a los asistentes, que éste no era el lugar preciso para una dama.”⁷⁴

Como aconteció con Matilde Montoya, el examen profesional de María Asunción Sandoval, efectuado el 9 de julio de 1898 en el salón de actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia atrajo el interés de la prensa. *El Imparcial*, además de referirse a su corta edad, que “apenas ocultará unos 22 años de edad” y a su agradable presencia, subrayaba el acierto y precisión de sus respuestas, reflejo –decía– de los “profundos conocimientos que ha adquirido en derecho”. De acuerdo con algunos abogados asistentes al acto, la tesis profesional de la joven era “una verdadera pieza jurídica”,

fruto del brillante papel que había desempeñado durante su práctica como pasante, en la que destacaba particularmente el juicio en que Sandoval logró demostrar la inocencia de una mujer acusada de asesinato.⁷⁵ Y, en efecto, María empezó a trabajar en casos de criminología, pero por su condición de género se vio obligada a optar por la especialidad de derecho civil, decisión que se observa en la temática de su tesis de licenciatura, titulada *Derechos del hombre como base de la unidad de legislación en el derecho civil*. Con todo, llama la atención que no hubiera seleccionado algún tema vinculado con la problemática femenina, como fue común entre las alumnas de la época.

El Mundo, particularmente abierto a las nuevas corrientes, aprovechaba el “inusitado acto” para atacar “la doctrina antifeminista”, partidaria de la división sexual del trabajo y apoyaba el valor de estas primeras profesionistas, cuyo empuje le resultaba digno de ejemplo, pues permitía a las mujeres emanciparse de la tutela masculina, bastarse a sí mismas y procurarse, mediante el estudio y el trabajo, una posición digna y medios para subsistir. En tono realista el autor de este escrito observaba que “la mujer come igual que el hombre” y, como él, debe de estar suficientemente preparada para enfrentarse a la vida. Por eso, concluía, cuando una Matilde Montoya o una María Asunción Sandoval se sobreponían a esas preocupaciones y prejuicios, estudiaban, pasaban los exámenes y, finalmente, conquistan un título profesional, “las aplaudimos, las felicitamos, y las consideramos como los apóstoles y las precursoras de la rehabilitación de la mujer”.⁷⁶

Otro escritor atraído por el tema fue “Juvenal”, quien en el *Monitor Republicano* comentaba la novedosa presencia de algunas alumnas en la Escuela de Jurisprudencia, futuras abogadas que fungirían como jueces, magistrados o representantes del Ministerio Público y que por su capacidad intelectual y “sexto sentido” atemorizaban a sus colegas del sexo opuesto. Lo importante, decía el escritor, es que “en nuestra patria, la mujer ya ocupa la tribuna, ya diserta, ya perora; ¡quien quita que andando el tiempo la veamos en los escaños del Congreso predicando en contra de la reelección!”⁷⁷

PÁGINAS 130-131:

La prensa liberal promovió los estudios superiores de las mujeres, en particular los de preparatoria y de medicina. Mujeres recibiendo un curso de enfermería, ca. 1910.

© 141211 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

Aunque no queda claro si “Juvenal” sentía más temor que gusto por las recientes y futuras conquistas femeninas, lo cierto es que, poco a poco, la opinión pública se iba acostumbrando a la creciente participación de las mexicanas en los planteles de educación superior y en cuestiones de carácter público. Y en efecto, tal y como el periodista lo advertía, al finalizar sus cursos, María Sandoval cumplió con los estudios prácticos que exigía la Ley de Instrucción Pública en el Juzgado Cuarto de lo Civil, a cargo del juez F. Uriarte, “con todo empeño y dedicación, resolviendo con acierto las cuestiones de derecho que se le han propuesto y formando el proyecto de varias sentencias en los juicios pendientes de fallo que se le dieron para su estudio”.⁷⁸

La profesora Dolores Correa Zapata, representativa de la vanguardia intelectual y profesional que a través de la revista *La Mujer Mexicana* luchaba por la superación femenina, era bastante más crítica. Lejos de concretarse a celebrar los méritos de la primera abogada, cuestionaba a sus contemporáneos con una pregunta difícil de contestar: ¿Por qué en un país de 12 millones de habitantes, de los cuales siete millones eran mujeres, sólo había una abogada? Guiada por esta clase de inquietudes, Correa Zapata aprovechaba la trayectoria académica de María Sandoval para denunciar las múltiples dificultades que impedían el desarrollo profesional de las mexicanas, pero aclaraba que no se refería al tema para perderse en “inútiles lamentaciones”, sino para que la experiencia y el ejemplo de estas mujeres ampliaran los horizontes culturales y laborales femeninos, lo que a su juicio era la única vía posible de contribuir al futuro progreso de su género.⁷⁹

Igualmente comentada fue la inscripción de Dolores Rubio Ávila en la carrera de ingeniería en 1910, pues sólo había el precedente de otra joven atraída por los estudios de ensayador de metales, “pero que desertó [en] lo mejor de la carrera”.⁸⁰ Nacida en Chihuahua, como muchas de estas pioneras de los estudios profesionales, Dolores debió pertenecer a una familia de pocos recursos, pues para poder continuar su formación preparatoria, en 1907, solicitó al ministro de Justicia e Instrucción Pública se le concediera una pensión “para que de esta

manera se alivien mis sufrimientos” o, de no ser posible, al menos se le nombrara profesora de alguna escuela primaria nocturna. A manera de justificación, la alumna destacaba que contaba con una conducta y calificaciones irreprochables, a más de amplios conocimientos sobre métodos pedagógicos, certificados por varios profesores.

No sabemos si se le otorgó la ayuda solicitada, pero sí nos consta que Dolores finalizó la “prepa” en 1909 y que optó por la carrera de metalurgista, para lo cual, por encontrarse “muy escasa de recursos”, pidió una de las cuatro becas destinadas a los estudiantes de ingeniería de minas, pese a que aceptaba que ésta no era su especialidad. Aunque también se desconoce el resultado de esta gestión, creemos que la respuesta debió ser favorable, pues dos años después, la alumna había cubierto los estudios teóricos exigidos en el plan de estudios de la carrera de ensayador y únicamente adeudaba la parte práctica que, al parecer, realizó en la Casa de Moneda.⁸¹

Como puede apreciarse, la primera generación de alumnas egresadas de las escuelas nacionales es muy reducida, pero su ejemplo sirvió de modelo de otras jóvenes. Si bien hasta 1910 únicamente María Sandoval se había titulado como abogada, en la década siguiente se presentaron algunos casos más, los cuales muestran como, poco a poco, se iba fortaleciendo esta vocación educativa entre las mujeres. Raquel Fernández Álvarez, natural de Tacubaya, solicitó a las autoridades de la Escuela Nacional Preparatoria que le concedieran el “pase” reglamentario para poder matricularse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde programaba acreditar sus estudios de 1910 a 1914. Sin embargo, por razones que desconocemos, la futura abogada presentó el examen profesional respectivo hasta 1920, resolviendo acertadamente el caso práctico que se le indicó y respondiendo con precisión las preguntas sobre la tesis denominada *El mandato y algunas consideraciones acerca de las prohibiciones consignadas en el Código Civil a la mujer*. Por su dominio del tema y sus antecedentes académicos, la alumna fue aprobada por unanimidad.⁸²

Otra joven egresada de la preparatoria en 1913 y matriculada en la Escuela Nacional de Jurisprudencia fue Josefina Catalán y Ayala. Originaria de Tulancingo,





Estado de México, quien a la vez que hacía sus estudios de licenciatura, la alumna laboraba en el Juzgado Quinto Supernumerario de Distrito, lo que le impidió cumplir adecuadamente con sus horarios y deberes escolares. Posiblemente por esta razón y de acuerdo con su expediente personal, sólo acreditó hasta el 5° año de la carrera de derecho.⁸³

Raquel Fernández Álvarez, natural de Tacubaya y también egresada de la Escuela Preparatoria, decidió inscribirse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1914. Tras seis años de estudio, se recibió como abogado [sic], defendiendo la tesis denominada *El mandato y algunas consideraciones acerca de las prohibiciones consignadas en el Código Civil a la mujer*.⁸⁴ Por su parte, en 1918 Aurora Ortiz y Díaz de León, originaria de México, tuvo que acreditar algunas materias en el Departamento de Cursos Libres de Perfeccionamiento Preparatorio, en la Facultad de Altos Estudios para, posteriormente, recibir el “pase” reglamentario e inscribirse, como alumna numeraria, en la Facultad de Jurisprudencia. Pero por lo que indican las fuentes consultadas, abandonó los estudios poco después. Lo mismo sucedió con María Guadalupe Rojas, joven natural de México, quien únicamente logró cubrir los tres primeros años del plan de estudios de la carrera (1918 a 1920). Sin embargo, diez años después retornó a las aulas universitarias, inscribiéndose en algunas materias aisladas (sociología aplicada a la educación, principios de educación, organización y administración de las escuelas primarias) en la “Facultad o Escuela Normal Superior”. Seguramente, con el paso del tiempo Guadalupe encontró otros caminos profesionales ajenos a su formación original, por lo que decidió especializarse en el campo de la docencia, como puede observarse por las asignaturas elegidas.⁸⁵

Cierra el grupo de estudiantes de Jurisprudencia de esa década Clementina Batalla Torres, originaria de Acapulco e hija de Clementina Torres y Diódoro Batalla, aquel estudiante de derecho que en la década de los ochenta figuró como uno de los cabecillas más destacados del movimiento estudiantil en contra del reconocimiento de la deuda inglesa, promovido por el gobierno

de Manuel González. Después de haber acreditado sus estudios secundarios en el Colegio Preparatorio de Veracruz y en la Escuela Nacional Preparatoria (1910-1913), Clementina optó por los estudios de jurisprudencia, los que culminó al presentar el examen profesional respectivo, en febrero de 1920. Como muchas de sus compañeras, su tesis, *El trabajo de la Mujer en México*, giró en torno a la problemática femenina, ya que como observamos en el caso de María Sandoval, no era fácil para estas pioneras del Derecho optar por cualquier especialidad o tema de estudio. Sobre su paso por las aulas de San Ildefonso, Clementina recordaba que fue una de las 40 alumnas que entonces ingresaron a la “prepa”, conformando la primera generación que tuvo un número tan alto de mujeres. Contra lo que pudiera pensarse, la joven reconocía que la acogida que les dieron sus compañeros “no fue mala”, por el contrario, de acuerdo con sus palabras, encontró un ambiente amable, que muy pronto la hizo sentirse como “pez en el agua”.⁸⁶

Es importante destacar que, a solicitud de la alumna y debido a sus problemas económicos, en 1918 las autoridades educativas le otorgaron una beca de \$50 para “fomento de sus estudios en la Facultad de Jurisprudencia”, y se le condonó el pago de cuotas trimestrales que adeudaba, lo cual, como se ha visto, era una práctica bastante generalizada entre el alumnado de la época.⁸⁷

Por otra parte, la Escuela Nacional de Altos Estudios, inaugurada el 18 de septiembre de 1910, sólo unos días antes que la Universidad Nacional de México representó una de las opciones de educación superior más importantes y solicitadas de entonces. Por Gabriela Cano sabemos que en poco tiempo la presencia femenina en dicha institución se duplicó, pasando de 15 alumnas inscritas en 1910 a 113, tres años después, y a 300 en 1922. Este proceso de feminización, para usar los términos de dicha autora, se explica por la convergencia de varios factores. Por una parte, destaca el que, además de haberse orientado a los campos de la investigación y especialización, dicho plantel cubrió las funciones de una normal superior. Ello atrajo a un gran número de maestras normalistas, las cuales tenían la posibilidad de inscribirse en Altos Estudios sin haber egresado de alguna de las escuelas

nacionales. Únicamente debían demostrar que contaban con una adecuada preparación para comprender los cursos impartidos.⁸⁸ Por otra parte, al crearse las escuelas secundarias durante el gobierno de Álvaro Obregón, se necesitó de un profesorado especializado en ese nivel educativo, lo que aseguraba a las alumnas de Altos Estudios trabajo seguro y mejores salarios.⁸⁹ Por último, la creciente matrícula femenina en esta escuela refleja el interés progresivo de las mujeres por realizar estudios de más alto nivel, incluso en campos del conocimiento tradicionalmente masculinos. Esto puede comprobarse en el crecimiento de la matrícula femenina que se observa en otros planteles universitarios. Por ejemplo, de un total de 301 alumnos de nuevo ingreso en la Escuela Nacional Preparatoria durante los años de 1917 y 1918, 28 eran mujeres (9.3%). Un año después (1919), el número de inscritas en el mismo plantel era de 74 alumnas (9.77%) y 683 varones.⁹⁰

A MANERA DE CONCLUSIONES

La información recabada hasta el momento refleja que, a partir de la década de los ochenta del siglo XIX, empezó a perfilarse un cambio en el comportamiento educativo de las mexicanas, quienes por vez primera se atrevieron a pisar las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y de las escuelas de estudios superiores que en 1910

constituyeron parte de la Universidad Nacional, fundada en el marco de las festividades del primer Centenario de la Independencia de México. Aunque predominaron las alumnas inscritas en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Medicina, donde podían seguir diversas especialidades, también hubo algunas jóvenes atraídas por disciplinas tradicionalmente vedadas al género femenino, como son las carreras de jurisprudencia o la de ensayador de metales, con lo cual las candidatas desafiaban abiertamente las reglas sociales de la época; provocaban apasionadas polémicas y juicios de todo tipo en torno al tema, los que se prolongaron durante las décadas siguientes.

Sin embargo, gracias al apoyo que les brindaron algunas autoridades educativas que por diversas razones simpatizaban con la apertura de los estudios profesionales al sexo femenino; al espíritu progresista de sus familiares, a la necesidad de incorporar al sector femenino en las actividades productivas, pero sobre todo, al valor y perseverancia de las jóvenes, paulatinamente, ante la sorpresa e inconformidad de la mayor parte de la sociedad del Porfiriato, empezaron a fracturarse las estructuras ideológicas que por siglos impidieron a las mexicanas el acceso al estudio y ejercicio de las profesiones liberales. Hacia finales de la primera década del siglo XX, la brecha estaba abierta, lo demás sería cuestión de tiempo.

NOTAS

- ¹ Véase una primera versión de este trabajo en Alvarado (2000).
- ² Covarrubias, (1875), p. CXCII. Sobre el mismo tema, pero mucho más preciso y realista, está el punto de vista, excepcional en su tiempo, de la escritora y poetisa Laureana Wright, para quien las razones por las que las mujeres se mantenían al margen de las actividades científicas eran el temor a la “necia sátira”, la apatía y apego a la rutina, pero sobre todo, decía, la falta de educación civil y dignidad propia. Véase: Alvarado, (2005), p. 116.
- ³ Iglesias, (1856), p. 1. Las cursivas en el texto citado son de la autora de este trabajo. El decreto aludido se refiere a la fundación de una escuela secundaria femenina, expedido durante la administración de Ignacio Comonfort. Aunque este proyecto logró avances significativos, cayó en el olvido por las difíciles circunstancias políticas del momento.
- ⁴ Covarrubias, (1875), p. CXX.
- ⁵ Covarrubias, (1875), p. CXXII.
- ⁶ La Secundaria para Señoritas compartió por largo tiempo el edificio de la Encarnación con la Escuela Nacional de Jurisprudencia, aunque eso sí, separadas por un infranqueable muro divisorio para evitar la cercanía entre las alumnas de aquel plantel y los futuros abogados. Debido a los problemas de espacio que tenía, en 1905 Jurisprudencia tuvo que abandonar su “hogar” y albergarse temporalmente en el sector noroeste del Palacio de Minería, en tanto se terminaba la construcción de su nuevo edificio, localizado en la esquina de San Ildefonso y Santa Catalina, “casi frente por frente de la Escuela Nacional Preparatoria, una de las raíces más poderosas del gran árbol de la Escuela de Jurisprudencia”, y en el que habría de permanecer cerca de medio siglo, hasta su cambio definitivo a Ciudad Universitaria. Véase: [s.a.] “El nuevo edificio de la Escuela Nacional de Jurisprudencia”, (1908) *La Enseñanza Normal*, mayo, año v, núm. 13 y 14, p. 226. Susana Quintanilla describe de este modo el ambiente escolar de Jurisprudencia previo al cambio: “Las clases se impartían en los pisos superiores. Unidas por corredores que olían a guano de murciélago, las aulas eran primitivas, incómodas y poco iluminadas. Los asientos eran toscas bancas de madera o de armazón de hierro cubierto de jirones de madera. Las paredes se escarapelaban en protesta con el olvido. Los pupitres de los maestros eran de la época lancasteriana”. Quintanilla, (1996), pp. 100-103. Tomado de Fernández, (1969).
- ⁷ “Editorial. Inauguración de la escuela de niñas”, (1869) *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de julio, p. 1.
- ⁸ De los Ríos, (1879), pp. 12-13.
- ⁹ Además de la Secundaria de Niñas, la Universidad propuesta por Sierra en 1881 estaría conformada por los siguientes planteles: Escuela Nacional Preparatoria, Bellas Artes, Jurisprudencia, Ingenieros y Medicina, Ciencias Políticas, Altos Estudios y una Escuela Normal, orientada a la formación del profesorado de nivel superior. Cfr. artículo 2º de dicho proyecto en: Sierra, (1977), p. 66 y p. 333.
- ¹⁰ Sobre el tema, consultar Alvarado (2004).
- ¹¹ La Escuela Nacional Preparatoria, plantel de nuevo cuño y pieza vertebral del programa positivista, inició actividades bajo la dirección de Gabino Barreda en febrero de 1868 con algo más de 700 alumnos externos y 200 internos, muchos de los cuales provenían de los antiguos colegios en los que se había suprimido la instrucción media. Véase: Martínez de Castro, (1868), p. 56.
- ¹² [Expediente de Matilde Montoya], AHUNAM, Archivo General, Expedientes de alumnos, exp. 10726.
- ¹³ Wright, (1910), p. 468.
- ¹⁴ AHUNAM, Fondo Escuela Nacional Preparatoria, Sección Inscripciones, Certificados para ingreso, caja 1880-1883, libro ENP 105, ff.127-128. En las referencias documentales nos hemos ceñido a la actual catalogación, aunque a la fecha, el Fondo Escuela Nacional Preparatoria se encuentra en proceso de reorganización.

- ¹⁵ “Noticias locales”, (1884) *El Diario del Hogar*, México, 8 de abril, p. 2. Durante su paso por San Ildefonso, Guadalupe Castañares se distinguió por su valor civil y activismo político en uno de los primeros movimientos estudiantiles del México independiente (1884-1885). Véase “Aún hay patria” (1884) *El Tiempo*, 16 de septiembre, p. 2.
- ¹⁶ AHUNAM, ENP, Inscripciones, caja 1867-1893, libro ENP 147.
- ¹⁷ AHUNAM, ENP, Inscripciones, caja 1887-1897, libro ENP 174, ff. 7, 17, 58, 98, 108, 144, 149, 177. Por lo visto María Sandoval cambió de opinión a lo largo de los estudios preparatorios, ya que inicialmente se inclinaba por la medicina, pero a partir de enero de 1890, al inscribirse al 4º año del ciclo preparatorio, optó por la carrera de abogado. La incluimos en el grupo de las médicas por aparecer así en los primeros registros. AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 186, f. 80.
- ¹⁸ [Solicitud de Inscripción] AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 480, f. 22 (1899) y libro 544, f. 15 (1901).
- ¹⁹ AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 544, f. 43 y libro 544, f. 8, respectivamente.
- ²⁰ [Solicitud de inscripción de Sofía Villagrán Vda. de Rubio], AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 758, f. 758 (1898).
- ²¹ AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 355, f. 795. El estado civil de María se deduce de los nombres de sus padres: Miguel Jiménez y Pilar Araujo.
- ²² [Historia académica de María Álvarez], AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 226, f. 31; caja 1887-97, libro ENP 175, ff. 38-39.
- ²³ [Historia académica de Ana Ma. Barrera], AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 224, f. 195; libro 257, f. 664.
- ²⁴ AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 308, f. 932; libro 329, f. 156; libro 257, f. 263; libro 354, s.f.; libro 356, f. 401; libro 415, f. 566; libro 416, f. 376; libro 417, f. 376 bis; libro 479, f. 362; libro 480, f. 362; libro 481, f. 479; libro 482, f. 479 bis; libro 489, f. 330; libro 543, f. 286; libro 545, f. 330.
- ²⁵ AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 215, f. 143; libro 222, f. 378; libro 257, f. 674; libro 308, f. 950.
- ²⁶ [Historia académica de Luz Coyro], AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 225, f. 735.
- ²⁷ [Historia académica de Juana Díaz], AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 283, f. 333; libro 257, f. 53; libro 329, f. 537; libro 354, f. 190; libro 356, f. 78; libro 411, f. 31; libro 415, f. 31; libro 416, f. 196; libro 417, f. 196 bis; libro 479, f. 167; libro 480, f. 167; libro 481, f. 311; libro 482, f. 311 bis; libro 489, f. 185; libro 543, f. 166; libro 544, f. 166; libro 545, f. 185.
- ²⁸ Walker era hija de José Walker y Leonor Jacquier de W. y contaba con 18 años de edad cuando se inscribió en la preparatoria (1896), donde permaneció hasta 1901. [Historia académica de Asunción Walker], AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 284, f. 691; libro 329, f. 17; libro 354, f. 83; libro 416, f. 492; libro 417, f. 492 bis; libro 479, f. 356; libro 480, f. 356; libro 481, f. 374; libro 482, f. 374; libro 543, f. 338; libro 545, f. 105.
- ²⁹ [Historia académica de Gudelia Fernández] AHUNAM, F. ENP, Inscripciones, libro 284, ff. 439-441.
- ³⁰ [Historia académica de María Sandoval], AHUNAM, F. ENP, Inscripciones, libro 186, ff. 79-81.
- ³¹ [Historia académica de Eloísa Santoyo Hassey] AHUNAM, F. ENP, Inscripciones, libro 194, ff. 529-530, 536.
- ³² [Historia académica de Guadalupe Sánchez], AHUNAM, ENP, Inscripciones, libro 187, f. 292; libro 256, f. 512; libro 282, f. 295. Sánchez se tituló como médica cirujana en 1903. AHUNAM, Archivo General, exp. 11985.
- ³³ [Historia académica de Soledad Régules Iglesias], AHUNAM, F. ENP, Inscripciones, libro 284, f. 45; libro 328, f. 726; libro 329, f. 317; libro 354, s.f.; libro 481, f. 404. Régules acreditó sus estudios profesionales entre 1901 y 1906 y presentó el examen profesional en febrero del siguiente año. AHUNAM, Archivo General, exp. 46570.
- ³⁴ “Gacetilla. Señoritas telegrafistas” (1883), *El Tiempo*, 23 de noviembre, p. 3; “Ecos diversos. La Sra. Baronesa de Wilson en la Escuela Nacional Preparatoria” (1883) *El Nacional*, 19 de septiembre,

p. 2. Emiliana Serrano, baronesa de Wilson, fue una interesante escritora que dirigió en España la revista *El Último Figurín* y cuyas ideas gozaron de aceptación en nuestro país. Formó parte de un grupo de escritoras peninsulares que ejercieron gran influencia en el periodismo femenino mexicano, entre las que destacan la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, Concepción Gimeno de Flaquer, creadora y dirigente de la *Ilustración de la Mujer* y fundadora en México de *El Álbum de la Mujer*, una de las más importantes revistas femeninas del Porfiriato y Ma. del Pilar Sinués de Marco, redactora de *Flores y Perlas* y partícipe de varias revistas mexicanas de fin de siglo.

³⁵ Sobre las condiciones del trabajo femenino en el servicio telegráfico de distintos países europeos durante el siglo XIX véase: Joan W. Scott, “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en occidente*, vol. 8, Taurus, (1993), pp. 116-117.

³⁶ Herrera, Alfonso. “Informe dado al ministerio de Justicia e Instrucción Pública [sobre el estado de la escuela, en el año de 1878], AHUNAM, F. Escuela Nacional Preparatoria, c.2, exp. 5, 11ff., f. 3.

³⁷ González (1970) en: Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, 2ª edición, México, Hermes, p. 637.

³⁸ Sobre el tema, véase Bazant, (1993), pp. 262-263 y Cano, (1996).

³⁹ De acuerdo con un impreso contemporáneo, en 1869 el número de inscritos en la ENP fue de 568 alumnos, 588 en 1872 y 1178 en el 75; hacia 1880, década en que se inicia la presencia femenina en el plantel, el total de inscritos fue de 880. Véase Paz, Ireneo, 1881, p. 101. Por su parte, Díaz y de Ovando, basada en un discurso del vicepresidente de la Junta de Instrucción Pública, registra un número ligeramente menor, con excepción de los alumnos de taquigrafía, en 1869 “asistían” a la preparatoria 500 alumnos: 260 en el primer año, 120 en el segundo, 43 en el penúltimo y 80 en el último. Díaz y de Ovando, (1972), p. 34.

⁴⁰ “Escándalo en la Preparatoria” (1884), *El Correo de las Doce*, México, 23 de diciembre, p. 2.

⁴¹ “Al *Diario Oficial*” (1885), *El Correo de las Doce*, México, 19 de febrero, p. 2.

⁴² Luz finalizó sus estudios de telegrafía en 1884 y, un año después, ingresó a la Central de Telégrafos; a partir de 1889 fue profesora de telegrafía teórica en la Normal de Profesoras y, de 1890 a 1910 se le nombró agente del gobierno en la Compañía Telegráfica Mexicana (Wright, 1910, pp. 468-469). “Juvenal” destacaba las aptitudes docentes de la profesora Bonequi, quien en su clase de la secundaria, sólo en el año de 1889 había preparado a 10 alumnas y subrayaba: “Es decir, tenemos ahí diez jóvenes que pueden ya optar a una profesión más lucrativa que ese lento suicidio de la costura”. “Juvenal” (1889) “Boletín del *Monitor*. Resumen”, *El Monitor Republicano*, 23 de octubre, p. 1; “Gacetilla. Los premios a los alumnos de las escuelas superiores” (1884) *El Siglo Diez y Nueve*, 28 de enero, pp. 2-3; Díaz y de Ovando, (1972), p. 119.

⁴³ Tales hechos, que coincidían con el término del gobierno de Manuel González, fueron la respuesta de inconformidad de un sector de la población contra el proyecto de conversión de la deuda inglesa presentado en la Cámara por las comisiones unidas de Hacienda y de Crédito el 12 de noviembre de 1884. Entre los diputados opositores a lo que denominaron “leonino arreglo” gubernamental figuraban Eduardo Viñas, Fernando Duret, Salvador Díaz Mirón, Joaquín Verástegui, Manuel Sánchez Facio, Alberto García Granados, Ireneo Paz, Manuel Thomas y Terán y, a la cabeza, Guillermo Prieto, maestro de la Preparatoria y principal instigador de la participación juvenil. Entre los gobiernistas destacan Justo Sierra, también profesor del plantel positivista y Francisco Bulnes. El problema desbordó el recinto parlamentario e invadió calles y plazas, donde jóvenes estudiantes, como Diódoro Batalla, Enrique M. de los Ríos o Luis Guillén, atacaban sin miramiento alguno la política económica del régimen. Sobre el tema: Cosío Villegas (1983); Alvarado. (1991) “Saber y poder en la Escuela Nacional Preparatoria, en Margarita Menegus (coordinadora), *Saber y poder en México. Siglos XVI al XX*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad, pp. 245-274.

⁴⁴ Díaz y de Ovando, 1972, p. 122, tomado de “Aún hay patria” (1884) *El Tiempo*, México, 16 de septiembre, p. 2.

⁴⁵ AHUNAM, Libro de Actas núm. 2, “Acta de la junta general de profesores celebrada en esta escuela

el 24 de diciembre de 1890”, f. 50. Por su parte, Guadalupe Sánchez obtuvo un segundo reconocimiento a su aplicación durante el quinto año de estudios preparatorios, reconocimiento que consistió en varios libros y un diploma. AHUNAM, Libro de Actas núm. 2, “Acta de la junta de profesores verificada el 20 de enero de 1896”, f. 83.

⁴⁶ AHUNAM, Libro de Actas núm. 2, “Acta de la junta general de profesores celebrada en esta escuela el 22 de diciembre de 1892, f. 62.

⁴⁷ Wright, (1910), p. 417.

⁴⁸ “Lucía Tagle” (1887) *El Monitor Republicano*, México, 18 de septiembre, p. 3.

⁴⁹ “Gacetilla. Las mujeres médicas” (1873) *El Monitor Republicano*, México, 12 de julio, p. 4; “Noticias varias. Doctoras en medicina” (1888) *El Monitor Republicano*, 15 de diciembre, p. 2; “Feminismo”, (1902) *El Mundo*, 2 de agosto, p. 2; “Gacetilla. Doctora mexicana” (1891) *El Monitor Republicano*, México, 7 de enero, p. 3; “Feminismo”, *El Mundo*, México, 2 de agosto, 1902, p. 2, entre otros.

⁵⁰ “Gacetilla. Las mujeres médicas” (1873) *El Monitor Republicano*, 12 de julio, p. 4.

⁵¹ Andrés González (1881) *El Monitor Republicano*, 21 de junio, p. 1.

⁵² “Noticias varias. Doctoras en medicina” (1888) *El Monitor Republicano*, 15 de diciembre, p. 2.

⁵³ “Feminismo” (1902) *El Mundo*, 2 de agosto, p. 2.

⁵⁴ “Gacetilla. Doctora mexicana” (1891) *El Monitor Republicano*, 7 de enero, p. 3; “Doctora mexicana” (1891) *El Tiempo*, 6 de enero, p. 3; “Solicitudes de privilegio” (1894) *El Diario del Hogar*, 14 de julio, p. 2 y “Privilegio” (1894) *El Eco Social*, 15 de julio, p. 3. El caso de Laura Mantecón es interesante, pues tras múltiples problemas con su esposo, el Gral. Manuel González, y una separación previa de siete años, en 1885, a poco que éste finalizara su función como presidente de la República, decidió promover el juicio de divorcio en su contra. De acuerdo con su testimonio, tras intentar inútilmente ganarse la vida como maestra o modista, optó por abandonar su país: “cansada al fin de persecuciones y habiendo reunido una pequeña suma, fruto de mi trabajo, me expatrié, refugiándome en los Estados Unidos, en donde hacía mis estudios de Medicina, sosteniéndome con la ejecución de obras de mano, muy estimadas en aquel país”. Por supuesto, dado el gran poder político de su marido y el franco apoyo que le brindó Porfirio Díaz, la sentencia fue absolutamente favorable a sus intereses. Información producida por la Sra. Laura Mantecón de González ante la Tercera Sala del Tribunal Superior, en el juicio e divorcio que sigue contra su esposo el Sr. Gral. González. Véase Tipografía de J. Reyes Velasco, (1886), p. 16. Las cursivas son de la autora de este trabajo.

⁵⁵ “Feminismo” (1902) *El Mundo*, 2 de agosto, p. 2.

⁵⁶ “La Srita. Montoya” (1887) *La Patria*, México, 27 de agosto, p. 3.

⁵⁷ Wright (1888) “La Srita. Matilde de P. Montoya”, en *Las Hijas del Anáhuac*, 1º de enero, p. 54.

⁵⁸ Concepción Gimeno de Flaquer (1907) “La primera doctora mexicana”, *La Mujer Mexicana*, México, agosto, p. 73.

⁵⁹ “La Srita. Matilde Montoya” (1881) *El Lunes*, 21 de noviembre, p. 3. De acuerdo con información del periódico *La Patria*, sólo un mes antes, dicho funcionario (Montes) había presentado al Congreso una iniciativa para que se autorizara a las mujeres a concurrir a las escuelas nacionales o profesionales, medida que, de ser cierta, pues no la hemos podido corroborar, abrió nuevos cauces a las expectativas educativas de las mexicanas. De hecho, salvo el caso de Lucía Tagle, que en 1877 presentó su examen profesional en la Escuela Nacional de Comercio, fue a partir de los años ochenta cuando se inicia la incursión femenina en la Escuela Nacional Preparatoria y en los planteles de educación superior. Véase “Sección del Interior. Correspondencia particular de la Patria” (1881) *La Patria*, 5 de octubre, p. 1.

⁶⁰ “Lucido examen” (1883) *El Hijo del Trabajo*, 14 de enero, p. 1 y “Escuela de Medicina” (1883) *La Patria*, 28 de octubre, p. 1.

⁶¹ “Noticias. La Srita. Matilde Montoya” (1887) *La Patria*, 27 de agosto, p. 3.

⁶² Wright, (1910), p. 532.

- ⁶³ *Ibidem* pp. 540-541. Sobre el mismo punto, *El Correo de las Señoras* denunciaba la “promiscuidad de los dos sexos” que se daba en los hospitales y anfiteatros, lo cual, entre otros inconvenientes, provocaba que los profesores de fisiología y cirugía carecieran de la libertad necesaria para explicar sus lecciones. Citado por Ana Ma. Carrillo, *op. cit.*, p. 30.
- ⁶⁴ Como bien señalan Mílada Bazant y Gabriela Cano, a lo largo del siglo XIX, la odontología no tuvo el mismo nivel y prestigio que las demás profesiones liberales. De hecho, no fue sino hasta 1902 cuando se constituyó como una especialidad propiamente dicha de la Escuela de Medicina, aunque para entonces ya había algunas dentistas tituladas, entre las que se distingue, por haber sido la primera en lograr este triunfo, Margarita Chorné y Salazar, cuyo examen profesional se efectuó en enero de 1886. AHUNAM, Archivo General, Expedientes de alumnos, exp. 11218; Bazant, 1993, pp. 240-41; Cano, *De la Escuela Nacional...*, *op. cit.* p. 72. *El censo de 1900* únicamente registra tres dentistas mujeres en la Municipalidad de México, las cuales pudieron ser Cleotilde Castañeda, examinada y aprobada como cirujana dentista, en abril de 1890, “siendo muy alabada por el jurado calificador” y Mónica Correa. Véase *Censo General de la República Mexicana verificado el 28 de octubre de 1900 conforme a las instrucciones de la Dirección General de Estadística a cargo del Dr. Antonio Peñafiel*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1901, p. 67; “Gacetilla. La Srita. Clotilde Castañeda”, *El Diario del Hogar*, 27 de abril de 1890, p. 2. Una biografía bastante completa de esta joven en: Martha Díaz de Kuri, *Margarita Chorné y Salazar, la primera mujer titulada en América Latina*, México, DEMAC, (1998).
- ⁶⁵ Bazant, (1993), pp. 262-263.
- ⁶⁶ “Estadísticas de títulos profesionales [otorgados en 1903]”, *Boletín de Instrucción Pública*, t. III, (1903), p. 176.
- ⁶⁷ “Al Diario Oficial”, en *El Correo de las Doce*, 19 de febrero, (1885), p. 2 y *Censo General de la República Mexicana...*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, (1901), p. 67.
- ⁶⁸ V. de Mier, “La vida de una doctora mexicana. Matilde Montoya y su alto y noble ejemplo”, *El Diario del Hogar*, 5 de febrero, (1936), p. 14.
- ⁶⁹ [Carta de Matilde Montoya al Secretario de Justicia e Instrucción Pública], AHUNAM, [Expediente de Matilde Montoya] núm. 10726, f. 25.
- ⁷⁰ Laureana Wright, Wright, “La Srita. Matilde de P. Montoya”, *Las Hijas del Anáhuac*, México, 1º de enero, (1888), p. 53, y, de la misma autora, “Matilde P. Montoya”, *Mujeres notables mexicanas*, *op. cit.*, pp. 539-540. La trayectoria académica y profesional de Montoya ha sido bastante estudiada. Sobre el tema véase: Laureana Wright, “Sra. Soledad Lafragua de Montoya” y “Matilde P. Montoya” en *Mujeres notables mexicanas*, (1910), pp. 529, 533 y 534-541, respectivamente. Este último también en *Las Hijas del Anáhuac*, 1º de enero, (1888); Lourdes Alvarado, “Matilde Montoya: primera médica mexicana”, *Ciencia y Desarrollo*, México, Conacyt, septiembre/octubre, (1994), pp. 70-73; Gabriela Cano, *op. cit.*, pp. 61-64 y Ana Ma. Carrillo, *Matilde Montoya, primera médica mexicana*, México, DEMAC, (2002).
- ⁷¹ “La cuarta doctora mexicana”, *El Imparcial*, 19 de febrero (1907), p. 3.
- ⁷² AHUNAM, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia, Serie Expedientes de Alumnos, exp. 2083. Una transcripción del expediente académico y de la tesis de María Sandoval en Patricia Lira, *La primera abogada mexicana*, México, Facultad de Derecho, UNAM, (2003).
- ⁷³ Laureana Wright, “Matilde P. Montoya”, *Mujeres notables...*, *op. cit.*, p. 539. Sobre el examen profesional de Margarita Chorné, Díaz de Kuri comenta: “A la hora del interrogatorio, trataron a la aspirante con mayor rigidez que la acostumbrada con los varones, como si quisieran demostrarle a ella y a los asistentes, que éste no era el lugar preciso para una dama”, Martha Díaz de Kuri, *Margarita Chorné y Salazar...*, *op. cit.*, p. 35.
- ⁷⁴ Martha Díaz de Kuri, *Margarita Chorné y Salazar. La primera mujer titulada en América Latina*, *op. cit.*, p. 35.

- ⁷⁵ “La primera abogada mexicana. Aprobada por unanimidad”, *El Imparcial*, 11 de julio, (1898), p. 3.
- ⁷⁶ “La regeneración de la mujer. Un jurisconsulto del bello sexo”, *El Mundo*, 14 de julio, (1898), p. 1.
- ⁷⁷ “Juvenal” [Enrique Chávarri], “Charla de los domingos”, *El Monitor Republicano*, 12 de junio, (1892), p. 1; *El Monitor...*, 3 de julio, (1892), p. 1.
- ⁷⁸ AHUNAM, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia, serie Expedientes de alumnos, exp. 16511.
- ⁷⁹ “¡Año nuevo! A la mujer mexicana”, *La Mujer Mexicana*, enero (1904), p. 1. Sobre esta interesante profesora y escritora véase “Dolores Correa Zapata, entre la vocación por la enseñanza y la fuerza de la palabra escrita”, en *Memorias del IX Encuentro Internacional de Historia de la Educación*, México, Universidad de Colima, SOMEHIDE, (2004). Formato electrónico y *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. XIV, núm. 43, octubre a diciembre, (2009), pp. 1269-1296.
- ⁸⁰ *Revista de Revistas*, 13 de julio, (1910), p. 16. Moisés González Navarro, “El Porfiriato. La vida social”, en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, México, Editorial Hermes, p. 636. La alumna desertora puede haber sido Ana Ma. Álvarez, inscrita en la preparatoria en 1892 y aspirante a la carrera de Ingeniería. AHUNAM, Escuela Nacional Preparatoria, Inscripciones, caja 1887-1897, libro ENP 175, f. 38.
- ⁸¹ [Carta de Dolores Rubio al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes], AHUNAM, Archivo General, Expedientes de Alumnos, exp. 31189. Desafortunadamente ignoramos la trayectoria profesional de Dolores Rubio, así como la de otras alumnas que conformaron la primera generación de estudiantes de las escuelas nacionales. Sobre el tema véase: Luz Elena Galván, *La educación superior de la mujer en México: 1876-1940*, México, CIESAS, (1985) (Cuadernos de la Casa Chata, 109); Gabriela Cano, *De la Escuela Nacional de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras, 1910-1929. Un proceso de feminización*, México, UNAM, (1996), p. 64. Tesis para obtener el título en Doctora en Historia de México. Contamos también con los trabajos ya citados de Ana María Carrillo, sobre Matilde Montoya, el de Martha Díaz de Kuri, sobre Margarita Chorné y el de Patricia Lira, sobre María Sandoval, además del artículo de Ma. de Lourdes Alvarado: “Abriendo brecha, Las pioneras de las carreras liberales en México”, publicado en la *Revista Universidad de México*, *op. cit.*
- ⁸² AHUNAM, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia, Serie Expedientes de alumnos, exp. 32003, f. 23.
- ⁸³ AHUNAM, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia, Serie Expediente de Alumnos, exp. 3002.
- ⁸⁴ AHUNAM, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia, Serie Expediente de Alumnos, exp. 3186.
- ⁸⁵ AHUNAM, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia, Serie Expediente de Alumnos, exp. 3697.
- ⁸⁶ AGN, Archivo Particular de Clementina Batalla Bassols, “Recuerdos de aquí y allá”, manuscrito, s.f, s.p. Referencia tomada de: Gabriela Cano, *De la Escuela Nacional de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras, 1910-1929. Un proceso de feminización*, México, UNAM, (1996), p. 64. Tesis para obtener el título en historia de México.
- ⁸⁷ AHUNAM, Fondo Escuela Nacional de Jurisprudencia, Serie Expedientes de Alumnos, exp. 3103, f. 64.
- ⁸⁸ Véase, Cano, (1996), p. 88. Sobre las circunstancias que caracterizaron la fundación de Altos Estudios y de la Universidad Nacional: Alvarado (2010) “La Universidad Nacional de México en tiempos del Centenario”, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los Centenarios (1910 y 1921)*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM.
- ⁸⁹ Por ejemplo, en los años treinta, una maestra de primaria ganaba aproximadamente \$210 al mes, y una de secundaria, \$348. Véase Galván, (1985), p. 42.
- ⁹⁰ “Índice de alumnos nuevos de los años de 1917 y 1918”, AHUNAM, Fondo ENP, caja 66, exp. 1131 y “Relación de alumnos inscritos en el año escolar de 1919”, AHUNAM, Fondo ENP, caja 66, exp. 1138.



ENTRE EL RECUERDO Y EL OLVIDO: MEMORIAS DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LA VIDA EN EL BARRIO UNIVERSITARIO

Mónica Toussaint*

CONMEMORAR ES RECORDAR

El ser humano se debate siempre entre la memoria y el olvido. Hay hechos que no queremos recordar, porque nos duelen o nos lastiman como individuos y como sociedad; por eso preferimos olvidarlos. Pero hay otros que deseamos celebrar. Es entonces cuando acudimos a los recuerdos para reconstruir nuestra historia, valorar nuestro presente y dar sentido a nuestro futuro.

Como afirma Graciela de Garay, “toda historia antes de ser escrita fue contada”.¹ De aquí que los historiadores hayan recurrido a la entrevista para recuperar antiguos métodos de indagación y descubrir nuevos temas, inventar otras fuentes y considerar a actores ignorados por la historiografía tradicional. De este modo aparecen los detalles, los pequeños indicios, los valores sociales y las subjetividades, logrando un acercamiento al pasado desde la perspectiva de uno o varios sujetos que, a través de la rememoración de la experiencia, contribuyen a la generación de una explicación histórica más acabada. Así, la historia oral y el testimonio se han convertido en recursos fundamentales para la reconstrucción del pasado, recursos muchas veces cuestionados por su grado de confiabilidad con respecto a las fuentes escritas, pero

que aportan una enorme riqueza al permitir recuperar la relación del individuo con su historia.²

Sin embargo, para contar la historia primero hay que recordarla, adentrarse en los vericuetos de la memoria y reconstruir lo que pasó a partir de lo vivido. El problema radica en “que la memoria cambia de manera constante porque se encuentra en un continuo proceso de creación y recreación de significados”.³ Por ello, es necesario acercarse a las fuentes orales con el mismo rigor que aplicamos a otras fuentes, con plena conciencia de sus alcances y límites, tomando en cuenta tanto la forma del discurso como el contexto histórico y cultural en el que éste se produce.⁴

Los defensores de la historia oral enaltecen la subjetividad del testimonio como la aportación más valiosa de la narración, mientras que sus detractores se empeñan en resaltar la irrelevancia de su contenido y la falta de representatividad estadística de la información obtenida por este medio. En todo caso, lo que aquí se quiere recuperar es la historia viva, la individualidad de los actores y los significados cualitativos. Se trata de preguntar y escuchar para poder explicar.⁵

Con base en lo anterior, el objetivo de este trabajo consiste en recoger una serie de testimonios para recuperar la memoria de dos aspectos específicos de la historia de la universidad: su fundación el 22 de septiembre de 1910 y la vida en el *barrio universitario* en las primeras décadas del siglo xx, antes de la construcción de Ciudad Universitaria. Para ello nos planteamos varias interrogantes: ¿Cómo transcurrió el día de la inauguración? ¿Cómo impactó la fundación de la universidad en la vida del barrio? ¿Qué efectos tuvo la Revolución Mexicana

* Profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y profesora del Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Agradezco la colaboración de Gabriela Díaz Prieto, Ana Cristina González Casillas y Ana Emilia Quiroz en la labor de investigación hemerográfica y la realización de entrevistas para la elaboración de este texto. Agradezco también a la Dra. Alejandra Moreno Toscano, a la Dra. Josefina Mac Gregor, a la Lic. María de los Ángeles González Gamio, a la Dra. Paulette Dieterlen, al Dr. Ramón Peralta y Fabi, y a todos aquellos que generosamente nos brindaron su tiempo, sus conocimientos y sus recuerdos.

PÁGINA ANTERIOR:

*Para contar la historia
primero hay que recordarla,
adentrarse en los vericuetos
de la memoria.*

Teatro Colón.

© 1766-031-146 CONACULTA.

INAH.SINAFO.FN.MÉXICO.

en el desarrollo de la universidad? ¿Cómo era la vida cotidiana de los estudiantes? ¿Qué recuerdos tienen los habitantes del barrio? ¿Qué sucedió a raíz del traslado a Ciudad Universitaria? ¿Qué podemos reflexionar hoy acerca de la universidad?

Para tener un panorama lo más amplio posible, la selección de los entrevistados nos llevó a conversar con profesores de carrera de la universidad, algunos de los cuales ocupan o han ocupado puestos directivos, cuyo conocimiento de la comunidad, su experiencia en la docencia y la investigación, así como su comprensión de la historia universitaria nos ofrecieron elementos para un mejor entendimiento de la dinámica pasada y presente de la institución. Estas pláticas nos proporcionaron importantes ideas acerca de la historia misma de la universidad, así como del papel que desempeña la conmemoración de su fundación en la recuperación de los logros alcanzados durante estos cien años.

Paralelamente, se realizaron entrevistas a un grupo de universitarios que llevaron a cabo sus estudios a mediados del siglo xx, lo cual permitió revivir tanto sus experiencias en las distintas escuelas a las que asistieron como sus prácticas sociales dentro del *barrio universitario*. Asimismo, quisimos dialogar con la gente común; es decir, los comerciantes y restauranteros que vieron transitar a los estudiantes por sus establecimientos o que recuerdan lo que sus padres les narraban al respecto.

Por último, buscamos contactar también a quienes no sólo se han dado a la tarea de estudiar el pasado del *barrio universitario* y, en general, el del Centro Histórico de la Ciudad de México, sino que se han comprometido con la recuperación de su historia y su rescate como un espacio urbano capaz de ofrecer una serie de posibilidades y alternativas a las nuevas generaciones.

UN DÍA ESPECIAL

Un primer acercamiento a lo sucedido el día de la fundación de la universidad lo realizamos a través de la prensa de la época. Periódicos como *El Imparcial*, *El País*, *El Correo Español*, *El Tiempo*, *La Iberia* y *La Patria* nos permitieron revivir lo transcurrido día con día a lo largo del mes de septiembre de 1910.⁶

En el marco de las celebraciones del Centenario del inicio de la Independencia, las cuales incluyeron la inauguración de institutos, edificios públicos, monumentos históricos, mejoras materiales y obras de arte,⁷ así como la realización de actividades de naturaleza académica y artística (literaria y musical),⁸ se declaró “inaugurada solemne y legalmente la Universidad Nacional de México”.⁹ La existencia de una Universidad era imprescindible en un proyecto de celebraciones que buscaba demostrar al mundo que México era una nación civilizada¹⁰ y, para Porfirio Díaz, era “su última oportunidad de actuar como celebridad internacional”.¹¹

La universidad agrupaba a la Escuela Nacional de Altos Estudios –recién fundada en abril de 1910 con la finalidad de perfeccionar la educación de los estudiantes egresados de las escuelas profesionales, realizar investigación científica y formar profesores de educación media y universitaria–,¹² a la Escuela Preparatoria, así como a las antiguas escuelas de Jurisprudencia, Medicina (que incluía Odontología), Ingeniería y Bellas Artes (únicamente Arquitectura),¹³ que eran las que tenían representación en el Consejo Universitario. De esta manera, quedaba constituido el sistema de establecimientos de enseñanza superior, el cual contaba ya con cerca de dos mil alumnos y 380 docentes.¹⁴

La ceremonia tuvo lugar en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, cuya belleza arquitectónica llamó la atención de los invitados, tanto nacionales como extranjeros,¹⁵ y en ella se otorgó el nombramiento de doctor *honoris causa* a una serie de personalidades entre las que se encontraban Emilio Adolfo Behring, Andrew Carnegie, José Ives Limantour, José Lister, Gabriel Mancera y Theodore Roosevelt, entre otros.¹⁶ Al acto asistieron los directores de las escuelas profesionales de México y de los institutos científicos dependientes de la Secretaría de Instrucción Pública y de la de Fomento, así como los delegados de algunas universidades extranjeras¹⁷ de Estados Unidos de América y Europa. Todos ellos, junto con el presidente Porfirio Díaz, su gabinete y el cuerpo diplomático, escucharon el discurso inaugural pronunciado por Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,¹⁸ en el que recalcó



En las celebraciones del Centenario se declaró “inaugurada solemne y legalmente la Universidad Nacional de México”. Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, 22 de septiembre de 1910.

© 354041 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

que la universidad que se inauguraba ese día “no era hija de la Real y Pontificia Universidad de México”.¹⁹ Este discurso fue calificado por *El Imparcial*, “como el discurso más bello de los pronunciados en México desde el inicio del siglo”.²⁰

Una vez concluido el acto, tuvo lugar una procesión en la que participaron los directores de las escuelas profesionales, los doctores de las universidades extranjeras y de la mexicana, el propio Porfirio Díaz y sus ministros. En medio de una valla de soldados, acompañada por los acordes del Himno Nacional y ante la presencia de numerosos transeúntes que se detuvieron a contemplar el cortejo, la procesión partió de la Escuela Nacional

Preparatoria en San Ildefonso y recorrió las calles de Donceles, el Reloj (hoy República de Argentina) y Santa Teresa (actual República de Guatemala), hasta llegar al edificio de la Escuela de Altos Estudios (hoy Palacio de la Autonomía).²¹ En el salón de actos, el cual fue previamente remozado bajo la supervisión de Leopoldo Batres, inspector general de Monumentos Arqueológicos de la República, fue instalado el Claustro de la Universidad Nacional y ahí le fue tomada la protesta al rector, Joaquín Eguía Lis.²²

A pesar de que “la prensa católica criticó la creación de una universidad gubernamental atacándola por positivista”,²³ la fundación de la universidad fue considerada

como un evento de lo más significativo y como “el acto más importante con que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes contribuyó para celebrar el primer Centenario de nuestra Independencia”.²⁴

LOS PRIMEROS AÑOS

Para reconstruir lo ocurrido durante los primeros años después de su fundación a partir de la memoria entrevistamos a algunas historiadoras, conocedoras del pasado de México, en particular, del periodo de la Revolución Mexicana, de la historia de la universidad y del *barrio universitario*. Gracias a ellas pudimos destacar algunos de los aspectos más importantes en el incipiente desarrollo de la universidad y tratar una época para la cual no contamos ya con testigos directos del acontecer histórico.

En primer lugar, nos fue señalado que el *barrio universitario* tiene raíces muy antiguas que nos remiten hasta la época colonial. Junto al edificio de la Escuela de Medicina se encuentra la Casa del Protomedicato, creado en 1630, en donde los médicos que tenían derecho a ejercer la profesión en la Nueva España se reunían como en una especie de Academia de Medicina, a la cual también asistían los estudiantes para aprender la profesión. Se debe mencionar también a la Real Academia de San Carlos, fundada en 1783 por el rey Carlos III, a la vieja Escuela de Minas en la calle de Guatemala, que fue la que visitó el Barón de Humboldt en 1804 o a la Escuela de Jurisprudencia, creada en 1833, la cual es considerada como un establecimiento más moderno, en el que incluso había un espacio de deporte para los estudiantes.²⁵

Asimismo, se nos informó que desde la segunda mitad del siglo XVI ya empezaba a sentirse la presencia de estudiantes en lo que era entonces la Ciudad de México y que esto puede observarse en las Crónicas de la Colonia. Ejemplo de ello fueron los *Diálogos* de Francisco Cervantes de Salazar, primer cronista oficial de la Ciudad de México, en los cuales hace referencia a los gritos de los jóvenes que se escuchaban en la universidad. En todo caso, la actividad de los estudiantes en la zona no fue una cosa novedosa, pero es un hecho cierto que su presencia en el barrio se fue fortaleciendo a partir de 1910 y le dio ese carácter de *barrio universitario*.²⁶

De este modo, de acuerdo con Alejandra Moreno Toscano, podemos decir que existen dos historias: “la del *barrio universitario*, como lugar de encuentro de jóvenes estudiantes, la cual tiene una densidad histórica más profunda que la segunda, que es la parte estructuralmente constitutiva de la Universidad Nacional en sus vínculos con los poderes públicos”.²⁷ Esta última nos lleva a plantear una reflexión sobre el papel que el propio Estado le dio a la universidad dentro de las instituciones públicas, a partir del cual encontramos una evolución que parte de la denominación de “Pontificia”, pasando por llamarla “Nacional”, hasta llegar al momento de considerarla “Autónoma”. En suma, se puede afirmar que lo que le va dando su perfil moderno a la universidad tiene que ver con sus relaciones con el resto de las instituciones públicas y “cómo se ve el papel de la educación superior con relación a la formación de la nación”.²⁸

Otro aspecto tratado por nuestras entrevistadas fue que gracias a su cargo como secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra aprovechó la oportunidad que le ofrecían los festejos del Centenario y el deseo de Porfirio Díaz de proyectar a México hacia el exterior para presentar un proyecto renovado, distinto del de la década de los años ochenta del siglo XIX. Una de las ventajas del proyecto fue su bajo costo, porque partía de toda una infraestructura ya existente, que eran los edificios que albergaban las escuelas de Medicina, Jurisprudencia, Ingeniería, Bellas Artes y la Escuela Nacional Preparatoria.²⁹

Los dos nuevos elementos, nos dice Josefina Mac Gregor, eran la Rectoría, como oficina controladora, coordinadora y ejecutora de los proyectos, y la Escuela de Altos Estudios. Esta última era muy importante porque daba la posibilidad de realizar una especie de estudios de posgrado; era el lugar donde los egresados de las diferentes escuelas podrían perfeccionar sus estudios y un espacio en donde se reunirían las humanidades, las ciencias naturales y las ciencias sociales. Además, dentro de este proyecto se incorporaba también a los distintos institutos de investigación que ya existían entonces.³⁰

Desde luego, la fundación de la universidad en 1910 parte de una resolución tomada “desde arriba”; no son

En una sociedad donde todo se decidía “desde arriba”, Justo Sierra, Porfirio Díaz y militares dirigiéndose a inaugurar la Universidad, 22 de septiembre de 1910.
© 35828 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.



los cuerpos de profesores ni son los estudiantes quienes estaban demandando la creación de una universidad. Es una decisión vertical, justamente en una sociedad en donde todo se decidía “desde arriba”.³¹ En ese sentido, otra de nuestras entrevistadas, María de los Ángeles González Gamio, lamenta que como parte de esas disposiciones el gobierno porfirista haya resuelto destruir el edificio de la Real y Pontificia, construcción bellísima ubicada a un lado de la Suprema Corte de Justicia, “como una acción simbólica, con la idea de que era algo nuevo lo que estaba surgiendo”.³²

En cuanto al papel de los estudiantes, aunque no se les ve como participantes activos en el proceso de fundación de la Universidad, aparentemente éstos tenían ya una dinámica organizativa y enarbolaban una serie de demandas. De aquí la realización del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, también a finales de 1910.³³ Al respecto, Josefina Mac Gregor apunta que en ese momento existía una actividad derivada de la separación de las escuelas, por lo que la idea de realizar

un Congreso de Estudiantes daba la posibilidad de vincular a los alumnos de los diferentes planteles e incluso les permitía pensar en relacionarse con organizaciones estudiantiles de toda América Latina. En todo caso, la creación de la Universidad no les afectó tanto en su vida cotidiana. La nueva estructura, con la Rectoría a la cabeza, sirvió sobre todo como puente entre la Secretaría de Instrucción Pública y las autoridades de las escuelas, incluidos también el Consejo Universitario y los consejos de profesores.³⁴

Debemos mencionar, eso sí, que había escuelas más conservadoras que otras y que los conflictos se suscitaban en cada una de éstas y no de manera generalizada. Ejemplo de ello fue la huelga en la Escuela de Jurisprudencia, que tuvo lugar durante el maderismo, cuando era director Luis Cabrera. Se trató de un conflicto temprano, que no contagió a los estudiantes de las otras escuelas. Asimismo, durante la época de Huerta hubo movilizaciones de estudiantes de medicina en contra del secretario de Instrucción Pública, pero tampoco

rebasaron las paredes de ese recinto universitario específico. En suma, en esos primeros años todavía se puede hablar de una dinámica particular por escuelas.³⁵

Uno de los argumentos fundamentales que destaca Josefina Mac Gregor tiene que ver con el pensamiento laico de Justo Sierra. Más que considerarla heredera de la universidad colonial, Sierra hablaba de una institución totalmente diferente, cuyas raíces podían encontrarse en tres universidades: la de Salamanca, que retoma las tradiciones de la Colonia, la Sorbona, que representa la confluencia de distintas formas de pensar, y la de Berkeley, más identificada con la modernidad. Ya desde entonces, Sierra planteaba que la universidad debía transitar paulatinamente de la supervisión del Estado a una situación de mayor independencia. No utilizaba la palabra autónoma, pero sí tenía la idea de emular a instituciones como Berkeley, la cual se manejaba por sí sola y en donde existía una mayor libertad.³⁶

Otro tema señalado por Josefina Mac Gregor es la presencia en el proyecto de Sierra de un planteamiento acerca de una universidad preocupada por el entorno social, el cual no parecería corresponder con el pensamiento porfirista. Según Sierra, “el profesor ya no puede ser más un hombre que se encierra en una torre de marfil a estudiar; tiene que estar en contacto con la sociedad”.³⁷ Este elemento reviste una gran importancia debido a que contribuiría a dar continuidad al proyecto de la universidad durante el periodo revolucionario.

Durante el maderismo, el Congreso llegó a discutir la posibilidad de disolver la universidad. En 1911 se presentó una iniciativa en este sentido con el argumento de que, aunque no era demasiado costosa,³⁸ el grado tan alto de analfabetismo en el país, superior a 80%, hacía ver como algo fuera de lugar la existencia de una universidad que solamente se ocupaba de unos cuantos. En opinión de algunos, estos recursos debían destinarse a proyectos de alfabetización o escolarización elemental, lo que significaba asignarles una cantidad descomunal de recursos para poder abatir el analfabetismo. Otros consideraban que el país necesitaba ambas cosas y que, sin perder de vista el retraso en la educación básica, era necesario continuar formando cuadros profesionales. El país requería

médicos, abogados, ingenieros y éstos sólo podían formarse en la universidad. No era posible que el gobierno se desentendiera de la educación profesional.³⁹

De este modo, en opinión de Josefina Mac Gregor, la universidad “nace bajo la mirada de dos momentos: dentro del Porfiriato, pero con una óptica que incorpora muchas ideas que se van a desarrollar durante la Revolución”.⁴⁰ De aquí que ya no se vuelva a discutir si la universidad se elimina o no, sino que se vuelve una institución central de la sociedad mexicana en los siguientes años. Ello se debe, entre otros factores, a que tanto Nemesio García Naranjo como José Vasconcelos fueron gente cercana a Justo Sierra y se dieron a la tarea de estimular esa universidad bajo los principios de Sierra pero, a la vez, integrando ideas más modernizadoras. De aquí que desde entonces se hablara ya de una educación integral, en la cual se debía incluir lo físico, lo intelectual, la formación estética, etcétera.⁴¹

LA MEMORIA DE LOS UNIVERSITARIOS

Una remembranza constante es la libertad con que transitaban por algunas calles: El Carmen, República de Argentina, Moneda, Academia, Primo Verdad, República de Brasil, Donceles, Palma.⁴² “La alegría la ponía el estudiantado, los muchachos eran quienes armaban la algarabía, pero era un barrio muy tranquilo en esa época”, agrega una entrevistada.⁴³ También se refieren al Palacio de Minería, al Arzobispado, a la Academia de San Carlos, lugares emblemáticos que sobresalen dentro del cúmulo de sus recuerdos. Relatan que en esta última se encontraba la Escuela de Arquitectura en la planta alta y la de Artes Plásticas en la planta baja.⁴⁴ Todos entraban por el mismo patio donde estaba la Victoria de Samotracia y otros bustos y esculturas que había traído el maestro Carlos Lazo⁴⁵ lo que, según Teodoro González de León, “le daba un fuerte aire porfirista”.⁴⁶

Los estudiantes de las distintas escuelas acudían a los cafés, a Sanborns, a Las Ramblas de la calle de Motolinía, a las cantinas y, sobre todo, a jugar billar. Sin embargo, a estas diversiones asistían poco los alumnos de medicina, que se iban a los hospitales, los estudiantes de leyes, que empezaban a trabajar en los despachos de



La Academia de San Carlos fue un lugar emblemático en el imaginario colectivo de los universitarios.

Estudiantes de la Academia de San Carlos, 1910.

© 173241 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.

abogados y los de odontología, que también iniciaban sus prácticas.⁴⁷ A un lado del Zócalo estaba la nevería Bombi, que era muy famosa en aquella época, y desde donde veían la Catedral Metropolitana. En Brasil, casi esquina con Venezuela, había otra nevería cuyo nombre se ha olvidado. Proliferaban los cafés de chinos en donde los preparatorianos, muchos de ellos de provincia, podían ir a tomar un bísquet y un café. También había pulquerías, cervecerías y cantinas, pero “por respeto a nosotros mismos, a la universidad y a nuestros padres, no nos metíamos a esos lugares”, dice uno de los entrevistados, originario de La Barca, Jalisco.⁴⁸

Además de acudir a la biblioteca de cada escuela, los alumnos eran asiduos visitantes de las muchas librerías que había en el barrio.⁴⁹ Había actividades culturales, pero la mayor parte de los alumnos no les hacían mucho caso. Asimismo, recuerdan que los mandaban a hacer algunos trabajos a los museos, los cuales se encontraban en las calles aledañas.⁵⁰

Los estudiantes de la preparatoria, ubicada entre El Carmen y la calle de Argentina, recuerdan que había

dos turnos, el matutino y el vespertino, y que sólo duraba dos años.⁵¹ Los alumnos de la tarde trabajaban por las mañanas y dedicaban el tiempo restante a sus estudios. Por eso, el ambiente en las últimas horas del día era más sereno, los cafés y las neverías llenas, y poca gente transitando por las calles. Algunos salían a las diez u once de la noche y caminaban nueve o diez cuadras hasta la calle de Mina, en la colonia Guerrero, que era donde vivían, y siempre lo hacían sin tener problema alguno.⁵²

El ambiente de la mañana en la preparatoria era totalmente diferente. Casi todos los compañeros eran exclusivamente estudiantes y asistían a clases de las siete a las once de la mañana. De ahí se iban al billar, al cine Goya, que estaba a la vuelta de la calle de El Carmen, al cine Río, que estaba a dos cuadras, al Savoy, o al cine Venus. También paseaban con la novia o con la pretendiente en turno. Era un ambiente muy juvenil, de mucha pachanga, de mucho relajo, muy diferente al de la noche, más tranquilo y más sobrio. Enfrente estaban la librería Porrúa y la librería Robredo.⁵³



Los cines que rodeaban a la preparatoria eran de segunda o de tercera. En esa época había cines de tres clases: los de primera, que costaban cuatro pesos y en los que sólo pasaban una película, que eran los cines buenos, como el Alameda, el Palacio Chino, el Mariscal, el Roble. Luego venían los de segunda, en donde pasaban dos películas de estreno por el mismo precio, que era de dos pesos. Y, por último, estaban los cines de tercera, en los cuales se exhibían tres películas por un peso y “salía uno con los ojos como alumbrados, como lámparas, después de seis horas de cine”.⁵⁴

La prepa tenía dos entradas: la de San Ildefonso y la de Justo Sierra 16, que era donde estaban las oficinas administrativas y las de las autoridades.⁵⁵ La entrada era

normalmente por el primer patio, a cuya mano izquierda se encontraba una escalera y un vitral precioso, relata uno de ellos. Luego venía el patio de enmedio, con una fuente, que además tenía una cancha de basquetbol, un gimnasio y una peluquería. Y al final estaba el patio grande, enorme, que ahora tiene plantas y árboles, pero que antes estaba totalmente vacío. Ahí era donde se organizaban los té s danzantes, las tardeadas, los bailes y, lo más importante, el baile anual en el que se escogía a una reina.⁵⁶

El baile de fin de año lo organizaba el presidente de la sociedad de alumnos de la preparatoria, que era electo cada dos años, junto con un representante de cada salón. En el baile se reunían los alumnos de los dos

Para los muchachos de la preparatoria el mercado era un lugar de paso obligado para satisfacer el apetito. Compradores y vendedores en un mercado de las calles del Distrito Federal, ca. 1910.

© 5610 CONACULTA.INAH.
SINAFO.FN.MÉXICO.



Los preparatorianos, muchos de ellos de provincia, podían almorzar en los cafés de chinos. También había cabarets, pero “por respeto a nosotros mismos, a la Universidad y a nuestros padres, no nos metíamos a esos lugares”. Cantina Nuevo Jalisco, San Juan de Letrán núm. 58 (hoy Eje Central Lázaro Cárdenas) ca. 1912.

© GDF, Secretaría de Cultura, Museo Archivo de la fotografía.

turnos y era la oportunidad para conocerse y convivir. Al baile se llevaba a los conjuntos musicales de moda, que en los años cincuenta tocaban rock, ritmo que se bailaba a la manera de los jóvenes de Estados Unidos de América.⁵⁷

En la narración se evocan las distintas calles de la zona, cada una con su respectiva especialidad: Seminario y Argentina eran las calles donde vendían armas y cartuchos para cacería; Plateros era la de los joyeros; Donceles, la de los trece juzgados que había entonces.⁵⁸ En la calle de República de Argentina había una nevería que tenía un tapanco donde iban a tomar helados y en San Ildefonso, frente a la Prepa, un estanquillo llamado El Pánucos. Ahí los estudiantes hacían todo tipo de diabluras

como, por ejemplo, llevarse completa la charola del pan con trenzas y donas que les encantaban. Desaparecían la charola y se iban corriendo sin pagar. Algunos de ellos se robaban los refrescos de los camiones repartidores y también echaban volados con un señor que vendía fruta en una cesta llena de jícamas, pepinos, papaya, y a veces hasta la canasta perdía.⁵⁹

Enfrente de la preparatoria había una tienda muy famosa donde hacían unas tortas y sándwiches riquísimos, la tienda de Catita, y si los estudiantes no llevaban dinero, les fiaban dejando en prenda libros, relojes, plumas, cuadernos, etc. Siempre estaba llena esa tortería. Catita los adoraba y ellos también a ella. Los muchachos de la preparatoria iban también a comer al mercado

Abelardo Rodríguez, donde hacían todo tipo de antojitos mexicanos, como garnachas y tacos. El mercado era un lugar de paso obligado.⁶⁰

Cabe destacar que los universitarios se encontraban rodeados también por escuelas del Politécnico, rivales acérrimos en el fútbol americano, pero identificados como jóvenes estudiantes. A pesar de algunos zafarranchos, originados sobre todo en la rivalidad deportiva, en el barrio llegaban a confundirse universitarios y politécnicos, que se unían a la hora de la diversión y la convivencia.⁶¹

Muchos de los estudiantes de la preparatoria de la época participaban en actividades deportivas y en competencias de pista y campo, esgrima o lucha grecorromana. Les gustaba jugar fútbol y organizaban campeonatos de ajedrez. Era famoso el ajedrez humano que formaban en uno de los patios de la escuela, que tenía el piso cuadrículado.⁶² También se hacían ceremonias especiales en San Ildefonso, en el salón llamado El Generalito, que tenía unas bancas bellísimas, talladas en madera.⁶³ Asimismo, recuerdan un festival que se organizaba cada año en el cine-teatro Alameda, que se encontraba precisamente frente a la Alameda, en el que se invitaba a todos los artistas de la época, y al cual asistió alguna vez María Félix.⁶⁴

En la preparatoria se organizaban bienvenidas para los alumnos de nuevo ingreso, en las que se les hacía subir todas las escaleras, recorrer los pasillos y se les presentaba en los distintos salones. Eran bienvenidas, no novatadas.⁶⁵ Estas últimas eran algo más común en la vida de los universitarios de entonces. Los de segundo año se disfrazaban como personajes del cine de la época, de luchadores, de boxeadores, disfraces chuscos, mientras que a los novatos se les rapaba, se les colocaba un pañal y se les ponía a jalar las carretas del desfile de disfraces. Era como un desfile de carnaval por todo el Zócalo y las calles adyacentes.⁶⁶ En las novatadas sólo participaban los hombres, “a las mujeres se les respetaba”. Después de la novatada rifaban a alguno de los nuevos y las mujeres compraban boletos. Quien lo ganaba, tenía un esclavo por un día, que la acompañaba, le cargaba los libros, etcétera.⁶⁷

Las más famosas eran las novatadas que se hacían en la carrera de arquitectura: a los nuevos los amarraban, los desvestían, les cortaban sus trajes con tijeras de piquitos, de las que usaban los sastres, los dejaban medio desnudos, les untaban chapopote, les pegaban plumas de pollo y los llevaban encadenados al Zócalo a pedir limosna; luego los azotaban con botes de lámina, les echaban agua con arena y les daban chicotazos en el cuerpo.⁶⁸ Teodoro González de León describe las novatadas que se practicaban en la Escuela de Arquitectura como “las más salvajes de toda la universidad, sólo comparables con las del Colegio Militar”.⁶⁹ Y estas novatadas continuaron cuando se trasladaron a Ciudad Universitaria, a mediados de los años cincuenta.

El cambio fundamental para estas generaciones tuvo lugar cuando la universidad se trasladó a C.U.,⁷⁰ y los estudiantes abandonaron el *barrio universitario*.⁷¹ Primero se fueron las facultades, luego las prepas y las calles quedaron muy solas; algunos comercios cerraron, fue algo muy triste coinciden todos.⁷² En el barrio tenían su casa, el trabajo, las diversiones, los cafés, las muchachas que estudiaban en colegios, como el de Comercio y Administración, ubicado en la esquina de Guatemala y El Carmen. En cambio, cuando llegaron a Ciudad Universitaria, no había nada de nada. No había cafés, los primeros camiones llegaban hasta el monumento a Álvaro Obregón y de ahí había que irse caminando o pedir aventón a alguno de los pocos muchachos que tenían coche.⁷³ Fue un cambio muy drástico, porque el nuevo escenario aisló a la universidad de la ciudad.⁷⁴

La transformación del barrio fue total. Lo primero que cambió fueron los giros comerciales. Por ejemplo, Belisario Domínguez era una calle de imprentas, de elaboración de diplomas, y poco a poco se fue transformando y abriendo otro tipo de negocios e incluso se construyeron algunas viviendas.⁷⁵

Fue el principio del fin de la vida en San Carlos y de todo el barrio estudiantil [...] Con la salida de las escuelas y sus estudiantes en los cincuenta murieron librerías, fondas y cantinas.⁷⁶

PÁGINA SIGUIENTE:

A los estudiantes les gustaba asistir a los teatros, que se convirtieron en cines, ca. 1910.

© GDF, Secretaría de Cultura, Museo Archivo de la fotografía.



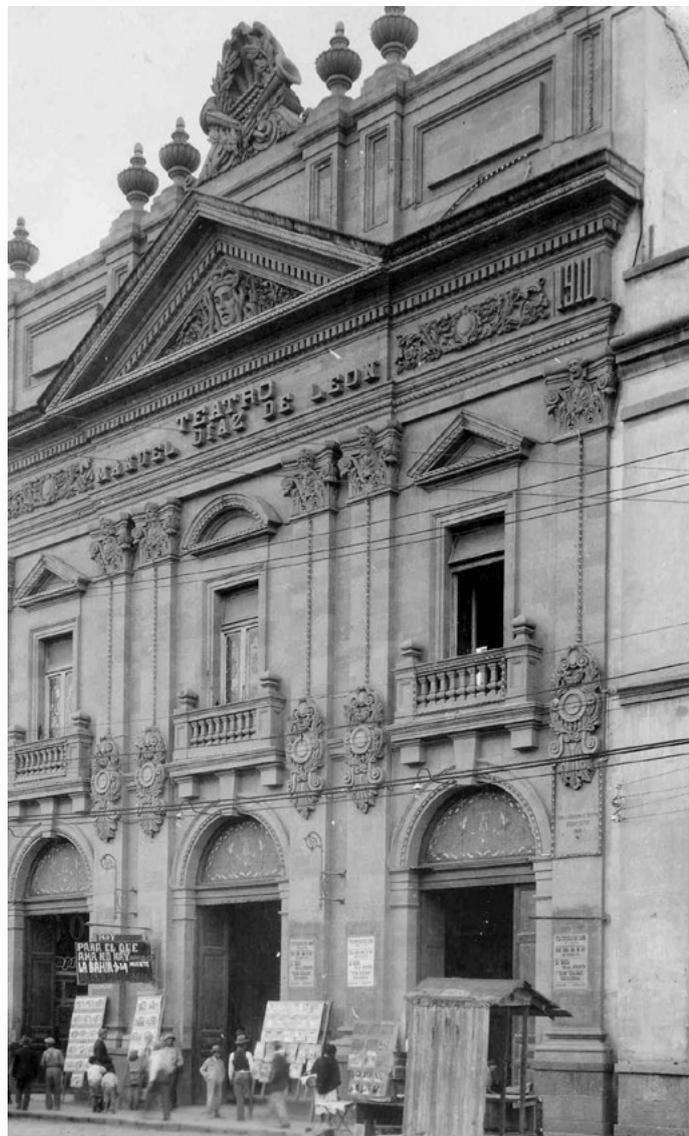
Algunos de los entrevistados recuerdan a Justo Sierra como el personaje que fundó la universidad y le dio su carácter laico.⁷⁷ Pero en la mente de todos permanece fijo el recuerdo de José Vasconcelos y el logro de la autonomía como un momento fundamental en la historia de la universidad. De este modo, parecería confirmarse la hipótesis de Javier Garciadiego en el sentido de que “el verdadero nacimiento de la institución fue en 1920 y no en 1910, y que el legado del porfirista Justo Sierra es menor que el del revolucionario José Vasconcelos”.⁷⁸

LA MEMORIA DE LOS HABITANTES DEL BARRIO

Al ser entrevistados algunos locatarios del mercado Abelardo L. Rodríguez, ubicado en las calles de República de Colombia, República de Venezuela, del Carmen y Rodríguez Puebla, encontramos otros recuerdos de lo que fue el antiguo *barrio universitario*. El mercado servía de paso para los estudiantes que vivían en el barrio de Tepito y pasaban por ahí a comprar tortas y fruta para desayunar antes de ir a clases a la preparatoria o a la Escuela de Medicina.⁷⁹ En general, los estudiantes eran bien vistos por los comerciantes del mercado, quienes se sentían tratados con mucho respeto. A veces los jóvenes iban en grupos, otras veces con sus novias, y les gustaba observar los murales que se convirtieron en un acervo cultural muy importante en el Centro Histórico. En algunas ocasiones llegaba a haber problemas de pandillas, que terminaban peleando en el Jardín de Loreto, pero no era algo común.⁸⁰

El abarrotero recuerda el cine que funcionaba en el Teatro del Pueblo, donde exhibían dos o tres películas por un peso, al igual que el cine Goya, que estaba en la calle del Carmen. Recuerda que el Zócalo todavía era un jardín, que el ambiente era muy bonito y que en el barrio circulaba el tranvía “que corría del rastro viejo hasta Azcapotzalco”.⁸¹

La señora que atiende la cremería habla con nostalgia de cómo se podía andar por las calles sin problemas, de cómo “se echaba novio por ahí por Santo Domingo, por donde estaba la prepa, y podía uno ir y venir tranquilo a las diez u once de la noche”.⁸² Recuerda que los universitarios organizaban las quemadas de Judas y que se



Los teatros eran refugio de las veladas estudiantiles, ca. 1910.

© GDF, Secretaría de Cultura, Museo Archivo de la fotografía.

les veía siempre paseando en parejitas en San Ildefonso, afuera de las tienditas. Así eran las cosas, hasta que a mediados de los años cincuenta la universidad se trasladó a Ciudad Universitaria y los muchachos debían tomar un camión en la calle del Carmen o en República de Brasil para llegar hasta allá.⁸³

Por último, el señor que se hace cargo del puesto de fruta recuerda que los muchachos eran muy sanos, jugaban fútbol o basquetbol e iban muy seguido al mercado a comer sopes y atole champurrado. Muchos de ellos eran jóvenes de la Casa del Estudiante, que “era como una casa-hogar para los que venían de fuera”. Algunos estudiaban en la Escuela de Medicina, otros en economía, otros en derecho y algunos más eran alumnos de la preparatoria. Una de sus diversiones era ver películas en el cine Goya o en el Teatro del Pueblo que, según cuentan, fue inaugurado por Jorge Negrete. Y es que la

La inauguración de la Universidad fue enmarcada por la celebración del Centenario de la Independencia. Avenida Juárez después de la procesión cívica del 14 de septiembre de 1910. Ezequiel A. Chávez, 1910.
 IISUE.AHUNAM.EACH-0431



presencia de artistas en el barrio estudiantil siempre fue importante y se convirtió en referencia obligada en los relatos sobre la zona.⁸⁴

Los propietarios de algunos de los restaurantes o cafés, por donde transitaban los estudiantes universitarios en las décadas pasadas, también nos dieron su testimonio. El dueño del restaurante El Taquito, negocio que fue fundado en 1923, nos habló de lo que su papá le platicaba acerca del *barrio universitario*. Recuerda que le contaba que estaban las escuelas de Jurisprudencia, Medicina, Odontología y Derecho. El barrio era muy distinto. Los vecinos y los estudiantes acudían al restaurante. Los negocios de tradición eran El Taquito, ubicado en la calle del Carmen, Las Cazuelas y Las Delicias, pero el primero es el único que continúa existiendo. El tránsito era más fácil –agrega– y “por aquí pasaba el tren, pero ahora ya no hay ningún tren”.⁸⁵

Los estudiantes también acudían a una cantina que se llamaba El Nivel, que estaba en el Zócalo, a un lado de Palacio Nacional, o a otra cantina llamada Centenario de Colón, que ya desapareció. El edificio sigue existiendo, pero ahora es una tienda de baratijas.⁸⁶ El barrio se ubicaba entre las calles de San Ildefonso, Belisario Domínguez y Licenciado Primo Verdad, hasta llegar a espaldas de la Catedral. Toda esa zona estaba ocupada por escuelas. Sin embargo, cuando los estudiantes se fueron del barrio para ir a estudiar a Ciudad Universitaria, muchos comercios, papelerías y cines fueron desapareciendo. “El cine es ahora un hospital, al que apenas llega la gente; lo único que queda es El Taquito, pero los edificios se siguen conservando”, finalizó el señor Rafael Guillén.⁸⁷

En la Fonda de los Ángeles nos encontramos con la señora Cristina García; relata que la zona era muy tranquila y que todo mundo se conocía; había muchos vecinos y todos sabían quiénes eran. Recuerda que por ahí pasaba el tren, que en San Ildefonso había dos prepas muy importantes y que estaban también la Escuela de Medicina y las del Politécnico. En su opinión, la comunidad estudiantil siempre fue muy agradable porque aportaba cosas. Se podía conversar con los muchachos acerca de sus escuelas, de las carreras, de los bailes. Los preparatorianos “eran gente culta, preocupados por lo que iban a hacer en el futuro”, nos dice. Alrededor de las prepas había un comercio y una algarabía constantes. Era un barrio muy alegre, en donde no se hablaba de otra cosa más que de las escuelas y de los bailes que se organizaban en las preparatorias.⁸⁸

La señora Cristina platica también de las casas de huéspedes para los muchachos que no tenían grandes recursos económicos, pero cuyos padres hacían un gran esfuerzo para que vinieran a estudiar y se convirtieran en buenos profesionistas. Al llegar se albergaban en la calle de Colombia, donde había muchas casas para estudiantes. Pero cuando la universidad se fue a otro lugar y se cerraron las escuelas, “el barrió se murió, cayó así, como de pico; empezó a llegar gente de otra zona y fue cambiando el comercio”, concluye la señora Cristina.⁸⁹

Por último, el señor Carlos Diez, dueño del café La Blanca, relata que los estudiantes acudían a su café a desayunar y a comer. La Blanca era parada obligada de quienes se hospedaban en las casas de huéspedes, pero también se iban al Café Tacuba, a Sanborns o a la Súper Leche, que se cayó con el temblor de 1985. De manera especial, recuerda que la gente del barrio iba a la Escuela de Medicina a hacerse todo tipo de exámenes de sangre, a sacarse radiografías, etc.⁹⁰ Hoy llegan a desayunar a su café quienes trabajan en los alrededores o familias y personas mayores. Muchos de ellos son antiguos estudiantes que regresan después de los años para recordar a las amistades que hicieron en el barrio de entonces. El señor Diez se pregunta si no sería posible que la universidad regresara a alguna de sus facultades, pues eso serviría para rescatar sus edificios, reactivarlos y, al mismo tiempo, recuperar el ambiente juvenil del *barrio universitario*.⁹¹

A CIEN AÑOS DE LA FUNDACIÓN: REFLEXIÓN FINAL

En 2001 se llevó a cabo la celebración de los 450 años de la fundación de la Real y Pontificia Universidad de México, a la cual se le dio una gran difusión nacional e internacional. Además, la conmemoración tuvo relevancia, pues contribuyó al rescate de una serie de documentos históricos y piezas de museo. En 2010, el sentido de la conmemoración es distinto. En opinión de una de nuestras entrevistadas, Paulette Dieterlen, la celebración de la fundación de la Universidad Nacional en 1910 debe hacer hincapié en el proyecto de Justo Sierra, que fue el que se desarrolló a lo largo del siglo XX, y rescatar un aspecto fundamental del mismo: el carácter laico

de la educación.⁹² A un siglo de su fundación, estamos obligados a reflexionar sobre el papel social y nacional de una comunidad volcada al mundo, comprometida con el cultivo de la ciencia y las humanidades, donde la cultura pueda tener un sentido político, como un espacio para el pensamiento, la generación de conocimiento y la innovación constante.⁹³

Hoy como ayer, corresponde transmitir a la sociedad el mensaje de que el futuro depende en gran medida de la educación y que la universidad, como comunidad crítica y pensante, puede contribuir a la construcción de un mejor país.

Éste es, pues, un momento importante para reflexionar acerca de nuestra identidad como universitarios, de dónde venimos y quiénes somos, del paso de una universidad religiosa a una laica, de las transformaciones que ha experimentado a lo largo de estos cien años, de sus momentos de conflicto y de los logros alcanzados a partir de las crisis, del verdadero sentido de la autonomía universitaria, del concepto de lo nacional.⁹⁴ Todo esto nos lo permite este año de festejos. No podemos olvidar que la inauguración de la universidad formó parte de los festejos del Centenario pero, al mismo tiempo, podemos aprovechar la conmemoración de los cien años de la universidad para reflexionar tanto sobre sus logros como de sus problemas. Tal vez hoy no existan muchos espacios para la memoria, pero la idea de recordar la historia de la universidad debe mantenerse como parte del sentido de identidad de los universitarios y de nuestro papel en la sociedad, tal como lo soñó alguna vez Justo Sierra.

NOTAS

¹ De Garay (2006), p. 18.

² *Ibid*, pp. 16-19.

³ *Ibid*, p. 20.

⁴ *Ibid*, pp. 21-22.

⁵ De Garay (1994), pp. 10-11.

⁶ La historia de la fundación de la Universidad Nacional y su desarrollo posterior durante el decenio revolucionario han sido estudiados en el libro de Garciadiego (1996). También se puede consultar otro texto del mismo autor: Garciadiego (2006, pp. 13-163).

⁷ “Informe leído por el ciudadano presidente de la República al abrirse el primer periodo de sesiones del 25º Congreso de la Unión el 16 de septiembre de 1910” (1910) *La Patria*, 17 de septiembre.

⁸ Entre las actividades académicas en la capital del país destacan el Congreso de Americanistas y la célebre serie de conferencias con temas de índole nacionalista organizadas por el grupo del Ateneo de la Juventud. Ver Garciadiego (1996, pp. 37-38).

⁹ “Apertura de la Universidad Nacional” (1910) *La Iberia*, 24 de septiembre.

¹⁰ Garciadiego (1996), p. 24.

¹¹ *Ibid*, p. 36.

¹² Garciadiego (2006), p. 43.

¹³ Hasta 1910, la Escuela de Bellas Artes tenía tres secciones: Arquitectura, Pintura y Escultura, pero sólo la primera fue incorporada a la Universidad Nacional. Las otras dos siguieron dependiendo de la Secretaría de Instrucción Pública, aunque las tres permanecieron en el mismo edificio. Ver Garciadiego (2006, p. 32) y también a Trápaga (2004, p. 95).

¹⁴ “Informe leído por el ciudadano presidente de la República al abrirse el primer periodo de sesiones del 25º Congreso de la Unión el 16 de septiembre de 1910” (1910) *La Patria*, 17 de septiembre y “La ceremonia de la fundación de la Universidad” (1910) *El Imparcial*, 22 de septiembre. El plan de las Escuelas fue elaborado por Justo Sierra y el de la Escuela Nacional de Altos Estudios por Ezequiel Chávez. *Vid.* Trápaga *Ibidem*.

¹⁵ “Nuevo anfiteatro de la Escuela Preparatoria” (1910) *El Imparcial*, 27 de septiembre.

¹⁶ Este honor les fue concedido por sus descubrimientos científicos, por su dedicación al estudio de la historia de México, por sus servicios al progreso económico del país, por su labor filantrópica o por sus esfuerzos para lograr la paz entre los pueblos. “Apertura de la Universidad Nacional” (1910) *La Iberia*, 24 de septiembre.

¹⁷ Ver la lista completa de los invitados a asistir en representación de las universidades extranjeras en “Delegados por universidades extranjeras” (1910) *El Imparcial*, 20 de agosto.

¹⁸ “La inauguración de la Universidad” (1910) *El Correo Español*, 23 de septiembre. El texto del discurso inaugural de Justo Sierra puede consultarse en “Notable discurso del Sr. Lic. Justo Sierra” (1910), *La Iberia*, 24 de septiembre.

¹⁹ Trápaga (2004), p. 96.

²⁰ Aparentemente quedó poco espacio para los profesores y estudiantes que, según la crónica oficial, ocuparon el segundo piso del recinto. Véase Garciadiego (1996, p. 40).

²¹ “Apertura de la Universidad Nacional” (1910) *La Iberia*, 24 de septiembre y “La Universidad Nacional de México fue solemnemente inaugurada por el primer magistrado de la nación” (1910) *El Tiempo*, 23 de septiembre.

²² “Inauguró ayer el presidente de la República la Universidad” (1910) *El País*, 23 de septiembre y “El gran salón del Claustro Universitario” (1910) *El Imparcial*, 10 de agosto. Véase también Trápaga (2004, p. 96).

²³ Garciadiego (1996), p. 27.

- ²⁴ “Inauguró ayer el presidente de la República la Universidad” (1910) *El País*, 23 de septiembre y “La inauguración de la Universidad Nacional fue un acto de los más significativos” (1910) *El Imparcial*, 23 de septiembre.
- ²⁵ Entrevista con la Dra. Alejandra Moreno Toscano, Autoridad del Centro Histórico de la Ciudad de México y estudiante de la Preparatoria Nacional, México, DF, 7 de diciembre de 2009.
- ²⁶ Entrevista con la Lic. María de los Ángeles González Gamio, secretaria general del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1995-2007 y estudiante de la Preparatoria Nacional, México, DF, 16 de diciembre de 2009.
- ²⁷ Entrevista con la Dra. Alejandra Moreno Toscano, México, DF, 7 de diciembre de 2009.
- ²⁸ *Ibid.*
- ²⁹ Entrevista con la Dra. Josefina Mac Gregor, profesora de carrera de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México, DF, 3 de febrero de 2009.
- ³⁰ *Ibid.*
- ³¹ *Ibid.*
- ³² Entrevista con la Lic. María de los Ángeles González Gamio, México, DF, 16 de diciembre de 2009.
- ³³ Garciadiego (2006), p. 89.
- ³⁴ Entrevista con la Dra. Josefina Mac Gregor, México, DF, 3 de febrero de 2009.
- ³⁵ *Ibid.*
- ³⁶ *Ibid.*
- ³⁷ *Ibid.*
- ³⁸ El único presupuesto adicional fue el asignado a Rectoría y a la Escuela de Altos Estudios. Entrevista con la Dra. Josefina Mac Gregor, México, DF, 3 de febrero de 2009.
- ³⁹ *Ibid.*
- ⁴⁰ *Ibid.*
- ⁴¹ *Ibid.*
- ⁴² Entrevista con el Sr. Pedro Flores Ortiz, México, DF, 15 de enero de 2010, quien forma parte de un grupo de universitarios con los que pudimos conversar, que durante los años cuarenta y cincuenta fueron alumnos de la preparatoria, de arquitectura o de derecho.
- ⁴³ Entrevista con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁴⁴ San Carlos también alojaba dos instituciones fundamentales para la enseñanza de las bellas artes: la biblioteca y el museo de pintura. Consultar González (2004).
- ⁴⁵ Entrevista con el Sr. Pedro Flores Ortiz, México, DF, 15 de enero de 2010.
- ⁴⁶ González (2004), p. 134. En las siguientes páginas de este texto se puede encontrar una bella descripción del patio de la Academia de San Carlos.
- ⁴⁷ Entrevista con el Sr. Pedro Flores Ortiz, México, DF, 15 de enero de 2010.
- ⁴⁸ Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁴⁹ Entrevistas con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF, 14 de enero de 2010 y con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁵⁰ Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁵¹ Entrevistas con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF, 14 de enero de 2010 y con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁵² Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁵³ *Ibid.*
- ⁵⁴ *Ibid.*
- ⁵⁵ *Ibid.*
- ⁵⁶ Entrevistas con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF, 14 de enero de 2010, con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF, 14 de enero de 2010, y con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.

- ⁵⁷ Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁵⁸ *Ibid.*
- ⁵⁹ Entrevistas con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF, 14 de enero de 2010 y con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶⁰ Entrevistas con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, D.F., 14 de enero de 2010 y con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶¹ Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶² Una descripción detallada del edificio de la Preparatoria y su “patio grande de piso ajedrezado” podemos encontrarla en Aguilar (1951, p. 7).
- ⁶³ Entrevista con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶⁴ *Ibid.*
- ⁶⁵ Entrevista con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶⁶ Entrevistas con el Sr. Pedro Flores Ortiz, México, DF, 15 de enero de 2010 y con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶⁷ Entrevistas con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF, 14 de enero de 2010 y con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶⁸ Entrevista con el Arq. Ernesto Jarada Moreno, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁶⁹ González (2004), pp. 144-145.
- ⁷⁰ Para mayores detalles del traslado a Ciudad Universitaria y sus repercusiones se puede consultar el trabajo de Leal (2004, pp. 157-186).
- ⁷¹ Entrevista con el Sr. Pedro Flores Ortiz, México, DF, 15 de enero de 2010.
- ⁷² Entrevista con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁷³ Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁷⁴ González (2004), p. 149.
- ⁷⁵ Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF, 14 de enero de 2010.
- ⁷⁶ González (2004), p. 154.
- ⁷⁷ Entrevista con el Sr. Pedro Flores Ortiz, México, DF, 15 de enero de 2010.
- ⁷⁸ Garcíadiago (1996), p. 13.
- ⁷⁹ Entrevista con el abarrotero del Mercado Abelardo L. Rodríguez, México, DF, 5 de enero de 2010.
- ⁸⁰ *Ibid.*
- ⁸¹ *Ibid.*
- ⁸² Entrevista con la señora que atiende la cremería del Mercado Abelardo L. Rodríguez, México, DF, 5 de enero de 2010.
- ⁸³ *Ibid.*
- ⁸⁴ Entrevista con el señor que atiende el puesto de la fruta del Mercado Abelardo L. Rodríguez, México, DF, 5 de enero de 2010.
- ⁸⁵ Entrevista con el Sr. Rafael Guillén, dueño del restaurante El Taquito, México, DF, 8 de enero de 2010.
- ⁸⁶ *Ibid.*
- ⁸⁷ *Ibid.*
- ⁸⁸ Entrevista con la Sra. Cristina García, Fonda de los Ángeles, México, DF, 8 de enero de 2010.
- ⁸⁹ *Ibid.*
- ⁹⁰ Entrevista con el Sr. Carlos Diez, dueño del café La Blanca, México, DF, 8 de enero de 2010.
- ⁹¹ *Ibid.*
- ⁹² Entrevista con la Dra. Paulette Dieterlen, titular de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, México, DF, 12 de enero de 2010.
- ⁹³ Cordera, Rolando (2008), “La UNAM, siempre nacional”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 54, agosto, pp. 23-26.
- ⁹⁴ Entrevistas con el Dr. Ramón Peralta y Fabi, Director de la Facultad de Ciencias de la UNAM, México, DF, 14 de diciembre de 2009 y con la Dra. Paulette Dieterlen, México, DF, 12 de enero de 2010.

BIBLIOGRAFÍA

ANDANZAS Y EXTRAVÍOS DE LOS ESTUDIANTES EN EL BARRIO UNIVERSITARIO

- ALVARADO, María de Lourdes, “La Universidad Nacional de México en tiempos del Centenario”, en Virginia Guedea, *Asedios a los centenarios*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2009.
- CURIEL, Fernando, Carlos Ramírez y Antonio Sierra, *Índice de las revistas culturales del siglo XX* (Ciudad de México), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- CURIEL DEFOSSÉ, Fernando, “Letrados centenarios: 1910, 1921,” en Virginia Guedea, *Asedios a los centenarios*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2009.
- , *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- GAMBOA, Federico, Director de la Academia, v. *Mi diario*, México, Ediciones Botas, 1938.
- GARCÍA, Genaro, Crónica Oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México, Reimpresión de la edición facsimilar de México, Grupo Condumex, SA. DE CV., Centro de Estudios de Historia de México, 1991.
- HERNÁNDEZ LUNA, Juan (editor), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- LUNA, Andrés de, *Martín Luis Guzmán*, México, Senado de la República, 1987.
- MARÍA Y CAMPOS, Armando de, *Las tandas del Principal*, México, Editorial Diana, 1989.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, *La Patria en el Paseo de la Reforma*, México, FCE/UNAM, 2005.
- QUINTANILLA, Susana, *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución Mexicana*, México, Tiempo de memoria, Tusquets editores, 2009.
- , “Nosotros”, *La juventud del Ateneo de México*, México, Tiempo de memoria, Tusquets editores, 2008.
- REYES, Alfonso, “Pasado inmediato”, *Obras completas de Alfonso Reyes*, vol. XII, México, FCE, 1960.
- SIERRA, Justo, “Discursos”, *Obras completas*, tomo V, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948.
- VELÁSQUEZ ALBO, María de Lourdes, “La propuesta estudiantil de reforma en 1910 (Primer Congreso Nacional de Estudiantes) en Alvarado, Lourdes (coord.), *Tradición y reforma en la Universidad de México*, México, UNAM/CESU/Miguel A. Porrúa, pp. 203-236, 1994.

DIARIOS CONSULTADOS 1907-1910

- El Abogado Cristiano*, México, DF.
- Álbum de damas*, México, DF.
- El Correo Español*, México, DF.
- El Debate*, México, DF.
- Diario Oficial*. Estados Unidos Mexicanos, México, DF.
- Diario del Hogar*, México, DF.
- El entreacto*, México, DF..
- El Imparcial*, México, DF.
- El Mundo Ilustrado*, México, DF.
- La Patria*, México, DF.
- El Popular*, México, DF.
- El Tiempo*, México, DF.
- La Voz de México*, México, DF.
- El Contemporáneo*, San Luis Potosí, SLP.

La Democracia, Toluca, Estado de México.
La Gaceta de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco.

- EL BARRIO UNIVERSITARIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO A INICIOS DEL SIGLO XX
- AGOSTINI, Claudia y Elisa Speckman, *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, IIH, UNAM, 2001.
- AGUILAR, Gilberto F., *El barrio estudiantil de México*, México, Editorial Latina, 1951.
- ALFARO SALAZAR, Francisco y Ochoa Vega, Alejandro, *Espacios distantes... aún vivos. Las salas cinematográficas de la Ciudad de México*, México UAM-Xochimilco, 1999 (primera reimpresión).
- ALVARADO, Lourdes, (coord.), *Tradición y reforma en la Universidad de México*, México, CESU, UNAM, Porrúa, 1994.
- , “La Universidad Nacional de México en tiempos del Centenario”, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, México, UNAM, FCE, 2009, pp. 166-225.
- AZUELA DE LA CUEVA, Alicia, “Las Artes plásticas en las conmemoraciones de los centenarios de la Independencia, 1910, 1921”, en Virginia Guedea, *op.cit.*, pp. 108-165.
- BARBOSA, Mario, “Insalubres e inmorales: Alojamientos temporales en la Ciudad de México, 1900-1920”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2003.
- , “Insalubres e inmorales: alojamientos temporales en la Ciudad de México, 1900-1920”, en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, vol. VII, núm. 146 (053), 1 de agosto de 2003 (<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146-053.htm>.)
- , “Rumbos de comercio en las calles. Fragmentación espacial en la Ciudad de México a comienzos del siglo XX”, en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, vol. X, núm. 218, (84), 1º de agosto de 2006 (<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-84.htm>.)
- , *El trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la Ciudad de México a comienzos del siglo XX*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2008.
- BARROS Cristina y Buenrostro, Marcos, *Vida Cotidiana. Ciudad de México 1850-1910*, México, Conaculta, UNAM, FCE, 1996.
- BENITEZ, Fernando, *Historia de la Ciudad de México (1325-1982)*, México, Editorial Salvat, 1984.
- , *La Ciudad que perdimos*, México, Editorial Era, 2000.
- BERRA STOPPA, Erica, *La expansión de la ciudad de México y los conflictos urbanos: 1900-1930*, México, Tesis de Doctorado, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 1982.
- CASO, A., A. Reyes, P. Henríquez Ureña, C. González Peña, J. Escofet, J. Vasconcelos, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 2000.
- COLLADO, María del Carmen (coord.), *Miradas recurrentes I. La ciudad de México en los siglos XIX y XX*, México, Instituto Mora, UAM, 2004.
- CONNOLLY, Priscilla, *El contratista de don Porfirio*, México, UAM, 1991.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Historia moderna de México*, México, “El Porfiriato. La vida social” por Moisés González Navarro, editorial Hermes, 1957.
- , *Historia moderna de México. El Porfiriato, La vida política interior*, México, editorial Hermes, 1970.
- CURIEL DEFOSSÉ, Fernando, “Letrados del Centenario, 1910, 1921”, en , Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, México, UNAM, FCE, 2009, pp. 283-369.
- DE GORTARI, Hira, “¿Un modelo de urbanización? La ciudad de México de finales del siglo XIX?”, en *Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales*, México, núm. 8, mayo-agosto, 1987.

- DE GORTARI, Hira y Regina, Hernández Franyuti, *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*, México, Departamento del Distrito Federal/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.
- DE LOS REYES, Aurelio (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México*, t. v, v. 2, Siglo xx. La imagen, ¿espejo de la vida?, México, FCE-El Colegio de México, 2006.
- DEL CASTILLO Troncoso, Alberto del, *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la Ciudad de México, 1880-1920*, México, Colmex-Instituto Mora, 2006.
- Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, Comité Interno de Ediciones Gubernamentales, México, 1988, p. 61-63.
- Departamento del Distrito Federal, Secretaria General de Desarrollo Social, Comité Interno de Ediciones Gubernamentales, *Crónica Gráfica de la Ciudad de México en el Centenario de la Independencia*, México, 1988.
- DÍAZ DE OVANDO, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910*, México, UNAM, 1972.
- ESPINO BARROS, Eugenio, *México en el Centenario de su Independencia 1910. Álbum Gráfico de la República Mexicana*, México, 1910, edición facsimilar, Conaculta, 2010..
- ESPINOSA LÓPEZ, Enrique, *Ciudad de México. Compendio cronológico de su desarrollo urbano. 1521-1980*, México, PUEC, UNAM, 1991.
- ESTRADA, Genaro, “El Real Colegio de San Ildefonso”, en Artemio de Valle Arizpe, *La noble y leal ciudad de México*, México, Editorial Cultura, 1924.
- FALCÓN, Ramona (coord.), *Cultura de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos*, México, 1804-1910, Colmex, Universidad Autónoma de Querétaro.
- FIGUEROA, Doménech, Guía descriptiva de la República Mexicana: historia, geografía, estadística, etc. con triple directorio del comercio y la industria, autoridades, oficinas públicas, abogados, médicos, hacendarios, correos, telégrafos y ferrocarriles, etc., México, Ramón de S.N., Araluce 1899, 2 vols.
- GARCÍA, Genaro, *Crónica Oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, reimpresión de la edición facsimilar de México, Grupo Condumex, S.A. DE C.V, Centro de Historia de México, 1991.
- GARCÍA STHAL, Consuelo, *Síntesis histórica de la Universidad de México*, México, UNAM, 1975, 2ª edición, 1979.
- GARCÍADIEGO, Javier, “Movimientos estudiantiles durante la Revolución Mexicana (estudio de caso de la participación de un grupo de clase media urbana)”, en Ma. de Lourdes Alvarado (*et al.*), *Los estudiantes: trabajos de historia y sociología*, México, CESU-UNAM, 1989, pp. 139-190.
- GARZÓN, Luis Eduardo, *La historia y la piedra. El Antiguo Colegio de San Ildefonso*, México, editorial Porrúa, 2000.
- GONZÁLEZ DE LEÓN, Teodoro, “La vida en el barrio universitario”, en *Un destino compartido. 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México*, México, UNAM, 2003.
- GONZÁLEZ GAMIO, Ángeles, *Corazón de piedra. Crónicas gozosas de la ciudad de México*, México, editorial Porrúa, 2006.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, *Población y Sociedad en México (1900-1970)*, 2 tomos, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Serie Estudios 42, UNAM, 1974.
- GUEDEA, Virginia, *La historia de los centenarios de la Independencia: 1910 y 1921*, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, México, UNAM, FCE, 2009, pp. 21-107.
- ALFARO SALAZAR, Francisco Haroldo y Alejandro Ochoa Vega, *Espacios distantes... aún vivos. Las salas cinematográficas de la ciudad de México*, México, UAM, 1999.
- ICAZA, Alfonso de, *Así era aquello. Sesenta años de vida metropolitana*, México, Botas, 2007.
- ILLADES, Carlos y Ariel Rodríguez Kuri, *Ciudad de México: instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, México, El Colegio de Michoacán, UAM, 1996.

- JIMÉNEZ, Jorge H. *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal. De sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*, México, CODEX editores, 1993.
- KRAUZE, Enrique y Fausto Zerón-Medina, *Porfirio. El Poder*, México, editorial Clío, 1993.
- LÓPEZ ROSADO, Diego, *Los servicios públicos de la Ciudad de México*, México, México, ed. Porrúa, 1976.
- MARSISKE, Renate, “Los estudiantes en la Universidad Nacional de México: 1910-1928”, en María de Lourdes Alvarado *et al.*, *Los estudiantes: trabajos de historia y sociología*, México, CESU-UNAM, 1989, pp. 191-223.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos (editor), *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, México, GDF, SEDEREC, Fideicomiso del Centro Histórico, 2009.
- MORALES, María Dolores, *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*, México, SEP, INAH, 1978.
- , “Expansión urbanística entre 1858 y 1910”, en Gustavo Garza (coord.), *La Ciudad de México al final del segundo milenio*, México, El Colegio de México, Gobierno del Distrito Federal, 2000.
- MORALES Jiménez, Alberto, *1910: Biografía de un año decisivo*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1963.
- MORENO TOSCANO, Alejandra *et al.*, *Investigaciones sobre la historia de la Ciudad de México*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005.
- NOVO, Salvador, *Seis siglos de la Ciudad de México*, México, FCE, 1974.
- O’GORMANN, Edmundo, *Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México: 1910*, México, UNAM, 1950.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo, “Circo, teatro y variedades. Diversiones en la Ciudad de México a fines del Porfiriato”, en *Alteridades*, julio-diciembre, vol. 13, núm. 26, UAM, México, 2003, pp. 57-66.
- QUIRARTE, Vicente “Introducción”, en *Un destino compartido: 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México*, México, PUEC, UNAM, 2003.
- QUINTANILLA, Susana, *Nosotros. La Juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México, Tiempo de memoria, Tusquets, 2008.
- REYES, Alfonso, “La Antología del Centenario”, en *op. cit.*, tomo I, FCE, México, 1996.
- , “Pasado Inmediato”, en *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, tomo XII.
- RODRÍGUEZ KURI, Ariel, *La Experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*, México, UAM Azcapotzalco, El Colegio de México, 1996.
- SIERRA, Justo, L. G. Urbina, P. Henríquez, N. Rangel (comps.), *Antología del Centenario*, México, SEP, vol. I, primera edición, 1910, edición facsimilar, 1985.
- Varios autores, *Un Destino Compartido: 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México*, México, Coordinación de Humanidades, PUEC, UNAM, 2004.
- VELÁZQUEZ ALBO, María de Lourdes, “La Propuesta estudiantil de Reforma en 1910 (Primer Congreso Nacional de Estudiantes)”, en Lourdes Alvarado (coord.), *op. cit.*, 1994.
- ZAHAR VERGARA, Juana, *Historia de las librerías de la Ciudad de México. Una evocación*, México, UNAM, 1995.
- ZARAUZ LÓPEZ, Héctor y Carlos Silva, *La Revolución en la Ciudad de México 1900-1920*, México, Monografía editada por la Comisión para la celebración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución en la Ciudad de México, GDF, 2008.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- El Diario del Hogar*, México, DF.
- El Imparcial*, México, DF.
- El Mundo Ilustrado*, México, DF.
- Fin de Siglo*, México, DF.

LOS EDIFICIOS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
EN EL MOMENTO DE SU APERTURA EN 1910

- AGUILAR, Gilberto F., *El barrio estudiantil de México*, México, Editorial Latina, 1951.
- ÁLVAREZ, Manuel Francisco, *El Palacio de Minería*, México, 1910.
- ANDA ALANÍS, Enrique X. de, *Historia de la arquitectura mexicana*, Barcelona, Gustavo Gili, 2007.
- BOILS, Guillermo, “La ciudad de los palacios y la Universidad”, en *Un destino compartido. 450 años de presencia de la Universidad y la ciudad de México*. México, PUEC-UNAM, 2004, pp. 53-78
- , *Pasado y presente de la colonia Santa María la Ribera*. México, UAM-Xochimilco, 2005.
- , “Pedro de Arrieta y el puente de San Juan del Río”, México, *Boletín de Monumentos Históricos*, INAH, 3a. Época, núm. 5, diciembre de 2006, pp. 40-53.
- ESCAMILLA, Omar, El edificio apenas concluido comenzó a deteriorarse. Construcción y reparación del Palacio de Minería 1797-1824, México, Ponencia al III Simposio Internacional de Tecno historia, 2009.
- FERNÁNDEZ, Justino, *El Palacio de Minería*. México, IIES, UNAM, 1985 (2a. edición).
- GARCÍA STAHL, Consuelo, *Síntesis histórica de la universidad de México*. México, UNAM, 1975 / 2a. edición, 1979.
- GARCIADIEGO DANTÁN, Javier, “De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XLVI, núm. 4, 1996, pp. 769-819.
- , “El proyecto universitario de Justo Sierra”, en Lourdes Alvarado. *Tradición y reforma en la Universidad de México*. México, Miguel Ángel Porrúa/CES, UNAM, 1994.
- GONZÁLEZ COSÍO, Arturo, *Historia Estadística de la Universidad 1910-1967*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1968.
- GONZÁLEZ DE LEÓN, Teodoro, “La vida en el barrio universitario”, en *Un destino compartido. 450 años de presencia de la Universidad en la ciudad de México*, México, Coordinación de humanidades/PUEC-UNAM, 2004.
- GONZÁLEZ, María del Refugio (presentadora), *La Universidad Nacional de México 1910*, México, edición facsimilar, UNAM, 1985.
- GUERRA, François-Xavier, *México: del antiguo régimen a la Revolución*. México, FCE, 1988. 2 tomos.
- KATZMAN, Israel, *Arquitectura del siglo XIX en México*. México, UNAM, 1969.
- LOZANO MEJÍA, Juan Manuel, “Un centavo de Historia. Génesis de la Facultad de Ciencias”, México, Facultad de Ciencias, UNAM, 1985 <http://www.fciencias.unam.mx/historia.html>.
- MARCIAL AVENDAÑO, Armando, “Daniel Vergara López y el Instituto Médico Nacional: entre lo humano y lo social, la ciencia médica del Porfiriato”, México, Tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2004.
- MARCIAL Y AZUELA, L.F., El Instituto Médico Nacional como espacio de legitimación de la medicina mexicana tradicional, en Aceves, P. (ed.) *Las ciencias químicas y biológicas en la formación de un mundo nuevo*. México, UAM-X, 1995, pp. 359-371.
- MARTÍNEZ LÓPEZ CANO, Ma. del Pilar (coord.), *La Universidad novohispana en el siglo de oro*. México, IIH/CEU, UNAM, 2006.
- REYES, Alfonso, *Pasado inmediato*, en *Obras Completas*. México, FCE, 1960, t. XII.
- ROJAS GARCIDUEÑAS, José, *El antiguo Colegio de San Ildefonso*. México, IIE, UNAM, 1985.
- SCHROEDER CORDERO, Francisco, *La Suprema Corte de Justicia. Su tránsito y su destino*. México, Poder Judicial de la Federación, 1985.
- SIERRA, Justo, “Discurso Inaugural de la Universidad Nacional el 22 de septiembre de 1910, pronunciado por el Lic. Justo Sierra, titular de Instrucción Pública y Bellas Artes en el gobierno de Porfirio Díaz”, en Guillermo Tovar de Teresa, *La ciudad de los palacios. Crónica de un patrimonio perdido*. México, editorial Vuelta, 1990, 2 tomos.

LA CULTURA IMPRESA Y EL BARRIO UNIVERSITARIO:

BIBLIOTECAS, LIBRERÍAS Y EDITORIALES

Boletín de Instrucción Pública (Órgano informativo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes), t. 1 (1), 1903; t. 21 (3-4) mar.-abr., 1913.

Boletín SEP, México 1 (4), 15 de abr., 1923, p. 225.

Boletín de la Universidad (Órgano del Departamento Universitario y de Bellas Artes), México, 1 (1), ago., 1920, p. 91-92.

CASO, Antonio, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña *et al.*, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM/Centro de Estudios Filosóficos, 1962.

COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Ensayos y notas*. México, Edit. Hermes, 1966.

——— (coord.), *Historia general de México*, vol. 2. México, El Colegio de México-Harla, 1988.

COWART, Billy, *La obra educativa de Torres Bodet*. México, El Colegio de México, 1966.

Cultura, 50 años de vida; los cuadernos literarios, la imprenta, la empresa editorial 1916-1966, México, Edit. Cultura, 1966.

DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina y Elisa GARCÍA BARRAGÁN. *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días, 1867-1910*, vol. II, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1972.

DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher. *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX. I*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Letras mexicanas).

DOSPITAL, Michelle. “La herencia mexicana en la lucha sandinista de los años 20 en Nicaragua”, *Secuencia*, México, (30), sep.-dic., 1994, pp. 117-129.

El Maestro: Revista de Cultura Nacional, México, SEP, (1), oct., 1921.

ESCAMILLA GONZÁLEZ, Francisco Omar. “El laboratorio de resistencia de materiales de construcción de la Escuela Nacional de Ingenieros de México (1892)”, *Boletín de monumentos históricos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Tercera época, núm. 4, mayo-agosto, 2003, pp. 85-109.

———, Folleto informativo “Acervo Histórico del Palacio de Minería. Facultad de Ingeniería”, México, UNAM/Facultad de Ingeniería, 2010 (en prensa).

“Especialización de la Biblioteca ‘Iberoamericana y de Bellas Artes’”, en *III Congreso Nacional de Bibliotecarios y Primero de Archivistas*. México, H. Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, SEP, 1944, pp. 126-128.

FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Francisco y Hermilo Castañeda Velasco. *Del Palacio de la Inquisición al Palacio de la Medicina*. México, UNAM/Facultad de Medicina, 1986.

GARCÍA RONDA, Denia. “México en génesis del proyecto cultural Martiano”, en *Conferencia magistral en la Cátedra Extraordinaria José Martí*, del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. México, 12 de nov., 1993, 15 pp.

GONZÁLEZ MARÍN, Silvia (coord. edit.). *Nuevos edificios para las bibliotecas universitarias II*. México, UNAM/Dirección General de Bibliotecas-Secretaría General, 2002.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis. *Daniel Cosío Villegas*. México, CREA-Terra Nova, 1985.

“Informe de la marcha de los trabajos ejecutados en la Escuela Nacional Preparatoria durante el periodo comprendido del mes de julio de 1911 al 1º de marzo de 1912”, México, *Boletín de Instrucción Pública*, 19 (3-4), feb.-mar., 1912.

IZQUIERDO, J. Joaquín. *Catálogo de la hemerobiblioteca del Departamento de Fisiología*. México, UNAM/Facultad de Medicina, 1958.

KRAUZE, Enrique. *Los siete sobre México*. México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 1974 (tesis para obtener el grado de doctor en Historia).

———, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*. México, Siglo XXI Editores, 1985.

“La biblioteca ‘Antonio Caso’”. *Boletín de la Facultad de Derecho*, México, núm. 81, marzo de 1985, pp. 1-3.

- LOYO, Gilberto, “La Biblioteca de Ciencias Sociales”, *El Libro y el Pueblo*, México, SEP, abr., 1925.
- MATUTE, Álvaro y Martha Donis (comp.), *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982*, México, UNAM/Dirección General de Difusión Cultural, 1984.
- MELGAR BAO, Ricardo, “La Revolución Mexicana en el movimiento popular nacional de la región andina”, *Boletín de Antropología Americana*, México, (6), dic., 1982, pp. 85-104;
- , “Las lecturas andinas de la Revolución Mexicana”, *Cuicuilco*, México, (31-32), jul-dic., 1992. pp. 59-70.
- MENDOZA ROJAS, Javier, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*. México, UNAM/Centro de Estudios sobre la Universidad, 2001.
- MORALES CAMPOS, Estela, *México: tradición e impacto en la producción contemporánea de fuentes de información sobre América Latina*. México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, tesis (doctor en Estudios Latinoamericanos), 1998.
- . Entrevista con Pedro Zamora, México, D.F., 4 de agosto de 1983 (tiempo de grabación: 5 horas).
- MORENO DE ALBA, José G. y Elsa M. Ramírez Leyva (coord.), *Historia de las Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica*. México, Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica-UNAM/Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 1995.
- PEREIRA, Armando (coord.), *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2004.
- QUINTANA PALI, Guadalupe *et al.*, *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940*. México, SEP/Dirección General de Bibliotecas, 1988.
- RANGEL RAMÍREZ, Teresa R., “La biblioteca de la Facultad de Derecho”, *Biblioteca Universitaria*. Boletín Informativo de la Dirección General de Bibliotecas, México, IX (3), jul.-sep., 1994, pp. 11-14.
- “Rinconete”, en *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM/FFYL, año 2, mayo de 1984, 4ª. época. 35 p.
- RUBIO MAÑÉ, J. Ignacio, *El Archivo General de la Nación. México, Distrito Federal, Estados Unidos Mexicanos. Conmemoración del Sesquicentenario de la Fundación del Archivo General de la Nación. 1823-1973*. México, Secretaría de Gobernación, 1973.
- SALGADO RUELES, Silvia, “De los orígenes de la Biblioteca de la Academia de San Carlos” [publicación digital número 1, derivada de la exposición temporal: *Gramática del ornamento. Repertorios de los siglos XVIII y XIX*, en el Museo Nacional de San Carlos (julio-octubre de 2009)], México, INBA-Conaculta, 2009, <http://www.mnsancarlos.com/BibliotecaAcademiaSanCarlos.pdf>
- SAMETZ DE WALERSTEIN, Linda, *Vasconcelos, el hombre del libro. La época dorada de las bibliotecas*. México, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991.
- Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*. México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 1994.
- SIERRA, JUSTO, *Prosas*. México, UNAM/Dirección General de Publicaciones, 1990.
- TORRES VARGAS, Georgina Araceli, *La Universidad en sus publicaciones. Historia y perspectivas*. México, UNAM/Coordinación de Humanidades, 1995.
- Un destino compartido. 450 años de presencia de la Universidad en la ciudad de México*, México, UNAM/Coordinación de Humanidades-Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad, 2004.
- VALLE, Rafael Heliodoro, “La Feria...”, en: *El Libro y el Pueblo*, México, SEP, 2 (7-9), 1924, pp. 148-149.
- VASCONCELOS, José, *Discursos: 1920-1950*, México, Ediciones Botas, 1950.
- , *Ulises criollo* (edic. crítica de Claude Fell), Madrid, Barcelona, La Habana, Lisboa, París, México, Buenos Aires, São Paulo, Lima, Guatemala, San José, ALCCA XX, FCE (Colec. Archivos), 2000.
- VILLANUEVA BAZÁN, Gustavo (coord.), *Teoría y práctica archivística II*. México, UNAM/Centro de Estudios sobre la Universidad, 2000 (Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM, 12).

- YANKELEVICH, Pablo S., *La revolución propagandizada: imagen y proyección de la Revolución Mexicana en Argentina, 1910-1930*. México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, tesis (doctor en Estudios Latinoamericanos), 1996.
- ZAHAR VERGARA, Juana, *Historia de las librerías de la ciudad de México: evocación y presencia*. México, UNAM/Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2006.

LAS ALUMNAS DE LAS ESCUELAS NACIONALES EN TIEMPOS DEL CENTENARIO

- ALVARADO, María de Lourdes, “Saber y poder en la Escuela Nacional Preparatoria, en Margarita Menegus (coord.), *Saber y poder en México. Siglos XVI al XX*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad, 1991.
- , “Abriendo brecha. Las pioneras de las carreras liberales en México”, en *Revista Universidad de México*, México, núm. 596, septiembre, 2000.
- , *La educación superior femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, México, CESU, UNAM, Plaza y Valdés Editores, 2004.
- , Transcripción y estudio introductorio. *Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright*, México, CESU; UNAM, Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM, 19, 2005.
- , “La Universidad Nacional de México en tiempos del Centenario”, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los Centenarios (1910 y 1921)*, México, FCE, UNAM, 2010.
- BAZANT, Mílada, *Historia de la educación en el Porfiriato*, México, El Colegio de México, 1993.
- CANO, Gabriela, *De la Escuela Nacional de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras, 1910-1929. Un proceso de feminización*, México, FFYL, UNAM, tesis doctoral, 1996.
- Censo General de la República Mexicana verificado el 28 de octubre de 1900 conforme a las instrucciones de la Dirección General de Estadística a cargo del Dr. Antonio Peñafiel*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1901.
- COVARRUBIAS, José Díaz, *La instrucción pública en México. Estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la preparatoria en la República*, 2 vols., México, Imprenta del Gobierno, 1875.
- DE LOS RÍOS, Juan Pablo, *Breves observaciones que sobre el estado que guardan en la actualidad algunos de los establecimientos públicos de instrucción, hace el C. Juan Pablo de los Ríos*, México, Imprenta Políglota, 1879.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días (1867-1910)*, 2 vols., México, UNAM, vol. I, 1972.
- FERNÁNDEZ MAC GREGOR, Genaro, *El río de mi sangre. Memorias*, México, FCE, 1969, citado en Quintanilla, 1996, pp. 100-103.
- GALVÁN, Luz Elena, *La educación superior de la mujer en México: 1876-1940*, México, CIESAS, (Cuadernos de la Casa Chata, 109), 1985.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, “El Porfiriato. La vida social”, en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, 2ª edición, México, Hermes, 1970.
- IGLESIAS, José Ma., “Educación de la muger (sic)”, *El Siglo Diez y Nueve*, México, 18 de abril, 1856. *Información producida por la Sra. Laura Mantecón de González ante la Tercera Sala del Tribunal Superior, en el juicio de divorcio que sigue contra su esposo el Sr. Gral. González*, México, Tipografía de J. Reyes Velasco, p. 16, 1886.
- MARTÍNEZ DE CASTRO, Antonio, *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública presenta al Congreso de la Unión en marzo de 1868*, México, Imprenta del Gobierno, 1868.
- QUINTANILLA, Susana, “De togas, dimes y birretes”, *La profesión de abogado y la Escuela Nacional de Jurisprudencia en el México prerevolucionario*, México, Universidad Futura, vol. 7, núm. 20-21, verano-otoño, pp. 100-103, 1996.

- [s.a.] “Documento interesantísimo que en forma epistolar expone los fundamentos de la ley de Instrucción Pública vigente”, México, Tipografía de Ireneo Paz, 1881.
- SCOTT, Joan W., “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en occidente*, vol. 8, Taurus, 1993.
- SIERRA, Justo, “La Universidad Nacional [artículo 2º del Proyecto de Creación]”, *Obras completas*, vol. VIII. La educación nacional, México, UNAM, 1997.
- WRIGHT DE KLEINHANS, Laureana. *Mujeres notables mexicanas*, México, Tipografía Económica, 1910.

HEMEROGRAFÍA

- El Tiempo*, México.
- El Monitor Republicano*
- La Enseñanza Normal*
- El Mundo*
- Gacetilla. Las mujeres médicas*
- Feminismo*
- El Diario del Hogar*
- El Eco Social*
- Las Hijas del Anáhuac*
- El Lunes*
- El Imparcial*
- El Correo de las Doce*
- El Correo de las Señoras*
- El Hijo del Trabajo*
- El Monitor Republicano*
- Revista de Revistas*
- Ciencia y Desarrollo*

ENTRE EL RECUERDO Y EL OLVIDO: MEMORIAS DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LA VIDA EN EL BARRIO UNIVERSITARIO

- AGUILAR, Gilberto F., *El barrio estudiantil de México*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1951.
- DE GARAY, Graciela (coord.), *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, 1994.
- , “¿Por qué las palabras hacen historia?”, en Gilberto Bosques, *El oficio del gran negociador*, México, Instituto Matías Romero, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2006, pp. 13-24.
- GARCADIÉGO DANTÁN, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- , *Cultura y política en el México posrevolucionario*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2006, pp. 13-163.
- GONZÁLEZ de León, Teodoro, “La vida del barrio universitario”, en *Un destino compartido: 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México*, México, Coordinación de Humanidades/Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad de México, 2004.
- LEAL FERNÁNDEZ, Felipe, “La creación de Ciudad Universitaria y su impacto urbano”, en *Un destino compartido: 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México...* 2004, pp. 157-186.
- TRÁPAGA DELFÍN, Liliana, “Clausura y refundación de la Universidad (1833-1910)” en *Un destino compartido: 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México...* 2004, p. 95.

HEMEROGRAFÍA

CORDERA CAMPOS, Rolando, “La UNAM, siempre nacional”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 54, agosto 2008, pp. 23-26.

El Correo Español

El Imparcial

El Tiempo

El País

La Iberia

La Patria

TESTIMONIOS

7 de diciembre de 2009. Entrevista con la Dra. Alejandra Moreno Toscano, autoridad del Centro Histórico de la Ciudad de México y estudiante de la Preparatoria Nacional, México, DF.

14 de diciembre de 2009. Entrevista con Dr. Ramón Peralta y Fabi, Director de la Facultad de Ciencias de la UNAM, México, DF.

16 de diciembre de 2009. Entrevista con la Lic. María de los Ángeles González Gamio, Secretaria General del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1995-2007 y estudiante de la Preparatoria Nacional, México, DF.

5 de enero de 2010. Entrevista con el abarrotero del Mercado Abelardo L. Rodríguez, México, DF.

5 de enero de 2010. Entrevista con la señora que atiende la cremería del Mercado Abelardo L. Rodríguez, México, DF.

5 de enero de 2010. Entrevista con el señor que atiende el puesto de la fruta del Mercado Abelardo L. Rodríguez, México, DF.

8 de enero de 2010. Entrevista con el señor Carlos Diez, dueño del café La Blanca, México, DF.

8 de enero de 2010. Entrevista con la señora Cristina García, Fonda de los Ángeles, México, DF.

8 de enero de 2010. Entrevista con el señor Rafael Guillén, dueño del restaurante El Taquito, México, DF. 12 de enero de 2010. Entrevista con la Dra. Paulette Dieterlen, Titular de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, México, DF.

14 de enero de 2010. Entrevista con el Arquitecto Ernesto Jarada Moreno, México, DF.

14 de enero de 2010. Entrevista con la Dra. Edna Amada Estañol Velázquez, México, DF.

14 de enero de 2010. Entrevista con la Lic. María Victoria Bárcena Pérez, México, DF.

14 de enero de 2010. Entrevista con el Lic. Salvador Equihuas González, México, DF.

15 de enero de 2010. Entrevista con el Sr. Pedro Flores Ortiz, México, DF.

3 de febrero de 2010. Entrevista con la Doctora Josefina Mac Gregor, profesora de carrera de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México, DF.

1910: La Universidad Nacional y el barrio universitario, editado por el Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad, se terminó de imprimir el 30 noviembre de 2010 en los talleres de Artes Gráficas Panorama, S.A. de C.V., Avena 629, col. Granjas México, 08400, México, D.F. Se tiraron 2 000 ejemplares, en Multiart de 200g. En su composición se emplearon tipos ITC Galliard y Haettenschweiler, imprimiéndose en offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Berenice Valverde Campuzano y Raúl Duque Luciano.

